

0



1911

AÑO V

NÚM. LVII

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

~~~~~  
SETIEMBRE—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

DEMETRIO RUDÍN

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATP N.º 11 BARCELONA

Erase un sereno amanecer de verano. Subía el sol por un cielo puro, y brillaba en los campos el rocío. Del valle, recién despierto, alzábase una frescura aromosa; el ave madrugadora cantaba alegre en el bosque, húmedo aún y silencioso. Una aldehuela de mezquino aspecto coronaba la cima de una colina poco alta, cubierta de arriba á abajo de centeno en flor. Por la estrecha senda del atajo que conducía al caserío, iba una mujer con vestido de muselina blanca y con sombrero redondo de paja. Llevaba una sombrilla en la mano. Seguida de un criadito en traje de cosaco, andaba á paso lento, como una persona que disfruta de su paseo. Todo alrededor corrían con leve murmullo por los altos centenos ondulantes largas oleadas suaves, ya de un color verde plateado, ya salpicadas de rojo. Las alondras cantaban en los cielos.

La joven venía de su castillo, que se

encontraba como á una *versta* del villorrio adonde iba á parar la senda. Llamábase Alexandra Pavlovna Lissina. Era viuda, sin hijos, rica, y vivía con su hermano, Sergio Pavlovitch Volinzoff, capitán retirado, el cual era soltero y administraba los bienes de su hermana. Alexandra Pavlovna llegó al pueblecillo, se detuvo delante de la primera *isba*, baja y mísera choza, y llamó á su cosaquito para decirle que fuese á pedir noticias de la dueña de la habitación. El niño volvió bien pronto acompañado de un aldeano, viejo, achacoso, de barba blanca.

—¿Y qué hay?— preguntó Alexandra Pavlovna.

—Aún vive— respondió el viejo.

—¿Se puede entrar?

—¿Por qué no? Ciertamente que sí.

Alexandra Pavlovna entró en la choza, estrecha, llena de humo, con un calor sofocante... Alguien se agitaba y gemía encima del fogón. Alexandra

— exclamó Alexandra Pavlovna —
¿Cuándo vendrá V. á vernos?

—Mañana. Muchas cosas á su hermano.

Y el *drochki* arrancó á escape.

— ¡Vaya un personaje raro! — pensó Alexandra Pavlovna. — En efecto, tal como estaba allí, encorvado, cubierto de polvo, saliéndole en desorden mechones de pelos amarillos por debajo de la gorra echada atrás, parecía un gran costal de harina.

Alexandra Pavlovna tomó despacio el camino de su casa. Iba con los ojos bajos. El paso cercano de un caballo la obligó á detenerse y levantar la cabeza... Era que su hermano venía á caballo á su encuentro. Junto á él iba un joven de poca estatura, vestido con una americanilla desabrochada, corbata estrecha y sombrerito gris, y con un junquillo en la mano. Llevaba ya mucho rato de mirar sonriente á Alexandra Pavlovna, á pesar de advertir que estaba sumida en sus meditaciones y de que no había reparado en él. Sólo cuando ella se detuvo, fué cuando se acercó gozoso y la dijo casi con ternura:

—Buenos días, Alexandra Pavlovna, buenos días.

— ¡Ah! Constantino Diomiditch, buenos días — respondió. — ¿Viene V. de casa de Daría Micaelovna?

— Precisamente, cabal — replicó el joven con cara de júbilo — de casa de Daría Micaelovna. Me ha enviado á la de V. He preferido venir á pie... ¡Hace una mañana tan hermosa! No hay más que cuatro *verstas* de distancia. Llego,

y no la encuentro á V. en casa. Me dice su hermano que ha ido V. á Semenowka, y que él se dispone á visitar sus campos. Le acompaño, y salimos al encuentro de V. ¡Oh, qué grato es esto!

Constantino Diomiditch hablaba el ruso con pureza y gramaticalmente, pero con un acento extranjero difícil de precisar. Había algo de asiático en sus facciones: nariz larga y gibosa, ojazos inmóviles á flor de cara, labios gruesos y rojos, frente echada atrás, cabellos negros como el azabache. Todo indicaba en él un origen oriental. Sin embargo, su apellido era Pandalewski y llamaba patria suya á Odessa, aunque se había criado en la Rusia Blanca á expensas de una viuda bienhechora y rica. Otra viuda le había hecho empleado. En general, las mujeres de una edad equívoca tenían mucho gusto en proteger á Constantino Diomiditch. Sabía buscar y merecer su protección. A la sazón vivía en calidad de hijo adoptivo ó comensal en casa de una propietaria rica, llamada Daría Micaelovna Lassunska. Era cariñoso, servicial, sensible, y en secreto sensual; tenía una voz agradable, tocaba el piano bastante bien, y tenía la costumbre de comerse con los ojos á la persona con quien hablaba. Vestía con esmero y le duraba la ropa más que á nadie. Llevaba muy afeitada su ancha barba, y el cabello peinado siempre muy liso.

Alexandra Pavlovna escuchó hasta el fin su discurso, y luego se dirigió á su hermano:

—Hoy encuentro á todo el mundo; acabo de hablar con Lejnieff.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí. Figúratelo en su *drochki* de carreras, vestido con una especie de saco de lienzo, todo cubierto de polvo... ¡Qué original!

—Original, tal vez; pero es un hombre excelente.

—¡Cómo! ¿El, el señor Lejnieff?—preguntó.

—Sí; Micael Micaelovitch Lejnieff—respondió Volinzoff.—Pero, adiós, hermana mía; ya es tiempo de que me vaya á los campos. Hoy siembran el trigo sarraceno en los tuyos. Constantino te acompañará hasta casa.

Volinzoff puso al trote el caballo.

—Con el mayor gusto—exclamó Constantino, presentando el brazo á Alexandra Pavlovna.

Esta se cogió de él, y ambos continuaron camino de la casa.

II

Iba Constantino muy alegre y muy hueco de llevar del brazo á Alexandra Pavlovna. Andaba á paso corto, se sonreía satisfecho, y sus grandes ojos orientales hasta se le humedecían, lo cual, por supuesto, le pasaba hartó á menudo. Costábale poco emocionarse y aun derramar lágrimas. ¿Y quién no sería dichoso llevando del brazo á una mujer joven y guapa? Todo el gobier-

no de *** proclamaba encantadora á Alexandra Pavlovna, por voto unánime, y el gobierno de *** no se equivocaba. La nariz recta de Alexandra, un poco respingadilla, hubiera bastado por sí sola para hacer perder la chabeta al más sesudo de los mortales; eso sin hablar de sus ojos garzos y aterciopelados, de sus cabellos rubios como el oro, de los lindos hoyuelos de sus mejillas redondeadas, y de otras mil perfecciones. Pero lo más seductor en ella era la expresión de su gracioso rostro: confiada, benévola y modesta, llegaba al alma y atraía los corazones. El mirar y el reir de Alexandra era de una niña; las señoras la encontraban *simplona*. ¿Qué mayor elogio se puede apetecer?

—¿Dice V. que Daría Micaelovna le ha enviado á mi casa?—preguntó á Constantino.

—Sí; sin duda, sin duda, me ha enviado—replicó con señalada afectación y pronunciando las *eses* como la *th* inglesa.—Me ha ordenado que la ruegue á V. con instancia que se digne comer hoy con ella; lo desea mucho, y espera á un nuevo huésped á quien tiene decidido empeño que conozca V.

—¿Quién es?

—Un tal Muffel, barón y gentilhomme de cámara, de San Petersburgo. Daría Micaelovna lo encontró hace poco en casa del príncipe Garín, y habla de él siempre con grandes elogios, como de un joven amable é instruído. El señor barón se interesa también por la literatura, ó, por mejor decir...—¡ah! qué encantadora mariposa; dí-

nese V. fijarse en ella... — por mejor decir, por la economía política. Ha escrito un artículo acerca de una cuestión interesantísima, y desea someterlo al juicio de Daría Micaelovna.

—¿Un artículo acerca de economía política?

—Respecto á estilo, ¿sabe V., Alexandra Paulovna? creo que Daría Micaelovna es persona que lo entiende. Jukofski la consultaba, y Roxolan Mediarovitch, mi venerable bienhechor, que vivía en Odessa... De seguro que conoce V. este apellido.

—Ni remotamente. Jamás lo oí pronunciar.

—¿No ha oído V. hablar de un hombre semejante? ¡Es raro! Quería decir á V. que Mediarovitch, ese hombre tan extraordinario, también tenía un elevado concepto de los conocimientos lingüísticos en ruso que posee Daría Micaelovna.

—¿Pero no es algún pedante ese bárón?—preguntó Alexandra Pavlovna.

—No, de ninguna manera. Daría Micaelovna pretende que basta mirarle para asegurar que es un hombre de la mejor sociedad. Habla de Beethoven con tal elocuencia, que hasta el anciano príncipe se entusiasma... Confieso que lo hubiera oído con gusto, porque la música es mi fuerte. ¿Se dignaría V. aceptar esta linda flor de los campos?

Alexandra Pavlovna tomó la flor, pero bien pronto la dejó caer en el camino. Sólo faltaban ya unos doscientos pasos para llegar á su casa. Recién edificada y blanca aún, aparecía ésta

de pronto detrás de una frondosa espesura de tilos y arces antiguos, sonriéndose hospitalaria á través de sus anchas y claras ventanas.

—¿Qué me manda V. responder á Daría Micaelovna?—dijo Constantino, un poco mortificado por la suerte que cupo á la flor que había ofrecido.—¿Vendrá V. á comer? También á su hermano de V. le invita.

—Iremos sin falta. ¿Y qué hace Natalia?

—Natalia Alexievna va bien, gracias á Dios. Pero ya hemos pasado del camino que conduce á casa de Daría Micaelovna. Permítame que me despida de V.

Constantino se detuvo.

—¿No quiere V. entrar un instante?—dijo Alexandra con voz insegura.

—Lo desearía de todo corazón, pero temo retrasarme. Daría Micaelovna tiene gana de oír una nueva fantasía de Thalberg; necesito prepararme para ello y estudiarla. Confieso, además, que dudo mucho de que mi conversación le cause á V. placer ninguno.

—Pero ¿por qué?

Constantino suspiró y bajó los ojos de una manera expresiva.

—Hasta la vista, Alexandra Pavlovna—dijo, después de un instante de silencio. Saludó y dió un paso atrás.

Alexandra Pavlovna se volvió, y luego entró en su casa. Constantino siguió su caminata. En un abrir y cerrar de ojos había desaparecido de su cara toda la dulzura, sustituyendo á ésta una expresión de seguridad en sí propio, casi de rudeza. Hasta había

cambiado de modo de andar. Daba pasos más largos y caminaba con mayor pesadez. Anduvo dos *verstas*, moviendo el bastón de caña; pero de pronto se sonrió de nuevo al ver junto al camino una joven campesina de buen palmito que iba tras de unos becerros en un sembrado de avena. Constantino se acercó á la joven con toda la cautela de un gato, y entró en conversación con ella. Callóse ésta al principio, se ruborizó, levantó el brazo para taparse la boca con la manga de la camisa, volvió la cabeza, y dijo:

—Siga su camino, señor, siga.

Constantino la amenazó con el dedo y la pidió que le trajese campanillas azules.

—¿Y para qué necesita campanillas azules? ¿Quiere trenzarse una corona?—replicó la moza.—Vamos, siga su camino, váyase...

—Oye, hechicera, hermosa mía...

—¡Vaya! ¿Me deja en paz?—repitió la joven.—Ahí vienen los señoritos.

Constantino Diomiditch miró en torno suyo. En efecto, por el camino acudían Vania y Petia, los hijos de Daría Micaelovna, seguidos de su preceptor Bassistoff, joven de veintidós años, que acababa de terminar sus estudios. Bassistoff era alto, de cara vulgar, nariz grande, labios gordos, ojos pequeños y hundidos como los de los cerdos; pero aunque feo y desgarbado, estaba lleno de pundonor y lealtad. Vestía con descuido, y llevaba largo el pelo, no por presunción, sino por indiferencia. Le gustaba comer y dormir, pero

también un buen libro y una conversación interesante, y odiaba con toda su alma á Constantino.

Los hijos de Daría Micaelovna adoraban en Bassistoff y no le tenían miedo ninguno. Habíase puesto bajo un pie de familiaridad con todos los moradores de la casa, con gran disgusto de la señora de ella, quien afirmaba no conocer preocupaciones.

—Buenos días, gallardos niños míos—dijo Constantino Diomiditch.—¡Qué tempranito vais hoy de paseo! En cuanto á mí—continuó, dirigiéndose á Bassistoff—he dado ya una buena caminata; es mi pasión el gozar así de la mañana.

—Acabamos de ver como goza V. de los encantos de la naturaleza—le dijo Bassistoff.

—Es V. un materialista, y sabe Dios lo que se figurará. Le conozco á V.

Constantino se irritaba fácilmente al hablar con Bassistoff ó con inferiores, y entonces tenía una pronunciación clara y hasta sibilante.

—¿Peguntaba V., al parecer, el camino á esa moza?—añadió Bassistoff, volviendo los ojos á derecha é izquierda. Sentía fija en él la mirada de Constantino, y le turbaba.

—Le repito que es V. un materialista y nada más... V. sólo ve el lado prosaico de las cosas.

—¡Niños!—gritó de pronto Bassistoff con tono de mando.—¿Veis aquel sauce en el prado? A ver quién de nosotros llega primero á él... A la una... á las dos... ¡á las tres!

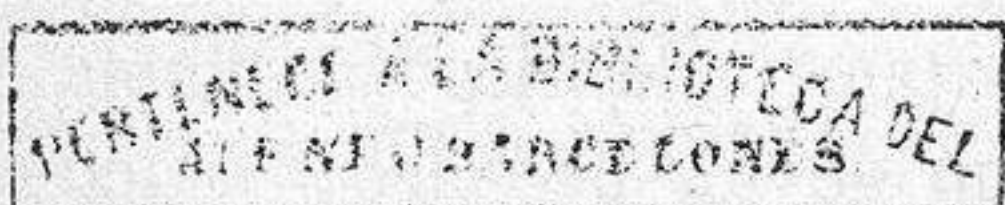
Los niños echaron á correr á todo

escape hacia el sauce; Bassistoff salió detrás de ellos...

— ¡Aldeanote! — pensó Constantino — ¡Va á embrutecer á los muchachos!

Después, echando una mirada satisfecha á su persona limpita y curiosa, con los dedos abiertos dió dos golpecitos en la manga de la cazadora, sacudió el cuello de ésta y continuó su camino. Al llegar á su cuarto, se puso una bata vieja de mañana y se sentó al piano con rostro caviloso.

III



La casa de Daría Micaelovna Lassun-ska pasaba por ser quizá la primera de todo el gobierno de ***. Muy vasta y construida de piedra, según dibujos de Rastrelli y al estilo de las del siglo pasado, alzábase majestuosa en lo alto de una colina, al pie de la cual corría uno de los principales ríos de la Rusia Central. Daría Micaelovna era una señorona rica y viuda de un consejero íntimo. Decía Constantino que conocía á toda Europa, y que toda Europa la conocía. Sin embargo, Europa la conocía poco y en Petersburgo representaba un papel muy secundario; pero en cambio, todo el mundo la conocía en Moscú y la visitaba. Pertene-cía á la sociedad principal y pasaba por una mujer un poco extrafalaria, de dudosa bondad, pero de mucho talento. En su juventud había sido muy

guapa. Entonces la escribían versos los poetas, los jóvenes estaban enamo-rados de ella y hombres de importan-cia hacíanla la rosca. Pero de entonces acá habían pasado veinticinco ó treinta años, y todo vestigio de los anti-guos encantos de Daría había desapa-recido.

— ¿Es posible — se preguntaban in-voluntariamente los que la veían por vez primera — que haya sido nunca hermosa esta mujer flaca, amarilla, de nariz puntiaguda, aun cuando no es vieja aún? ¿Es posible que por ella vi-brasen en otro tiempo todas las liras?

Y todo el mundo se asombraba, para sus adentros, de ese cambio. Verdad es que, por supuesto, según Constan-tino, los magníficos ojos de Daría Mi-caelovna se habían conservado mara-villosamente.

Todos los veranos los pasaba en el campo Daría con sus hijos (una joven de diez y siete años, y dos niños de nueve y diez años) y tenía casa abierta; es decir, recibía sólo á hombres, sobre todo hombres no casados. No podía resistir á las mujeres provincianas; por lo cual tenía que soportar la male-dicencia de ellas, quienes la trataban de orgullosa, corrompida, mujer tirá-nica, y decían, sobre todo, que eran muy chocantes las libertades que se permitía en la conversación. Verdad es que Daría no gustaba de estar suje-ta en el campo, y que en la libre des-envoltura de su trato dejaba transpa-rentar el ligero matiz de menosprecio de una elegante de elevada sociedad hacia la gentecilla oscura é insignifi-

cante que la rodeaba. Hasta con sus conocimientos moscovitas tenía un modo de ser bastante frívolo y casi burlón; pero, por lo menos, en ese caso nunca se notaba el matiz del menosprecio.

A propósito, lector; ¿te has fijado alguna vez en que tal hombre extraordinariamente distraído en medio de sus inferiores pierde de pronto ese aire de distracción en cuanto se le admite en el círculo de sus superiores? ¿Por qué es eso? Pero ¿qué importa? Semejantes preguntas jamás conducen á nada.

Cuando Constantino Diomiditch hubo aprendido al dedillo su fantasía de Thalberg y abandonado su pulquérri- mo aposento para bajar al salón, allí estaba reunida toda la tertulia. La dueña de la casa hallábase en un ancho diván, con las piernas dobladas debajo de sí y volviendo con los dedos un folleto francés nuevo. A un lado de la ventana estaba la hija de Daría Micaelovna sentada delante de un bastidor de bordar, y al otro lado la señorita Boncourt, el aya, solterona seca, de sesenta años, que llevaba un rodete de cabello negro bajo una gorra con cintas de colorines y tapones de algodón en rama en las orejas. Bassistoff leía el periódico en un rincón, junto á la puerta. Sus discípulos, Petia y Vania, jugaban á las damas cerca de él, y cierto Africano Simeonovitch Pigassoff, un caballere- te entrecano y despeluz- nado, se apoyaba contra la chimenea, con las manos detrás de la espalda. Tenía morena la color, pequeños y vivos los ojos.

Ese Pigassoff era un hombre extra- vagante. Irritado por todo y contra todos—en particular contra las mujeres—decía chuscadas desde la mañana á la noche, algunas veces con mucha oportunidad, otras de una manera muy ramplona, pero siempre con pasión. Su irritabilidad concluía por ser pueril; su risa, el sonido de su voz, en una palabra, toda su persona parecía empa- pada en bilis. Daría Micaelovna le recibía con gusto: le hacían gracia las salidas de Pigassoff, quien tenía pasión por exagerarlo todo. Si, por ejemplo, se trataba de algún desastre y le decían que un rayo había incendiado un caserío, que el agua se había llevado un molino, que un labriego se había roto la mano de un hachazo, nunca dejaba de preguntar con acritud recon- centrada: ¿Quién es *ella*?, queriendo con esto preguntar el nombre de la mujer causante de la desgracia, pues tenía el convencimiento de que no había más que ir al fondo de las cosas para ver que toda desdicha era acarrea- da por alguna mujer.

Un día se echó á los pies de una se- ñora á quien apenas conocía, pero que le había cargado á fuerza de agasajos, y se puso á suplicarla humildemente, pero con cara feroz, que le perdonase, diciendo que nada tenía que echarse en cara con respecto á ella y que ya no volvería más á la casa. Una vez, un caballo llevaba cuesta abajo á una de las lavanderas de Daría Micaelovna, la tiró por un barranco y en poco estuvo que no la matase. Desde entonces, Pi- gassoff nunca llamaba al animal sino

«mi buen caballito», y parecíanle sitios muy amenos el monte y el barranco. Pigassoﬀ no había tenido nunca buen éxito: esa era una de las razones que le habían agriado.

Era hijo de una familia pobre. Su padre, que sólo había ocupado destinos insignificantes, apenas sabía leer y escribir, y no se había cuidado de ninguna manera de educar á su hijo. Su madre, que le mimaba, murió prematuramente. Pigassoﬀ se educó solo. Entró en la escuela del distrito, después en el instituto de segunda enseñanza (gimnasio), aprendió el francés, el alemán y hasta el latín. Habiendo salido del gimnasio con excelentes notas, dirigióse á Dorpart, donde luchó constantemente contra la miseria, pero siguiendo sus cursos hasta el último día. Distinguíase por la paciencia y la terquedad; pero lo más tenaz en él era el sentimiento de la ambición. Parecía retar á la suerte en su deseo de verse introducido en la buena sociedad y de no ser sobrepujado por los demás. Por ambición trabajaba asiduamente y había ingresado en la universidad de Dorpart. La pobreza le irritaba y desarrollaba en él la observación y la astucia. Se expresaba con originalidad, y desde su juventud se había apropiado un género particular de elocuencia biliosa y amarga. Sus pensamientos no se elevaban sobre el nivel común, pero hablaba de manera que hacía creer que tenía mucho ingenio. Al doctorarse, Pigassoﬀ resolvió dedicarse á la enseñanza, carrera única que le permitía codearse con sus condiscípulos, entre

los cuales buscaba sus amigos íntimos en la clase elevada, tratando de complacerlos y aun halagarlos, aunque no cesara de hablar mal de ellos.

Pero, á decir verdad, no tenía el fondo necesario para representar ese papel en la sociedad. Habiéndose instruído él solo, sin ayuda de maestro y sin que le dominase el amor á la ciencia, su instrucción era limitada. Fracasó cruelmente en su tesis de agregado; al paso que un estudiante, compañero suyo de cuarto y de quien siempre había hecho burla, triunfó á la primera. Era éste un joven de una inteligencia común, pero que había recibido una educación regular y sólida. Este fracaso llenó de ira á Pigassoﬀ; tiró al fuego todos sus libros y cuadernos, y se hizo empleado.

Al principio todo fué bastante bien. Pigassoﬀ era un funcionario que podía salir airoso en todas partes, no muy ordenado, pero capaz, y además atrevido. No quería sino subir como la espuma; por desgracia se metió en líos, se le hicieron cargos y se vió obligado á dejar el destino. Pasó tres años en una hacienda que había comprado, y de pronto se casó con una propietaria rica y á medio civilizar, quien se dejó coger con el cebo de sus maneras desenvueltas y burlonas. Pero Pigassoﬀ, cuyo carácter se había hecho demasiado agrio, se cansó muy pronto de la vida de familia. Después de haber vivido con él algunos años, su mujer huyó secretamente á Moscú, y vendió á un hábil especulador, una propiedad en que Pigassoﬀ acababa de terminar

unos edificios. Herido en lo vivo por esta última desventura, intentó un proceso contra su mujer y lo perdió. Acababa su vida como un solitario, visitaba á sus vecinos, de quienes bur-lábase hasta en su presencia y que le recibían con una semisonrisa forzada. Nunca leía, y era dueño de unas cien almas; sus siervos no eran demasiado desdichados.

— ¡Ah! ¡Constantino!—exclamó Daría Micaelovna tan pronto como Pandalewski entró en el salón.—¿Vendrá Alejandrina?

—Alexandra Pavlovna me ha dado orden de darle gracias y decirle que tiene un verdadero placer en aceptar—contestó Constantino Diomiditch saludando á diestro y siniestro, y pasándose por los primorosamente bien peinados cabellos una mano regordeta y blanca, con las uñas cortadas en triángulo.

—¿Y también Volinzoff será de los nuestros?

—También vendrá.

—De modo, Africano Simeonovitch—continuó Daría Micaelovna dirigiéndose á Pigassoff—que, según V., ¿todas las jóvenes solteras son afectadas?

Los labios de Pigassoff hicieron una mueca ladeándose, y le entró un temblor nervioso en un codo.

—Digo—comenzó con voz comediada (siempre que estaba en un acceso de mala intención hablaba con lentitud y claridad)—digo que las jóvenes solteras en general, y, naturalmente, me callo respecto á las personas presentes...

—Sin que eso le impida á V. pensar-

lo también—interrumpió Daría Micaelovna.

—Las paso en silencio—respondió Pigassoff.—En general, todas las jóvenes son afectadas en el más alto grado al expresar sus sentimientos. Por ejemplo: si una señorita se asusta, ó se regocija, ó se apesadumbra, comenzará sin falta ninguna por arquear el talle con elegancia (Pigassoff se encorvó de una manera disforme y extendió los brazos) y luego exclama: « ¡Ah! » ó se echa á reir ó á llorar. Sin embargo, un día (Pigassoff soltó la risa con complacencia) encontré la expresión de una sensación verdadera, no fingida, y fué en una joven notablemente afectada.

—¿Y cómo sucedió eso?

Los ojos de Pigassoff brillaron.

—La metí por detrás un estacazo en un costado, dió un grito penetrante y la dije: « ¡Bravo, bravo! ¡Esa es la voz de la naturaleza, un grito natural! ¡Recuérdalo para lo futuro! »

Todo el mundo soltó el trapo á reir.

—¿Qué barbaridades dice V., Africano Simeonovitch? ¿Cómo voy á creer que diera de estacazos en un costado á una joven?—exclamó Daría Micaelovna.

—Fué con una estaca, ¡palabra de honor!, con una estaca muy grande, por el estilo de las que se emplean en la defensa de las fortalezas.

—¡Es un horror eso que dice V., caballero!—exclamó la señorita Boncourt, echando una mirada iracunda á los niños, que se reían á mandíbula batiente.

—No hay que hacerle caso—dijo Daría Micaelovna.—¿No le conocen ustedes?

Sin embargo, la vieja francesa no podía calmar tan pronto su indignación, y continuaba rezongando entre dientes.

—Son Vds. muy dueños de no creerme—continuó Pigassoff con sangre fría;—pero les afirmo que he dicho la pura verdad. ¿Quién lo sabrá mejor que yo? Según eso, tampoco creerán Vds. que nuestra vecina Elena Antonovna Tchepuzoff me ha dicho ella misma, fíjense Vds. bien, ella misma, cómo ha hecho morir á su propio sobrino.

—¡Esas son otras cosas imaginarias!

—¡Permitan, permitan Vds.! Escuchen y juzguen por sí mismos. Nótese bien que de ningún modo quiero calumniarla: amo á Elena Antonovna tanto como se puede amar á una mujer. El almanaque es el único libro que se encuentra en su casa, y no sabe leer más que en alta voz. Además, este ejercicio la hace transpirar y quejarse en seguida de que los ojos se le saltan de las órbitas... En una palabra, es una buena criatura y sus doncellas están gordas. ¿Por qué había de calumniarla yo?

—¡Vamos!—dijo Daría Micaelovna—ya tenemos á Africano Simeonovitch á horcajadas en su caballito. Ya hay jinete hasta la noche.

—¡Mi caballito!... Las mujeres los tienen de tres especies y de los cuales no se apean jamás. ¡Y gracias que no se duerman!

—¿Cuáles son esos tres caballitos?

—La recriminación, la alusión y la acusación.

—¿Sabe V., Africano Simeonovitch—replicó Daría Micaelovna—que quizá tenga V. alguna razón para atacar así á las mujeres? Preciso es que alguna le haya...

—¿Ofendido, quiere V. decir?—interrompió Pigassoff.

Darí Micaelovna se turbó un poco: acordóse del matrimonio de su interlocutor y se limitó á menear la cabeza.

—Una mujer me ha ofendido verdaderamente—continuó Pigassoff.—Y sin embargo, era buena, buenísima.

—¿Quién?

—¡Mi madre!—respondió Pigassoff, bajando la voz.

—¿Su madre? ¿De qué manera pudo ofenderle?

—Echándome al mundo.

Darí Micaelovna frunció las cejas, y dijo:

—Me parece que nuestra conversación toma un giro poco divertido... Constantino, tóquenos la nueva fantasía de Thalberg... Quizá los sonidos de la música, Africano, le calmen á V. Orfeo amansaba las fieras.

Constantino se sentó al piano y tocó bastante bien. Natalia Alexievna comenzó por escuchar atenta y volvió luego á su labor.

—¡Gracias, es lindísima!—dijo Daría Micaelovna.—Me gusta Thalberg. ¡*Es tan distinguido!* (Esta frase la pronunció en francés.) ¿En qué piensa V., Africano Simeonovitch?

—Pienso—dijo éste con lentitud—

que hay tres especies de egoístas: los que viven y dejan vivir á los demás, los que viven y no dejan vivir á otros, y, por último, los que no viven ni dejan vivir á nadie... La mayor parte de las mujeres pertenecen á la tercera categoría.

—¡Qué amable! Sólo me pasma una cosa, Africano Simeonovich, y es su presuntuosa confianza en sus propios juicios, como si no se equivocase V. nunca.

—¿Quién dice eso? Yo también me equivoco; todos los hombres se equivocan. Pero ¿sabe V. la diferencia entre el error de los hombres y el error de las mujeres? ¡No, V. no lo sabe! Consiste en esto: un hombre podrá decir, por ejemplo, que dos y dos no son cuatro, sino cinco; una mujer dirá que dos y dos son... una vela de cera.

—Creo haberle oído á V. decir eso otra vez... Pero permítame que le pregunte: ¿qué relación hay entre su pensamiento acerca de las tres especies de egoísmos, y la composición que acabamos de oír?

—Ninguna. Ni siquiera he escuchado la música.

—Vamos, padrecito—replicó Daría Micaelovna;—veo que es incorregible y merece que le arrojen á las ortigas. Pero si la música no le agrada á V., ¿qué le gusta? ¿La literatura, por casualidad?

—Me gusta la literatura, pero no la de ahora.

—¿Por qué?

—Por esto: no hace mucho tiempo que cruzaba yo el Oka en una barca

con cierto caballero. La barca llegó á una orilla escarpada y hubo que transportar á brazo los coches. La carretela del caballero era muy pesada. Mientras los barqueros se esforzaban por arrastrarla á la orilla, el caballero permaneció dentro de la barca dando tales gemidos que casi me inspiraba lástima. «He aquí (dije para mi capote) una nueva aplicación del principio de la división del trabajo.» Ese caballero se asemeja á la literatura actual; otros echan los bofes y realizan la tarea, y ella entre tanto gime.

Darí Micaelovna se sonrió.

—Y eso es lo que llaman producción literaria de nuestra época—continuó el impertérrito Pigassoff— profunda simpatía por las cuestiones sociales y sabe Dios qué más... ¡Ah, cuánto me abruma esas palabras de relumbrón!

—Pero, á lo menos, las mujeres, de quienes hace V. chacota, no emplean esas palabras de relumbrón.

Pigassoff se encogió de hombros.

—Si no las emplean, es porque no saben servirse de ellas.

Darí Micaelovna se ruborizó ligeramente.

—Comienza V. á decir impertinencias, señor Pigassoff—respondió con una risa forzada.

Hubo un instante de profundo silencio.

—¿Dónde está Zolotonoca?—preguntó de pronto á Bassistoff uno de los niños.

—En el gobierno de Poltava, amiguito mío—respondió Pigassoff;—en el mismo centro de la Khokholandia.

(Aprovechó este motivo para cambiar el asunto de la conversación.) Puesto que hablamos de literatura, diré que, si tuviese dinero de sobra, me haría poeta pequeño-ruso.

—¡Vaya una novedad, famoso poeta! —exclamó Daría Micaelovna.—¿Pero habla V. el idioma de la Rusia Menor?

—Ni por el forro; pero no hace falta.

—¡Que no hace falta! Pues ¿y cómo?

—He aquí cómo. Sólo se trata de coger una cuartilla de papel, en lo alto de la cual se escribe «Meditación»; luego se ensartan cierto número de palabras sin sentido ninguno, pero con entonación pequeño-rusa é intención patriótica; se les hace rimar pegue ó no pegue, y se publica. El pequeño-ruso lo lee, se apoya sobre los codos y de fijo que llora. ¡Es un alma tan impresionable!

—¡Por el cielo! —exclamó Bassistoff.—¿Qué dice V. ahí? Eso no tiene sentido común. He vivido en la Rusia Menor, me gusta aquella lengua, la conozco... Eso que nos cuenta V. es increíble.

—Posible será, pero no por eso llora menos el Khokhol. ¿Lengua, dice V?... ¿Acaso existe una lengua pequeño-rusa? Una vez pedí á un khokhol que me tradujera la primera frase que se me ocurriese, por ejemplo, ésta: «Gramática es el arte de hablar y escribir correctamente.» ¿Sabe V. cómo la tradujo, y de qué lengua se valió? De la lengua rusa, sólo que convirtiendo las *z* en *y*, y pronunciando de un modo gutural y duro que destrozaba el tímpano. ¿Cuál es, pues, esa lengua, se-

gún V. la llama? ¿Es una lengua independiente? Antes que admitir eso, me resignaría á majar á mi mejor amigo en un mortero.

Bassistoff iba á responder.

—Pero, ¡déjele V.! —exclamó Daría Micaelovna.—¿No sabe V. que de él nunca se sacan más que paradojas?

Pigassoff se sonrió con malicia. Un criado entró á anunciar á Alexandra Pavlovna y su hermano.

Darí Micaelovna se levantó para recibir á sus huéspedes.

—¡Buenos días, Alejandrina! ¿Qué bien ha hecho V. en venir? Buenos días, Sergio Pavlitch.

Volinzoff estrechó la mano de Daría Micaelovna y se acercó á Natalia Alekxievna.

—¿Tendremos hoy á su nuevo conocido el barón? —preguntó Pigassoff.— Dicen que es un gran filósofo, que lanza Hegel á chorro continuo.

Darí Micaelovna no respondió; hizo sentarse á Alexandra Pavlovna en el diván y se colocó junto á ella.

—Filosofía —continuó Pigassoff;— ¡el punto de vista más elevado! Es mi muerte ese punto de vista elevado. ¿Y cómo se puede ver desde una altura? ¿Nos iremos á subir á una torre para examinar un caballo cuando se trata de comprarlo?

—Ese barón, ¿no le trae á V. cierto artículo? —preguntó Alexandra Pavlovna.

—Trae un artículo —respondió con calculada indolencia Daría Micaelovna; —un artículo acerca de las relaciones entre el comercio y la industria en Ru-

sia... Pero no teman Vds., no vamos á leerlo ahora... No les he invitado á Vds. para eso. El barón es tan amable como sabio. ¡Habla tan bien el ruso! Es un verdadero torrente... *os arrebató*. (Estas dos últimas palabras las dijo en francés.)

—Habla tan bien el ruso—murmuró Pigassoff—que merece elogios en francés.

—Gruña V. siempre, Africano Simeonovitch, gruña... eso cuadra muy bien con su melena erizada... Pero, ¿por qué tarda el barón? Señores y señoras, ¿quieren Vds. que nos vayamos al jardín?—prosiguió Daría Micaelovna, mirando en torno suyo.—Aún falta cerca de una hora para comer, y hace un tiempo magnífico.

Todo el mundo se levantó y se dirigió al jardín.

El jardín de Daría Micaelovna se extendía hasta el río. Estaba adornado con hosquecillos de acacias é interrumpido por varias calles de tilos viejos de un tono dorado oscuro y llenos de aroma, á través de los cuales veíanse remotas lontananzas de un color verde esmeralda.

Volinzoff, Natalia y la señorita Boncourt, se habían metido por las espesuras del jardín. Volinzoff caminaba junto á la joven, pero sin hablarla. La señorita Boncourt iba un poco atrás.

—¿Qué ha hecho V. hoy?—preguntó por fin Volinzoff á Natalia, retorciéndose las guías de su bigote castaño oscuro.

Las facciones de Natalia recordaban las de su madre, pero su expresión

era menos viva y menos animada. Sus hermosos ojos cariñosos tenían un mirar triste.

—He oído las chuscadas de Pigassoff, he bordado, he leído.

—¿Y qué ha leído Vd.?

—He leído... la *Historia de las Cruzadas*—respondió Natalia después de un momento de vacilación.

Volinzoff la miró, y dijo:

—¡Ah! Eso debe de ser interesante.

Arrancó una rama y comenzó á hacer molinetes al aire con ella. Aún anduvieron una veintena de pasos.

—¿Quién es ese barón á quien conoce su madre de V.?—preguntó de nuevo Volinzoff.

—Es un gentilhombre de cámara. Acaba de llegar. Mamá le hace mucho caso.

—Su madre de V. se deja entusiasmar fácilmente.

—Eso prueba que aún tiene joven el corazón—respondió Natalia.

—Es verdad. Muy pronto le devolveré á V. su caballo. Quisiera conseguir que aprenda á tomar desde el principio el galope, y lo lograré.

—Gracias... pero temo abusar de su complacencia. Lo ha desbravado V. mismo... Dicen que eso es difícil.

—Sabe V., Natalia Alexievna, que siempre me tengo por feliz prestándole el menor servicio... Yo... Pero tales fruslerías no...

Volinzoff se hacía un lío.

Natalia le echó una mirada amistosa, y repitió:

—¡Gracias!

—Ya sabe V.—prosiguió Sergio Pav-

litch al cabo de un largo silencio—que no hay cosa que... Pero ¿por qué le digo esto? Todo lo ha comprendido V.

En aquel momento sonó la campana.

—¡Ah, la campanada de la comida! Volvámonos—exclamó la señorita Boncourt. Y mientras la vieja francesa subía los peldaños de la escalinata detrás de Volinzoff y de Natalia, decía en su fuero interno: «¡Qué lástima que este encantador mancebo tenga tan pocos recursos en la conversación!» Lo cual puede traducirse así: «Eres un guapo mozo, pero un poco arrimado á la cola.»

El barón no llegó á la comida. Le aguardaron media hora. En la mesa no se animaba la conversación. Sergio Pavlitch no hacía sino contemplar á Natalia á hurtadillas. Estaba sentado junto á ella y no se cansaba de echarle agua en el vaso. Pandalewski trataba en vano de llamar la atención á su vecina Alexandra Pavlovna. Derretíase casi á fuerza de dulzura, pero á ella costábale trabajo no bostezar. Bassistoff hacía bolitas de pan y no pensaba en nada. El mismo Pigassoff se callaba, y cuando Daría Micaelovna le hizo observar que no estaba amable este día, respondió con tono melancólico:

—¿Y cuándo soy amable? Eso no va conmigo.—Y añadió con amarga sonrisa:—Tenga V. paciencia; mire V., yo soy *kvass*, simple *kvass* ruso, mientras que su gentilhombre de cámara...

—¡Bravo!—exclamó Daría Micaelovna.—Pigassoff está celoso; está celoso por anticipado.

Pero Pigassoff no respondió nada y

limitóse á mirarla de reojo. Dieron las siete, y todo el mundo volvió al salón.

—Parece que no viene—dijo Daría Micaelovna.

En el mismo instante se oyó rodar un carruaje. Entraba en el patio un pequeño *tarantass*. Momentos después apareció un criado presentando á Daría Micaelovna una carta en una bandeja de plata.

La leyó de cabo á rabo, y dirigiéndose al lacayo, le dijo:

—¿Dónde está el caballero que ha traído esta carta?

—Está en el coche. ¿Ordena la señora que se le reciba?

—Sí; suplíquele que pase.

Salió el criado.

—¡Qué fastidio!—añadió Daría Micaelovna.—El barón ha recibido orden de regresar inmediatamente á Petersburgo. Me envía su artículo con un amigo suyo, un señor Rudín. El barón pensaba presentármelo; le quiere mucho. Pero, ¡qué mala sombra! Esperaba yo que el barón se establecería aquí...

En esto, reapareció el criado, anunciando:

—El señor Demitrio Nicolaitch Rudín.

IV

El recién venido podría tener unos treinta y cinco años. Era de elevada estatura, aunque un poco encorvado.

Tenía rizado el cabello, morena la tez, el rostro poco regular, pero expresivo é inteligente. Un húmedo brillo relumbra en sus ojos de color azul oscuro, chispeantes de vivacidad; su nariz era ancha y recta, fuertes y bien dibujados sus labios. Las prendas que vestía estaban rozadas y estrechas, como si hubiese ensachado desde que las poseía.

Se acercó rápido á Daría Micaelovna, la hizo una profunda reverencia, y dijo que desde mucho tiempo atrás deseaba tener el honor de serle presentado, y que su amigo el barón sentía mucho no haber podido despedirse en persona de ella.

La voz amaricada de Rudín no correspondía ni á su estatura, ni á su robusto pecho.

—Tenga V. la bondad de tomar asiento; tengo la más viva satisfacción en conocerle á V.—dijo Daría Micaelovna.

Después le presentó á todas las personas que se encontraban allí, y le preguntó si habitaba en la comarca y si sólo venía como viajero.

—Tengo mi hacienda en el gobierno de T.—respondió Rudín, con el sombrero puesto en las rodillas.—No hace mucho tiempo que estoy aquí; he venido por asuntos particulares, y resido accidentalmente en la cabeza de este distrito.

—¿En casa de quién?

—En casa del médico. Es un antiguo colega de la universidad.

—¡Ah! ¿Con que para V. en casa del médico?... Se habla muy bien de él. Parece que es muy hábil en su arte.

¿Hace mucho tiempo que conoce V. al barón?

—Le encontré este invierno en Moscú, y acabo de pasar una semana en su casa.

—Es un hombre muy inteligente el barón.

—Sí, muy inteligente.

Darí Micaelovna se puso á oler un nudo que había hecho en el pañuelo y que había empapado en agua de Colonia.

—¿Está V. colocado?

—¿Quién, yo?

—Sí, V.

—No... he dimitido.

Hubo un momento de silencio. Después generalizóse otra vez la conversación.

—Permítame —comenzó Pigassoff, dirigiéndose á Rudín—que satisfaga mi curiosidad, preguntándole si conoce V. el contenido del artículo enviado por el señor barón.

—Lo conozco.

—Si no me engaño, ese artículo trata de las relaciones del comercio... no, me equivoco... entre la industria y el comercio en nuestro país... Me parece, Daría Micaelovna, que así ha tenido V. á bien epigrafiar el artículo.

—En efecto, ese es el tema—respondió Daría Micaelovna, llevándose la mano á la frente.

—Con seguridad soy mal juez en esas cuestiones—prosiguió Pigassoff; —pero debo confesar que el mismo título de la obra me parece... ¿Cómo podría decirlo con delicadeza?... Me parece... muy oscuro y enrevesado.

—¿Por qué le parece á V. así?

Pigassoff se sonrió, echando una mirada á Daría Micaelovna.

—¿Lo encuentra V. claro?—añadió, dirigiendo de nuevo á Rudín su cara de zorro.

—¿Yo? Sí.

— Naturalmente, debe V. saberlo mejor que yo.

—¿Le duele á V. la cabeza?—preguntó Alexandra Pavlovna á Daría Micaelovna.

—No... Esto no es nada... es nervioso.

—Permítame V. preguntarle—continuó Pigassoff con voz nasal—si su conocido el señor barón Muffel... creo que así se llama...

—En efecto.

—Si el señor barón Muffel se ocupa especialmente de economía política, ó si consagra á esa interesante materia las horas de vagar que le dejan las diversiones de sociedad y los deberes de su cargo oficial.

Rudín fijó la vista en Pigassoff.

—El barón no es más que un aficionado en estas materias—respondió, ruborizándose un poco—pero hay en su artículo muchas apreciaciones exactas y curiosas.

—No puedo discutir con V., porque no conozco su trabajo. Pero no sé si me atreva á preguntarlo: la obra de su amigo el barón de Muffel, ¿trata más bien de disquisiciones generales que de hechos, no es así?

—Encuéntrense en ella hechos y disertaciones relativas á los hechos mismos.

—¿De veras? ¡De verás! Le diré á V. que, según mi parecer—y puedo echar mi cuarto á espadas cuando llega el caso, habiendo estudiado tres años en Dorpat—todas esas pretendidas consideraciones generales, esas hipótesis, esos sistemas... dispéñeme V..., soy un provinciano y voy derecho al bulto... no sirven jamás para maldita de Dios la cosa. No son más que abstracciones; eso es valedero nada más que para descarriar á la gente. Presénteme Vds. hechos, señores; ese es su deber.

—¡Verdaderamente! —replicó Rudín.—Pero ¿no se debe explicar el sentido de los hechos?

—¡Las disertaciones generales!—prosiguió Pigassoff.—¡Me apestan esas digresiones, esos puntos de vista, esas conclusiones! Todo eso se funda en lo que llaman convicciones. Cada cual habla de las suyas, exige que se respeten, que se traigan y lleven. ¡Ah! ¡Ah!

Y Pigassoff daba manotazos al aire. Pandalewski se echó á reír.

—Muy bien—dijo Rudín.—Según V., ¿no hay convicciones?

—No, no existen.

—¿Es esa la convicción de V.?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo dice V. que no las hay? Para no ir más lejos: ahora acaba de expresar V. una.

Todo el mundo comenzó á sonreirse y á mirarse.

—Permítame, sin embargo—replicó Pigassoff.

Pero Daría Micaelovna palmoteó, exclamando:

—¡Bravo, bravo! ¡Pigassoff está derrotado, y bien derrotado!

Y con dulzura quitó de las manos el sombrero á Rudín.

—Dígnese V. esperar aún antes de alegrarse, señora. ¡Un poco de paciencia!—exclamó Pigassoff con despecho. —No basta decir chacotas con tono de superioridad; es preciso probar, refutar... Nos hemos alejado del tema de la discusión.

—Permítame V. á su vez—observó Rudín con sangre fría:—la cosa es muy sencilla. V. no cree en la utilidad de las disertaciones generales; V. no cree en la convicción...

—No, no creo y no creo. Yo no creo en nada.

—Muy bien; entonces es V. un escéptico.

—No veo la necesidad de emplear una palabra tan sabihonda. Por lo demás...

—¡No interrumpa V.!—exclamó Daría.

—¡*Kis, kis, kis!*—decíase en este momento Pandalewski con viva satisfacción.

—Esa palabra expresa mi pensamiento—continuó Rudín.—V. la comprende: ¿por qué no servirse de ella? V. no cree en nada. Entonces, ¿por qué cree V. en los hechos?

—¿Cómo que por qué? ¡Pues tiene gracia! Los hechos son cosas conocidas; cada cual sabe lo que son esos hechos... Los juzgo con arreglo á la experiencia, con arreglo á mis propias sensaciones.

—Sí. Pero las sensaciones de V., ¿no

pueden inducirle á error? ¿No le dicen que el sol gira alrededor de la tierra? ¿Acaso no está V. conforme con Copérnico? ¿Quizá no cree V. en él?

De nuevo apareció en todas las caras la sonrisa, y todos los ojos se fijaron en Rudín. «Es hombre de chispa,» se decía cada uno.

—Tiene V. el don de tomarlo todo á guasa—dijo Pigassoff.—Ciertamente que eso es muy original, pero no hace adelantar un paso las cuestiones.

—Siento mucho que no haya habido ni pizca de originalidad en todo lo que he dicho hasta ahora—respondió Rudín.—Todo ello se conoce desde hace mucho tiempo y se ha repetido mil veces. Pero no se trata de eso...

—¿Pues de qué, entonces?—interrumpió Pigassoff con alguna impudencia.

En toda discusión tenía por costumbre empezar por burlarse de su adversario, volverse grosero después, y, por último, enfurruñarse y callar.

—Vea V. de qué se trata—continuó Rudín.—Confieso que no puedo oír, sin una pena sincera, á personas inteligentes atacar delante de mí...

—... A los sistemas—añadió Pigassoff.

—Pues bien, sí, á los sistemas, si no lo lleva V. á mal. ¿Por qué le ofusca á V. tanto esta palabra? Cada sistema se funda en el conocimiento de las leyes generales, principios de vida...

—Sí. Pero le pregunto á V.: ¿cómo conocerlos, cómo descubrirlos?

—Permítame. Naturalmente que no

son accesibles para todos, y el hombre se equivoca con facilidad. Pero, sin duda, convendrá V. conmigo en que Newton ha descubierto algunas de esas leyes fundamentales. Verdad es que era un hombre de genio; pero los descubrimientos del genio son grandes justamente porque se hacen accesibles para todos. Esa tendencia á buscar los principios generales en los fenómenos particulares es uno de los caracteres culminantes del espíritu humano, y de toda nuestra civilización.

—¡Ah, ah! Vds. tienden á eso—respondió Pigassoff con voz mustia.—Yo soy un hombre práctico, me enorgullezco con el título de hombre práctico, y no doy en esos tiquis miquis metafísicos; no quiero dejarme arrastrar por ellos.

—Está V. en su derecho. Pero, sin embargo, advierta que ese deseo de ser un hombre exclusivamente práctico es ya una especie de sistema, de teoría...

—¡Civilización, dice V.!—continuó Pigassoff, sin escuchar.—Con eso pretende V. maravillarnos. ¿Para qué es buena esa civilización tan cacareada? Por mi parte, no daría por ella un cuarto.

—Pero ¡qué mal discute V., Africano Simeonovitch!—interrumpió Daria Micaelovna, interiormente satisfecha de la serenidad y exquisita cortesía de su nuevo conocido.

«Es un hombre en toda regla—pensó, mirando á Rudín con una expresión benévola;—hay que camelarlo.»

—No quiero defender á la civilización—continuó Rudín, después de ca-

llarse un instante.—No necesita de mi defensa. V. no la quiere... Cada cual tiene sus gustos. Además, esto pudiera llevarnos harto lejos. Sólo me permito recordar á V. el antiguo dicho: «Te enfadas, Júpiter; luego no tienes razón.» Quiero decir que todos esos ataques contra los sistemas, las ideas universales, etc., más que nada, afligen, porque negando los sistemas suele venirse á parar casi siempre á negar el saber, la ciencia, y á perder la fe que inspiran, es decir, la fe en sí mismo, en sus propias fuerzas. Esta confianza es necesaria para los hombres. No se puede vivir sólo de impresiones. Mala cosa es temer al pensamiento y no creer en él. El escepticismo no conduce más que á la esterilidad y á la debilidad...

—Eso no es más que palabras—murmuró Pigassoff.

—Es posible. Pero permítame V. hacerle observar que al decir «eso no es más que palabras», á menudo tratamos de eximirnos de la necesidad absoluta de decir alguna cosa más sensata que esas mismas palabras.

—¿Cómo?—dijo Pigassoff frunciendo el entrecejo.

—Ya me entiende V. lo que quiero decir—contestó Rudín, con involuntaria impaciencia que sofrenó en seguida.—Lo repito: si un hombre no tiene principios fijos en los cuales crea, si no tiene terreno donde sostenerse con firmeza, ¿cómo podrá darse cuenta de las necesidades, del destino, del porvenir de su país? ¿Cómo podría saber lo que debe hacer él mismo, si...

—¡Le cedo á V. el puesto!—dijo bruscamente Pigassoff, saludando y retirándose á un rincón, sin mirar á nadie.

Rudín le echó una mirada, sonrióse ligeramente y se calló.

—¡Ah, ya está en fuga!—exclamó Daría Micaelovna.—No se apure V., Demetrio... Dispense V., ¿cómo se llamaba su padre?—continuó, con afectuosa sonrisa.

—Nicolás.

—No se inquiete V., Demetrio Nicolaitch; aquí no nos hemos engañado nadie. Quisiera hacerle creer á V. que no quiere discutir, cuando comprende que no puede. Pero acérquese V. más á nosotros para charlar...

Rudín adelantó su butaca.

—¿Cómo no nos hemos encontrado nunca hasta ahora?—prosiguió Daría Micaelovna.—Eso me extraña... ¿Ha leído V. este libro? Es de Tocqueville.

Daríá alargó el libro francés á Rudín, quien lo tomó, volvió varias hojas y lo volvió á colocar en la mesa, respondiendo que no había leído precisamente aquella obra, pero que á menudo había meditado acerca de las cuestiones de que trataba Tocqueville.

Quedaba iniciada la conversación. Al principio, Rudín parecía vacilar, no encontrando palabras que pudiesen reflejar sus ideas; pero por fin se enardecíó y habló con fluencia. Al cabo de una hora, su voz era la única que se oía en el salón. Habíase agrupado en torno de él todo el mundo. Sólo Pigassoff permanecía en un rincón, junto á la chimenea. Rudín se

expresaba con talento, con fuego y con buen sentido; era hombre de mucho saber y gran copia de lectura. Nadie había se esperado hallar en él un hombre notable. ¡Iba tan mal vestido, se hablaba tan poco de él! A todos les parecía extraño y hasta incomprendible que pudiera aparecer así de pronto en el campo un hombre de tanto ingenio. Por eso mismo les asombraba más Rudín; hasta puede decirse que los hechizaba á todos, empezando por Daría Micaelovna.

Hallabase ésta orgullosa de su nuevo conocido, y pensaba ya por anticipado en el modo cómo iba á patrocinarlo en la buena sociedad, pues á pesar de los años era muy entusiasta en sus primeros impulsos. Alexandra Pavlovna, á decir verdad, poca cosa había comprendido de los discursos de Rudín, mas no por eso estaba menos sorprendida y encantada. Su hermano compartía sus sentimientos. Pandalewski observaba á Daría y estaba celoso. Pigassoff decíase á sí propio: «¡Por cincuenta rublos pudiera yo comprar un ruseñor de mejor canto!»

Pero Bassistoff y Natalia eran los más fuertemente impresionados. Bassistoff casi estaba sin resuello; sentado, boquiabierto, y encandilados los ojos, escuchaba como jamás había escuchado en su vida. En cuanto á Natalia, cubríase de un débil rubor su rostro; y su mirada, más profunda y á la vez más clara, estaba fija, inmóvil, en Rudín.

—¡Qué hermosos ojos tiene!—la dijo Volinzoff al oído.

—Sí, muy hermosos.

—Pero es lástima que sus manos sean tan grandes y tan rojas.

Natalia no respondió nada.

Sirvieron el té. La conversación se hizo más general; pero por el modo repentino de callarse todos en cuanto habría la boca Rudín, podía juzgarse la impresión que causaba. De pronto diéronle ganas á Daría Micaelovna de enzarzar á Pigassoff. Acercóse á él y le dijo á media voz:

—¿Por qué se calla V. y se sonríe con socarronería? Trate V. de luchar otra vez con él.

Y luego, sin aguardar la respuesta, hizo una seña con la mano á Rudín, y mostrándole á Pigassoff dijo:

—Tiene una particularidad que no conoce V. aún: es un implacable enemigo de las mujeres. Se mofa de ellas sin cesar. Trate V. de corregirle de esa extravagancia.

Involuntariamente, Rudín miró á Pigassoff de arriba á abajo: le llevaba más de la cabeza.

Poco le faltó á éste para ahogarse de cólera; su biliosa cara se puso aún más pálida.

—Daría Micaelovna se engaña—respondió con voz insegura.—No me mofo de las mujeres solamente, sino del género humano en general.

—¿Y qué ha podido hacerle á V. formar tan mala opinión?—preguntó Rudín.

Pigassoff se le quedó mirando á lo blanco de los ojos.

—Probablemente el conocimiento de mi propio corazón, en el cual descubro

cada día nuevas miserias. Juzgo de los demás con arreglo á mí mismo, lo cual tal vez sea injusto. Yo soy más malo que los demás. ¿Qué quiere V.? Es hábito adquirido.

—Le comprendo y simpatizo con V.—respondió Rudín.—¿Cuál es el alma noble y pura que no ha sentido la sed de la humildad para consigo misma? Pero no es posible quedarse en esa situación sin salida.

—Doy á V. las gracias humildemente por el certificado de nobleza que otorga á mi alma—respondió Pigassoff.—Pero no me quejo de mi situación; no es mala. Aunque conociese otra salida, no sé verdaderamente si haría uso de ella.

—Pues eso se llama (dispéñeme la frase) preferir la satisfacción de su amor propio al deseo de estar y de vivir dentro de la verdad.

—Lo creo—exclamó Pigassoff.—El amor propio: comprendo esta palabra, y supongo que también V. y todo el mundo la comprenden. En cuanto á la verdad, ¿en dónde se halla?

—Que se repite V., se lo adviertó—hizo notar Daría Micaelovna.

Pigassoff se encogió de hombros.

—Pregunto, ¿dónde está la verdad? Los mismos filósofos no lo saben. Kant dice: allí está. Pero Hegel responde: no, deliras; está aquí.

—¿Con que sabe V. lo que dice Hegel?—preguntó Rudín sin levantar la vista.

—Repito—continuó Pigassoff, enardecíendose—que no puedo comprender lo que es la verdad. En mi concepto, no

está en este mundo; la palabra se encuentra en él, es cierto, pero la cosa no existe.

— ¡Caramba! — exclamó Daría Micaelovna. — ¿Cómo no le da á V. vergüenza hablar así, pecador empedernido? ¡Conque no hay verdad! Entonces, ¿para qué sirve vivir en este mundo?

— En todo caso — respondió con acritud Pigassoff — más fácil sería para V. vivir sin la verdad que sin su cocinero Stepan, que es maestro consumado en su arte. Y dígame, por favor, ¿qué falta le hace á V. la verdad? ¿Puede servir para arreglar trapos?

— Burlarse así no es responder — interrumpió Daría.

— Yo no sé si la verdad salta á la vista, pero parece que eso lo hace la sinceridad — murmuró Pigassoff, volviéndose con ira á su rincón.

En cuanto á Rudín, habló del amor propio y con gran acierto. Probó que el hombre sin amor propio es nulo, que este sentimiento es la palanca de Arquímedes con la cual puede cambiarse de sitio el mundo; pero que, al mismo tiempo, sólo es digno del título de hombre quien sabe dominar su amor propio, como el jinete á su caballo, y sacrifica su persona al bien general.

— El egoísmo — añadió — es el suicidio. El hombre egoísta se seca como el árbol solitario y sin fruto; pero el amor propio, como tendencia activa hacia la perfección, es la fuente de toda grandeza. Sí, el hombre debe romper el terco egoísmo de su personalidad, á fin de poder manifestarse libremente.

— ¿Podría V. prestarme un lapicero? — preguntó Pigassoff á Bassistoff. Bassistoff tardó un instante en comprender esta pregunta.

— ¿Para qué un lápiz? — respondió por fin.

— Para escribir esta última frase del señor Rudín. Merece conservarse. Si no se inscribiese, pudiera olvidarse, y eso sería una gran desdicha.

— Hay cosas de que no se debe reír ni burlarse — replicó Bassistoff con brío, apartándose de Pigassoff.

Durante ese tiempo, Rudín se había aproximado á Natalia, quien se levantó, expresando turbación su rostro. También se levantó Volinzoff, que estaba sentado junto á ella.

— Aquí hay un piano — dijo Rudín. — ¿Toca V.?

— Sí — respondió Natalia; — pero ahí tiene V. á Constantino Diomiditch, que toca mucho mejor que yo.

Este levantó la cabeza y enseñó los dientes.

— Hace V. mal en decir eso, Natalia Alexievna. Es V. tan fuerte como yo.

— ¿Conoce V. el *Erlkönig* de Schubert? — preguntó Rudín.

— Ciertamente, ciertamente — respondió Daría Micaelovna. — Siéntese V. al piano, Constantino. ¿Le gusta á V. la música, Demetrio Nicolaitch?

Rudín no hizo más que inclinar ligeramente la cabeza y pasarse la mano por el cabello, como si estuviese dispuesto á escuchar. Constantino tocó.

Natalia estaba de pie junto al piano, en frente de Rudín, cuya cara tomó una expresión inspirada desde los pri-

meros acordes. Sus ojos, de un color azul oscuro, vagaban lentamente al azar, y de vez en cuando se dirigían á Natalia.

Constantino cesó de tocar.

Rudín no dijo nada y se acercó á la ventana abierta. Una oscuridad llena de aromas extendíase por el jardín, como un velo vaporoso. Los árboles exhalaban una frescura enervante. Las estrellas centelleaban con suavidad. Aquella noche de verano parecía acariciadora y acariciada.

Rudín echó una mirada al jardín, y se volvió.

—Esta música y esta noche— dijo— me recuerdan mis años de estudiante en Alemania, nuestras reuniones, nuestras serenatas...

—¿Ha estado V. en Alemania?— preguntó Daría.

—He pasado un año en Heidelberg y casi otro tanto en Berlín.

—¿Y llevaba V. el traje de los estudiantes? Dícese que visten de un modo particular.

—Llevaba en Heidelberg botas altas, con espuelas, y levita con alamares. También me dejaba la melena hasta los hombros... En Berlín, los estudiantes visten como todo el mundo.

—Cuéntenos V. algo de su vida de estudiante—dijo Alexandra Pavlovna.

Rudín comenzó su relato. No obtuvo muy buen éxito. Sus descripciones no tenían colorido. No tenía el don de hacer reír. Bien pronto abandonó el relato de sus aventuras en el extranjero, por reflexiones generales acerca de la finalidad de la civilización y de la ciencia,

respecto á las universidades y la vida universitaria en general. Bosquejó un vasto cuadro, con toques francos y enérgicos. Todos le escuchaban con la más profunda atención. Hablaba como maestro, de una manera irresistible; y, sin embargo, á veces faltábale claridad.

Pero esa vaguedad misma aumentaba el particular encanto de su palabra. La exuberancia de ideas parecía impedir á Rudín expresarse con exactitud y precisión. Sucediáanse las imágenes á las imágenes; nacían unas de otras las comparaciones, ora llenas de una audacia inesperada, ora de una verdad pasmosa. Su improvisación impaciente era toda ella inspirada, sin recordar nunca la sutileza satisfecha de un parlanchín consumado. No rebuscaba las expresiones. Acudíanle por sí solas á los labios las palabras, libres y sumisas; y diríase que cada una de ellas se exhalaba derecha desde su corazón, encendida aún con todo el fuego del convencimiento. Rudín poseía en el más alto grado lo que pudiera llamarse la música de la elocuencia. Bastábale tocar una de las cuerdas del alma para hacerlas vibrar todas.

Más de un oyente quizá no acababa de comprenderle; pero ensanchábasele el pecho con fuerza, parecía desgarrarse un velo ante sus ojos, y algo así como radiante aparecérsele en lontananza.

Los pensamientos de Rudín, orientados todos ellos hacia lo futuro, comunicaban á su fisonomía un esplendor de impetuosa juventud.

De pie junto á la ventana, hablaba sin mirar á nadie, inspirado por la belleza de la noche, la atención y simpatía generales, así como por la presencia de mujeres jóvenes. Arrebatado por su propia emoción, se elevaba hasta la elocuencia y la poesía. El sonido bajo y concentrado de su voz aumentaba aún más el prestigio. Hubiérase dicho que sus labios expresaban cosas superiores, que él mismo no se esperaba. Hablando de lo que da una significación eterna á la pasajera vida del hombre, dijo al terminar:

—Me acuerdo de una leyenda escandinava. El tsar y sus guerreros están sentados alrededor de la lumbre en una estancia larga y oscura. La escena pasa de noche, en invierno. De pronto entra un pajarillo por una puerta abierta y sale volando por otra. «Ese pájaro es como el hombre en la tierra: sale de la oscuridad para volver á las tinieblas, y sólo permanece un instante al calor y á la luz.» «Tsar—contestó el más viejo de los guerreros:—el ave no se pierde en lo oscuro, sabe encontrar su nido.» Nuestra vida es rápida, sin duda; pero todo lo que es grande lo realiza el hombre. La conciencia de ser instrumento de las fuerzas superiores debe indemnizarle de todos los demás goces; hasta en la muerte misma encuentra su vida, su nido.

Rudín se detuvo y bajó los ojos con una turbación involuntaria.

—¡Es V. un poeta!—dijo á media voz Daría Micaelovna.

Todo el mundo aprobó el elogio, excepto Pigassoff. Este había tomado

tranquilo el sombrero, sin aguardar el final del discurso de Rudín, y se había ido murmurando al oído de Pandalewski, que se encontraba próximo á la puerta:

—Esto es demasiado fuerte; me voy con los imbéciles.

Por supuesto, nadie pensó en detenerlo ni en advertir su ausencia.

Pusiéronse á la mesa para cenar, y media hora después habíase disuelto la tertulia.

Daríá Micaelovna comprometió á Rudín á quedarse aquella noche. Alexandra Pavlovna regresó á su casa en coche con su hermano. Prorrumpía en frecuentes exclamaciones y se pasmaba del extraordinario talento de Rudín. Asentía á ello Volinzoff, no sin hacerla observar que se expresaba á veces un poco confusamente, «es decir... de una manera no siempre inteligible»—añadió, deseando acaso explicar su pensamiento;—y entenebrecíasele el rostro, y su mirada se hacía más triste vagando hacia el rincón del coche.

—Es un hombre muy hábil—dijo Pandalewski en alta voz, en el momento de quitarse los tirantes bordados de seda, cuando se desnudó. Luego, echando de pronto una severa mirada al cosaquito que le servía de ayuda de cámara, le ordenó que saliese de allí en el acto.

Bassistoff no pudo dormirse; estuvo vestido, escribiendo á uno de sus amigos de Moscú una larga carta que le entretuvo hasta el amanecer.

Tampoco durmió Natalia en toda la noche. Tendida en la cama y con la

cabeza apoyada en una mano, dejó vagar la mirada por la oscuridad; latíanle las sienes, y á ratos se escapaba de su oprimido seno un suspiro lánguido.

V

A la mañana siguiente, apenas vestido Rudín, vió aparecer un criado que le invitó de parte de Daría Micaelovna á pasar á su gabinete á tomar el té. Rudín encontró sola á la señora de la casa. Daría Micaelovna le dió los buenos días con un aire muy amable, se informó de si había pasado bien la noche, con sus propias manos le sirvió una taza de té, azucarándosela ella misma, le ofreció después un cigarrillo, y repitió otra vez que estaba muy asombrada de no haberle conocido antes. Rudín se había sentado un poco aparte; pero Daría le indicó una sillita junto á su butaca, y le interrogó acerca de su familia y sus proyectos. Daría Micaelovna hablaba con indolencia y escuchaba de una manera distraída; pero Rudín comprendía muy bien que ella trataba de agradarle y casi le halagaba. No sin falta de misterio había amañado aquella entrevista matutina y se había vestido con aquella sencillez de buen gusto.

Sin embargo, muy pronto cesó de interrogar á su huésped y se puso á hablar de sí misma, de su juventud,

de las personas á quienes había conocido.

Rudín escuchaba con interés. En los relatos de Daría Micaelovna siempre dominaba su personalidad y desvanecía todo lo demás; y muy pronto supo Rudín todo lo que ella había dicho á tal ó cual personaje importante ó conseguido de él, y su influencia con tales y cuales famosos escritores. A juzgar por la conversación de Daría Micaelovna, todas las celebridades contemporáneas no habían pensado más que en relacionarse con ella y merecer su benevolencia.

Hablaba con sencillez, sin entusiasmo; los elogiaba como cosa suya, tratando á algunos de ellos de entes originales. Hablaba como de una rica montura que realza la belleza de una piedra preciosa. Sus nombres formaban como una constelación brillante en torno del nombre principal: el de Daría Micaelovna.

Escuchábala Rudín, fumaba su cigarrillo y se callaba. Rara vez, y con ligeras observaciones, interrumpía la cháchara de la dama. Aunque elocuente por naturaleza y aficionado á hablar, sabía oír; y aquellos á quienes no intimidaba su rapidez de elocución hacíanse fácilmente expansivos en presencia suya, pues tanta benevolencia ponía en seguir el hilo del ajeno discurso. Tenía ese gran fondo de campechano indiferentismo propio de los que se conceptúan superiores á los demás. Pero en las discusiones rara vez dejaba la última palabra á su adversario, y le aplastaba con su dialéc-

tica impetuosa y apasionada. Daría Micaelovna hablaba en ruso y parecía orgullosa de su perfecto conocimiento de la lengua materna; sin embargo, dejaba escapar á menudo galicismos y palabras francesas. Trataba de emplear locuciones sencillas y populares, mas no siempre lo conseguía. El oído de Rudín no se mostraba de ningún modo ofendido por la algarabía del lenguaje que brotaba de los labios de Daría Micaelovna. Esta se cansó por fin, y apoyando la cabeza en el mullido respaldo de la butaca, dirigió vagas miradas á Rudín.

—Comprendo—dijo éste con voz lenta;—comprendo por qué pasa V. todos los veranos en el campo. Necesita V. ese descanso después de la agitada vida de ciudad. El sosiego de los campos refresca á V. y le da nuevas fuerzas. Estoy seguro de que simpatiza V. profundamente con las bellezas de la naturaleza.

Daríale echó una mirada á hurtadillas.

—La naturaleza... sí, sí, ciertamente. Me gusta mucho; pero sepa V., Demetrio Nicolaitch, que en el campo se necesita un poco de sociedad. Aquí no tengo casi á nadie. Pigassoff es el hombre más chispeante de la comarca.

—¿Ese señor que ayer se enfurruñó?—preguntó Rudín.

—El mismo. En último término, en el campo no es de despreciar. Algunas veces hace reir.

—No es tonto, pero va por mal camino—respondió Rudín.—Yo no sé si es V. de mi parecer, Daría Micaelovna;

mas, para mí, en la negación completa y general no hay salvación. Niéguese todo, y con facilidad se pasará por hombre de ingenio; es un procedimiento conocido. Las gentes sencillas estarán dispuestas en seguida á deducir que quien niega vale más que lo negado; pero á menudo esto es falso. En primer lugar, en todas partes pueden hallarse manchas, y después, aun cuando se hable con sensatez, peor que peor... Orientado el entendimiento exclusivamente hacia la negación, se empobrece y se seca. Satisfácese el amor propio, pero se priva de los verdaderos goces del corazón y del alma. La vida y todo lo que la compone se escapan de la observación superficial y biliosa; se llega á la hipocondría, al marasmo, y se acaba por hacer reir, á la vez que se inspira lástima. Sólo quien sabe amar tiene derecho á censurar y reprender.

—Queda enterrado el señor Pigassoff—dijo Daría Micaelovna.—Verdaderamente, es V. consumado maestro en el arte de definir los hombres. Por supuesto, probablemente no podría comprender á V. Pigassoff. Sólo ama á su propia persona.

—La maltrata de palabra para tener derecho á injuriar á los demás—replicó Rudín.

Daríale Micaelovna se echó á reir.

—Pasemos del enfermo al sano—dijo, estropeando el proverbio.—¿Qué piensa V. acerca del barón?

—¿El barón? Es un hombre excelente, de buen corazón y mucho saber; pero no tiene carácter, y seguirá siendo toda su vida un sabio á medias y un

hombre de sociedad, lo cual quiere decir, un *dilectante*, ó, para hablar sin circunloquios, una nulidad. ¡Es lástima!

—Soy del parecer de V.—respondió Daría Micaelovna.—He leído el artículo... entre nosotros... tiene poquísimo fondo.

—¿A quién más ve V. por aquí?—preguntó Rudín, después de un momento de silencio.

Darí Micaelovna hizo caer con el dedo meñique la ceniza de su cigarrillo.

—A casi nadie. Alexandra Pavlovna Lipina, á quien ayer vió V.; es muy guapa, y pare V. de contar. Su hermano es muy bueno, es un perfecto caballero. En cuanto al príncipe Garín, V. le conoce. Y no hay más. Hay otros dos ó tres vecinos, pero sin valor de ninguna especie. Se dan mucho pisto y tienen mucho empaque, y son alternativamente harto tímidos ó atrevidos de sobra. No tienen ningún comediamento. En cuanto á señoras, ya sabe V. que no las veo. Además, tenemos un vecino, de quien se dice que es muy civilizado y hasta sabio, pero es un ente original terrible. Alexandrina le conoce; parece que no es indiferente á él. Debiera V. haberse ocupado de ella, Demetrio Nicolaitch. Alexandrina es una criatura hechicera; sólo hace falta desarrollarla un poco... sí, en absoluto, hay que darla desarrollo.

—Es muy simpática—advirtió Rudín.

—Es enteramente una niña, Demetrio Nicolaitch; una verdadera niña. Ha

estado casada, pero como si no lo estuviese. Si yo fuera hombre, sólo me enamoraría de mujeres así.

—¿De veras?

—Cierto. Esas mujeres tienen por lo menos frescura, cosa que no hay medio de falsificar.

—¿Y lo demás puede falsificarse?—preguntó Rudín echándose á reír, lo cual rara vez le acontecía. (Al reirse, su rostro tomaba una expresión extraña, que casi le daba aspecto de viejo: arrugábansele los ojos, se le doblaba la nariz...)—¿Y quién es ese ente original de que hablaba V. y que no es indiferente á la señora Lipina?

—Cierto propietario de los alrededores, Micael Micaelovitch Lejnieff.

Rudín hizo un gesto de sorpresa.

—¿Con que Micael Micaelovitch Lejnieff es uno de nuestros vecinos?

—Sí. ¿Acaso le conoce V.?

Rudín no respondió en seguida.

—Le conocí antaño... hace ya mucho tiempo. Parece que es rico—continuó jugando con el fleco de la butaca.

—Es rico, aunque viste horrorosamente mal y gasta un *drochki* de carreras, como un administrador. He deseado traerle á mi casa. Dicen que tiene talento. Estoy en tratos con él, con motivo de un asunto de deslindes... Sepa V. que yo misma dirijo la administración de mis bienes.

Rudín inclinó la cabeza.

—Sí, yo misma—prosiguió Daría Micaelovna.—No estoy por las locuras extranjeras; me atengo á nuestras usanzas rusas; y ya ve V. que las cosas no van muy mal—añadió extendiendo

la mano hacia los objetos que la rodeaban.

—Siempre he estado convenido del sumo error de los que niegan espíritu práctico á la mujer—hizo observar con galantería Rudín.

Daríá Micaelovna se sonrió con agrado, respondiendo:

—Es V. muy indulgente. Pero ¿qué iba yo á decirle? ¿De qué hablabamos? Sí, de Lejnieff. Tengo con él un asunto de deslinde y medición de terrenos. Le he invitado varias veces á que venga á verme y le espero hoy mismo; pero, sabe Dios si vendrá... ¡Es un ente tan original!

La cortina que ocultaba la puerta se levantó con suavidad para dejar paso al mayordomo. Era un hombre de elevada estatura, entrecano y calvo. Iba de frac negro, corbata y chaleco blancos.

—¿Qué quieres?—preguntó Daríá Micaelovna; después, volviéndose ligeramente hacia Rudín, añadió á media voz:—¿No es cierto que se parece á Canning?

—Micael Micaelovitch Lejnieff ha llegado—dijo el mayordomo.—¿Recibe la señora?

—¡Ah Dios mío, qué puntual acude al llamamiento!—exclamó Daríá Micaelovna.—Hazle entrar.

Salió el mayordomo.

—Por fin ha venido ese ente original, y á destiempo—dijo Daríá;—interrumpe nuestra conversación.

Iba á retirarse Rudín, pero Daríá Micaelovna le detuvo.

—¿A dónde va V.? Podemos expli-

carnos en presencia de V., y deseo que me lo defina como ha definido á Pigasso. Lo que dice V. queda como grabado con buril. Quédese.

Rudín quiso decir algo, pero hubo de reflexionar y se quedó.

Micael Micaelovitch, á quien ya conoce el lector, acababa de entrar en el gabinete. Llevaba el mismo traje gris, y en sus tostadas manos tenía la misma gorra vieja. Saludó tranquilo á Daríá Micaelovna y se acercó á la mesa del té.

—Por fin se ha dignado V. venir á verme, señor Lejnieff—dijo Daríá Micaelovna.—Siéntese V., se lo ruego. He oído decir que conocía V. á este caballero—continuó, indicando á Rudín.

Lejnieff echó una mirada á este último, y se sonrió de un modo algo particular.

—Conozco al señor Rudín—dijo, inclinándose ligeramente.

—Hemos estado juntos en la Universidad—añadió Rudín á media voz y bajando los ojos.

—Nos hemos vuelto á encontrar después—dijo friamente Lejnieff.

Daríá Micaelovna los miró á los dos con extrañeza y suplicó á Lejnieff que se sentase.

—¿Deseaba V. verme con motivo del deslinde?—dijo éste.

—Sí, con motivo del deslinde y también por el gusto de ver á V. Somos vecinos inmediatos y casi parientes.

—Le estoy á V. muy agradecido—respondió Lejnieff.—Respecto al deslinde, hemos terminado por completo

el asunto con el apoderado general de V. Consiento en todo lo que propone.

—Lo sabía.

—Pero me ha dicho que no podíamos firmar el contrato antes de que tuviese yo una entrevista personal con V.

—Sí, es mi costumbre. A propósito, permítame V. que le pregunte si es cierto que tiene V. á renta á todos sus labradores.

—Es cierto.

—¿Y V. se toma el trabajo de ocuparse de agrimensura? Eso es muy hermoso.

Lejnieff permaneció un instante sin responder, y luego dijo:

—Ya ve V. que he acudido á la entrevista personal.

Daríá Micaelovna se sonrió.

—Veo que ha acudido V. ¡Pero lo dice con un tono! ¡Cualquiera diría que malditas las ganas que tenía V. de venir á verme!

—No voy á ninguna parte—respondió flemáticamente Lejnieff.

—¿A ninguna parte? Pues á casa de Alexandra Pavlovna sí que va V.

—¡Hace tanto tiempo que conozco á su hermano!

—¡Su hermano! Por supuesto, yo no obligo á nadie... Pero dispéñeme, Micael Micaelovitch, soy más vieja que V. y tengo derecho á echarle un trepe: ¿por qué vive V. como un salvaje? ¿Es mi casa en particular la que le desagrada, ó la desagradable para V. es mi persona?

—No la conozco á V., Daríá Micaelovna, de modo que no puede serme V. desagradable. Su casa es encanta-

dora; pero confieso con franqueza que no gusto de cumplidos molestos. No tengo una levita decente, ni tampoco guantes; no pertenezco al círculo de V.

—Por nacimiento y por educación, nos pertenece V., Micael Micaelovitch. Es V. de los nuestros.

—Prescindamos del nacimiento y de la educación, Daríá Micaelovna; no se trata de eso.

—El hombre debe vivir con sus semejantes, Micael Micaelovitch. ¿Qué gusto tiene V. en vivir como Diógenes dentro de su tonel?

—En primer lugar, Diógenes estaba allí muy bien; y en segundo lugar, ¿cómo puede V. saber que yo no vivo entre los hombres?

Daríá Micaelovna se mordió los labios, y dijo:

—Eso es diferente. Sólo me queda sentir no haber tenido el privilegio de ser admitida entre el número de las personas de quienes frecuenta V. el trato.

—Me parece—interrumpió Rudín—que el señor Lejnieff exagera mucho ese sentimiento laudable en sí mismo: ¡el amor á la libertad!

Lejnieff no respondió; limitóse á echar una mirada á Rudín. Hubo un momento de silencio.

—Por consiguiente—repuso Lejnieff levantándose—puedo considerar como terminado nuestro asunto y decir á su administrador que me traiga los documentos.

—Puede V. hacerlo... pero, preciso es confesar que es V. muy huraño... Hubiera debido negarme á todo.

—¡Pero si ese deslinde es mucho más ventajoso para V. que para mí!

Daríá Micaelovna se encogió de hombros.

—¿Ni siquiera se digna V. almorzar con nosotros?

—Mil gracias; yo no almuerzo nunca, y tengo prisa de volverme á casa.

Daríá Micaelovna se levantó.

—No le detengo á V.—dijo, acercándose á la ventana.—No me atrevo á detenerle.

Lejnieff se creyó en el caso de hacer una reverencia.

—Adiós, señor Lejnieff; dispéñseme que le haya molestado.

—No me ha molestado V.—respondió Lejnieff, saliendo.

—¿Qué le parece á V.—preguntó Daríá Micaelovna á Rudín.—Ya había oído decir que era un raro, pero pasa de castaño oscuro.

—Padece la misma enfermedad que Pigassoff—respondió Rudín;—el deseo de ser original. Uno se las echa de Mefistófeles, el otro de cínico. Hay en todo eso mucho egoísmo, mucho amor propio, poca verdad y poco amor. En otro género, eso es también una especie de cálculo. Se pone la careta de la indiferencia y de la pereza para hacer decir á los demás: «¡Aquí hay un hombre con mucho talento oculto!» Pero fijese V. bien: no posee talento ninguno.

—¡Cero y van dos!—dijo Daríá Micaelovna.—Es V. un hombre terrible para las definiciones. Nada se le escapa.

—¿Lo cree V. así?—replicó Rudín.

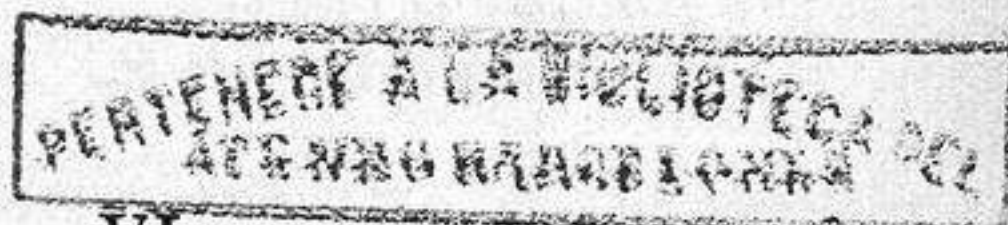
—Por supuesto, para ser justo, yo no debiera hablar de Lejnieff. Le he querido... amado como á un amigo... Luego, por efecto de alguna mala inteligencia...

—¿Se incomodaron Vds.?

—No, no hemos reñido; nos hemos separado, y, por lo visto, para siempre.

—Por eso he advertidó que no estaba V. á gusto durante su visita... Sin embargo, le estoy á V. muy agradecida por la tertulia que me ha hecho esta mañana. Ha pasado el tiempo muy agradable para mí. Pero hay que saber no abusar. Le despido hasta el almuerzo y me voy á mis quehaceres. Es probable que mi secretario (ya le ha visto V., Constantino es mi secretario) me espere ya. Se lo recomiendo á V. Es un excelente muchacho, muy servicial y entusiasta de V. Hasta la vista, querido Demetrio Nicolaitch. ¡Cuánto agradezco al barón que me haya proporcionado conocer á V.!

Daríá Micaelovna alargó la mano á Rudín. Este comenzó por estrecharla, luego se la llevó á los labios; pasó al comedor, y de allí á la terraza. En ella encontró á Natalia.



VI

A primera vista podía no agradar la hija de Daríá Micaelovna. Delgada y morena, aún no había alcanzado el completo desarrollo y estaba un poco encogida. Pero sus facciones, aunque

demasiado acentuadas para una joven de diez y siete años, eran nobles y regulares. Su frente, pura y lisa, tenía particular belleza, que hacía resaltar aún más la finura de sus cejas ligeramente arqueadas. Hablaba poco, escuchaba mucho y miraba con atención, casi fijamente, como si hubiera querido darse cuenta de todo. Permanecía inmóvil á menudo, con los brazos caídos y abandonándose á sus meditaciones; entonces expresaba su rostro el trabajo interior de su pensamiento.

Aparecía en sus labios una imperceptible y fugaz sonrisa; sus grandes ojos oscuros alzábanse con dulzura.—«¿Qué tiene V.?»—la decía la señorita Boncourt, quien comenzaba á reprenderla, so pretexto de que no es conveniente que una joven soltera esté pensativa y tenga aire distraído. Pero Natalia no era distraída; antes por el contrario, estudiaba con celo, leía y trabajaba de buena gana, aunque nada le saliese bien á la primera. Sentía con profundidad y brío, pero en secreto; rara vez lloró en su infancia; á la sazón casi ni aun suspiraba, y sólo palidecía un poco al tener algún pesar. Su madre la miraba como una joven juiciosa y razonable, llamándola en broma «*mi buen muchacho de hija*»; pero no tenía formado un gran concepto de sus facultades intelectuales.

—Por fortuna, mi Natalia es fría—decía.—No es como yo... ¡Tanto mejor! Será feliz.

Daríá Micaelovna se equivocaba. Por supuesto, raro es que una madre comprenda bien á su hija.

Natalia amaba á Daríá Micaelovna, pero no tenía plena confianza en ella.

—Nada tienes que ocultarme—la dijo un día su madre.—Pero si tuvieses algo, tendrías misterios para mí. También tienes tu cabecita...

Natalia miró á su madre, y dijo en sus adentros:

—¿Por qué no he de tenerla?

Cuando Rudín la encontró en la terraza, iba á su cuarto con la señorita Boncourt para ponerse el sombrero y bajar al jardín. Había dejado de tratar á Natalia como una niña; la señorita Boncourt hace mucho tiempo que ya no le daba lecciones de mitología, ni de geografía, sino que todas las mañanas hacía que leyese cuándo un capítulo de historia, cuándo un relato de viajes, ó algún otro libro instructivo. Daríá Micaelovna escogía esas lecturas como si hubiera seguido algún plan. El hecho es que le daba sencillamente todo lo que la remitía su librero francés de San Petersburgo, excepto las novelas de Alejandro Dumas y compañía, que se reservaba para sí misma. Cuando Natalia leía obras históricas, la mirada de la señorita Boncourt poníase más agria y severa que nunca detrás de sus gafas; la vieja francesa pretendía que la historia sólo está repleta de cosas dañinas de conocer.

Pero Natalia leía también obras cuya existencia ni siquiera sospechaba la señorita Boncourt: se sabía al dedillo todas las poesías de Puchkin.

Natalia se ruborizó ligeramente al encontrarse con Rudín.

—¿Va V. á paseo?—preguntó éste.

—Sí, vamos al jardín.

—¿Me permiten Vds. que las acompañe?

Natalia echó una mirada á la señorita Boncourt, y respondió:

—Sí, por cierto, caballero, con mucho gusto.

Rudín cogió el sombrero y siguió á esas señoritas.

Natalia estaba al principio un poco intimidada de ir junto á Rudín, pero se repuso con facilidad. Comenzó á interrogarla acerca de sus ocupaciones y de los objetos de su agrado en el campo. Natalia respondió no sin alguna cortedad, pero á lo menos sin esa inquieta timidez que tan á menudo se toma por modestia.

—¿No se aburre V. en el campo?— preguntó Rudín, mirándola de reojo.

—¿Cómo es posible aburrirse en el campo? Estoy contentísima de hallarme aquí... Soy muy dichosa...

—Es V. dichosa. ¡Magnífica palabra! Por supuesto, se comprende: es V. joven.

Rudín pronunció esta última palabra de una manera un poco extraña; no era posible saber si envidiaba á Natalia ó la tenía lástima.

—¡Sí, la juventud! — continuó.— Todo el fin de la ciencia consiste en darnos á fuerza de trabajo lo que la juventud nos otorga gratuitamente.

Natalia miraba á Rudín con atención: no le comprendía.

—He hablado parte de la mañana con su madre de V. — prosiguió.— No es una mujer vulgar. Comprendo por qué han buscado su amistad todos los

poetas. ¿Y le gustan á V. los versos?— continuó, después de un rato de silencio.

—Me está examinando— pensó Natalia, y respondió:

—Sí, me gustan mucho.

—¡La poesía, lenguaje de los dioses! También á mí me gustan los versos. Pero no está sólo en ellos la poesía: ciérnese encima de todas las cosas, nos rodea por todas partes. Dirija V. una mirada á estos árboles, á ese cielo: en todo imperan la belleza y la vida, la poesía está con nosotros. Sentémonos en ese banco. Bien, así. No sé por qué, me parece que, cuando se haya habituado V. á mí (y la miró de hito en hito, sonriéndose), seremos buenos amigos. ¿Qué piensa V. acerca de esto?

—Me trata como á una niña — dijo de nuevo para sí Natalia. Y no sabiendo qué responder, preguntó á Rudín si tenía intenciones de permanecer mucho tiempo en el campo.

—Todo el verano, el otoño y tal vez hasta el invierno. Ya sabe V. que no soy rico; además, empiezo á aburrirme de este continuo ir y venir. Tiempo es de que descanse.

Natalia hizo un ademán de asombro.

—¿Cree V. realmente que ya es tiempo de que descanse? — preguntó ella con timidez.

Rudín clavó la vista en Natalia.

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir— contestó algo apurada — que otros pueden descansar, pero que V...., V. debe trabajar y tratar

de hacerse útil. ¿Quién podría hacerlo mejor que V.?

—Doy á V. las gracias por una opinión tan lisonjera—interrumpió Rudín.

—Ser útil es fácil de decir (se pasó la mano por la cara). ¡Ser útil!—repitió.

—Aunque tuviese el convencimiento de poder ser útil, aunque hasta tuviese fe en mis propias fuerzas, ¿dónde encontrar almas sinceras y simpáticas?

Y Rudín hizo un gesto tan desesperado y bajó tan tristemente la cabeza, que Natalia se preguntó involuntariamente si era aquel en efecto el hombre que la misma víspera había pronunciado aquellos discursos entusiastas y tan llenos de confianza en sí propio.

—Pero, no—añadió Rudín, sacudiendo de pronto sus melenas de león; —es una locura, y tiene V. razón. Se lo agradezco, Natalia Alexievna, le doy sinceramente gracias. (Natalia no sabía por qué la daba gracias.) Sólo la palabra de V. me ha recordado mi deber, me ha trazado el camino... Sí, debo ser activo. Si poseo talento, no tengo derecho á sepultarlo. No debo gastar mis fuerzas en estéril charla, en palabrería.

Y corrió su palabra á raudales. Habló, admirable y elocuente, contra la flojedad y la pereza y respecto á lo necesario del obrar. Se hizo cargos abrumadores, probándose á sí mismo que discutir de antemano lo que se quería hacer era tan pernicioso como pinchar con un alfiler un fruto á punto de madurar. ¿No era eso en ambos casos un derroche de savia y de fuerza? Afirmó que un pensamiento noble nunca de-

jaba de despertar simpatías, y que sólo dejaban de ser comprendidos los que ignoraban ellos mismos lo que querían, ó los que no merecían serlo. Habló largo rato, y terminó dando gracias otra vez á Natalia; y estrechándola la mano bruscamente, añadió:

—¡Es V. una encantadora y noble criatura!

Semejante libertad chocó á la señorita Boncourt. A pesar de sus cuarenta años de residencia en Rusia, sólo imperfectamente comprendía el ruso, y se limitaba á admirar la brillante rapidez de los discursos de Rudín. Por supuesto, á sus ojos no era más que una especie de *virtuoso* ó de artista, y á semejantes personas no se les puede exigir el cumplimiento estricto de las conveniencias sociales.

Levantóse, arregló con presteza los pliegues de su falda y notificó á Natalia que ya era tiempo de volverse á casa, con tanto mayor motivo cuanto que el señor Volinzoff tenía que venir á almorzar con ellas.

—Vea V., aquí viene—añadió, echando una mirada á una de las alamedas que conducían á la casa.

En efecto, Volinzoff llegaba bastante cerca de ellos. Avanzaba con paso irresoluto y saludando á todos desde lejos. Se dirigió á Natalia con expresión mustia y dijo:

—¿Está V. dando su paseo?

—Sí—respondió Natalia;—estábamos ya para volvernos á casa.

—¡Ah!—dijo Volinzoff.—Pues bien, vámonos.

Y se encaminaron todos á casa.

—¿Cómo está su hermana de V.?— preguntó Rudín á Volinzoff, con voz cariñosísima; la víspera había estado ya muy amable con él.

—Doy á V. infinitas gracias; está buena. Tal vez venga hoy. Me parece que estaban Vds. hablando cuando he llegado yo.

—Sí, hablaba con Natalia Alexievna, me ha dicho una palabra que me ha impresionado fuertemente.

Volinzoff no preguntó qué palabra era aquella; y en medio del silencio más profundo, dirigiéronse á la mansión de Daría Micaelovna.

Aún hubo tertulia antes de comer; pero Pigassoff no vino, Rudín no estaba de vena y no hacía más que suplicar á Pandelewski que tocase alguna obra de Beethoven. Volinzoff callaba, mirando al suelo. Natalia no se movía de junto á su madre y continuaba pensativa, ocupada en su labor. Bassistoff no apartaba la vista de Rudín, esperando siempre por parte de éste alguna cosa chispeante. Así transcurrieron tres horas, de un modo monótono. Alexandra Pavlovna no había venido á comer. En cuanto acabaron de comer, Volinzoff hizo enganchar su coche y desapareció sin despedirse de nadie.

Mucho tiempo hacía que Volinzoff amaba á Natalia, pero sin haberse atrevido nunca á declararla su pasión; y ese estado de ansiedad le hacía sufrir cruelmente. No podía equivocarse acerca del carácter del sentimiento que él mismo inspiraba: era una benevolencia afectuosa, sin duda, pero fría y reservada. Volinzoff no esperaba

ningún otro. Contaba con la influencia del tiempo y del hábito, para que se le aproximase Natalia. Pero ¿qué había podido agitar hoy hasta ese punto á Volinzoff? ¿Qué cambio había sorprendido durante esos dos días? Natalia, sin embargo, habíase conducido con él como antes.

¿Acaso había penetrado en su alma la idea de que quizá no conociese bien el carácter de Natalia, y que ésta se hallaba más alejada de él de lo que había creído? ¿Se le habían despertado los celos? ¿Presentía confusamente alguna desventura?...

Al volver á casa de su hermana, encontró allí á Lejnieff.

—¿Por qué regresas tan pronto?— le preguntó Alexandra Pavlovna.

—No lo sé; me aburría un poco.

—¿Estaba Rudín allí?

—Allí estaba.

Volinzoff se quitó la gorra y se sentó.

—Te lo suplico, Sergio; ayúdame á convencer á este terco (y señalaba á Lejnieff) de que Rudín es un hombre de un talento y de una elocuencia extraordinarios.

Volinzoff murmuró algunas palabras que no se oyeron.

—Pero ¡si no dudo de ningún modo del talento y la elocuencia del señor Rudín!—respondió Lejnieff.—Lo único que digo es que no me gusta.

—¿Lo has visto?—preguntó Volinzoff.

—Le vi esta mañana en casa de Daría Micaelovna—respondió Lejnieff.—El es ahora el gran visir. Tiempo vendrá en que se pondrán de monos. Sólo

á Pandalewski no abandonará ella nunca; pero Rudín es quien reina por el momento. ¿Que si le he visto? ¡Cómo no! Está de asiento allí. Ella le hacía los honores de mi persona, como si le dijese: «Vea V., amigo mío, que especie de bichos raros se crían entre nosotros.» Y como no soy un caballo de raza, que se enseña á los aficionados, levanté el campo.

—¿Y por qué fuiste á casa de ella?

—Por lo del deslinde y medición de terrenos. Pero eso era un pretexto; quería sencillamente verme la cara.

—La superioridad de Rudín le ofende á V., y por eso no le quiere—dijo Alexandra Pavlovna con fuego.—Eso es lo que no puede V. perdonarle. Y estoy segura de que la amplitud de su talento no obsta para la bondad de su corazón. Mire V. sus ojos, cuando...

—Cuando del perfecto honor, entusiasmado, nos habla...—interrumpió Lejnieff, citando un verso de Griboiedoff (1).

—Me enfadará V. y me echaré á llorar. Siento con toda mi alma no haber ido á casa de Daría Micaelovna, en lugar de estar aquí con V. Así, pues, deje V. de contrariarme—continuó, con

(1) Cuando del perfecto honor
Entusiasmado nos habla,
Inyéctasele de sangre
Toda la piel de la cara,
Y los ojos le relumbran,
Y vierte un raudal de lágrimas;
Y nosotros sollozamos...

Estos versos de Griboiedoff aluden á un hipócrita redomado.

voz quejumbrosa.—Mejor sería que me contase V. alguna cosa de su juventud.

—¿De la juventud de Rudín?

—Pues bien, sí. Me ha dicho V. que le conoce á fondo y desde hace largo tiempo.

Lejnieff se levantó y dió una vuelta por la estancia.

—Sí—comenzó;—le conozco bien. ¿Quiere V. que le cuente su juventud? Pues bueno; sea.

Sus padres eran unos propietarios pobres. Ha nacido en T***. Su padre murió joven, y le dejó solo con su madre. Era una excelente mujer, cuya alma entera estaba absorta por el amor que á su hijo tenía. Sólo vivía de pan, con el fin de emplear en él todo su dinero. Rudín se educó en Moscú. Al principio le pagaba los gastos que hacía uno de sus tíos, mas cuando Rudín hubo crecido y se adornó con todas sus plumas... (vaya, dispéñeme V., no lo volveré á hacer más...) fué cierto príncipe muy rico, de quien Rudín se hizo amigo. Después, Rudín entró en la Universidad. Allá le conocí yo, y me relacioné íntimamente con él. Algún día contaré á V. nuestra manera de vivir de entonces; ahora no puedo hacerlo. Bien pronto, Rudín se fué á viajar.

Lejnieff continuaba dando zancadas por el cuarto. Alexandra Pavlovna le seguía con los ojos.

—Una vez que hubo partido—prosiguió—Rudín escribía muy de tarde en tarde á su madre. No fué á verla sino una vez, y eso para dos días nada más. La pobre mujer murió rodeada de

extraños; lejos de él, pero sin perder de vista su retrato hasta el último trance. Era una mujer excelente, muy hospitalaria. Iba yo á verla, cuando estaba ella en T***, y nunca dejó de obsequiarme con dulce de cerezas. Amaba á su hijo con locura. Los señores de la escuela de Petchorín (1) os dirán que siempre somos propensos á amar á los que están menos dispuestos á la ternura; pero á mí me parece que todas las madres aman á sus hijos, sobre todo á los que están ausentes. Más tarde encontré á Rudín en el extranjero. Vivía con una señora rusa que se había aficionado á él, una especie de marisabidilla, no más joven ni guapa de lo que corresponde á una marisabidilla. Estuvo enredado con ella bastante tiempo, y la abandonó... ó, más bien, ella fué quien se hartó de él. Desde entonces le perdí de vista.

Callóse Lejnieff, se pasó la mano por la frente y se dejó caer en una butaca, como si estuviese desfallecido de fatiga.

—Pero, ¿sabe V., Micael Micaelovitch, que es V. una mala persona? De veras, creo que no vale V. mucho más que Pigassoff. Estoy convencida de que es exacto cuanto V. me dice, que no añade V. nada; y sin embargo, ¡bajo que aspecto tan desfavorable ha presentado V. todo eso! Su madre, aquella pobre anciana, su abnegación,

su muerte solitaria... ¿A qué viene todo eso? ¿No sabe V. que puede contarse la vida del mejor de los hombres con tales colores (y sin añadir nada, adviértalo V.) que infunden miedo á todo el mundo? Eso también es una especie de calumnia.

Levantóse Lejnieff y de nuevo se puso á pasear por el aposento.

—De ningún modo tengo ganas de engañar á V., Alexandra Pavlovna—replicó por fin.—No soy calumniador. Por supuesto—continuó, después de un momento de reflexión—realmente hay una sombra de verdad en lo que V. dice. No calumnio á Rudín, pero ¿quién sabe? Tal vez haya cambiado desde entonces acá, tal vez sea yo injusto con él.

—Entonces, prométame V. reanudar las relaciones con él, aprender á conocerle bien y decirme luego su opinión definitiva acerca de él.

—Muy bien... Pero, ¿por qué te callas así, Sergio Pavlitch?

Volinzoff se estremeció y levantó la cabeza, como si acabasen de despertarle.

—¿Qué quieres que diga? Yo no le conozco. Además, hoy estoy indispuerto.

—Es verdad que estás un poco pálido—observó Alexandra Pavlovna.

—Estoy sufriendo—dijo Volinzoff, y salió.

Alexandra Pavlovna y Lejnieff le siguieron con la vista, y cruzaron entre ellos una mirada. Ni para ella ni para él era ya un secreto lo que pasaba dentro del corazón de Volinzoff.

(1) Protagonista de una novela de Lermontoff.

VII

Más de dos meses habían transcurrido, durante los cuales Rudín casi no se había separado de Daría Micaelovna, quien no podía pasarse sin él, sintiendo la necesidad de hablar de ella misma y de escuchar sus discursos. Quiso él marcharse un día, con el pretexto de que estaban agotados sus recursos pecuniarios; pero Daría se había apresurado á darle quinientos rublos, lo cual no impidió que Rudín pidiese prestados doscientos más á Volinzoff. Las visitas de Pigassoff escaseaban más que antes. La presencia de Rudín en aquella casa le sofocaba, y no era el único en sentir esa impresión desagradable.

—No me gusta ese personaje lleno de suficiencia — decía. — Habla de una manera afectada, como los protagonistas de nuestras novelas rusas; dice «Yo» y se detiene con admiración. Emplea palabras sentenciosas, y sus frases no acaban nunca. Si estornudo, en seguida se pondrá á explicarme por qué estornudo en vez de toser. Si dirige elogios á alguien, es como si le hiciese subir un tramo en la escala social. Si, por el contrario, se revuelve contra sí mismo y comienza á injuriarse amargamente, concluye arrastrándose por los lodos. Vamos, se dice uno, ya no va á atreverse á presentarse á la luz del día. Pues bien, ¡no!; no

hace sino ponerse más alegre, como si hubiese tomado una copa de ajeno.

En cuanto á Pandalewski, tenía bastante miedo de Rudín, y no le hacía la rosca sino con mil precauciones.

Volinzoff se encontraba en una posición extraña con respecto al recién venido. Estuviese ó no presente, Rudín le comparaba á un caballero, y le ponía por las nubes; pero sus cumplimientos más halagadores no inspiraban á Volinzoff más que impaciencia y despecho. «Se burla de mí, de seguro», pensaba; y ante esa idea sentía en el corazón un impulso de odio. Por más que Volinzoff tratase de vencerse, estaba celoso de Rudín. Este, aun alabándole sin tasa, llamándole caballero y pidiéndole dinero prestado, no estaba mucho mejor dispuesto para con él. Hubiera sido difícil determinar con exactitud lo que sentían esos dos hombres al darse amistosamente la mano y al cruzarse sus miradas.

Bassistoff seguía reverenciando á Rudín y cogiendo al vuelo cada una de sus palabras. Por supuesto, Rudín le prestaba poquísima atención. Sin embargo, una vez pasó una mañana entera discutiendo con Bassistoff acerca de las cuestiones más graves y serias; pero en cuanto hubo visto á su interlocutor sumido en un cándido entusiasmo, le dejó plantado.

Según todas las apariencias, sólo de palabra buscaba á las almas jóvenes y devotas de él. Lejnieff había comenzado á frecuentar la tertulia de Daría, pero Rudín no entraba en discusiones con él y parecía evitarlo. Por su parte,

Lejnieff guardaba suma reserva con su antiguo amigo, y no expresaba aún ninguna opinión definitiva acerca de él, lo cual turbaba mucho á Alexandra Pavlovna. Esta se humillaba ante Rudín, pero tenía fe en Lejnieff. En casa de Daría Micaelovna todos cedían á los caprichos de Rudín; realizábanse sus menores deseos, y sólo él decidía respecto al empleo de la jornada. No se organizaba una jira de recreo sin su aquiescencia. Por lo demás, no era muy aficionado á las excursiones y á los proyectos improvisados: no tomaba parte en ellos, sino con esa benevolencia de buen gusto y ligeramente aburrída que una persona razonable concede á los juegos de los niños. En cambio, metíase en todo, discutiendo con Daría acerca de la administración de las tierras, la educación de los hijos, los negocios domésticos, y todos los asuntos en general. Escuchaba sus proyectos para lo venidero; ni siquiera le fatigaban las minuciosidades, y proponía cambios é innovaciones.

Daríá, en verdad, extasiábase de palabra; pero eso era todo. Respecto á la casa, se atenia á los consejos de su administrador, viejecito tuerto y sin escrúpulos, tan astuto como melifluo. «Lo antiguo está gordo, y lo nuevo está flaco», decía sonriéndose con aire tranquilo y guiñando un ojo.

Después de Daríá, con Natalia era con quien hablaba Rudín más á menudo y mayor tiempo. La daba libros en secreto, la confiaba sus planes, la leía las primeras cuartillas de los artículos ó de las composiciones que proyecta-

ba. No siempre comprendía ella el sentido; pero á Rudín parecía importarle muy poco ser comprendido, con tal de ser escuchado. Su intimidad con Natalia no era por completo del gusto de Daríá, pero decíase: «Dejémosles hablar juntos en el campo; ella le entretiene como jovencita, el mal no es grande, y con ello ganará su espíritu... Pondré orden cuando regresemos á Petersburgo.» Daríá se equivocaba. Rudín no hablaba con Natalia como suele hablarse con una jovencilla. Ella, por su parte, escuchaba con avidez sus discursos, procuraba penetrarse de su sentido, le interrogaba acerca de sus propias ideas y le sometía sus dudas. Era su iniciador, su guía. Por el momento, sólo hervía su cabeza; pero una cabecita juvenil no hierve mucho tiempo sin que tome parte en ello el corazón. ¡Cuán dulces eran para Natalia los instantes transcurridos en el banco del jardín, bajo la sombra ligera y transparente de los fresnos, cuando Rudín se ponía á leerla el *Fausto* de Goethe, las cartas de Bettina ó de Novalis, y se detenía con complacencia para explicarla lo que le parecía oscuro! Como la mayor parte de las jóvenes rusas, Natalia hablaba el alemán bastante mal, pero lo comprendía muy bien. En cuanto á Rudín, semergíase en el mundo romántico y filosófico de Alemania, y arrastraba consigo á Natalia á esas regiones ideales. Era un mundo desconocido y sublime que se abría ante las atentas miradas de la joven. De las páginas que leía Rudín escapábanse imágenes

maravillosas, grandiosas ó conmovedoras, pensamientos nuevos y luminosos que penetraban en el alma de Natalia como oleadas de una música hechicera, mientras que la chispa sagrada del entusiasmo hacía arder lentamente su emocionado corazón.

—Dígame V., Demetrio Nicolaitch —le preguntó un día, estando sentada á la ventana, con el bastidor de bordar delante de ella.—¿Piensa V. ir este invierno á Petersburgo?

—No lo sé —respondió Rudín, volviendo á dejar caer sobre las rodillas el libro que tenía en las manos.— Iré, si encuentro medios.

Habla con indolencia; toda la mañana había parecido estar fatigado y melancólico.

—Me parece que encontrará V. medios.

Rudín meneó la cabeza.

—¿Lo cree V.?—Y á hurtadillas, echó una mirada significativa.

Natalia quiso decir algo, pero se detuvo.

—Mire V. —prosiguió Rudín, extendiendo la mano hacia la ventana.—¿Ve V. ese manzano? Está roto por el peso y la cantidad de sus frutos. ¡Verdadero emblema del genio!

—Está roto porque no tiene sostén —respondió Natalia.

—La comprendo á V. Natalia; pero piense V., no le es tan fácil al hombre encontrar su sostén como lo hubiera sido para ese árbol, hoy caído.

Pensaba yo que la simpatía de los demás... en todo caso, el aislamiento... Natalia se turbaba á ojos vistas

y se ruborizaba; pero añadió con pres-teza:—¿Y qué hará V. en el campo el invierno?

—¿Qué haré? Terminar mi gran artículo, ya sabe V., acerca de lo trágico en la vida y en el arte. Anteayer la expuse el plan; se lo enviaré.

—¿Y lo publicará V.?

—No.

—¿Cómo que no? Entonces, ¿por qué se toma V. tanto trabajo?

—Aunque sólo fuese por V., ¿no sería suficiente motivo?

Natalia bajó los ojos.

—Yo no soy digna de eso, Demetrio Nicolaitch.

—¿Puedo atreverme á preguntar el tema del artículo?—preguntó modestamente Bassistoff, que estaba sentado no lejos de ellos.

—*De lo trágico en la vida y en el arte* —respondió Rudín.—También el señor Bassistoff lo leerá. Por supuesto, aún no me he fijado del todo respecto á la idea fundamental. Hasta ahora, no me he dado aún suficiente cuenta de la significación trágica del amor.

Rudín hablaba á menudo y muy á gusto del amor. En los comienzos, la señorita Boncourt se estremecía y aguzaba el oído á la palabra «amor» como viejo caballo de batalla al sonar la trompeta; luego se había habituado á ella, y ahora sólo se mordía los labios y tomaba rapé despacito y á ratos, así que oía la palabra sacramental.

—Me parece —replicó tímidamente Natalia—que lo trágico en el amor no puede representarse sino por el amor desgraciado.

—De ninguna manera—replicó Rudín;—eso sería más bien el lado cómico del amor... Pero es preciso plantear este problema de un modo diferente por completo... Hay que profundizar más hondo en este grave asunto... ¡El amor! Todo es misterio en él: la manera cómo se manifiesta, cómo se desarrolla, cómo desaparece... Cuándo se muestra de pronto alegre y luminoso como el día; cuándo arde oculto con lentitud como fuego bajo ceniza, para llenar el corazón de repentinas llamas; cuándo se desliza dentro del alma como una serpiente, para huir de ella en seguida... Sí, sí, es un problema muy intrincado. Por supuesto, ¿quién ama en nuestros tiempos? ¿Quién sabe amar?

Rudín se quedó pensativo y meditabundo.

—¿Por qué hace tanto tiempo que no hemos visto á Sergio Pavlitch?—preguntó sin transición.

Natalia se puso como una amapola, y bajó la vista al bastidor.

—¡Qué noble y excelente joven!—continuó Rudín, levantándose. —Es uno de los mejores tipos del actual hidalgo ruso.

Los ojuelos de la señorita Boncourt le lanzaron una mirada de reojo.

Rudín se puso á recorrer la estancia con agitación.

—¿Ha notado V.—dijo, dando bruscamente la vuelta—que en el roble (y el roble es un árbol vigoroso) las hojas antiguas no se caen sino cuando los nuevos brotes comienzan á apuntar?

—Sí—respondió despacio Natalia—lo he notado.

—Lo mismo sucede con un antiguo amor en un corazón animoso. Ya está muerto, y, sin embargo, se sobrevive á sí mismo; sólo un nuevo amor puede expulsarlo por completo.

Natalia no contestó nada, y pensó: —¿Qué quiere decir?

Rudín permaneció inmóvil un instante; luego sacudió su larga cabellera, y alejóse.

Natalia se retiró á su cuarto, donde estuvo largo tiempo presa de la incertidumbre, sentada en su camita. Meditó mucho las últimas palabras de Rudín; después, de pronto, juntó las manos y lloró.

¿Por qué lloraba? Sólo Dios lo sabe, pues ella misma no sabía por qué brotaban de sus ojos las lágrimas con tanta abundancia. Secábaselas, pero volvía á correr el llanto de sus ojos, como el agua de una fuente retenida largo tiempo por un obstáculo.

Alexandra había tenido aquel mismo día una larga conversación con Lejnieff á propósito de Rudín. Lejnieff comenzó por mantenerse reservado; pero por más que hiciese él, su interlocutora estaba resuelta á llegar al fin propuesto.

—Veo que Rudín le sigue desagradando á V. tanto. Hasta ahora me he abstenido de preguntarle acerca de él; pero tiempo ha tenido V. para asegurarse de si ha cambiado ó no, y quisiera que me dijera V. hoy por qué no le agrada ya.

—Con mucho gusto, puesto que parece V. perder la paciencia—respondió Lejnieff con su pachorra habitual.—

Pero reflexione V. lo que me pregunta, y sea la que fuere mi respuesta, no se enfade V.

—Bueno, empiece, empiece V.

—¿Me dejará V. llegar hasta el fin?

—¿Qué duda tiene? Pero comience V.

—¡Veamos!—dijo Lejnieff, sentándose despacio en el diván.—Decíale yo á V., en efecto, que Rudín no me agrada. Es un hombre de ingenio.

—¡Lo creo!

—Es hombre de un ingenio notable en apariencia, aunque poco serio en el fondo.

—¡Eso es fácil decirlo!

—Aunque poco serio en el fondo—repitió Lejnieff.—Pero no está en eso todo el mal; todos somos más ó menos fútiles. Ni siquiera le echo en cara el ser déspota en el alma, perezoso, sin instrucción sólida...

Alexandra juntó las manos y exclamó:

—¡Poco instruído Rudín!

—Poco instruído—repitió Lejnieff en el mismo tono.—Gusta de vivir á costa de los demás, de representar un papel, de arrojar polvo á los ojos, en una palabra... Todo esto está en el orden de las cosas... Pero lo más grave es que es frío como el hielo.

—¡El frío, esa alma ardiente!—interrumpió Alexandra.

—Sí, frío como el hielo; lo sabe y se ingenia en representar la pasión. El mal—prosiguió Lejnieff, enardeciéndose por grados—está en que ese papel que ensaya es muy peligroso; no para él, que no arriesga ni su fortuna, ni

su salud, sino para otras personas más sinceras, que pueden perder con ello su alma.

—¿De quién y de qué habla V.? No le comprendo—dijo Alexandra con precipitación.

—De lo que le acuso, es de su falta de honradez. Puesto que es un hombre de talento, debe conocer el poco valor de sus palabras; y, sin embargo, las pronuncia como si saliesen del fondo de su corazón... No niego su elocuencia, pero su elocuencia no es rusa. Por otra parte, si á un adolescente se le perdona el que se tenga por de buena labia, ¿no es vergonzoso que á la edad de Rudín le deleite el ruido de sus propias palabras? ¿No es vergonzoso representar así una comedia?

—Me parece, Micael Micaelovitch, que para quienes le escuchan, poco importa que represente ó no.

—Dispense V., Alexandra, importa mucho. Uno me dirá una palabra y me conmoveré todo; otro me dirá esa misma palabra ú otra más elocuente aún, y ni siquiera moveré las orejas. ¿Por qué es eso?

—*Usted* no las moverá, pero ¿y otro?—objetó Alexandra.

—Es posible—replicó Lejnieff—aunque las tengo lagras, quiere V. decir. El hecho es que las palabras de Rudín no son y nunca serán más que palabras, y en ningún caso se convertirán en actos; pero eso no impide que esas mismas palabras puedan trastornar y perder á un corazón joven.

—Pero, ¿á quién se refiere, de quién habla V., Micael Micaelovitch?

Lejnieff se detuvo.

—¿Desea V. saber de quién hablo?
De Natalia Alexievna.

Alexandra se turbó un instante, y luego comenzó en seguida á sonreirse, diciendo:

—¡Santo Dios! ¡Preciso es confesar que siempre se le ocurren á V. estrafalarias ideas! Natalia no es aún más que una niña; y además, por de contado, ¿no está allí su madre?

—Daría es ante todo una egosíta que sólo vive para sí misma. Por otra parte, está tan llena de confianza en la inteligente educación que da á sus hijos, que ni siquiera se le pasa por la cabeza inquietarse por ellos. ¡Quita allá! ¿Qué temor pudiera tener? ¿No le bastaría una sola seña, una sola mirada majestuosa para volver á ponerlo todo en orden? Así piensa esa mujer, que se imagina ser una Mecenas, una persona sensata y sabe Dios que más, y que en realidad no es sino una vieja loca mundana. En cuanto á Natalia, ya no es una niña, créalo V.; reflexiona más á menudo y más hondo que V. y yo juntos. ¿Hay que consentir que un carácter tan honrado, tan sinceramente tierno y apasionado, caiga en las redes de semejante cómico, de semejante fatuo? Por supuesto, eso está en el orden natural de las cosas.

—¡Un fatuo! ¡Le trata V. de fatuo á él!

—Sí, por cierto... Vamos, á V. misma se lo pregunto, Alexandra Pavlovna: ¿qué papel es el suyo en casa de Daría? Ser el ídolo, el oráculo de la casa; meterse en todos los asuntos, en

los más ínfimos chismes y cuentos de la familia... ¡Valiente papel para ser digno de un hombre!

Alexandra echó una mirada de asombro á Lejnieff.

—No le conozco á V., Micael Micaelovitch—dijo.—Se le sube la sangre á la cabeza, se agita V.... Segura estoy de que hay en todo esto algún secreto que V. me calla.

—Me esperaba esa sospecha. Cuéntesele á una mujer un hecho cualquiera, presentándoselo con arreglo á la conciencia del narrador, y no cejará hasta inventar algún motivo mezquino y estrafalario que le explique por qué se le habla precisamente de esa manera y no de ninguna otra.

Alexandra comenzaba á enfadarse.

—¡Bravo, señor Lejnieff! Ataca V. ahora á las mujeres casi tan bien como puede hacerlo el mismo señor Pigasoff; pero por muy perspicaz que sea V., y diga lo que quiera, paréceme difícil creer que en tan poco tiempo haya V. podido comprender tantas cosas y conocer á fondo á las personas. Me parece que V. se engaña. De modo que, según V., ¿Rudín es una especie de Tartuffe?

—Ni siquiera un Tartuffe. Este sabía por lo menos á dónde quería ir á parar, al paso que el nuestro, con todo su talento...

Lejnieff se calló.

—¿Qué quiere V. decir? ¡Termine V. su frase, hombre injusto y malévolo! Lejnieff se había levantado.

—Escuche V., Alexandra—prosiguió;—la injusta es V., yo no. Me

tiene V. tirria porque juzgo á Rudín de una manera tan absoluta; y, sin embargo, créame V., tengo derecho para hacerlo. Hasta es posible que haya comprado un poco caro ese derecho. Conozco bien al hombre de que se trata. He vivido con él mucho tiempo. Recordará V. que la prometí darla algún día detalles acerca de nuestra vida común en Moscú. Este es el momento de cumplir mi palabra. Pero ¿tendrá V. paciencia para escucharme hasta el fin?

—Hable V., hable V. Consiento en ello con gusto.

Lejnieff se había puesto á pasear á pasos contados por la habitación; de vez en cuando se detenía y bajaba la cabeza.

—Quizá sepa V. que muy niño quedé huérfano—dijo—y que á la edad de diez y seis años no reconocía otra autoridad sino la mía propia. Habitaba entonces en Moscú una de mis tías, y seguía yo todos mis caprichos. Era un mocete bastante fútil y vanidoso; me gustaba producir efecto. Así que hube ingresado en la Universidad, me conduje como verdadero estudiante, y bien pronto me encontré metido en una aventura harto desagradable. No se la cuento á V., porque no merece la pena. Baste que sepa V. que llegué á mentir, pero á mentir de una manera muy poco honrosa... Toda la historia acabó por traslucirse al exterior, y quedé cubierto de vergüenza... Perdí la cabeza y lloré como un niño, lo que era en realidad. Ese pequeño episodio de mi vida juvenil había pasado en casa de un conocido mío y delante de gran nú-

mero de camaradas. Burláronse todos de mí, excepto uno solo, que, adviértalo V., se había mostrado el más severo conmigo en tanto que me negué á convenir en mi mentira. Yo no sé si me tuvo lástima, pero me cogió del brazo y me llevó á su casa.

—¿Es Rudín?—preguntó Alexandra.

—No, no era Rudín; era un hombre... de los que se ven pocos. Ha muerto ya. Llamábase Pokorsky. No me siento capaz de describirlo con pocas palabras, y si comienzo á hablar de él no podré hablar de otra cosa. Era un alma grande y pura, un talento como no he vuelto á encontrar otro en todo el transcurso de mi existencia. Pokorsky habitaba en un cuartito bajo del pabellón aislado de una vieja casa de madera. Era muy pobre, y con el producto de sus lecciones vivía como Dios le daba á entender. Ni siquiera tenía recursos para ofrecer una taza de té á sus huéspedes de una velada, y su único diván se había hundido de tal modo, á consecuencia de larguísimo uso, que se asemejaba á una verdadera barquilla. A pesar del miserable aspecto de su casa, iba mucha gente á visitarle. Todos le amaban, atraíase todos los corazones. No puede V. creer cuán dulce y agradable era pasar á su lado algunos instantes en su camareta. Allí fué donde trabé conocimiento con Rudín, que había abandonado ya á su príncipe.

—Pero, ¿qué había, pues, tan notable en ese Pokorsky?—preguntó Alexandra.

—¿Cómo le diré á V.? La poesía y la

verdad: eso es lo que atraía á todo el mundo hacia él. Con un talento lúcido y extenso, reunía que era bueno y divertido como una criatura. Aún resuena su alegre risa en mis oídos, y además...

Brillaba como lámpara nocturna

Arde del Sumo Bien ante el santuario...

Así se expresaba acerca de él un valiente poeta medio loco, que formaba parte de nuestro círculo.

—¿Y cómo hablaba?—preguntó de nuevo Alexandra.

—¡Hablaban bien cuando estaba inspirado, pero no de una manera pasmosa. Rudín era ya entonces veinte veces más elocuente que él—Lejnieff se detuvo y se cruzó de brazos, prosiguiendo después. Pokorsky y Rudín no se parecían absolutamente nada. Rudín tenía mucho más brío y brillantez, más frases á su disposición, y, si V. quiere, más entusiasmo. Parecía mucho mejor dotado que Pokorsky, pero de hecho era un pelagatos en comparación de este último. Rudín desarrollaba admirablemente la primera idea que ocurriese y discutía á las mil maravillas; pero sus ideas no nacían en su propio cerebro, las tomaba á todo el mundo y en particular á Pokorsky. A juzgar por las apariencias, Pokorsky era flemático, sin energía, hasta débil. Adoraba á las mujeres hasta la locura, amaba el placer, pero no hubiera aguantado á nadie un instante. Rudín parecía lleno de fuego, de atrevimiento y de vida, pero en el fondo era frío y hasta tímido en todas las cuestiones que no atañesen á

su amor propio; si llegaba á entrar en juego su vanidad, hubiera sido capaz de cruzar entre las llamas.

Ponía todo su esfuerzo en dominar á los demás; los subyugaba con buenas palabras sonoras, y realmente ejercía sobre muchos de nosotros una influencia inmensa. Verdad es que no se le quería; quizá fui yo el único en tenerle adhesión. Soportábase su yugo, pero entregábase uno por sí mismo á Pokorsky. En cambio, Rudín no se negaba nunca á discutir y disertar con el primero que se presentase. Esto es una gran ventaja, ya que no ninguna cualidad. Es cierto que no había leído mucho, pero había leído más que Pokorsky y que todos nosotros. Además, tenía un entendimiento sistemático y una memoria maravillosa; estos talentos extraordinarios arrastran á la gente joven. En la edad que todos teníamos, lo que llama la atención son las deducciones claras y rápidas; lo que se buscan son soluciones, aunque sean inexactas. Un hombre perfectamente concienzudo no se pronuncia así, de una manera dogmática, y no encuentra respuesta para todo. Tratad de decir á la juventud que no podéis darle la verdad completa, porque vosotros mismos no la poseéis: la juventud no querrá escucharos. Pero tampoco se la puede engañar. Para convencerla, hay que estar uno mismo medio convencido. Por esto obraba Rudín con tanta fuerza sobre nuestros espíritus. Hace poco dije á V. que era hombre de poca lectura; sin embargo, conocía libros filosóficos y su cerebro estaba organi-

zado de manera que inmediatamente sacaba el sentido general de sus lecturas. Cogía la primera idea de un asunto y en seguida se entregaba á desarrollos luminosos y metódicos que presentaba con profunda habilidad, inventando argumentos conforme á las necesidades de la causa. Para hablar en conciencia, preciso es decir que nuestro círculo se componía entonces de gente muy joven y poco instruída. La filosofía, el arte, la ciencia, la misma vida, no eran para nosotros más que palabras, nociones vagas. Evocaban ante nosotros nobles y hermosas figuras, pero sin vínculos entre sí. No conocíamos, ni aun presentíamos las relaciones generales de esas nociones entrevistadas por nosotros, ni la ley común del mundo. Sin embargo, no por eso discutíamos menos acerca de todas las cosas y nos esforzábamos por explicarnos todo de una manera definitiva... Al oír á Rudín, nos pareció por vez primera que habíamos comprendido ese enlace universal que huía de nosotros, y que, por fin, se alzaba el telón. Confieso que sólo nos daba una ciencia de segunda mano. ¿Pero qué importa? Establecíase un orden regular en todos nuestros conocimientos; todo lo que había permanecido fragmentario se combinaba de pronto, se coordinaba, surgía ante nosotros como un vasto edificio. Había luz en todas partes; por todos lados alentaba el espíritu. Ya no quedaba nada incomprendible ni accidental. Para nosotros aparecían en la creación entera la belleza, la necesidad inteligente. Todo

recibía una significación clara y misteriosa á la vez. Cada manifestación suelta de la vida trocábase á nuestros ojos en aislado acorde de un inmenso concierto; y con el corazón conmovido por un suave estremecimiento, con el alma henchida del santo temor que inspira una veneración profunda, nos comparábamos con vasos vivientes de la eterna verdad, y nos mirábamos como instrumentos predestinados, llamados á alguna cosa grandiosa. ¿No le hace á V. reír todo esto?

—De ninguna manera—respondió despacio Alexandra.—No le comprendo á V. por completo; pero no tengo ganas de reirme.

—De entonces acá—prosiguió Lejnieff—tiempo hemos tenido de volvernos razonables, y puede suceder que todas estas nos parezcan hoy niñerías. Pero, lo repito, entonces debíamos mucho á Rudín. Pokorsky era incomparablemente superior á él; nos animaba á todos con su fuego y con su fuerza; luego se doblaba de pronto sobre sí mismo, y se callaba. Era un hombre nervioso y enfermizo; pero una vez extendidas sus alas, ¿hasta dónde no le arrebatava su vuelo? ¿No se detenía ante el infinito, y se cernía hasta lo azul del firmamento! En cuanto á Rudín, ese joven tan hermoso y tan brillante, tenía muchas pequeñeces; tenía el prurito de meterse en todo, querer definirlo é ilustrarlo todo. Su inquieta actividad no conocía el descanso. Hablo de él tal como le juzgaba yo entonces. Por supuesto, por desgracia, no ha cambiado á los treinta y cinco años de

edad. Ninguno de nosotros podría decir de sí mismo otro tanto.

—Siéntese V.—dijo Alexandra.—¿Por qué va V. de un extremo á otro del cuarto, con el movimiento regular de un péndulo.

—Me resulta más cómodo—respondió Lejnieff.—En cuanto hube penetrado en ese círculo de amigos, me sentí renacer por completo. Me sosegaba, interrogaba, estudiaba, era feliz, y sentía una especie de respeto, como si hubiese entrado en un templo. En efecto, cuando me acuerdo de nuestras reuniones... ¡Ah! Se lo juro á V., reinaba allí cierta grandeza, y hasta algo conmovedor. Transpórtese V. con el pensamiento á una asamblea de cinco ó seis jóvenes; una sola vela nos alumbraba; sírvese té oreado y tortas sentadas; pero eche V. un vistazo á todos nuestros rostros, escuche nuestros discursos. Brilla el entusiasmo en todos los ojos, se encienden las caras, palpitan los corazones. Hablamos de Dios, de la verdad, del porvenir, de la humanidad, de la poesía. Más de una opinión cándida ó atrevida se abre paso; más de una locura, más de un error, excitan el entusiasmo. Pero ¿dónde está el mal? Recuerde V. la triste y sombría época en que pasaba esto. Pokorsky está sentado con los pies encogidos debajo de su silla, con el pálido rostro apoyado en la mano; pero ¡cómo centellean sus ojos! Rudín está en medio de la estancia; habla admirablemente, como el joven Demóstenes frente al mar mugidor. El poeta Subotín, con la melena erizada, deja escapar de vez en

cuando, y como en un sueño, entrecortadas exclamaciones. El hijo de un pastor alemán, Scheller, estudiante de cuarenta años, que, gracias á su eterno silencio que nada puede hacerle interrumpir, pasa entre nosotros por un pensador profundo, continúa sumido en su solemne taciturnidad. El mismo regocijado Schitoff, el Aristófanes de nuestra asamblea, se recoge y se limita á sonreirse. Dos ó tres novicios escuchan con una especie de éxtasis encantado... Y la noche extiende sus alas, y sigue tranquila y rápida su curso. La luz del día blanquea ya los vidrios de la ventana, y nos separamos alegres y llenos de contento nuestros corazones... Aún lo recuerdo: marchábamos todos emocionados por las calles desiertas, hasta mirando á las estrellas con más confianza. Hubiérase dicho que se habían aproximado á nosotros y que las comprendíamos mejor... ¡Ah hermosos tiempos aquellos! Y no quiero creer que no haya dejado ninguna huella duradera. No, aquel no fué tiempo perdido, ni aun para aquellos á quienes la vida ha rebajado, desunido... Más de una vez me ha acontecido encontrar á alguno de nuestros antiguos camaradas. Hubiera podido creérsele transformado en verdadero bruto; pero bastaba pronunciar delante de él el nombre de Pokorsky, para que se despertase en el fondo de su corazón todo lo que aún quedara en él de noble. Era como si en algún recinto oscuro y desierto se hubiese destapado algún frasco de perfumes olvidado allí desde largo tiempo...

Callóse Lejnieff; su pálido rostro manifestaba intensa emoción.

—Pero entonces, ¿por qué se indispuso V. con Rudín?—preguntó Alexandra Pavlovna, mirándole con atención.

—No reñí con él. Le abandoné cuando aprendí á conocerle definitivamente en país extranjero. Hubiera podido separarme de él en Moscú, porque en aquella época se había conducido ya mal conmigo.

—¿De qué manera?

—Va V. á juzgarlo. Siempre he sido... ¿cómo se lo diré?... eso no corresponde de ningún modo á mi figura... siempre he estado muy dispuesto á enamorarme.

—¿Usted?

—Sí, yo. Es extraño, ¿no es eso? Sin embargo, así es... Pues bien; por aquel entonces habíame prendado de una muchacha encantadora... ¿Por qué me mira V. de esa manera? Pudiera decir á V. una cosa que aún más la asombrase.

—¿Y qué es ello? Excita V. mi curiosidad.

—Entonces, escúcheme. Durante aquella residencia en Moscú, tenía yo citas nocturnas... ¿adivina V. con quién?... con un tilo joven, en el fondo de mi jardín. Cuando abrazaba su tronco esbelto y airoso, parecíame estrechar á la creación entera; mi corazón se dilataba y se estremecía, cual si toda la naturaleza hubiese penetrado allí... Eso era yo... ¿Cree V. acaso también que no hiciese yo versos por aquella época? Se engañaría V. de un

modo extraño. Hasta compuse nada menos que un drama imitado del *Manfredo*, de Byron. Entre mis personajes figuraba un espectro, de su pecho abierto salía un mar de sangre; y esa sangre, nótelo V. bien, no era la suya propia, sino la de la humanidad entera... Sí, sí, tenga V. la bondad de no asombrarse... ¡Así era! He cambiado mucho, ¿no es eso? Pero había comenzado á relatar á V. mi novela. Conocí á una joven...

—¿Y había cesado V. sus entrevistas con el tilo?

—Cesé en ellas. La joven era de una gran bondad, lo cual no la impedía ser guapísima. Sus ojos eran alegres y límpidos, tenía su voz timbre argentino.

—Retrata V. muy bien—dijo Alexandra sonriéndose.

—No es V. indulgente—respondió Lejnieff. Aquella joven vivía con su anciano padre... Por lo demás, no intento entrar en largos detalles. Sólo diré á V. que estaba dotada de esa bondad expansiva que induce á dar una taza entera de té á quien no pide más que media... Tres días después de nuestro primer encuentro, ya estaba yo hecho una hoguera por ella, y al séptimo día no pude resistirme á confiar mi amor á Rudín. Los enamorados no tienen más remedio que contar su secreto. Puse, pues, á Rudín al corriente de mi pasión. Entonces estaba completamente dominado por su influencia, y no cabía duda de que esta influencia me era saludable desde muchos puntos de vista. El fué el primero que no se apartó de

mi, é intentó pulimentar un poco mi naturaleza. Amaba yo apasionadamente á Pokorsky, pero lo puro de su alma me inspiraba una especie de temor; sentíame más próximo á Rudín. Iniciado en mi amor, cayó en seguida en un entusiasmo inexplicable; me felicitó, me abrazó, se puso á predicarme y á explicarme la gravedad de mi nueva situación. ¡Sólo sabe Dios cómo le escuchaba yo!... V. misma conoce el encanto de sus discursos. De pronto adquirí gran estimación de mí mismo, afecté un aire serio y cesé de reír. Recuerdo que hasta había comenzado á andar con precaución, como si llevase en la cabeza una vasija llena de un líquido precioso que temiese derramar... Era muy feliz, tanto más feliz cuanto que eran visibles las buenas disposiciones para conmigo. Rudín había deseado entablar conocimiento con aquella á quien yo amaba, y hasta creo que fuí yo el que le indujo á hacerse presentar...

—¡Ah, ya veo ahora lo que tiene V. contra él!—exclamó Alexandra.—Rudín le robó á V. el corazón de aquella joven, y no puede V. perdonarle su triunfo. Apostaría á que no me equivoco.

—Y perdería V. su apuesta, Alexandra. Se equivoca V. Rudín no me robó el afecto de aquella joven, ni siquiera tuvo intención de arrebatármelo; y, sin embargo, turbó mi felicidad, aunque en la hora presente, y juzgando á sangre fría los acontecimientos, acaso debiera darle las gracias. Pero entonces estuvo en un tris que no me vol-

viere loco. Rudín no tenía gana ninguna de perjudicarme, antes por el contrario; pero por efecto de aquella maldita costumbre de disecar con ayuda de la palabra cada manifestación de su vida propia y de las ajenas, de fijarla con una frase como se clava en un papel una mariposa con un alfiler, se puso á descubrirnos á nosotros mismos nuestros sentimientos, á definir nuestras relaciones y nuestra conducta, á obligarnos despóticamente á que nos diésemos cuenta de nuestras impresiones y de nuestros pensamientos; y pasando del elogio á las censuras, aún llegó ¡increíble parece! hasta á querer inmiscuirse como tercero en nuestra correspondencia... En resumen, nos hizo perder enteramente la cabeza. Yo no pensaba entonces en casarme con mi amada, pero, por lo menos, hubiéramos podido pasar juntos algunos instantes felices, gozar de la nueva vida de nuestros corazones. Hubo algunos errores que trajeron consigo complicaciones ridículas. Un paso de Rudín terminó mi novela. Un día se le puso en la cabeza que, como amigo, debía imponerse el sagrado deber de avisar al padre todo lo que sucedía, y así lo hizo.

—¿Es posible?—exclamó Alexandra Pavlovna.

—Sí; y note V. que lo hizo con mi consentimiento. ¿No es esto lo más pasmoso del asunto? Aún recuerdo ahora el caos en que forcejeaban entonces mis ideas. Todo giraba y cambiaba de sitio, como en una linterna mágica; lo blanco me parecía negro, lo negro me parecía blanco; mentira, verdad, ca-

pricho y deber, todo lo confundía yo en una sola cosa. Cuando hoy lo recuerdo, aún me da vergüenza. Rudín no se dejaba desalentar; lejos de eso, cerníase encima de los enredos y trapisondas como una golondrina sobre un estanque.

—¿Y así fué como se separó V. de aquella joven?—preguntó Alexandra, inclinando cándidamente la cabeza á un lado y enarcando las cejas.

—Me separé de ella, y me separé mal. Lo hice de una manera ofensiva y torpe, promoviendo un escándalo, y un escándalo muy inútil... Lloraba yo, lloraba también ella; el demonio sabe lo que pasó... El nudo gordiano se había apretado, hubo que cortarlo, ¡pero fué doloroso! Por supuesto, todo acabó por arreglarse lo mejor del mundo. Se ha casado con un hombre excelente, y se encuentra feliz hasta más no poder.

—Sin embargo, ¿confiesa V. que aún no ha perdonado á Rudín?—dijo Alexandra Pavlovna.

—Está V. en un error—contestó Lejnieff.—Lloré como un niño cuando se fué al extranjero. Sin embargo, á decir verdad, ya estaba depositada en mi alma el germen de mi opinión acerca de él. Cuando le encontré más tarde, entonces ya había envejecido yo, aparecióseme Rudín bajo su verdadero aspecto.

—¿Qué descubrió, pues, V. realmente en él?

—Lo que estoy explicando desde hace una hora. En fin, ya hemos hablado de sobra por su cuenta. Acaso concluya bien todo. Sólo he querido

probar á V. que si le juzgaba con severidad, era porque le conocía á fondo. En lo que concierne á Natalia Alekxievna, ¿á qué viene gastar palabras inútiles? Pero observe V. con atención á su hermano.

—¡A mi hermano! ¿Y por qué?

—Mírele V. ¿Es posible que no haya V. notado nada en él?

Alexandra bajó los ojos y dijo:

—Tiene V. razón; cierto, mi hermano... No le conozco ya desde hace algún tiempo... Pero, ¿qué piensa V.?...

—¡Silencio! Me parece que aquí viene—dijo Lejnieff á media voz.— Créame V.; Natalia no es una niña, por más que no tiene ninguna experiencia. Ya verá V. cómo nos dejará atónitos á todos.

—¿Y cómo es eso?

—No se fie V. de su aire tranquilo. ¿No sabe V. que precisamente las jovencitas de su especie son las que se ahogan, se envenenan y otras cosas por el estilo? Sus pasiones son fuertes y también su cabeza.

—Cualquiera diría que se vuelve V. poeta lírico. A los ojos de un flemático como V., bien pronto hasta yo misma me convertiré en un volcán.

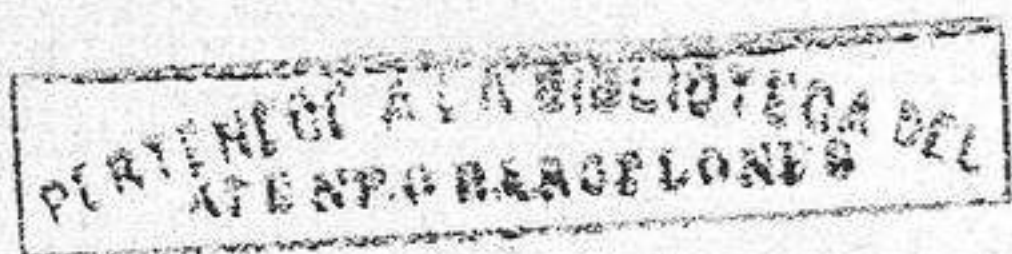
—¡Oh, no, V. no es un volcán!—replicó Lejnieff sonriéndose.— Y en cuanto á carácter, ¡á Dios gracias!, no lo tiene V.

—¿Qué nueva impertinencia me ha dicho V. ahora?

—Esta impertinencia, créalo V., es un grandísimo elogio.

Volinzoff había entrado, y miraba á su hermana y á Lejnieff con aire de

sospecha. Había enflaquecido en las últimas semanas. Alexandra y Lejnieff quisieron hablar con él, pero á duras penas contestaba á sus bromas con una sonrisa. Tenía las trazas de *una liebre melancólica*, como dijo una noche Pigassoff hablando de él. Volinzoff presentía que Natalia se le escapaba; y pareciale, al mismo tiempo, que la tierra huía bajo sus pies.



VIII

El día siguiente, que era domingo, Natalia se levantó un poco tarde. La víspera había estado muy silenciosa; sus lágrimas le daban secreta vergüenza, y había dormido mal. Sentada á medio vestir delante del piano, permaneció inmóvil largo tiempo, rozando á veces las teclas del instrumento, pero con bastante suavidad para que no se despertase la señorita Boncourt; ó bien, apoyando la frente en el frío marfil del teclado, entregábase por completo á sus meditaciones, no pensando tanto en Rudín mismo como en ciertas palabras que había pronunciado éste. A veces se presentaba Volinzoff á su memoria. Confesábase que él la amaba, pero al punto lo desechaba de su pensamiento. Se sentía presa de una extraña agitación. Se vistió de prisa, bajo á dar los buenos días á su madre, y aprovechó el vagar que la quedaba para irse sola al jardín.

El día era cálido, claro y radiante, á pesar de la lluvia que á intervalos caía. Nubes bajas y vaporosas pasaban ligeramente por el cielo azul, sin oscurecer no obstante el sol; bruscos y fugaces chaparrones formaban arroyuelos en los campos. Gruesas gotas se sucedían rápidas, destellando y con un ruido seco como si fuesen un turbión de diamantes; paseaba el sol á través de sus redes de chispas líquidas; y la hierba, que el viento hacía ondular poco antes, había cesado de estremecerse para aspirar con avidez la humedad; los árboles, cargados de lluvia, temblaban lánguidos con todas sus hojas; las aves proseguían sus canciones, y sus parlanchines trinos se mezclaban con el ruido sordo y el murmullo fresco del aguacero que se alejaba. Los caminos cubiertos de polvo dejaban escapar tenues vapores, y las gotas de agua próximas entre sí los adornaban con caprichosos dibujos. Después, en un momento, se disipa la nube, álzase un vientecillo y comienza la hierba á matizarse de oro y esmeralda, encorvándose al soplo del viento. Las hojas, pegadas por la humedad, van haciéndose cada vez más transparentes. Un aroma intenso se exhala por todas partes...

Estaba casi despejado el cielo cuando Natalia entró en el jardín. Reinaban allí la frescura y el sosiego, ese sosiego apacible y feliz al cual responde el corazón humano con la dulce languidez de una simpatía misteriosa y vagos deseos.

En el momento en que Natalia cru-

zaba una ancha calle de álamos blancos que rodeaban al estanque, vió aparecer á Rudín ante ella como si de pronto saliese de la tierra. Turbóse ella; fijó él sus ojos en los de la joven, y la dijo:

—¿Está V. sola?

—Sí, estoy sola—respondió Natalia.

—Por supuesto, no he salido sino por un minuto; ya es tiempo de que regrese á casa.

—Acompañaré á V.

Y se puso á andar á su lado.

—Me parece V. triste—añadió él, después de breve silencio.

—¿Yo?... ¡Qué cosa tan rara! Iba á dirigirle á V. la misma pregunta. Le encuentro á V. un aire melancólico.

—Es posible... A veces me sucede eso. Pero en mí se comprende mejor que en V., Natalia.

—¿Por qué? ¿Se figura V. que no tengo razón para estar triste?

—A la edad de V. se debe gozar de la vida.

Natalia dió algunos pasos en silencio, y luego dijo:

—¡Demetrio Nicolaitch!

—¿Qué quiere V.?

—¿Se acuerda V. de la comparación que me puso ayer, á propósito de un roble?

—Sí, la recuerdo. Pero, ¿por qué esa pregunta?

Natalia le echó una mirada á hurtadillas.

—¿Por qué?... ¿Qué quiso V. decir con esa comparación?

Rudín bajó la cabeza y dejó vagar sus miradas por el espacio.

—Natalia Alexievna — comenzó, con aquella expresión reservada y significativa habitual en él y que hacía creer siempre á sus oyentes que no manifestaba sino la décima parte de lo que le oprimía el alma. — Natalia Alexievna, habrá V. advertido que hablo muy poco de mi pasado. Hay en él ciertas cuerdas que no me gusta hacer vibrar. Mi corazón... ¿pero quién tiene necesidad de saber lo que pasa en él? Siempre me ha parecido un sacrilegio el exponerlo ante las miradas indiferentes. Pero con V. soy sincero, ha despertado V. mi confianza... No quiero ocultar á V. que he amado y sufrido como todo el mundo... ¿Cuándo y cómo? ¡Poco importa! Pero mi corazón ha sentido grandes alegrías y grandes dolores.

Rudín se detuvo un instante, y luego prosiguió:

—Lo que dije á V. ayer puede referirse á mí hasta cierto punto, en mi situación actual. Pero, lo repito, no merece la pena de hablar de ello. Ese lado de la vida ha desaparecido ya para mí. Ahora no me queda más que arrastrarme de posta en posta por caminos desiertos y llenos de polvo en una mala *telega* que traquetea. ¿A dónde llegaré, si alguna vez llego? Dios lo sabe... Hablemos más bien de V.

—No es posible, Demitrio Nicolaitch —interrumpió Natalia— que ya no espere V. nada de la vida.

—Tiene V. razón; y, en efecto, espero de ella mucho, pero no para mí... Jamás renunciaré á la actividad, á la dicha de obrar; pero renuncio á los goces. Mis esperanzas y mis propias ale-

grías ya no tienen nada de común entre sí. El amor... (al decir esta palabra se encogió de hombros), el amor no se ha hecho para mí; yo no lo merezco; la mujer que ama tiene derecho á exigir que aquel á quien elige sea todo entero de ella, y yo no puedo darme ya sin reserva. Además, á la juventud corresponde agradar, y yo soy hartó viejo. ¿Me toca á mí hacer que pierda la cabeza? ¡Quiera Dios que conserve la mía sobre mis hombros!

—Comprendo que quien marcha hacia un fin elevado no tenga tiempo de pensar en sí mismo—respondió Natalia;—pero ¿no son capaces las mujeres de apreciar á tales hombres? Páreceme, por el contrario, que pronto se apartan del egoísta... Los jóvenes, según V., son todos egoístas; no piensan más que en ellos solos, hasta cuando aman. La mujer, créame V., no solamente tiene la facultad de comprender los sacrificios: también ella misma sabe sacrificarse.

Las mejillas de Natalia se habían teñido de púrpura, y sus ojos brillaban. Antes de haber conocido á Rudín, jamás hubiera podido pronunciar un discurso tan largo, ni hablar con tanto fuego.

—Más de una vez ha oído V. mi parecer acerca del papel de las mujeres—replicó Rudín con una sonrisa indulgente.—Ya sabe V. que, en mi concepto, sólo Juana de Arco podría salvar á Francia... Pero no se trata de eso. Se encuentra V. en el umbral de la vida... Es dulce tratar acerca del porvenir de V., y quizá no sea sin fruto. Oigame

V., ya sabe que soy su amigo; tengo por V. más vivo interés que si fuera sencillamente pariente suyo... Por eso, espero que no juzgará V. indiscreta mi pregunta. Dígame V.: ¿ha estado siempre por completo tranquilo su corazón?

Natalia se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, y no respondió. Detúvose Rudín, y ella hizo otro tanto.

—¿Acaso se ha enfadado V. conmigo?—la preguntó.

—No; pero de ningún modo esperaba...

—Por supuesto—continuó Rudín—puede V. no responder. Conozco su secreto.

Natalia le miró con aire casi de espanto.

—Sí, sí... sé quién le gusta á V.; y, debo decirlo, no podía V. haber hecho mejor elección. Es un hombre excelente, que sabrá apreciarla; la vida no le ha hecho traición... es un alma sencilla y serena... Hará la felicidad de V.

—Pero ¿de quién habla V., Demetrio Nicolaitch?

—¿No lo sabe V.?... Claro es que de Volinzoff. ¿Cómo? ¿Me habré equivocado?

Natalia se había separado un poco de Rudín. Estaba enteramente trastornada.

—¿Acaso no ama á V.? Vamos, no aparta de V. los ojos, sigue con la vista cada uno de sus movimientos. Y además, ¿es posible ocultar el amor? V. misma, ¿no está bien dispuesta hacia él? Según he podido advertirlo,

también agrada á su madre de V.... Su elección...

—¡Demetrio Nicolaitch!—interrumpió Natalia, toda turbada, extendiendo la mano hacia un espino próximo. —Es verdaderamente penoso para mí el tratar de este asunto, pero le aseguro á V. que se equivoca.

—¡Que me equivoco!—repitió Rudín. —¡Oh! No lo creo. No hace largo tiempo que he conocido á V.; pero la conozco muy bien. ¿Qué significa ese cambio que veo en V., que veo con toda claridad? ¿Puede V. decir que está lo mismo que cuando la encontré hace seis semanas?... No, Natalia, el corazón de V. no está tranquilo.

—¡Es posible!—respondió la joven con una voz que apenas se oía.—Y, sin embargo, se equivoca V.

—¿Cómo es eso?—preguntó Rudín.

—Déjeme V., no me pregunte...—replicó Natalia, dirigiéndose con paso rápido hacia la casa.

Ella misma estaba aterrorizada del sentimiento que de pronto se había despertado en su corazón.

Rudín la alcanzó y la detuvo, diciendo:

—¡Natalia! Esta conversación no puede terminar así; es para mí demasiado importante... ¿Cómo debo comprenderla á V.?

—Déjeme—repitió Natalia.

—¡Natalia, por el amor de Dios!

El rostro de Rudín expresaba la emoción más viva; su frente estaba pálida.

—V., que todo lo comprende, debería comprenderme á mí también—dijo

Natalia; retiró su mano, y se alejó sin mirar atrás.

—Una sola palabra—gritó Rudín. Detúvose ella, pero no se volvió.

—Me había preguntado V. qué quería decir yo con la comparación de ayer. Sépalo V., no quiero engañarla. Hablaba de mí mismo, de mi pasado y de V.

—¿Cómo... de mí?

—Sí, de V., lo repito, no quiero engañarla... Ahora, ya sabe V. á qué nuevo sentimiento hacía yo alusión... Nunca me he atrevido antes de este día...

Natalia se había tapado la cara con las manos súbitamente y había huido hacia la casa. Estaba tan pasmada por el inesperado desenlace de su conversación con Rudín, que no reparó en Volinzoff, junto al cual había pasado corriendo. Estaba inmóvil, apoyado de espaldas contra un árbol. Habiendo llegado un cuarto de hora antes á casa de Daría Micaelovna, encontró á ésta en el salón, la dijo dos palabras, se escabulló después sin que lo notase ella y se fué en busca de Natalia. Con el instinto propio de los enamorados, dirigióse al jardín, en derechura donde había visto á Rudín y Natalia en el momento mismo en que ésta retiraba su mano. Volinzoff fué presa de un vértigo. Siguiendo con la vista á Natalia, abandonó el árbol y dió algunos pasos, sin saber á dónde iba, ni lo que quería. Rudín le vió y acercóse á él. Miráronse con fijeza, se hicieron un saludo y se separaron en silencio. «Esto no puede terminar así» —habían pensado los dos.

Volinzoff se metió por las espesuras del jardín. Estaba á la vez desesperado y melancólico. Tenía como una losa de plomo en el corazón, y luego, de pronto, una ira violenta le hizo hervir la sangre en las venas. Volvía á caer la lluvia. Rudín había regresado á su cuarto. Tampoco estaba tranquilo: agitábanse sus pensamientos como un torbellino. En efecto; ¿qué hombre no se hubiese turbado por el contacto inesperado y confiado de un alma juvenil y honesta.

Las cosas fueron bastante mal durante la comida. Natalia estaba muy pálida, sin poder apenas sostenerse en la silla y sin levantar los ojos. Volinzoff estaba sentado junto á ella, como de costumbre, y se esforzaba á ratos por hablar. Aquel día Pigassoff comió en casa de Daría Micaelovna, y hablaba más que los demás. Entre otras cosas, se puso á demostrar que podían clasificarse los hombres en dos grupos, como los perros: los hombres de orejas cortas y los hombres de orejas largas. Y decía:

— Los hombres tienen las orejas cortas, ya de nacimiento, ya por su propia culpa. En ambos casos son dignos de lástima, porque nada les sale bien: no tienen confianza en sí mismos. Pero el que posee orejas largas y anchas es un hombre feliz: puede ser más malo ó más débil que un hombre de orejas cortas, pero tiene confianza en sí propio. Endereza las orejas, y todos le admiran... Yo — prosiguió, dando un suspiro — pertenezco á la categoría de las orejas cortas; y, lo peor

del caso, es que me las he cortado yo mismo.

— Eso — interrumpió con indolencia Rudín — equivale á decir una cosa que, por de contado, fué dicha en menos palabras por La Rochefoucauld mucho tiempo antes que por V.: — «Ten confianza en ti mismo, y los demás creerán en ti.» — No comprendo la necesidad de hacer intervenir en todo eso las orejas.

— Permita V. á cada cual — replicó Volinzoff con tono incisivo y los ojos inyectados en sangre — permita V. á cada cual explicarse como le parezca bien. ¡Y se discute acerca del despotismo!... A mi parecer, no hay nada más odioso que el despotismo de los que se tienen por hombres de talento. ¡Que el demonio se los lleve!

Esta salida de Volinzoff extrañó á todo el mundo; nadie dijo una palabra. Rudín le miró á hurtadillas, pero sin sostener la mirada de su rival; volvió la cabeza, sonrióse y no volvió á abrir la boca.

— ¡Ah! — pensó Pigassoff. — Tú también tienes cortas las orejas.

Natalia se sentía desfallecer de miedo. Daría miró largo tiempo á Volinzoff atónita, y fué la primera en reanudar la conversación.

Emprendió un relato á propósito de un perro extraordinario que pertenecía á su amigo el ministro N. N.

Volinzoff se retiró poco tiempo después de la comida. Al saludar á Natalia no pudo menos de decirla:

— ¿Por qué tiene V. el turbado continente de un culpable? V. no puede ser culpable ante nadie...

Natalia no comprendió nada; sólo le había seguido con la vista. Rudín se aproximó á ella antes del té, é inclinandose hacia la mesa como si estuviera recorriendo el periódico, la dijo á media voz:

—Todo esto parece un sueño, ¿no es así? Es indispensable que la vea á V. á solas, aunque no sea más que un instante.

Volvióse hacia la señorita Boncourt y la dijo:

—Aquí tiene V. el folletín que V. buscaba.

Luego, dirigiéndose otra vez á Natalia, prosiguió en voz baja:

—Trate V. de estar á cosa de las diez junto á la terraza... en el bosquecillo de lilas. Allí aguardo á V....

Pigassoff fué el héroe de la velada. Rudín le había abandonado el campo de batalla. Comenzó, ante todo, por hablar de uno de sus vecinos, é hizo reír mucho á Daría Micalovna contándole que ese vecino se había afeminado de tal modo viviendo treinta años bajo las faldas de su mujer, que un día, en el momento de atravesar un charco, el mismo Pigassoff le había visto llevarse la mano atrás y arremangarse los faldones del levitón como las mujeres se levantan las sayas. Después de esto, la emprendió con otro propietario que al principio había sido francmasón, luego misántropo y ahora quería hacerse banquero.

Pero cuando Pigassoff se puso á disertar acerca del amor, entonces fué cuando subió de punto la hilaridad de Daría Micaelavna. Aseguró que tam-

bién habían suspirado por él, y que una alemana de pasiones ardientes le había llamado su Africanito apetitoso y derretido. Daría Micaelavna soltó el trapo á reír. Sin embargo, Pigassoff no mentía; tenía realmente derecho á pavonearse con sus triunfos. Afirmó que nada era tan fácil como hacerse amar de la primera mujer que se presentase: no había más que repetirla durante diez días seguidos que el paraíso estaba en sus labios y la beatitud en sus ojos, y que con ella, comparadas todas las mujeres, eran unos verdaderos mamarrachos, para que al undécimo día ella misma se dijese que el paraíso estaba en sus labios y la beatitud en sus ojos, y para prendarse de quien tan lindas cosas había en ella descubierto. Todo sucede en este mundo. Quizá tuviera razón Pigassoff. ¿Quién lo sabe?

Rudín estaba en el bosquecillo á las nueve y media. Acababan de aparecer las estrellas en las pálidas y remotas profundidades del firmamento. Aún había rastros de luz á Poniente, y el horizonte se dibujaba allí más limpio y más puro. La luna en creciente brillaba como oro, á través de la frondosa red de los copudos álamos blancos. Los árboles circunvecinos se alzaban como lindes gigantescos con mil claros parecidos á ojos, ó bien se confundían en una masa oscura y densa. Ni una hoja se movía; alargábanse las altas ramas de las lilas y de las acacias en el aire tibio, cual si prestasen oído á alguna voz secreta. La casa proyectaba su sombra en el suelo, y sus largas ventanas iluminadas desta-

cábanse sobre el fondo oscuro como manchas rojizas. La noche era apacible y silenciosa; hubiérase dicho que una respiración contenida y apasionada animaba misteriosamente ese mismo silencio. Rudín estaba de pie, con los brazos cruzados delante del pecho; escuchaba con suma atención. El corazón le palpitaba con fuerza, y retenía involuntariamente el aliento. Oyéronse al fin unos pasos leves y rápidos, y Natalia entró en el bosquecillo.

Rudín se precipitó al encuentro de ella y la cogió entrambas manos: estaban tan frías como el hielo.

—Natalia Alexievna —dijo con voz sorda y conmovida,—he querido verla á V...; no podía esperar hasta mañana. Necesito decirla lo que yo no sospechaba, lo que ni aun esta mañana podía imaginar: ¡la amo á V.!

Las manos de Natalia se habían estremecido débilmente entre las suyas.

—¡La amo á V.!--repitió.—No sé cómo he podido equivocarme tan largo tiempo... cómo no he adivinado que la amaba... ¿Y V.?... Natalia, respóndame... ¿Y V.?...

Natalia apenas respiraba.

—Ya ve V. que he venido—respondió por fin.

—Diga V., diga, ¿me ama V.?

—Me parece que... sí...—murmuró ella.

Rudín la estrechó las manos aún con más fuerza, y quiso atraerla hacia sí...

Natalia echó una rápida mirada en torno suyo.

—Déjeme... tengo miedo... me parece que alguien nos escucha... Sea V.

prudente, ¡por amor de Dios!... Volinzoff sospecha...

—¡Que Dios le bendiga! Bien ha visto V. que hoy ni siquiera le he contestado... ¡Ah Natalia, qué feliz soy!... ¡Ahora, nada podrá separarnos!...

Natalia alzó los ojos al cielo.

—Déjeme V.—murmuraba;—ya es tiempo...

—¡Un instante más!

—No, déjeme V., déjeme...

—¿Acaso le doy á V. miedo?

—No, pero no debo permanecer más...

—Repítame otra vez...

—¿Dice V. que es feliz?—preguntó Natalia.

—Sí, soy el hombre más feliz del mundo. ¿Puede V. dudarlo?

Natalia había levantado la cabeza. Su pálido rostro, tan joven, tan noble y tan emocionado, era muy hermoso de ver así á la débil claridad que venía del nocturno cielo, á través de las tinieblas misteriosas del bosquecillo.

—Pues, sépalo V.: seré su mujer.

—¡Oh Dios!--exclamó Rudín.

Pero Natalia había huido ya. Rudín se detuvo un instante, y luego abandonó despacio el bosquecillo. La luna le daba de lleno en la cara; una sonrisa entreabría sus labios.

—Soy feliz—dijo á media voz; y como si deseara persuadirse á sí mismo, repitió:—Sí, soy feliz.

Habíase erguido, echando atrás las melenas; y se había puesto á andar con rapidez, agitando alegremente los brazos.

En ese momento, entreabriéronse

las ramas en el bosquecillo de lilas y apareció Pandalewski. Miró con precaución en torno suyo, meneó la cabeza, se mordió los labios y dijo de una manera significativa:

—¡Oh, así es! Hay que prevenir á Daría.

Y desapareció.

IX

Volinzoff había regresado á su casa tan mustio y abatido, había contestado tan de mala gana á las preguntas de su hermana, y se había encerrado tan bruscamente en su cuarto, que Alexandra resolvió enviar un mandadero á Lejnieff. A él se dirigía en todas las circunstancias difíciles. Lejnieff contestó que al día siguiente acudiría.

La mañana siguiente, Volinzoff no estaba más tranquilo que la víspera. Después del almuerzo, había querido al principio ir á vigilar los trabajos de campo; luego había cambiado de parecer, se había tumbado en el diván y cogido un libro, cosa que rarísima vez le acontecía. Volinzoff era poco aficionado á la literatura: sobre todo, los versos le inspiraban verdadero horror.

—Nada hay más incomprensible que la poesía—acostumbraba á decir.

Y para confirmar la exactitud de esta observación, recitaba los siguientes versos del poeta Aibulat:

«En toda mi existencia dolorida,
ni la razón ni el hecho, dos tiranos,
nunca podrán ajar entre sus manos
los miosotis (1) sangrientos de la vida.»

Alexandra echaba miradas inquietas á su hermano, pero no quería acosarle con preguntas. Al pie de la escalinata se detuvo un coche.

—¡Vamos, alabado sea Dios—pensó ella;—aquí está Rudín!

Entró un criado y anunció á Rudín.

Volinzoff había tirado el libro, y levantando la cabeza:

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Demetrio Nicolaitch Rudín—repitió el criado.

Volinzoff se levantó.

—Hazle entrar; y tú, hermana, déjanos—continuó, dirigiéndose á Alexandra.

—Pero, ¿por qué?—dijo ésta.

—¡Eso no le importa á nadie sino á mí!—prosiguió con arrebató.—Te lo suplico.

Entró Rudín. Volinzoff le saludó con frialdad, permaneció de pie en medio del aposento y no le alargó la mano.

—No me esperaba V., confíeselo—dijo Rudín, poniendo el sombrero en el alféizar de la ventana. Sus labios temblaban un poco, pero se esforzaba por ocultar su turbación.

—Es cierto que no le esperaba á V.—respondió Volinzoff.—Después de lo de ayer, más bien esperaba ver á alguien que viniese de su parte.

(1) Flor de jardín, que también se llama *No me olvides*.

—Comprendo lo que quiere V. decir —prosiguió Rudín, sentándose;— me agrada muchísimo su franqueza. Más vale que sea así. He venido á verle á V. como á un hombre de honor...

—¿No pudiera V. dar tregua á los cumplidos?—interrumpió Volinzoff.

—Deseo explicar á V. mi presencia aquí.

—Nos conocemos. ¿Por qué no había de venir V. á mi casa? Por de contado, no es la primera vez que me dispensa V. el honor de su visita.

—He venido á ver á V. como un hombre de honor á otro hombre de honor—repitió Rudín.—Ahora quiero someter á su propio juicio... Tengo plena confianza en V....

—Veamos, ¿de qué se trata? —dijo Volinzoff, que permanecía de pie y echaba lúgubres miradas á Rudín, retorciéndose de vez en cuando los bigotes.

—Permítame V.... He venido para explicarme; pero eso no puede hacerse en dos palabras.

—¿Y por qué?

—En ello se encuentra mezclada una tercera persona.

—¿Qué tercera persona?

—Sergio Pavlitch, V. me comprende.

—Demetrio Nicolaitch, no le comprendo á V. ni remotamente.

—V. quiere...

—¡Lo que quiero es que hable V. sin rodeos!—interrumpió Volinzoff.

Comenzaba á no ser ya dueño de su ira. Rudín frunció el entrecejo.

—Con mucho gusto... estamos á solas... Debo decir á V.—por supuesto,

probablemente se lo sospechaba V. ya (Volinzoff se encogió de hombros con impaciencia)—debo decir á V. que amo á Natalia Alexievna y tengo el derecho de suponer que soy amado por ella.

Volinzoff no respondió nada, pero se puso pálido; volvió el rostro y se dirigió hacia el lado de la ventana.

—Comprenderá V., Sergio Pavlitch —continuó Rudín—que si yo no estuviese convencido...

—Por favor—replicó con viveza Volinzoff—no lo dudo en manera alguna... Pues bien, ¡mejor para V.! Sólo me pregunto por qué demonio se le ha ocurrido á V. venir á darme esa noticia... ¿A mí qué me importa? ¿Qué necesidad tengo de saber yo quién le ama ó á quién ama V.? No comprendo realmente...

Volinzoff continuaba mirando por la ventana. Su voz era sorda.

Rudín se había levantado.

—Sergio Pavlitch, voy á decirle por qué me he decidido á presentarme á V. personalmente, y por qué no me he creído con derecho á ocultarle nuestra... nuestra mutua situación. Le estimo á V. profundamente, y por eso estoy aquí; no he querido... ninguno de los dos hemos querido representar un papel en presencia de V. Yo conocía los sentimientos de V. respecto á Natalia... Sé apreciar á V., créalo. Sé cuán indigno soy de reemplazar á V. en *su* corazón; pero, puesto que así lo ha decidido la suerte, ¿no vale más obrar con franqueza y lealtad? ¿No vale más evitar yerros y ocasiones de escenas análogas á las que ayer pasa-

ron estando comiendo? Sergio Pavlitch, á V. mismo se lo pregunto.

Volinzoff se había cruzado de brazos como si quisiera contener dentro del pecho su emoción.

—Sergio Pavlitch—prosiguió Rudín —comprendo que he ofendido á V.... pero tenga á bien comprenderme; dígnese pensar que no teníamos otro medio sino este paso para probarle nuestra estimación, para probarle que sabemos apreciar su nobleza y su rectitud. Con otra persona estaría fuera de lugar esta franqueza, esta completa franqueza, pero con V. conviértese en un deber. Nos es grato el pensar que nuestro secreto está entre las manos de V....

Volinzoff se echó á reir con visible esfuerzo.

—¡Muchas gracias por la confianza!—exclamó.—Pero advierta V., se lo ruego, que ni deseo conocer su secreto, ni confiarle el mío. Dispone V. de ello como de una propiedad suya, y habla V. como si hubiese recibido encargo de otra persona. Eso me induce á suponer que Natalia es sabedora de esta visita y de su objeto.

Rudín se turbó ligeramente al oír estas últimas palabras.

—No, no he comunicado mi propósito á Natalia Alexievna, pero sé que participa de mi modo de pensar.

—Todo eso está muy bien—respondió Volinzoff, después de un instante de silencio durante el cual se había puesto á tocar el tambor con los dedos en la vidriera.—Sin embargo, confieso que preferiría ser menos estimado por

V. A decir verdad, poco me importa su aprecio. Veamos, ¿qué quiere V. ahora de mí?

—No quiero nada... ó más bien, sí, quiero algo. Quiero que no me tenga V. por un hombre solapado y astuto; quiero que me comprenda V.... Ahora confío en que ya no dudará V. de mi sinceridad... Quiero, Sergio Pavlitch, que nos separemos como amigos... que me dé V. la mano como en otro tiempo.

Y Rudín se acercaba á Volinzoff.

—Dispense V., caballero—respondió éste volviéndose y dando un paso atrás —estoy dispuesto á conceder pleno crédito á sus intenciones. Admitamos que todo esto sea hermoso, hasta grande; pero en mi familia somos gentes sencillas, y de ningún modo nos hallamos en estado de seguir el vuelo de talentos tan profundos como el de V.... Lo que le parece á V. sincero, á nosotros nos parece imprudente; lo que V. encuentra sencillo y claro, nosotros embrollado y oscuro; V. se vanagloria de lo que ocultamos nosotros... ¿Cómo habríamos de poder comprendernos?... Dispéñeme V.: no puedo contarle en el número de mis amigos ni darle la mano... Es posible que sea mezquina mi conducta. ¿Qué le hemos de hacer? Yo mismo soy mezquino.

Rudín había cogido el sombrero.

—Sergio Pavlitch—dijo tristemente —¡adiós! Se defraudaron mis esperanzas. Mi visita es extraña, pero había esperado que V.... (Volinzoff hizo un ademán de impaciencia.) Perdóneme, no hablaré más de esto. En último término, creo que tiene V. razón cierta-

mente, y que no podía V. obrar de otro modo. ¡Adiós! Y, por lo menos, permítame asegurarle una vez más, asegurarle por última vez la pureza de mis intenciones... Por supuesto, estoy convencido de su discreción.

— ¡Esto ya pasa de raya! — exclamó Volinzoff temblando de ira. — Jamás le he pedido á V. que me dispense su confianza; y, por consiguiente, no tiene V. ningún derecho á contar con mi discreción.

Rudín quiso decir alguna cosa, pero se limitó á hacer un ademán con la mano y á saludar; después salió.

Volinzoff se echó en un diván, volviéndose de cara á la pared.

— ¿Se puede entrar? — dijo Alexandra detrás de la puerta.

Volinzoff no respondió en el acto, y se pasó á hurtadillas la mano por la cara.

— No, Sacha — dijo con voz algo alterada; — espérate aún un poco.

Media hora después, Alexandra estaba de nuevo en la puerta del cuarto de su hermano.

— Ha venido Micael Micaelovitch — dijo. — ¿Quieres verle?

— Sí — respondió. — Ruégale que entre.

Presentóse Lejnieff.

— ¡Vamos! ¿Qué tienes? ¿Estas enfermo? — le preguntó, sentándose en una butaca junto al diván.

Volinzoff se había incorporado, apoyándose en un codo. Miró largo tiempo á su amigo con extraña fijeza, y después se puso á referirle de pe á pa toda la conversación que acababa de

tener con Rudín. Hasta este día, nunca había aludido delante de Lejnieff á sus sentimientos por Natalia, aun cuando siempre había supuesto que éste no los ignoraba.

— ¡Vaya! ¿Sabes que me asombras? — replicó Lejnieff así que Volinzoff hubo terminado su relato. — Me esperaba por parte de él muchas singularidades, pero ésta pasa de castaño oscuro... Por supuesto, le reconozco también en ella.

— De hecho, su paso es pura y simplemente una insolencia — prosiguió Volinzoff vivamente emocionado. — Me faltó muy poco para arrojarlo por la ventana. ¿Quiere pavonearse ante mí, ó tiene miedo? Veamos, ¿por qué secreto motivo?... ¿Cómo atreverse á ir sin más ni más á casa de un hombre...?

Cogióse Volinzoff con ambas manos la cabeza, y se detuvo.

— Amigo mío, estás en un error — contestó Lejnieff. — Te resistirás á creerme, y sin embargo, estoy seguro de que ha hecho todo eso con buena intención. Sí, verdaderamente... ¡Es tan noble, tan leal todo eso! Y luego, ¿cómo resignarse á perder una ocasión tan pintiparada de hablar y de dar muestras de su elocuencia? Tiene necesidad de eso. ¿Podría vivir sin representar una comedia?... ¡Ah, ah, su enemigo es su lengua!... Por otra parte, le presta grandísimos servicios.

— ¡No puedes imaginarte con qué aire solemne entró y se puso á discutir!

— Lo creo; todo es solemne en él. Se abrocha el gabán como si cumplierse

con un deber sagrado. Hubiera querido relegarlo por algunos días en alguna isla desierta, y ver por un agujerito cómo se las arreglaba para tener empaque á solas consigo mismo. ¡Y se atreve á hablar de sencillez!

—Pero ¡por amor de Dios! dime, hermano, ¿qué significa su conducta? ¿Es filosofía?

—¿Cómo contestarte? Cierto que en ello entra por mucho la filosofía, pero eso no es todo. No hay que poner todas las necesidades á cuenta de la filosofía.

Volinzoff le echó una mirada de reojo.

—Pero, ¿no mentirá? ¿Qué piensas tú de eso?

—No, amigo mío, no miente. En fin, basta ya de semejante personaje. Ven al jardín á fumar un cigarro, y rogúemos á Alexandra que se reuna con nosotros. Cuando está presente ella, es más fácil hablar y también más fácil callarse. Nos dará el té.

—Con mucho gusto—respondió Volinzoff.—¡Sacha, ven aquí!

Entró Alexandra, estrechóla él la mano y puso tiernamente los labios en ella.

Rudín se volvió á casa en un estado de ánimo bastante apenado. Dirigíase vivos cargos, y acusaba con amargura á su imperdonable precipitación y á su niñería. No sin razón se ha dicho que no hay carga tan pesada de llevar como la convicción de haber hecho una sandez.

Roíanle á Rudín los remordimientos.

—En efecto—murmuraba entre dientes—¡el demonio me ha sugerido la idea de ir á casa de ese hombre! ¡Vaya

con la buena idea! ¡Sólo insolencias me ha acarreado!

Algo fuera de lo habitual pasaba en casa de Daría. La dueña de ella no se había presentado en toda la mañana, y no bajó hasta la hora de comer. Pandalewski, el único que había sido admitido á su presencia, aseguraba que sufría una fuerte jaqueca. Rudín apenas había visto á Natalia, quien permaneció en su cuarto con la señorita Boncourt. Al encontrarse en la mesa frente á él, hábale mirado ella con un aire tan lastimero, que se estremeció el corazón de Demetrio Nicolaitch. Las facciones de la joven estaban descompuestas, como si desde la víspera hubiese descargado sobre ella la desgracia.

Una vaga tristeza, como un presentimiento siniestro, comenzaba á turbar á Rudín.

Para distraerse, se había ocupado de Bassistoff. Hablando con él de una manera seguida, halló en su interlocutor un joven vivo y ardiente, de esperanzas entusiastas, de creencias vírgenes aún. Hacia el anochecer apareció Daría en el salón. Estuvo amable con Rudín, aunque con un poco de reserva. Ora se sonreía, ora fruncía el entrecejo y hablaba sordamente, lanzando intranquilizadoras alusiones... La mujer de mundo había reaparecido por completo. Desde unos días antes, había manifestado cierta frialdad para con Rudín.

—¿Qué enigma hay aquí?—pensaba éste, mirando furtivamente la inclinada cabeza de Daría.

No se hizo esperar la solución de aquel enigma. Atravesando hacia me-

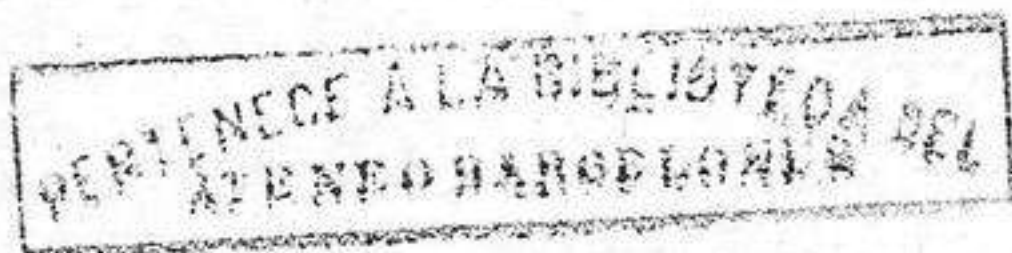
dia noche un corredor oscuro que conducía á su aposento, Rudín sintió de pronto que alguien le deslizaba una carta en la mano. Miró en torno suyo y vió huir á una jovenzuela, en quien reconoció á la doncella de Natalia. Entró en su cuarto, despidió á su criado, abrió la esquila y leyó las líneas siguientes, trazadas por la mano de Natalia:

«Esté V. mañana, á las siete, en el estanque de Avdinkin, detrás del robleal. Me es imposible señalarle otra hora.

»Será nuestra última entrevista, á menos de que... Vaya V. Hay que tomar una determinación.

»P. S.—Si yo no acudiera, es que no hemos de volvernos á ver jamás. Entonces, se lo haría yo saber.»

Rudín se quedó pensativo, dió vueltas á la carta entre los dedos, la puso debajo de la almohada, desnudóse y se acostó, pero no pudo encontrar el descanso que apetecía. Durmió con un sueño ligero, y se despertó antes de las cinco.



X

Desde mucho tiempo atrás, ya no quedaban sino pequeños vestigios del estanque de Avdinkin, junto al que daba cita Natalia á Rudín. El dique se había roto treinta años ha y había dejado correr las aguas. A la sazón, percibíase

el fondo plano y liso de aquella hondonada recubierta antaño por espeso limo, y los restos del dique eran lo único que recordaba la existencia del estanque. Allí se había elevado en otro tiempo una mansión señorial. Del espeso maticizo de árboles que rodeaban la desaparecida posesión, sólo quedaban dos enormes pinos de escuálido y lúgubre follaje, que murmuraban eternamente al soplo de los vientos.

Decía la leyenda popular que al pie de esos mismos pinos, habíase cometido un crimen espantoso; también se decía que cada árbol, al caer, tenía que traer consigo la muerte de una persona.

Así hubo en otro tiempo un tercer pino; desarraigado por una tempestad, aplastó en su caída á una niña pequeña. Todas las cercanías del antiguo estanque pasaban por ser un lugar maldito. Desierto, desnudo, árido, sombrío hasta en pleno día, tomaba un aspecto aún más desolado por la proximidad de un antiguo bosque de robles, muertos y secos desde largo tiempo atrás. Por encima de los brezos veíanse alzarse, con raros intervalos, inmensos troncos grises parecidos á fantasmas. Entraban temblores sin más que mirarlos; parecían siniestros viejos reunidos en conciliábulo secreto, con el fin de maquinarse alguna mala acción. Un estrecho sendero apenas hollado serpenteaba á lo largo de aquella triste rambla. Nadie pasaba por delante del estanque de Avdinkin sin verse obligado á ello por una necesidad absoluta. Por eso había elegido

Natalia con intención aquel sitio solitario, situado á media *versta* de casa de su madre.

Apenas acababa de salir el sol, cuando llegó Rudín al estanque. La mañana estaba sombría. Cubrían el cielo nubes amontonadas y de un color lechoso; empujábanlas el viento con agrio silbido. Rudín iba y venía por el dique, cubierto todo él de espesas bardanas y de ortigas secas. No estaba de ninguna manera tranquilo. Estas citas misteriosas, las nuevas sensaciones que experimentaba, conmovíanle con violencia, sobre todo desde la esquila de la víspera. Presentía que estaba próximo el desenlace. Una profunda inquietud invadía su alma, aunque nadie lo hubiera sospechado al verle cruzarse de brazos con resolución reconcentrada y dirigir la vista en torno suyo. No sin verdad había dicho una vez Pigassoff, hablando de Rudín, que recordaba uno de esos muñecos chinos que siempre se ven arrastrados por el peso de la cabeza. Pero cuando la cabeza sola gobierna á un hombre, por potente que sea su espíritu, llega á serle difícil analizar ciertos sentimientos y hasta comprender claramente lo que pasa dentro de su corazón... Rudín, el ingenioso, el penetrante Rudín, no se hallaba en estado de decir con certidumbre si amaba á Natalia, si sufría, si debía sufrir al separarse de ella. ¿Por qué, pues, sin intentar ni remotamente el papel de Lovelace (hay que hacerle esta justicia), había exaltado la imaginación de aquella jovencita?

¿Por qué la esperaba con inusitado estremecimiento? Esto no tiene más que una respuesta, y es: que quienes no conocen la verdadera pasión, precisamente son los que con más facilidad se dejan arrastrar por las apariencias de ella. Paseábase por el dique, mientras Natalia corría veloz á la cita, caminando campo atravesado sobre la hierba húmeda.

—Señorita, señorita, que se va V. á mojar los pies—gritaba su doncella Macha, que á duras penas podía seguirla.

Natalia no la escuchaba, y corría sin mirar atrás.

—¡Ah, con tal de que no nos hayan visto!—repetía Macha.—Ya es pasmoso que no nos hayan oído cuando salimos de casa. ¡Con tal de que no se despierte la señorita Boncourt!... Por fortuna no está lejos. Ahí está esperando ya ese caballero—añadió al ver de pronto la arrogante estatura de Rudín, que sobresalía por encima del dique.—Pero hace mal en estar así, á la vista; mejor hubiese hecho en bajar á la hondonada.

Natalia se había detenido.

—Espera aquí, junto á los pinos, Macha—dijo encaminándose al estanque.

Rudín salió á su encuentro, y se detuvo atónito. Nunca la había visto con una expresión semejante. Estaba cejijunta, con los labios apretados; sus ojos tenían una mirada fija y casi dura.

—Demetrio Nicolaitch—comenzó—no tenemos tiempo que perder. Están contados los minutos; mi madre

lo sabe todo. El señor Pandalewski nos espió el otro día y la ha hablado de nuestra entrevista. Siempre ha sido el soplón de mamá. Ayer me llamó á su presencia.

— ¡Dios mío! — exclamó Rudín. — ¡Eso es horrible! ¿Y qué ha dicho?

— No se ha enfadado, no me ha reñido; sólo me ha echado en cara mi ligereza.

— ¿Nada más?

— Sí. Me ha dicho que mejor quería verme muerta que casada con V.

— ¡Ha dicho eso! ¿Es posible?

— Sí. Y además ha añadido que V. no tenía maldita la gana de casarse conmigo, que me ha cortejado V. por no tener en qué ocuparse, y que no hubiera podido imaginar ese abuso de confianza por parte de V.; y que, por de contado, también ella tenía de qué acusarse. «¿Por qué le he permitido verte tan á menudo?» — ha dicho. — Y añadió que había contado con mi buen juicio, y que la extrañaba mucho mi conducta irreflexiva... Ya no recuerdo todo lo que me dijo.

Natalia había referido esta escena con voz igual y casi apagada.

— ¿Y V., Natalia, qué respondió? — preguntó Rudín.

— ¿Qué he respondido? — repitió Natalia. — Pues antes dígame V. lo que tiene intención de hacer.

— ¡Dios mío, Dios mío! — exclamó Rudín. — ¡Esto es cruel! ¡Tan pronto...! ¡Qué golpe tan repentino!... ¿Y su madre de V. está tan enteramente iracunda?

— Sí, sí; no quiere ni oír hablar de V.

— ¡Esto es horroroso! ¿De modo que no hay ninguna esperanza?

— ¡Ninguna!

— La desdicha parece perseguirnos con inaudito encarnizamiento. Ese Pandalewski es un miserable. ¿Me pregunta V. qué tengo intención de hacer, Natalia? Mi cabeza se aturde... no puedo combinar nada... no puedo más que deplorar mi maldita suerte... Me pasa cómo puede V. conservar su sangre fría...

— ¿Cree V. que me es tan fácil? — objetó Natalia.

Rudín se puso á andar encima del dique. Natalia no le quitaba ojo.

— ¿No le ha hecho á V. preguntas su madre? — preguntó por fin.

— Me ha preguntado si le amaba á V.

— Bueno, ¿y qué ha contestado V.? Natalia se calló un instante.

— No he mentado — respondió por fin. Rudín la cogió la mano.

— ¡Siempre noble y grande! ¡Qué oro purísimo es este corazón juvenil! Pero ¿es posible que mamá haya declarado tan resueltamente su voluntad á propósito de nuestro casamiento?

— Es la pura verdad. Por lo demás, ya le he dicho antes que ella no cree que tenga V. intención de casarse conmigo.

— Entonces, ¿me toma por un bellaco y un seductor! ¿Por qué he merecido tan cruel sospecha?

Rudín se escondió la cara entre las manos.

— Demetrio Nicolaitch, estamos perdiendo el tiempo inútilmente — dijo Natalia. — Recuerde V. que es la últi-

ma vez que le veo. No he venido aquí á llorar, ni á quejarme. Ya lo ve V., tengo secos los ojos. A lo que he venido es á pedirle consejo.

—¿Qué consejo puedo dar á V., Natalia Alexievna?

—¿Qué consejo? V. es un hombre; me he acostumbrado á tener confianza en V., y conservaré mi fe hasta lo último. Dígame cuáles son sus intenciones.

—¡Mis intenciones! Su madre probablemente me negará la entrada.

—Es posible. Ayer me declaró que renunciaría á verle á V.... ¿Pero no contesta V. á mi pregunta?

—¿A qué pregunta?

—¿Qué piensa V. que debemos hacer ahora?

—¿Qué debemos hacer?—repitió Rudín.—Naturalmente, hay que someterse.

—¡Someterse!—repitió despacio Natalia, mientras que sus labios palidecían.

—Someterse al destino—prosiguió Rudín.—¿Qué podríamos hacer? Sé muy bien que esta resignación será bien amarga, y que es duro de soportar este golpe. Y si no, juzgue V. misma, Natalia. Soy pobre; verdad es que podría trabajar. Pero aun cuando fuese rico, ¿tendría V. valor para aceptar una inevitable ruptura con su familia para arrostrar la cólera de su madre?... No, Natalia; no hay ni que pensar en ello. Es evidente que no estamos destinados á vivir juntos, y que esa dicha ideal con que he soñado, no se ha hecho para un sin ventura como yo.

Natalia se tapó de pronto la cara con las manos, y prorrumpió en sollozos.

Rudín se aproximó á ella, y dijo con calor:

—¡Natalia, querida Natalia, no llore V., por el amor de Dios! No me desgarré V. el corazón así, cálmese.

Natalia levantó la cabeza.

—¡Y me dice V. que me calme!—replicó, en tanto que sus ojos húmedos brillaban con un fulgor extraordinario.—Mi llanto no tiene el motivo que V. supone, no; mi sufrimiento tiene otra causa. ¡El haberme engañado acerca de V.: eso es lo que hace correr mis lágrimas! ¡Cómo! Vengo á buscar en V. consejo, apoyo, ¡y en qué momento! Y su primera palabra es: ¡Someterse! ¿Así es como pone V. en práctica sus teorías acerca de la libertad, acerca del sacrificio?

Faltóle la voz.

—Pero, Natalia—prosiguió Rudín,—recuerde V. que no me aparto de mis principios... sólo que...

—¿Me preguntaba V.—interrumpió ella con nuevas fuerzas—lo que he respondido á mi madre cuando me declaró que primero consentía en mi muerte que en mi casamiento con V.? Pues la he contestado que prefería morir á casarme con otro que no fuese V.... ¡Y me habla V. de someterse! Comienzo á creer que mi madre tiene razón, y que V. sólo me ha cortejado por ociosidad, por *matar el tiempo*...

—Le juro á V., Natalia... le juro...—repitió Rudín.

Pero Natalia no le escuchaba.

—¿Por qué no me ha detenido V.

desde el comienzo? — dijo con energía. — O bien, ¿por qué no ha previsto V. estos obstáculos? Vergüenza me da hablar así... Pero ahora todo ha concluido.

— Sosiéguese V., Natalia — replicó Rudín. — Preciso es que busquemos juntos qué medidas...

— Muy á menudo ha hablado V. de sacrificio, de abnegación — interrumpió ella. — Pues ¡sepa V. que si hoy, ahora mismo, me hubiera dicho V.: «Te amo, pero no puedo casarme; no respondo del porvenir, dame tu mano y sígueme», sepa V. que le hubiera seguido, que estaba decidida á todo! Pero hay del dicho al hecho mas trecho del que yo creía; y ha tenido V. miedo ahora, como la otra noche durante la comida tuvo V. miedo á Volinzoff.

Rudín se ruborizó hasta la frente. Le había chocado la inesperada exaltación de Natalia, pero las últimas palabras de ésta hirieron en lo vivo su amor propio.

— Natalia, está V. demasiado agitada en este momento; no puede V. creer hasta qué punto me ha ofendido V. cruelmente. Espero que me hará V. justicia... algún día; entonces comprenderá V. cuánto me habrá costado renunciar á una dicha que, según la propia confesión de V., no me imponía ninguna obligación. Su tranquilidad es para mí lo más precioso del mundo, y sería el mayor de los miserables si me decidiese á aprovechar...

— Acaso — murmuró Natalia — acaso tenga V. razón, y no sepa yo lo que digo; pero hasta este momento había

creído en V., había tenido fe en cada una de sus palabras... En lo sucesivo, haga V. el favor de pensar mejor, y no las arroje así al viento. Cuando dije á V. que le amaba, supe á qué me comprometía esa palabra; estaba dispuesta á todo... Ahora, ya no me queda sino darle las gracias por la lección que acabo de recibir de V., y decirle adiós.

— ¡Por amor de Dios, deténgase V., se lo juro! ¡Juro á V., Natalia, que no he merecido su desprecio! Póngase en mi lugar. Yo respondo por V. y por mí. Si no la amase con el amor más fiel, ¿quién hubiera podido impedirme hace un momento proponerla escaparse conmigo?... Tarde ó temprano, su madre la hubiera perdonado... y entonces... Pero antes de pensar en mi felicidad...

Se calló. La mirada de Natalia, enérgicamente fija en la suya, le turbaba.

— Se está esforzando V. en probarme que es un hombre honrado, Demetrio Nicolaitch: no lo dudo. No es V. capaz de obrar por cálculo; pero ¿necesitaba yo persuadirme de eso? ¿Había venido yo aquí para eso?

— Natalia, yo no me esperaba...

— ¡Oh, á despecho suyo se hace V. traición! No, V. no se esperaba mi respuesta; no me conocía V. Pero no tenga inquietud. V. no me ama, y yo no me impongo á nadie.

— ¡La amo á V. — exclamó Rudín. Natalia se irguió.

— ¡Sea! Pero ¿cómo me ama V.? Me acuerdo de todas sus palabras, Demetrio Nicolaitch. ¿Se acuerda V. de haberme dicho un día que no hay amor

sin una completa igualdad entre los que se aman?... Es V. demasiado elevado para mí, no somos iguales... Me veo castigada como merezco. Ocupaciones más dignas de su genio le esperan á V. Jamás olvidaré este día... ¡Adiós!

—¡Natalia! ¿Se va V.? ¿Es posible que nos separemos así?

La alargó la mano. Detúvose ella. Diríase que aquella voz suplicante la hacía vacilar.

—¡No!—exclamó por fin.—Siento que dentro de mí se ha roto algo... He venido aquí, le he hablado como una persona que delira; es preciso que vuelva á entrar en posesión de mí misma. Eso no debe ser; V. mismo lo ha dicho, eso no será. ¡Ay! Cuando he acudido á este sitio, me había despedido de mi familia con el pensamiento. Y, sin embargo, ¿qué he hallado aquí? Un hombre sin valor... ¿Por dónde sabe V. que soy incapaz de soportar mi separación de la familia? «Su madre no consentiría... ¡Esto es horrible!...» ¡Eso es todo lo que se le ha ocurrido á V. responderme! ¿Era V., era efectivamente V. Rudín? ¡No! Adiós... ¡Ah! Si V. me hubiese amado, ahora lo sentiría yo... No, no... ¡Adiós!...

Volvióse con rapidez y corrió hacia Macha, quien estaba intranquila desde largo rato antes y la llamaba por señas.

—¡V. es quien tiene miedo, yo no.—exclamó Rudín, viéndola partir.

Pero ella ya no le hacía ningún caso, y apresurábase á volver á casa á través de los campos.

Regresó felizmente á su cuarto; pero apenas hubo traspuesto el umbral, abandonáronla las fuerzas y cayó desvanecida en brazos de Macha.

Rudín permaneció aún mucho tiempo en el dique. De pronto, sacudió su inercia. Volvió á paso lento por el sendero que había seguida una hora antes. Estaba muy avergonzado... y pesoso.

—¿Qué joven es esa?—pensaba.— ¡Tiene diez y ocho años!... No; en efecto, yo no la conocía... Es una persona notable. ¡Qué fuerza de voluntad!... Tiene razón: es digna de otro amor que el que sentía yo por ella... ¿La he amado nunca? ¿Es posible que ya no la ame? ¡He ahí en lo que había de concluir todo esto!

—¡Qué nulo soy; qué lástima me tengo, al compararme con ella!

El ligero rodar de un *drochki* de carrera obligó á Rudín á levantar la cabeza. Era Lejnieff quien venía por el lado opuesto, con su eterno trotón. Rudín le saludó en silencio; después, como asaltado por una idea repentina, cambió de camino y tomó á escape el de casa de Daría.

Lejnieff le había dejado pasar, siguiéndole con la vista; pero después de un instante de reflexión, había hecho volver grupa á su caballo y se había dirigido á casa de los Volinzoff.

Encontró dormido á su amigo, prohibió al criado que le despertase, y se fué al balcón para fumar allí un cigarro, esperando el desayuno.

XI

Volinzoff se levantó á las diez. Habiendo sabido con gran asombro que Lejnieff estaba sentado en el balcón, le hizo llamar á su cuarto.

—¿Qué ha pasado?—le preguntó.—No ibas á volver á tu residencia?

—Es cierto; pero he encontrado á Rudín... Iba solo, y marchaba como un loco por los campos. Entonces, me he vuelto aquí.

—¿Has vuelto porque has encontrado á Rudín?

—Es decir, para hablar con franqueza, yo mismo no sé por qué he vuelto. Probablemente porque he pensado en ti. He querido hacerte compañía; tiempo tendré de regresar á casa.

Volinzoff se sonrió con amargura.

—¡Eso es! Ahora ya no se puede pensar en Rudín sin pensar en mí al mismo tiempo... Que sirvan el té—gritó al criado.

Los amigos se habían puesto á desayunar. Lejnieff hablaba de la administración de los bienes, y de un nuevo procedimiento para techar los hórreos con cartón bituminado...

De pronto salta Volinzoff de la silla y da un puñetazo tan violento en la mesa, que hace entrechocarse las tazas y los platillos.

—No—exclamó—no tengo ánimos para soportar esto por más tiempo. Provocaré á ese prodigio: ó me mata,

ó consigo meterle una bala en la sabihonda frente.

—Por favor, ¿qué tienes, qué tienes?—gruñó Lejnieff.—¿Cómo puedes gritar de ese modo? Se me ha caído el cigarro... ¿Qué te pasa?

—Lo que me pasa es que no puedo á sangre fría oír pronunciar su nombre; todo me hierve.

—¡Basta, hermano, basta! ¿No te da vergüenza?—respondió Lejnieff recogiendo el cigarro.—Déjale tranquilo.

—Me ha ofendido—prosiguió Volinzoff, andando á zancadas por el cuarto.

—Sí, me ha ofendido profundamente. Tú mismo debes convenir en ello. En el primer momento no me di cuenta, estaba harto sorprendido; y, en efecto, ¿quién lo hubiera esperado? Voy á probarle que conmigo no se juega. A ese maldito filósofo le mataré como un perro.

—¡Valiente cosa ganarás con eso! Ni siquiera hablo de tu hermana; dominado como estás por la pasión, ¿cómo has de pensar en ella? Pero con respecto á otra persona, ¿crees adelantarse mucho los asuntos matando al filósofo, para hablar á tu modo?

Volinzoff se dejó caer en una butaca.

—Entonces quiero ir á cualquiera parte; porque aquí tengo el corazón tan oprimido por la tristeza, que no puedo hallar sosiego.

—¿Irte?... Eso es otra cuestión. Ahora soy de tu parecer. ¿Y sabes lo que te propongo? Partamos juntos, vámonos al Cáucaso, ó sencillamente á la Rusia Menor. Has tenido una buena idea, hermano.

—Sí; pero ¿con quién dejaremos á mi hermana?

—¿Y por qué no ha de venir Alexandra con nosotros? Eso puede hacerse perfectamente, ¡Dios de verdad! Tomo sobre mí el cuidar de ella. Nada le faltará; no tiene más que hablar, y organizo una serenata al pie de su reja cada noche, perfume á los postillones con agua de Colonia, hago plantar flores á todo lo largo del camino. En cuanto á nosotros, hermano, eso será sencillamente una regeneración: encontraremos en ese viaje tantos goces y regresaremos tan barrigudos, que el amor ya no podrá meternos mano.

—Siempre estás de broma, Micael.

—No bromeo, de ningún modo. ¡Es un brillante pensamiento el que ha brotado de tu cerebro!

—¡No hablemos más de eso!—exclamó de nuevo Volinzoff.—Quiero batirme, batirme con él.

—¡Volvemos á las andadas! Vamos, hermano, hoy no estás en tus cabales.

Entró un criado con una carta.

—¿De quién?—preguntó Lejnieff.

—De Demetrio Nicolaitch Rudín. El criado de la señora Lassunska es quien la ha traído.

—¡De Rudín — dijo Volinzoff. — ¿Para quién?

—Para V., señor.

—¡Para mí! Dámela.

Volinzoff cogió la carta, la abrió con premura y se puso á leerla. Lejnieff seguía con atención todos sus movimientos de ojos. En las facciones de Volinzoff difundíase una expresión de

asombro extraña y casi alegre. Había dejado caer las manos.

—¿De que se trata?—le preguntó Lejnieff.

—Lee—respondió á media voz Volinzoff, alargándole la carta.

Lejnieff comenzó á leerla. Esto es lo que escribía Rudín:

«Caballero:

»Hoy abandono la casa de Daría Micaelovna y parto para siempre. Probablemente le asombrará á V. esto, y mucho más después de nuestra entrevista de ayer. No puedo explicarle lo que me ha obligado á obrar así, pero me parece que debo prevenir á V. de mi marcha. V. no me aprecia, y hasta me tiene por una mala persona. No tengo el propósito de justificarme: el tiempo lo hará por mí. Es inútil é indigno de un hombre el tratar de vencer de lo injusto de sus prevenciones á una persona prevenida contra él. Quien quiera comprenderme me excusará; en cuanto á quien no quiere ni puede comprenderme, no me importa su acusación. Me he equivocado respecto á V. A mis ojos, siempre será V., como en otro tiempo, un hombre noble y respetable. Mi yerro está en haber supuesto que sabría V. desprenderse del medio en que ha vivido. Me he engañado. ¿Qué le hemos de hacer? No es la vez primera, ni será la última que eso me ha de acontecer. Se lo repito, me voy; deseo á V. toda la felicidad posible. Confiese V. que este deseo es completamente desinteresado. Espero que en lo sucesivo será V. feliz. Quizá el tiempo le haga cambiar de

opinión acerca de mí. No sé si nos volveremos á ver nunca; pero, en todo caso, crea V. en la sinceridad de mi aprecio.

» D. RUDÍN.

«*P. S.*—Le enviaré á V. los doscientos rublos que le debo, tan pronto como haya llegado á mi casa, en el gobierno de T***. Le suplico que no hable de esta carta á Daría.

»*P. S. S.*—Otra postrera é interesante súplica. Puesto que parto inmediatamente, espero que no haga V. ninguna alusión á la visita que le hice en presencia de Natalia.»

—Vaya, ¿qué dices de esto?—preguntó Volinzoff, tan pronto como Lejnieff hubo concluido la carta.

—¿Qué se puede decir?—respondió Lejnieff.—Todo lo que nos queda que hacer es gritar, como un musulmán: «¡Alah, Alah!», y ponerse el dedo en la boca, en señal de asombro. Se va de aquí... ¡Vaya bendito de Dios! ¡Que el camino se despliegue á sus pies como una sábana! Pero lo más curioso es que sólo el deber le ha impulsado á escribir esta carta; también por deber se presentó en tu casa... Estos señores encuentran un deber que cumplir á cada paso. Todo es *deber...* ó *deuda* para ellos—prosiguió Lejnieff, sonriéndose y señalando el primer *postscriptum*.

—¡Que fraseólogo—exclamó Volinzoff.—Que se ha engañado acerca de mí... que esperaba verme superior al

medio... ¡Qué absurdos, santo Dios!... ¡Si esto es aún peor que versos!

Lejnieff no respondió. Sólo que le bailaban los ojos. Volinzoff se había levantado.

—Tengo deseos de ir á casa de Daría—dijo;—quiero saber lo que significa todo esto.

—No te apresures, hermano; dale tiempo para partir. ¿Qué ventaja tiene el que vayas á chocar de nuevo con él? Ya ves que se va. ¿Qué más puedes apetecer? Más valdría que te fueras á acostar y te durmieses; has pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Ahora se arreglan tus asuntos...

—¿De dónde sacas esa convicción?

—Son suposiciones mías. Anda á acostarte; yo me voy junto á tu hermana, á hacerla compañía.

—No tengo gana ninguna de dormir. ¿A santo de qué quieres que vaya á acostarme?... Prefiero ir á ver los campos—añadió Volinzoff sacudiéndose los faldones del *paletot*.

—Está bien. Vete á ver los campos, amigo; vete.

Y Lejnieff se dirigió al cuarto de Alexandra Pavlovna.

La encontró en el salón. Recibióle ella con aire amable, porque siempre veía con gusto á Lejnieff, pero sus facciones permanecieron tristes. Estaba con cuidado desde la visita que Rudín había hecho la víspera á su hermano.

—¿Viene V. de junto á mi hermano?—preguntó á Lejnieff.—¿Cómo se encuentra hoy?

—Pues está muy bien; ha ido á visitar los campos.

Alexandra se calló, y examinando la cenefa de su pañuelo de bolsillo, prosiguió:

—Dígame, por favor, si sabe V. por qué...

—¿Por qué ha venido Rudín?—interrumpió Lejnieff.—Lo sé: vino á decir adiós.

—¿Cómo á decir adiós!

—Sí. ¿No lo sabía V.? Abandona la casa de Daría.

—¿Se va de aquí?

—Para siempre; por lo menos, eso dice él.

—Pero, ¿cómo comprender esto después de...?

—¡Ah! esa es otra cuestión. No se trata de comprender, pero las cosas son así. Preciso es que haya ocurrido algún suceso por allá; sin duda ha puesto muy tirante la cuerda, y se ha roto.

—Micael — replicó Alexandra — no entiendo nada de eso. Me parece que se está V. burlando de mí.

—Juro que no... Ya se lo he dicho á V.: se marcha, y hasta lo ha participado por escrito á sus amigos. Desde cierto punto de vista, si V. no se enoja, eso es un gran bien; pero esa marcha va á poner obstáculos á la realización de un proyecto de los más sorprendentes que discutíamos su hermano y yo.

—¿Qué proyecto?

—Propuse á su hermano viajar para distraerse, y llevar á V. con nosotros. Yo tomaba sobre mí el cuidar de V.

—¡Eso es encantador! — exclamó Alexandra.—Preveo de qué manera me cuidaría V.: dejándome morir de hambre.

—Habla V. así, Alexandra, porque no me conoce. Me toma V. por un zopenco, un zopenco de remate, una especie de hombre de los bosques. Pero, ¿si supiera V. que estoy á punto de deshacerme como el azúcar, y dispuesto á pasar días enteros de rodillas!

—¡Confieso que quisiera verlo!

Lejnieff se levantó súbitamente.

—Pues bien, Alexandra, cátese V. conmigo y verá otras muchas cosas.

Alexandra se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, y replicó toda confusa:

—¿Cómo dice V. eso, Micael?

—Digo—continuó Lejnieff— lo que hace mucho tiempo se me ha metido en la cabeza y más de mil veces he tenido en la punta de la lengua. Por fin lo solté, y no tiene V. más que obrar como le parezca bien. Ahora, me voy para no molestarla. Sí, me voy... Si consiente V. en ser mi mujer... si eso no le desagrada, no tiene V. más que llamarme y estamos entendidos.

Alexandra quiso retener á Lejnieff; pero éste se había marchado á escape y se había dirigido con la cabeza descubierta al jardín, donde se recostó contra una puertecilla, dejando vagar su mirada por el espacio.

—Señor—dijo detrás de él la voz de la doncella—que vuelva V. junto á la señora, si gusta. Me ha mandado que le llame.

Lejnieff se volvió, agarró con ambas manos la cabeza de la doncella, la es-

tampó en la frente un beso entusiasta, con gran asombro de la inocente mensajera, y regresó al lado de Alexandra.

XII

Los informes de Pandalewski habían impresionado muchísimo á Daría. Todo su orgullo habíase rebelado al recibir esa revelación. Rudín, el pobrete Rudín, ese hombre desconocido y sin posición social, ¡se había atrevido á dar una cita á su hija, nada menos que á la hija de Daría Micaelovna Lassunska!

—Admitamos que sea un hombre de talento, hasta un genio—había exclamado.—¿Qué prueba eso? ¡De modo que, sin más ni más, el primero que llegue, sin nombre y sin fortuna, podría aspirar al honor de convertirse en yerno mío!

—Durante largo rato no pude dar crédito á mis ojos—respondió Pandalewski.—Me pasma que de tal suerte pudiera olvidarse de su posición y de la de V.

Darí Micaelovna se había dejado llevar de su mal humor, y Natalia tuvo que sufrir mucho con el despecho de su madre.

En cuanto á Rudín, había entrado en casa en seguida de su encuentro con Lejnieff y se había encerrado en su cuarto para escribir dos cartas.

La primera, de la cual ya tiene conocimiento el lector, iba dirigida á

Volinzoff; la otra, á Natalia. Rudín había empleado más de una hora en redactar esta segunda carta; después de haber hecho muchos borrões y enmiendas, la volvió á copiar con esmero en un papel finísimo, la dobló después con el mayor número posible de dobleces, y se la metió en el bolsillo. Terminado ese quehacer, se paseó de arriba á abajo por el cuarto, con cara entristecida; luego se sentó en una butaca junto á la ventana, con la mejilla apoyada en la mano. Brillaba una lágrima en el borde de sus párpados. De pronto, y como si acabase de tomar una resolución suprema, se levantó, se abrochó la levita hasta la barba, llamó á su criado é hizo preguntar á Darí Micaelovna si podía recibirle. Volvió el criado anunciando que su señora le aguardaba. Rudín siguió inmediatamente al mensajero. Daría recibió á su huésped en su gabinete como el día de su primera aparición en casa de ella, dos meses antes, aunque con la diferencia de que no estaba sola: Pandalewski, siempre tan modesto, tan fresco, tan pulcro y tan humilde, estaba junto á ella.

Darí dispensó graciosa acógida á Rudín, y éste por su parte la saludó con una soltura aparente; pero á la primera mirada que hubiese echado á sus risueñas caras, todo hombre algo conocedor del mundo hubiera traslucido á través de sus maneras corteses y amistosas una molestia y una frialdad verdaderas. Rudín estaba cierto de que Daría tenía contra él serios agravios, y ésta se hallaba segura de

que Rudín conocía el nuevo estado de ánimo de ella.

Así que hubo devuelto á Rudín el saludo, le invitó á sentarse; lo cual hizo en seguida, pero no como se sentaba en otro tiempo, cuando casi era el amo de la casa. Ni siquiera se sentó como un simple conocido á quien se recibe con gusto. Más bien parecía un extraño que hacía forzosamente una visita de pura etiqueta.

Un instante había bastado para cambiar la situación, pero no se necesita más para que un agua cristalina se transforme en una densa masa de hielo.

Rudín fué el que habló primero, y dijo:

—He venido á ver á V. para darle gracias por su hospitalidad. He recibido noticias importantes, y hoy mismo tengo que irme á mis pequeñas posesiones.

Daríá fijó en Rudín la mirada, pensando: «Se me anticipa; probablemente comprendo lo que le amenaza, y quiere evitar una explicación enojosa. ¡Mejor que mejor! ¡Viva la gente de talento!»

—¿Es posible?—respondió en alta voz.—Eso es en verdad muy desagradable. Pero, en fin, puesto que no hay más remedio, espero volverle á ver este invierno en Moscú. Nosotros regresaremos allá muy pronto.

—No sé aún cuándo podré ir á Moscú, Daríá Micaelovna; pero si encuentro medios de hacerlo, me considero en el deber de ir á visitar á Vds.

—¡Ah, hermano—pensaba Panda-

lewski en su fuero interno—no hace mucho tiempo que obrabas aquí como amo y señor, y mira cómo te ves obligado á expresarte ahora!

—Sin duda, ¿son poco satisfactorias las noticias que de repente ha recibido V. de su tierra?—preguntó Constantino con su habitual afectación.

—Sí—respondió con sequedad Rudín.

—¿Acaso una mala cosecha?

—No... otra cosa... Crea V., señora—prosiguió Rudín—que jamás olvidaré el tiempo transcurrido en su casa.

—Y yo—añadió Daríá—siempre recordaré con gusto el día en que le conocí... ¿Cuándo se va V.?

—Hoy, después de comer.

—¿Tan pronto?... Pues bien, le deseo feliz viaje. Por supuesto, si sus asuntos no le detienen largo tiempo, quizá nos encuentre V: aún aquí.

—Apenas me atrevo á esperarlo—respondió Rudín; y prosiguió:—Dispéñeme V. si no puedo en este momento solventar la deuda que tengo contraída con V.; pero tan pronto como llegue á casa...

—No hablemos de eso, me afligiría V. insistiendo en ello—interrumpió Daríá, y preguntó:—¿Qué hora es?

Pandalewski sacó del bolsillo del chaleco un relojito esmaltado, é inclinando prudentemente su sonrosada mejilla sobre su cuello blanco y almidonado, dijo:

—Las dos y treinta y tres minutos.

—Ya es tiempo de ir á vertirse—respondió Daríá.—Hasta la vista, Demetrio Rudín.

Toda esta conversación entre Daría y Rudín tuvo un carácter muy particular. Tal debe de ser cuando los actores ensayen sus papeles, y cuando los diplomáticos cruzan entre sí frases combinadas de antemano.

Rudín había salido. Ahora sabía ya por experiencia que las personas de buena sociedad no arrojan á quien se les ha hecho inútil ó molesto, sino que le dejan sencillamente caerse por sí mismo como se caen los guantes después del baile cuando se han descalzado, ó los billetes de la lotería no gananciosos. Bien pronto estuvo hecha la maleta; sentía una especie de impaciencia, esperando el momento de la marcha. Todas las personas de la casa parecían asombrarse al saber su brusco propósito; la servidumbre le echaba miradas de sorpresa, y el cándido Bassistoff no trataba de ocultar su dolor. En cuanto á Natalia, se escondía lo más posible y hasta evitó mirar á Rudín. Sin embargo, éste había conseguido deslizarla su esquila en la mano.

Durante la comida, Daría repitió varias veces á Rudín que esperaba verle aún, antes de su ida á Moscú. Pero él nada respondió: no le engañaba esa aparente cortesía.

Pandalewski fué quien más habló con él, y Rudín tuvo muchas veces violentos impulsos de arrojarse al pesquezo de ese desagradable personaje y de abofetear sus frescas y rubicundas mejillas. La señorita Boncourt dirigía á menudo los ojos á Rudín, con esa expresión extraña y astuta que á veces

puede observarse en las miradas de los perros viejos de presa muy sagaces.

—¡Ah—parecía decir para su coletito, —mira cómo te tratan hoy!

Por fin dieron las seis y se oyó venir el tarantass de Rudín. Levantóse con presteza y se despidió de todo el mundo. Interiormente se encontraba á disgusto. No había esperado salir de la casa de aquella manera; ¿no le echaban, en realidad? «Por supuesto, todo tiene que tener término» pensaba, inclinándose á derecha é izquierda con una sonrisa forzada. Miró por última vez á Natalia, y sintió oprimírsele el pecho; los ojos de la joven estaban fijos en él, y su postrera mirada contenía una postrera acusación.

Bajó á escape la escalera y se precipitó dentro de el tarantass. Bassistoff se había ofrecido á acompañarle hasta la primera estación y se había sentado junto á él.

Así que hubo salido del patio el tarantass para rodar por un ancho camino orillado de abetos, exclamó Rudín:

—¿Recuerda V. lo que decía Don Quijote á su escudero, en el momento de salir de casa de la duquesa? «Amigo Sancho — le decía — la libertad es uno de los bienes más preciosos del hombre. ¡Feliz aquel á quien da el cielo su pan cotidiano, para que no tenga que agradecerse á nadie!» Ahora experimento yo lo que Don Quijote experimentaba entonces... ¡Quiera Dios, mi querido Bassistoff que nunca conozca V. el sentimiento del cual quiero hablar!

Bassistoff estrechó la mano de Rudín, y el corazón del honrado joven

palpitó con fuerza dentro de su generoso pecho. Rudín fué hablando hasta que llegaron á la estación: habló de la dignidad del hombre, de las condiciones de la verdadera libertad. Estuvo lleno de fuego, de nobleza, de verdad; y cuando en el momento de separarse, Bassistoff no se pudo contener y se le abrazó llorando, también Rudín vertió algunas lágrimas. Pero no lloraba por separarse de Bassistoff. Sus lágrimas eran lágrimas de amor propio.

Natalia había entrado en su cuarto para leer la carta de Rudín, que decía así:

«Querida Natalia: me he decidido á partir. No queda ninguna otra salida para nuestra situación.

»Me he decidido á partir antes de que lleguen á decirme con claridad que me vaya... Mi partida hará cesar todos los desacuerdos, y nadie me echará de menos. ¿Para qué serviría vacilar aún?... «Todo eso es cierto», pensará V. Pero entonces, ¿por qué la escribo?

»Es probable que me separe de V. para siempre, y la escribo porque es hartamente amargo para mí el pensar que dejo en V. una memoria más mala de lo que mi conducta merece. No quiero justificarme ni acusar á nadie; sólo quiero explicarme, en cuanto me sea posible... ¡Los acontecimientos de los últimos días han sido tan inesperados, tan repentinos!...

»La entrevista de hoy quedará como una memorable lección para mí. Sí,

tiene V. razón: creía conocerla á V., y no la conocía. En el transcurso de mi existencia me he hallado en intimidad con muchas mujeres y muchas jóvenes, pero en V. he hallado por vez primera un alma completamente honrada y recta. No he conocido almas como la suya, y no he sabido apreciarla. Desde el primer día de nuestro conocimiento, me sentí atraído por V.; pudo V. advertirlo. He pasado muchas horas con V., y no he sabido conocerla. ¡Y, sin embargo, pude imaginarme que la amaba! Ahora sufro la pena de mi culpa y de mi ignorancia.

»En otros tiempos hube de amar á una mujer y ser por ella correspondido... Mi sentimiento hacia ella era *complejo*, como el suyo por mí. ¿Podía ser de otro modo, no siendo ella misma de un natural sencillo? Entonces no se había manifestado aún ante mí la verdad, y el día en que se me ha presentado ante los ojos no he sabido reconocerla... Por fin la reconozco, pero sobrado tarde... Lo pasado no puede volverse á empezar... Nuestras existencias hubieran podido confundirse, y ahora están separadas para siempre. ¿Cómo convencer á V. de que hubiera podido amarla con verdadero amor—amor del alma, y no de imaginación—cuando yo mismo no sé si soy capaz de un amor semejante?

»La naturaleza me ha favorecido mucho, lo sé, y no quiero que una falsa vergüenza me arrastre á fingir modestia con V., sobre todo en este instante, uno de los más amargos y más humillantes de mi vida... Sí, la

naturaleza me ha concedido mucho; pero moriré sin haber hecho nada que sea digno de mi talento; moriré sin dejar aquí abajo la menor huella bien-hechora de mi paso.

»Toda mi riqueza se habrá prodigado en vano. No veré los resultados de mis esfuerzos. Me falta... yo mismo no puedo decir con exactitud lo que me falta... Probablemente, estoy privado de ese don sin el cual es tan imposible remover el corazón de los hombres como apoderarse del corazón de las mujeres; y el dominio sobre las inteligencias solas es tan poco duradero como inútil. Mi destino es extraño, casi risible. Quisiera entregarme en absoluto, sin reserva, todo entero; y, sin embargo, no puedo entregarme. Acabaré sacrificándome por cualquiera locura, en la cual ni aun creeré... Jamás me he descubierto así ante nadie. Esta es mi confesión.

»Pero basta de mi persona. Quiero hablar de V. y darla algunos consejos. No sirvo para otra cosa... Es V. joven, pero aun cuando haya de vivir muchísimo tiempo, nunca deje V. de seguir los impulsos de su corazón; y sobre todo, guárdese V. de sujetar su mente á la de los demás. Créame V.: cuanto más estrecho y monótono es el círculo dentro del cual se mueve nuestra vida, más basta para labrar nuestra ventura. No se trata de buscar nuevas vías en la existencia, sino de hacer de suerte que todas las fases de la vida se realicen en su momento oportuno. «¡Feliz quien es joven en el tiempo de su juventud!...» Pero, advierto que

estos consejos más bien se dirigen á mí que á V.... Confiésole, Natalia, que tengo el corazón muy oprimido. Jamás me equivoqué respecto á la naturaleza del sentimiento que inspiro á Daría Micaelovna; pero, por lo menos, hábiame esperado encontrar en ella un refugio momentáneo; ahora me voy de nuevo á vagar al acaso á través del mundo. ¿Qué reemplazará para mí la dulce voz de V., su presencia, su mirar atento é inteligente?... La culpa es mía; pero, convenga V. también en que la suerte ha parecido burlarse de nosotros á propio intento. No hace ni una semana que apenas si sospechaba yo que la amase. El otro día, por la noche, en el jardín, me dijo V. por vez primera... Pero ¿á qué recordar lo que me dijo V. entonces?... ¡El otro día! Y parto ya... parto avergonzado, humillado, después de una cruel explicación, sin llevar conmigo ni la más débil esperanza... Sin embargo, aún no sabe V. hasta qué punto soy culpable para con V... ¡Hay en mí una tan sandia franqueza, tal propensión á hablar de más!... Pero, ¿por qué volver á ocuparme de ello? Me marchó para siempre.»

(Rudín quiso contar aquí su visita á Volinzoff; pero, después de un instante de reflexión, tachó todo ese pasaje. Entonces añadió el segundo *post-scriptum* á la carta de Volinzoff.)

»Me quedo en la tierra únicamente para dedicarme á otras ocupaciones, á ocupaciones más dignas de mí, según me dijo V. esta mañana con cruel sonrisa. ¡Ay! ¿Podré dedicarme en

realidad á esas ocupaciones, podré vencer mi pereza?... Pero, no; toda mi vida será el ser incompleto que hasta hoy he sido... Ante el primer obstáculo, caeré hecho polvo. Ya lo ha probado lo acontecido entre nosotros. ¡Si á lo menos hubiese sacrificado mi amor en aras de mi actividad futura, de mi vocación! Pero, no; sólo he retrocedido ante la responsabilidad que me amenazaba y ante la certidumbre de no ser digno de V. No merezco la pena de que por mí se saliese V. de su esfera, donde tarde ó temprano obtendrá V. la felicidad... Por supuesto, todo lo que ha sucedido sin duda es para bien. Esta prueba tal vez me deje más puro y más fuerte.

»Deseo á V. la dicha más constante. ¡Adiós! Acuérdesse V. alguna vez de mí. Espero que aún oiga V. hablar de

»RUDÍN.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU DE BARCELONA

Natalia dejó caer sobre las rodillas la carta de Rudín y permaneció inmóvil por largo tiempo, con los ojos fijos en el suelo. Aquella carta probaba con más claridad que todos los testimonios posibles, cuánta razón había tenido por la mañana cuando, al separarse de Rudín, había exclamado ella involuntariamente que él no la amaba. Pero este convencimiento no servía de alivio á su corazón. Estaba inmóvil, pareciéndola que vagas sombras se habían amontonado encima de su cabeza, y que, yerta y embotada, desaparecía en el fondo de un abismo. Para todo el

mundo es pesada de soportar la primera desilusión; pero llega á ser abrumadora para un alma sincera, exenta de toda ligereza, de toda exageración, y poco deseosa de engañarse á sí misma.

Natalia recordaba su infancia y pensaba en sus antiguos paseos de la tarde. Dirigiase siempre de preferencia hacia la parte luminosa del cielo, allí donde aún brillaba el poniente en el horizonte; y por instinto apartaba la vista del levante ya tenebroso. A la sazón, por el contrario, oscureciase ante ella el porvenir; le parecía que había vuelto la espalda á la luz... Los ojos de Natalia se llenaron de lágrimas. Las lágrimas no siempre ejercen una acción bienhechora. Son dulces y saludables cuando después, de haberse amontonado mucho tiempo en el corazón, brotan por fin de él, primero ardorosas y amargas, abundantes y fáciles después. Así es como alivian el mudo abrumamiento del dolor... Pero hay lágrimas frías, lágrimas vertidas una por una. El sufrimiento sin salida es quien las arranca gota á gota del alma oprimida por su pesada y persistente carga. Estas no producen consuelo, no proporcionan bienestar. Son las lágrimas que vierte la desesperación, y no puede llamarse desventurado quien no las haya sentido fluir de sus párpados. Natalia aprendió á conocerlas aquel día.

Habían pasado dos horas. Natalia recobró sus ánimos, se levantó, se enjugó los ojos y encendió una vela, á la luz de la cual se puso á quemar la carta de Rudín. Cuando el papel se hubo consumido por completo, arrojó

las cenizas por la ventana. Luego abrió al acaso un tomo de poesías de Puchkin, y leyó las primeras líneas que se le presentaron á la vista (á menudo había consultado así ese libro por casualidad):

«Quien una vez de la pasión esclavo
fué, sin cesar, persíguele el fantasma
de los días por siempre fenecidos...
pierde la vida para él su magia,
le roen sin piedad remordimientos,
y la serpiente del recuerdo infausta.»

Permaneció de pie un instante, se miró al espejo con una sonrisa helada, inclinó la cabeza y entró en el salón.

Tan pronto como la vió Daría, la llamó á su gabinete, la hizo sentarse á su lado, la acarició con ternura en la mejilla y la miró á lo blanco de los ojos, observándola con atención, casi con curiosidad: Daría experimentaba secreta zozobra. Por primera vez en su vida la acometió la idea de que no conocía el carácter de su hija. Sabedora por Pandalewski de su entrevista con Rudín, no sólo se había incomodado, sino también asombrado de que la mosquita muerta de Natalia se hubiese decidido á dar semejante paso. Sin embargo, cuando la hubo llamado y comenzado á reprenderla, no con el tono de una mujer educada en las ideas de la Europa verdaderamente culta, sino con voz chillona y vulgar, Daría se quedó turbada y casi espantada por la firmeza de las respuestas y lo resuelto de la mirada y del porte de su hija. La súbita partida de Rudín, cuya causa no se explicaba por completo, habíala

quitado un gran peso del corazón, pero había esperado lágrimas, ataques de nervios... La aparente tranquilidad de Natalia la sumía en nuevas suposiciones.

—Vamos, niña—la preguntó Daría—¿cómo te sientes hoy?

Natalia miró á su madre.

—Ya se ha marchado... ese señor. ¿No sabes por qué ha huido tan á escape?

—Mamá—respondió Natalia con voz serena—como V. misma no me hable de él, la doy mi palabra de que nunca saldrá su nombre de mi boca.

—Parece que, por fin, convienes en tus yerros para conmigo.

Natalia bajó la cabeza y repitió:

—Jamás me oirá V. hablar de él.

—Está bien—replicó Daría sonriéndose—te creo. Pero acuérdate de cómo el otro día... Vaya, no hablemos más de eso. Punto concluido. Ya está bien muerto y sepultado... ¿no es así? Te reconozco, á lo menos. Estaba desconcertada del todo. ¡Ea, bésame, juiciosa y querida niña!

Natalia llevó á sus labios la mano de Daría, y ésta besó la frente inclinada de su hija.

—Oye siempre mis consejos, no olvides que eres una Lassunska... é hija mía—añadió.—Sé feliz. Ahora, puedes retirarte.

Natalia salió en silencio.

Daría la siguió con la vista, diciendo para sí: «Se me parece; también ella sufrirá por causa del corazón; pero será menos expansiva que yo.» Y Daría se sumió en reminiscencias del pasa-

do... de un pasado muy remoto... Luego hizo llamar á la señorita Boncourt, y permaneció largo tiempo encerrada con ella. Después de despedirla hizo llamar á Pandalewski. Tenía decidido empeño en saber la verdadera razón de la marcha de Rudín. Claro es que Pandalewski la tranquilizó por completo. Estaba en su papel.

Al día siguiente, Volinzoff y su hermana fueron á comer á casa de Daría. Esta siempre estuvo muy amable con ellos, pero ese día los recibió con particular benevolencia. Natalia sentíase llena de inmensa tristeza. Sin embargo, Volinzoff se mostraba tan respetuoso con la joven, entraba tan tímidamente en conversación con ella, que no pudo menos de quedarle agradecida en el fondo del corazón.

El día se pasó con sosiego, casi con aburrimiento; pero al separarse, todo el mundo comprendió que habían vuelto á los antiguos carriles, y esto no es cosa de poca monta.

Sí, la antigua existencia reanudábase para todos, incluso para Natalia misma. Cuando, por fin, se quedó sola, arrastróse penosamente hasta la cama; y rendida, quebrantada, dejó caer en la almohada la cabeza.

Le parecía una cosa tan amarga, tan repugnante, tan vulgar, el vivir; estaba tan avergonzada para consigo misma de su amor, de sus tristezas, que en aquel momento probablemente hubiera consentido en morir. Aún tenía por delante hartos días abrumadores, hartas noches sin sueño, sobradas agitaciones penosas; pero ¡era tan jo-

ven! Apenas estaba en los comienzos su vida; y tarde ó temprano la existencia, con su actividad y las inevitables distracciones que acarrea, logra sobreponerse, sea cual fuere la herida que se haya recibido. Sea cual fuere la herida que reciba un ser humano (lector, perdóname lo brutal de la expresión), no puede impedir que coma el día mismo ó al siguiente, y eso es ya un primer consuelo. Natalia sufría cruelmente por primera vez; pero el primer sufrimiento y el primer amor no se renuevan, y debemos dar gracias á Dios por ello.

XIII

Han transcurrido unos dos años. Estamos en los primeros días de Mayo. Alexandra Pavlovna, ya no Lissina, sino Lejnieff para lo sucesivo, está sentada en el balcón de su casa. Hace ya más de un año que se casó con Micael Micaelovitch. Está tan encantadora como en otro tiempo, pero un poquito entrada en carnes. El balcón comunica por medio de unos cuantos escalones con el jardín, donde una nodriza pasea en brazos un niño de bermejós carrillos, vestido con capa blanca y sombrero adornado con madroño también blanco. Alexandra no le quita ojo. El niño no llora, sino que se chupa gravemente el pulgar y mira en torno suyo con aire tranquilo. Todo indica ya

en él que es hijo de Micael Micaelovitch.

Nuestro antiguo conocido Pigassoff está sentado en el balcón junto á Alexandra.

Ha enflaquecido mucho y encanecido desde que lo perdimos de vista. Está cargado de espaldas y silba al hablar, á causa de la pérdida no lejana de un diente. Ese silbido aumenta la acritud de sus discursos. La extremada irritabilidad de su carácter no ha disminuido con los años, pero se le ha embotado el ingenio, y el misántropo se repite más á menudo que antes. Micael no está en casa; se le espera para tomar el té. Acaba de ponerse el sol. Al desaparecer, ha dejado una raya de color de oro pálido, que se extiende abarcando todo el Occidente, mientras que el lado opuesto del cielo se franjea con dos fajas de matices diversos: una, la inferior, tirando á azul; otra, la más alta, de un rojo violáceo. Ligeras nubes se confunden en las alturas del cielo. Todo parece anunciar un tiempo magnífico.

Pigassoff se echó á reír de pronto.

—¿Qué se le ocurre á V., Africano Simeonovitch?—preguntó Alexandra.

—Menos que nada. Ayer oí á un campesino decir á su mujer que charlabá hasta quedarse sin resuello: «Vamos, deja de rechinar.» Esta expresión de «rechinar» me hizo muchísima gracia. Y, de hecho, ¿es capaz una mujer de discurrir? Ya sabe V. que siempre exceptúo á las personas presentes. Nuestros padres tenían mejor juicio que nosotros. En sus cuentos, siempre

se representa á las jóvenes sentadas al pie de una ventana, con una estrella en la frente, pero con la lengua muda. Así debiera ser aún. Juzgue V. misma. Anteayer, la mujer de nuestro mariscal del gobierno me disparó en mi cara (y así me lo esperaba yo como un pistoletazo) que mis *tendencias* no son de su gusto. ¡Mis tendencias! ¿No valdría más, se lo pregunto á V., que una benévola disposición de la naturaleza hubiese privado á esa señora, y á todas sus hermanas, del uso pernicioso de su lengua?

—No cambiará V. nunca, Africano; siempre nos está V. zurrando la badana á nosotras, las pobres mujeres. Casi estoy tentada de tenerle á V. lástima por esa triste idea fija, como se la tendría por una desgracia que le afligiese.

—¡Desgracia! ¿Qué está V. diciendo ahí? En primer lugar, no conozco en el mundo más que tres desgracias: vivir en invierno en una habitación fría, llevar en verano unas botas demasiado estrechas y pasar la noche con un chiquillo que grita y al que no se tiene derecho para darle de zurriagazos. Y, por otra parte, ¿no me he vuelto uno de los hombres más apacibles del globo terráqueo? Puede ponerseme como ejemplo á los demás seres humanos: tan grande es la moralidad de mi conducta.

—¡Ah, verdaderamente, se conduce V. muy bien! Entonces, ¿cómo se comprende que ayer, sin ir más lejos, vino á quejarseme de V. Elena Antonovna?

—¡Me deja V. atónito! Quisiera saber lo que ha podido decirle á V.

—Me ha dicho que durante una ma-

ñana entera se obstinó V. en no responder á sus preguntas sino con la palabra «¿Qué, qué?», y aun para eso con la voz más destemplada.

Pigassoff se echó á reir.

—La idea era buena; convenga V. en ello, señora.

—¡Admirable, enteramente! ¿Cómo puede V. tener tal impertinencia con una mujer?

—¡Una mujer! Pero, Elena Antonovna, ¿es una mujer, como V. dice?

—¿Pues qué es, á los ojos de V.?

—Nada más que un tambor, un verdadero tambor que se golpea con palillos.

—¡Ah! Amigo mío—exclamó bruscamente Alexandra, deseosa de cambiar de tema de conversación— parece ser que está V. de enhorabuena.

—¿A propósito de qué?

—A propósito del fin del pleito. Quedan para V. los prados de Glinowa.

—¡Quedan para mí!—respondió Pigassoff con aire sombrío.

—¡Cuidado que hace años que corre V. tras de lograrlo, y ahora parece que no se queda V. satisfecho!

—Tengo el honor de hacerla observar—replicó lentamente Pigassoff— que en este pícaro mundo no hay nada más desagradable que la dicha cuando llega tarde. Semejante felicidad, en vez de producirnos placer, sólo nos priva del más precioso de los derechos: del de incomodarse y maldecir la suerte. Sí, señora, lo repito: ¡una dicha tardía no es más que una burla ofensiva y amarga!

Alexandra se encogió de hom-

bros imperceptiblemente, sin contestarle.

—¡Ama!—gritó.—Me parece que ya es tiempo de acostar á Mica. Tráemelo.

Alexandra se ocupó de su hijo, y Pigassoff se retiró refunfuñando al otro extremo del balcón.

De pronto apareció el *drochki* de Micael Micaelovitch al cabo del camino, que iba á lo largo del jardín. Dos enormes perros de guarda, uno gris y otro amarillo, corrían delante del caballo. Lejnieff acababa de comprar esos dos perros, que habían resuelto el problema de vivir en una amistad inalterable, á la vez que dándose dentelladas desde la mañana á la noche. Una vieja perra de guarda abandonó también el patio para salirles al encuentro; abrió las fauces como si se dispusiese á ladrar, pero se limitó á bostezar, y se retiró moviendo amistosamente la cola.

—Sacha, ¿á que no adivinas á quien te traigo?—exclamó Lejnieff dirigiéndose á su mujer, desde lo más lejos que pudo verla.

Alexandra no había podido conocer á primera vista al hombre que iba sentado detrás de su marido.

—¡Ah, el señor Bassistoff!—dijo por fin.

—El mismo que viste y calza—respondió Lejnieff.—Y trae una buena noticia; dentro de un instante la sabrás—añadió, apeándose del coche con su acompañante.

Algunos minutos después estaba en el balcón con Bassistoff.

—¡Hurrah! ¡Se nos casa Sergio!—gritó, abrazando á su mujer.

—¿Con quién?—preguntó Alexandra emocionada.

—Claro es que con Natalia... Nuestro amigo nos trae de Moscú esta noticia; tiene una carta para ti... ¿Oyes? pequeño Mica—continuó, estrechando á su hijo entre sus brazos—¡se casa tu tío! ¡Vaya una flema imperturbable! Este grave acontecimiento apenas si le ha hecho parpadear.

—Tiene ganas de dormir—contestó riéndose la nodriza.

—No hay nada más cierto—dijo Bassistoff, acercándose á Alexandra.—Hoy mismo llego de Moscú. Daría me ha encargado comprobar las cuentas de la hacienda. Pero aquí está la carta de Volinzoff.

Alexandra abrió con rapidez la carta de su hermano. Sólo eran cuatro líneas, escritas en el primer ímpetu de la alegría. Volinzoff informaba á su hermana de que había hecho su petición á Natalia, y que tenía el consentimiento de ésta y de su madre. Prometía escribir más largo para el próximo correo, y entre tanto saludaba y abrazaba á toda la colonia. Lo deshilvanado de su carta demostraba con suma evidencia la alegría más profunda, la emoción más viva.

Sentóse Bassistoff y trajeron el té.

Caían sobre él las preguntas como granizo. El mismo Pigassoff tomaba parte en el júbilo que causaba la noticia de que era portador el joven.

—Ruego á V. que me dé algunos detalles—dijo Lejnieff, entre otras cosas—acerca de cierto karchagín, cuyo nombre ha llegado hasta nos-

otros. Los rumores que han corrido respecto á él eran enteramente falsos, ¿no es así?

Ese karchagín, de quien aún no hemos tenido tiempo de ocuparnos, era un guapo mozo, un *dandy* muy pagado de su persona y lleno de su propia importancia. Se daba mucho pisto, con ademanes que creía majestuosos. Tenía el aire de su propia estatua erigida por suscripción nacional.

—Esos rumores tenía fundamento real—replicó Bassistoff sonriéndose.—Daría estuvo muy entusiasta de ese señor, pero Natalia no quiso ni que se lo mentasen.

—¡Le conozco!—interrumpió Pigassoff.—Es un imbécil por juro de heredad, un fatuo de pies á cabeza. ¡Misericordia! Si todo el mundo se le asemejase, se llevaría caro por consentir en vivir.

—No digo que no—replicó Bassistoff—aunque en la buena sociedad representa un papel bastante brillante.

—En fin, es lo mismo—exclamó Alexandra.—¡Dejémosle en paz! ¡Ah, qué alegre estoy por mi hermano!... Y Natalia... ¿está contenta, parece feliz?

—Sí, señora. Parece sosegada como de costumbre; ya la conoce V.; pero tiene aire satisfecho.

Pasó la velada en conversaciones íntimas y animadas. Sirvióse la cena.

—A propósito—preguntó Lejnieff á Bassistoff, echándole una copa de Bordeaux-Laffitte—¿sabe V. qué es de Rudín?

—Nada sé por el momento. El invierno último vino á pasar unos días á

Moscú, y luego volvió á marcharse á Sembirsk con una familia. Durante algún tiempo, hemos estado carteándonos él y yo. Su última carta me anunciaba que se iba á ir de Sembirsk, sin precisar, no obstante, el sitio adonde se dirigía. Desde entonces no he vuelto á tener noticias de él.

—¡No se perderá!—dijo Pigassoff.—Debe de estar en cualquiera comarca predicando. Ese señor se proporciona siempre dos ó tres admiradores que le escuchan con la boca abierta, y á los cuales pide dinero prestado. Créanme Vds., acabará por morir, no importa dónde, en la cárcel ó en el destierro, pero de seguro en brazos de una solterona con peluca, quien le tendrá por uno de los más grandes genios del mundo.

—Tiene V. una manera muy incisiva de juzgar—hizo ver Bassistoff á media voz y con aire contrariado.

—De ningún modo incisiva, sino perfectamente justa—replicó Pigassoff.—A mi parecer, no es nada más sino lo que se llama un *gorrista*. Se me había olvidado decir á V.—prosiguió, dirigiéndose á Lejniéff—que he conocido á ese Terlasoff con quien Rudín ha estado en el extranjero. ¡Ah! Ciertamente, jamás podría imaginarse V. lo que acerca de él me ha dicho; es cosa de morir de risa. Es de advertir que todos los amigos y discípulos de Rudín llegan á ser un día ú otro enemigos suyos.

—¡Ruego á V. que no me cuente en el número de esos amigos!—exclamó Bassistoff con fuego.

—¡Oh, V.... es otra cosa! Por eso no se trata de V.

—¿Y qué le ha contado Terlasoff?—preguntó Alexandra.

—Me ha contado multitud de historias. No puedo recordarlas todas; pero he aquí una de sus mejores anécdotas á propósito de Rudín. Parece ser—prosiguió Pigassoff—que de silogismo en silogismo llegó Rudín á convencerse un día de que debiera enamorarse. Pónese, pues, en busca de un objeto digno de justificar esta encantadora conclusión. Por fin, le sonríe la fortuna. Llega á conocer á una francesa deliciosa... y modista. Adviértase que la escena pasa en Alemania, á orillas del Rhin. Comienza por hacerla algunas visitas, luego la presta algunos libros, y concluye por hablarla de la naturaleza y de Hegel. ¡Figúrense Vds. la posición de aquella desventurada modista! Le toma por un astrónomo. Su exterior choca por agradable, como saben Vds.; además, es un extranjero, un ruso: ¿cómo no había de conmovirse el corazón de la hermosa? Después de vacilaciones sin cuento, se decide á darla una cita, pero una cita poética; la propone un paseo en góndola por el Rhin. Consiente en ello la francesa, pónese sus galas más hechiceras y cátaate á los dos embarcados. Navegan así tres horas. Pregunto á Vds.: ¿en qué piensan que empleó Rudín todo ese tiempo? ¡Qué han de adivinarlo Vds. jamás! Acarició la cabellera de su Alicia, contempló el cielo meditabundo y repitió varias veces que sentía por su muy amada una ternura

¡enteramente *paternal!* La francesa, que de ningún modo se esperaba aquel prolongado idilio, regresó furiosa á su casa. Ella misma fué quien lo contó más tarde todo á Terlasoff. Ese es Rudín.

Y Pigassoff soltó la carcajada.

—¡Es V. un espantoso libertino!— exclamó Alexandra con despecho.— Cada vez estoy más convencida de que los mismos que quieren injuriar á Rudín no encuentran nada de deshonroso que echarle en cara.

—¿Nada deshonroso? ¡Misericordia! ¿Y su vida eternamente á costa de otros, y sus préstamos...? Apostaría á que también á V. le ha pedido dinero prestado, Micael Micaelovitch.

—Oiga V., caballero—comenzó á decir Lejnieff, mientras que su rostro adquiría una expresión seria.—Sabe V., y también mi mujer, que en los últimos tiempos no sentía yo particular inclinación hacia Rudín; antes por el contrario, muy á menudo me pronuncié en contra suya. Pues, á pesar de eso (Lejnieff echó vino de Champagne en una copa), he aquí lo que propongo á Vds.: acabamos de brindar por nuestro querido hermano y por su prometida; pues bien, ¡brindemos ahora por la salud de Demetrio Rudín!

Alexandra y Pigassoff miraron á Lejnieff con sorpresa, pero Bassistoff se puso como la grana de placer, y abrió los ojos cuanto pudo.

—Le conozco bien—continuó Lejnieff—y me sé de memoria todos sus defectos. Son tanto más grandes en él, cuanto que Rudín mismo no es un hombre insignificante.

—¡Oh!—exclamó Bassistoff—es un carácter lleno de genio.

—Puede tener genio, no me opongo; en cuanto á su carácter, por ahí es por donde peca. Lo que le falta es voluntad, nervio, fuerza. Pero no se trata de eso. Quiero hablar ahora de lo que tiene de bueno, y que escasea. Tiene entusiasmo; y pueden Vds. creerme, yo que soy un hombre flemático, al decirles que esa es una de las cualidades más preciosas en una época como la nuestra. Todos nosotros somos insoportablemente reflexivos, indiferentes y apáticos, estamos adormecidos y helados; por eso hay que dar gracias á quien nos enardece y anima, aunque sólo sea por un instante, porque nos hace muchísima falta esa fecunda sobreexcitación. Ya recordarás, Sacha, que cierta vez hablé de Rudín acusándole de frialdad. Entonces fui justo é injusto al mismo tiempo. Su frialdad está en su sangre, pero no en su cabeza. Hice mal en tratarle de actor; no es ni hábil ni bribón; y si vive á expensas de otro, es como un niño, no como un intrigante. Sí, puede muy bien suceder que muera en el aislamiento y la miseria; pero por eso ¿hay que arrojarle piedras? Nunca hará nada por sí mismo, precisamente porque no hay en él una sangre enérgica ni una voluntad potente; pero ¿quién tiene derecho para afirmar de antemano que nunca ha prestado ni prestará jamás ningún servicio? ¿Quién tiene derecho á afirmar que sus palabras no hayan hecho germinar nobles pensamientos en más de un alma juvenil á la cual no haya negado la natu-

raleza, como á él, ese fecundo manantial de la actividad necesaria para la ejecución de los proyectos concebidos por una imaginación exaltada, aunque impotente? Yo que les hablo, yo el primero, he sentido junto á él esa feliz influencia. Sacha sabe muy bien lo que para mí fué Rudín en mi juventud. Recuerdo haber sostenido que las palabras de Rudín no podían producir efecto en sus semejantes; pero referíame entonces á hombres llegados como yo á una edad en que la vida ha embotado la sensibilidad, en que la razón se ha hecho más difícil de satisfacer. Llegó un tiempo en que una sola nota falsa basta para destruir en nuestros oídos toda la armonía del más hermoso trozo musical; pero por fortuna para la juventud, ésta tiene el oído menos delicado, y, sobre todo, menos hastiado. Si la idea que se le presenta le parece noble, poco le importa el tono. La juventud halla en sí misma ese tono.

—¡Bravo, bravo!—exclamó Bassistoff.—¡Eso es lo que se llama hablar con justicia! En cuanto á la influencia de Rudín, juro á Vds. que ese hombre, no sólo tiene el poder de conmover, sino que nos impulsa hacia adelante, nos impide detenernos, nos vuelve de abajo á arriba, nos incendia.

—Ya oye V.—continuó Lejnieff, volviéndose hacia Pigassoff.—¿Necesita V. más pruebas? Ataca V. á la filosofía, no encuentra V. palabras bastantes para motejarla. Yo mismo la aprecio poco y la comprendo aún menos; pero no es de la filosofía de donde dimanen nuestros más grandes infortu-

nios. Sus sutilezas nunca harán presa en nuestras almas. Nosotros los rusos tenemos, gracias á Dios, hartos buenos sentidos para eso. Sin embargo, tampoco hay que tomar por pretexto á la filosofía para emprenderla contra cada juiciosa aspiración hacia la ciencia y la verdad. Lo que labra la desdicha de Rudín es que no conoce á Rusia, y ciertamente que eso es una gran desventura para él. Rusia puede pasarse sin cada uno de nosotros, pero ninguno de nosotros puede pasarse sin la Rusia. ¡Infeliz de quien no lo comprenda, dos veces infeliz el que olvide realmente las costumbres y las ideas de su patria! El *cosmopolitismo* es una sandez y un cero á la izquierda, menos que cero; fuera de la nacionalidad, no hay artes, ni verdad, ni vida posible; no hay más que la impotencia y la nada. Toda figura ideal debe representar un tipo, so pena de hacerse en el acto insignificante y vulgar. Pero, vuelvo á repetirlo, Rudín es más inocente de su destino que lo que se cree. Bastante amargo y pesado es ya ese destino, sin que hagamos recaer nosotros sobre él toda la responsabilidad. Ahora, ¿por qué aparece con frecuencia en Rusia esa raza á la cual pertenece Rudín? Eso es lo que yo no quiero examinar por temor de dejarme conducir demasiado lejos. Contentémonos con reconocer lo que tiene de bueno. Eso valdría más que la injusticia, y nosotros éramos injustos para con él. No tenemos la misión de castigarle por su insuficiencia, y, créanme Vds., ni siquiera es necesario ese castigo: él

mismo se castigará mucho más cruelmente de lo que merece. ¡Quiera Dios que la desgracia le despoje de todo lo malo que hay en él, y no le deje sino sus buenas cualidades! ¡Brindo por la salud de Rudín! ¡Brindo por la salud del camarada de mis mejores años! ¡Brindo por la juventud, por sus esperanzas, por sus aspiraciones, por su cándida confianza, por su honradez; en una palabra, por todo lo que hacía palpar nuestros corazones á la edad de veinte años! No conocemos ni conoceremos nunca nada mejor en la vida. ¡Brindo por ti, tiempo dorado! ¡Brindo por la salud de Rudín!

Todo el mundo trincó con Lejnieff. Con tanto ardimiento lo hizo Bassistoff que estuvo á punto de volcar su copa; sin embargo, la vació de un solo trago, mientras que Alexandra apretaba la mano á su marido.

—No sabía que era V. tan elocuente, señor Lejnieff—murmuró Pigassoff—es V. del calibre del señor Rudín. Confieso que yo mismo estoy emocionadísimo.

—De ningún modo soy elocuente—replicó Legnieff, un poco picado.—En cuanto á emocionarle á V., creo que eso es muy difícil. Pero, basta ya de Rudín. Hablemos de otra cosa. Ya aquel... ¿cómo se llama?... aquel Pandalevski, ¿sigue aún en casa de Daría?—prosiguió, dirigiéndose á Bassistoff.

—¡Ya lo creo! Y hasta le ha proporcionado un buen empleo.

Legnieff meneó la cabeza.

—Ahí tienen Vds. uno que no morirá en la miseria; es una apuesta que

puede sostenerse con seguridad de ganarla.

La cena tocaba á su término. Separáronse los convidados.

Al quedarse á solas con su marido, Alexandra le miró de hito en hito sonriéndose.

—¡Qué gallardo has estado hoy, Micael!—le dijo, pasándole la mano por la frente.—¡Con qué talento, con qué hidalguía has hablado! Pero confiesa que te has excedido en defender á Rudín con un poco de exageración, como en otro tiempo le atacabas con sobra de ensañamiento.

—No se ofende al caído... Y además, por aquel entonces podía yo creer que te amontonase el juicio—añadió, sonriéndose á su vez.

—Te engañabas—respondió Alexandra con sencillez.—Siempre me pareció demasiado sabio para ser peligroso; le tenía miedo nada más, y su presencia me dejaba cortada. Pero convén conmigo en que Pigassoff se ha burlado de él esta noche con bastante mal gusto.

—¿Pigassoff?—respondió Lejnieff.—Precisamente porque Pigassoff estaba aquí es por lo que he defendido con tanto calor á Rudín. ¡Atreverse á tratar á Rudín de *gorrista*! ¡Mira tú que puede él hablar así de los demás! ¿No es cien veces más vituperable aún la conducta de Pigassoff? Tiene una posición independiente, derrama desprecio contra todo el mundo; y, sin embargo, á pesar de toda su cacareada misantropía, sabe muy bien agarrarse á los falzones de todo el que es rico ó está

considerado. ¿Sabes que ese Pigassoff, que injuria con tanta acritud á sus se- jantes y muerde con tanta furia á la filosofía y á las mujeres; sabes que ese mismo Pigassoff, cuando estaba em- pleado, recibía con mucho gusto el di- nero con que le untasen y se metía en chanchullos nada decentes?

—¡Es posible!—exclamó Alexandra. —¡Nunca lo hubiera creído!... Oye, Mica, tengo que hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Crees que mi hermano será feliz con Natalia?

—¿Cómo responderte? Por de conta- do, todas las probabilidades están á favor de su felicidad: ella es quien le guiará. Sea dicho entre nosotros, ella tiene más talento que él; pero Volin- zoff es un hombre excelente y la ama con todo su corazón. ¿Qué más hace falta? Nosotros nos amamos y somos felices.

Alexandra dió apretón de manos á Micael.

Aquel mismo día, mientras pasaba en casa de Alexandra todo lo que aca- bamos de contar, una miserable *kibitka* con toldo, tirada por tres caballos de campesinos, rodaba trabajosamente por la carretera principal de uno de los más lejanos gobiernos de Rusia. Encarama- do en la banqueta delantera, la guiaba un aldeano de pelo gris y vestido con un *armiak* agujereado. Sentábase de lado, con las piernas apoyadas en la bolea, y no hacía más que tirar de las

riendas de sogas y blandir el látigo. Un hombre de elevada estatura, sen- tado sobre una mala balija, ocupaba el fondo de la *kibitka*.

Llevaba gorra; su traje estaba rozado y cubierto de polvo. Iba con la cabeza baja, y calada la visera hasta los ojos. El traqueteo irregular del carromato le zangoloteaba á uno y otro lado; pero parecía insensible á esas molestias, y hubiérase dicho que iba durmiendo. Por fin, se enderezó: era Rudín.

—Pero ¿cuándo llegamos á la para- da?—preguntó al campesino empingo- rotado en el pescante.

—Muy pronto, padrecito—respondió el labriego, tirando de las riendas con más fuerza.—Así que lleguemos á lo alto de la cuesta, ya no nos faltarán más que dos verstas...—Vamos, tú— exclamó, apostrofando á uno de los caballos—¿te duermes? Ya te daré yo sueños—prosiguió con una voz como si ladrase, pegando á más y mejor al caballo de la derecha.

—Me parece que andas muy mal— dijo Rudín.—Llevamos toda la mañana de rodar, sin que adelantemos nada. A lo menos, si me cantases algún soni- quete.

—¿Y qué le vamos hacer, padrecito? Ya ve V. que los caballos están ren- didos. Hace un calor horroroso. ¿Por qué quiere que cante? ¿Soy algún pos- tillón?... ¡Eh! Buen hombre, ¿dejas paso?—exclamó de pronto, dirigiéndo- dose á un viandante vestido con una especie de chamarreta parda y calzado con almadreñas viejas de corteza de álamo blanco.

—¡Valiente cochero!—gruñó el transeunte, que se había parado. Y con voz preñada de injurias, meneando la cabeza y prosiguiendo su marcha, añadió:—¡Moscovita ruin!

—¿A dónde vas otra vez—gritó el aldeano, dando tirones á las riendas del caballo de varas. — ¡Ah, bestia condenada!

Los asendereados caballejos, renqueando, llegaron por fin á la casa de postas. Rudín se apeó de la *kibitka* y pagó á su conductor, quien no le saludó, pero en cambio hizo saltar largo tiempo el dinero en la palma de la mano (sin duda, no le parecía suficiente la propina); mientras que el viajero llevaba él mismo su equipaje á la sala de espera.

Un amigo mío, que ha recorrido Rusia en todas direcciones, me ha hecho notar que si las paredes de la sala de espera estaban adornadas con cuadros representando un prisionero del Cáucaso ó generales rusos, podía fácilmente esperarse que hubiera caballos allí; pero que si los cuadros estaban tomados de la vida del famoso jugador *Jorge de Germany*, había pocas probabilidades de salir pronto del mesón. En tal caso, el desventurado viajero tiene tiempo de sobra para admirar á sus anchas el tupé empolvado, el chaleco blanco de rayas diagonales, los pantalones fabulosamente estrechos y cortos que llevaba el jugador en sus tiempos juveniles; y de estudiar su rostro delirante en el momento en que, llegado ya á la vejez y viviendo en una cabaña destrozada, mata á su propio

hijo á silletazos. Rudín había entrado en una estancia adornada precisamente con cuadros de esta clase: todos intentaban representar las principales escenas de *Treinta años, ó la vida de un jugador*. A los gritos de Demetrio salió un maestro de postas, durmiendo todavía. (¿Han visto Vds. algún maestro de postas que no estuviese dormido?) Sin esperar siquiera la pregunta de Rudín, le dijo con voz perezosa que no había caballos.

—¿Cómo puede V. decirme que no hay caballos, sin saber siquiera á dónde voy?—replicó Rudín.—He llegado en una carreta de campesino.

—No hay caballos. ¿A dónde va V.?

—A N...sk.

—No tenemos ni un solo caballo—repetió el maestro de postas, saliéndose de la estancia.

Rudín se aproximó á la ventana con despecho y tiró la gorra en la mesa. Sin estar muy cambiado, sin embargo, había envejecido desde dos años á la fecha; algunas hebras de plata brillaban ya en su ensortijada cabellera; sus ojos eran siempre hermosos, pero habíase casi extinguido su llama; pequeñas arrugas, consecutivas á la inquietud y al pesar, plegaban los ángulos de su boca y de sus ojos y surcaban sus sienes. Sus vestidos estaban viejos y rozados, y adivinábase que no tenía ropa blanca. Indudablemente habían pasado para él los mejores días; *estaba granando*, como dicen los jardineros.

Rudín se puso á leer las inscripciones que enriquecían las paredes, dis-

tracción habitual de los viajeros aburridos... De pronto rechinaron los goznes de la puerta y entró el maestro de postas.

—No hay caballos para N...sk, ni los habrá en mucho tiempo; pero aquí tiene V. unos que regresan á N...off.

—¡A N...off!—respondió Rudín.— Ese no es mi camino; voy á Penza, y me parece que N...off está en dirección de Tamboff.

—Bueno, ¿y qué? Puede V. ir allí desde Tamboff; ó ya encontrará V. cualquier otro camino.

Rudín reflexionó, y dijo por fin:

—¡Sea! Haga V. enganchar los caballos. En el fondo, me da igual; iré á Tamboff.

Bien pronto estuvieron dispuestos los caballos. Rudín cogió el equipaje, entró en la kibitka y se sentó en la misma postura abatida en que ya le vimos antes de su llegada á la casa de postas. En aquella postura inclinada había un gran abandono, una tristísima resignación. Los tres caballos tomaron despacio un trote corto, haciendo resonar sus campanillas.

EPÍLOGO

Han transcurrido varios años.

En un frío día de otoño, un coche de viaje se detuvo delante de la escalinata del más hermoso hotel de la capital del gobierno de C***. De él se apeó un caballero de cierta edad, estirando los brazos con acompañamiento de suspi-

ros. No era viejo aún, pero había alcanzado ya esa obesidad moderada que se ha convenido en llamar respetable. El viajero subió con paso bastante rápido la escalera hasta el segundo piso, y se detuvo á la entrada de un ancho corredor. No viendo á nadie en torno suyo, alzó la voz para pedir habitación. Abrióse en seguida una puerta, y un mozo escuálido, que salió de detrás de un biombo, cumplió el deber de enseñarle el camino. Deslizábase respetuosamente á lo largo de la pared, haciendo relucir de vez en cuando, á pesar de la semioscuridad, su espalda refrotada y sus mangas vueltas hacia arriba.

Así que hubo entrado en el cuarto, se quitó el capote y la bufanda, sentóse en el diván, apoyó los puños en las rodillas, miró un instante á su alrededor como si saliese de un sueño, y ordenó al mozo que hiciera subir al criado que había dejado junto al coche. El camarero se inclinó humilde y salió.

Aquel viajero era Lejnieff.

El reclutamiento del reemplazo le había obligado á abandonar su casa de campo para acudir á C***.

Presentóse el criado de Lejnieff. Era un mocete de pelito rizado y buen color, vestido con un capote gris ceñido al talle con un cinturón azul. Calzaba botas de fieltro.

—Vamos, muchacho, ya hemos llegado, á pesar del miedo que tenías de ver saltar la llanta de una de las ruedas.

—Sí, sí—respondió el joven sirviente, esforzándose por sonreír detrás del cuello levantado de su capote.— ¿Pero cómo se sostiene aún la llanta?

—¿No hay nadie aquí?—gritó una voz en el corredor.

Estremecióse Lejnieff, y se puso á escuchar.

—¡Eh, que venga alguien!—repitió la voz.

Lejnieff se había levantado, se acercó á la puerta y la abrió con rapidez.

Ante él estaba un hombre de elevada estatura, encorvado y con el pelo gris casi por completo. Llevaba un gabán viejo, de terciopelo de algodón, con botones de bronce. Lejnieff le conoció en seguida.

—¡Rudín!—exclamó con voz emocionada.

Rudín se volvió. No podía distinguir las facciones de Lejnieff, porque éste se hallaba de espaldas á la luz. Le echó una mirada interrogante.

—¿No me conoce V.?—preguntó Lejnieff.

—¡Micael Micaelovitch!—exclamó Rudín, tendiéndole la mano.

Pero en seguida mudó de parecer y dejó caer colgando el brazo.

Lejnieff le estrechó vivamente la mano entre las suyas.

—Venga V. y entre en mi cuarto—dijo á Rudín, empujándole hacia la estancia.

—¡Cómo ha cambiado V.!—prosiguió Lejnieff después de un corto silencio y bajando involuntariamente la voz.

—Eso dicen—respondió Rudín, recorriendo el cuarto con melancólica mirada.—¡Qué quiere V.! Son los años... En cuanto á V., siempre lo mis-

mo. ¿Cómo está Alexandra... quiero decir, su mujer?

—Mil gracias, muy bien. Pero, ¿por qué casualidad está V. aquí?

—¿Yo? Eso sería largo de contar. El caso es que la casualidad es, en efecto, quien me ha conducido aquí. Vengo en busca de un conocido mío. Por supuesto, mucho me felicito por esta casualidad.

—¿Dónde come V.?

—¿Yo? No lo sé: en cualquier figón. Me veo obligado á marcharme hoy.

—¿Obligado?

Rudín se sonrió de una manera significativa.

—Obligado, sí. Me envían al campo, con orden de residir allí en lo sucesivo.

—Comerá V. conmigo.

Por primera vez, Rudín miró de frente á Lejnieff.

—¡Me propone que coma con él!—murmuró.

—Sí, Rudín; á estilo antiguo, como en los tiempos de nuestra intimidad. ¿Acepta V.? No me esperaba encontrarle, y sabe Dios si nos volveremos á ver jamás. No quisiera separarme de V. así.

—Pues bien, con mucho gusto; acepto.

Lejnieff estrechó vivamente la mano á Rudín. Llamó al mozo para encargarse la comida, y le ordenó que hiciese helar una botella de vino de Champagne.

Como si lo hubiesen hecho de concierto, Lejnieff y Rudín sólo hablaron de su vida de estudiantes mientras comían. Evocaron numerosos recuerdos y hablaron de muchos de sus amigos,

muertos ó vivos. Al principio, Rudín se mostró poco comunicativo; pero bebió algunas gotas de vino, que le desataron bien pronto la lengua y recalentaron la sangre. En cuanto el camarero se hubo llevado el último plato, levantóse Lejnieff, cerró la puerta y se volvió á sentar frente á Rudín, apoyando suavemente la barba en ambas manos.

—Veamos— dijo;—cuénteme V. ahora todo lo que le ha sucedido desde que no nos hemos visto.

Rudín echó una mirada á Lejnieff.

—¡Dios mío—se dijo otra vez éste— cómo ha cambiado el infeliz!

No era tanto lo que habían cambiado las facciones de Rudín, como su expresión. En efecto, desde el día que le encontramos en la sala de una hostería pidiendo caballos para continuar su viaje, sus facciones no se habían modificado sensiblemente, aunque una inspección un poco atenta hubiera hecho descubrir en ellas ya los primeros signos de una vejez precoz. Sus ojos tenían un mirar diferente; sus movimientos, ya reposados, ya de una viveza inexplicable; su palabra sin acento y como entrecortada; en una palabra, todo su ser daba testimonio de un cansancio decisivo, de una tristeza recóndita y sin fuerzas para luchar ya. ¡Cuán lejos estaba esa profunda tristeza de la melancolía medio fingida que alardeaba en otro tiempo, por el estilo de muchos jóvenes, que no por eso dejan de estar llenos de esperanza y de vanidad confiada!

—Sería imposible decirle á V. todo

lo que me ha sucedido, y por de contado no merece la pena—dijo Rudín.— He tenido numerosos pesares; y no sólo se ha gastado mi cuerpo en vanas correrías á través del mundo, sino también mi alma. ¡De quién y de qué no he quedado desilusionado, Dios mío! ¡Con quién no he tenido relaciones íntimas!... Sí, ¿con quién?—repitió Rudín, al ver que Lejnieff le miraba con un aire compasivo muy particular.— ¡Cuántas veces me han levantado de asco el estómago mis palabras! ¡Cuántas veces he sentido la misma penosa impresión al hallar en boca de otros mis propias ideas y mis propias opiniones! ¡Cuántas veces he pasado de la impaciencia, de la irritabilidad misma de un niño, á la insensibilidad estúpida del caballo que permanece mohino bajo los golpes sanguinarios de su brutal conductor! ¡Cuántas veces he esperado, y luego aborrecido! ¡Cuántas veces he volado á las alturas aéreas como un halcón, para caer de nuevo á tierra, ridículo y rampante como el molusco á quien han roto la concha!... ¿Dónde no he estado? ¿Por qué caminos no he ido? Y hay caminos muy sucios—añadió Rudín volviendo un poco la cabeza.— Y prosiguió: ¿Sabe V.?...

—Espere—interrumpió Lejnieff—en otro tiempo nos tuteábamos... Volvamos á nuestra antigua costumbre, ¿quieres?... ¡Brindemos por tu salud!

Estremecióse Rudín, se enderezó, y de sus ojos brotaron fugaces destellos que ninguna palabra podría describir.

—Bebamos—dijo.—¡Gracias te doy, hermano! Bebamos.

Lejnieff y Rudín bebieron cada cual una copa de vino de Champagne.

—Tú lo sabes—prosiguió Rudín, sonriéndose y recalcando el *tú*:—llevo dentro de mi un gusano roedor que me devora y que no me dejará descansar hasta los últimos instantes de mi vida. Me induce á querer dominar á mis semejantes. Ante todo, comienzo por someterlos á mi influencia, y después...

Rudín hizo un ademán con la mano.

—Desde que me separé de ti... he aprendido mucho, he visto mucho... veinte veces he vuelto á comenzar á vivir; veinte veces he vuelto á poner mano á una nueva obra, y he aquí, sin embargo, cómo estoy—añadió, pasándose la mano por la frente.

—No has tenido perseverancia—murmuró Lejnieff, como si hablase para sí.

—Tú lo dices, no he tenido perseverancia. Jamás he edificado nada; en efecto, es difícil edificar, sea lo que fuere, cuando falta el suelo debajo de los pies. No quiero contarte todas mis aventuras, ó, por mejor decir, todas mis desventuras. Sólo te citaré dos ó tres incidentes de mi vida en que iba á sonreirme la victoria, es decir yo esperaba el triunfo, lo cual no es enteramente lo mismo.

Rudín echó atrás sus cabellos grises y escasos ya, con idéntico movimiento de la mano con que otro tiempo rechazaba sus rizos negros y abundantes.

—Pues bien; escucha—prosiguió.—Me relacioné en Moscú con un señor bastante original. Era riquísimo y poseía inmensas haciendas. Su princi-

pal, su única pasión era el amor á la ciencia, á la ciencia en general. Hasta ahora no puedo comprender cómo se había apoderado de él esa pasión. Le sentaba como una silla de montar á un buey. Empleaba todas sus fuerzas en sostenerse á la altura de lo que se llama el nivel intelectual, aunque apenas sabía expresarse, y tenía que limitarse á rebullir los ojos con expresión meneando la cabeza con aire significativo cada y cuando que ante él se enunciaba una idea. Nunca he encontrado una molle-
ra más pobre y nula que la suya. Recordaba esos terrenos tan esparcidos en el gobierno de Smolensk, donde no se encuentra sino arena y más arena, y de pascuas á ramos alguna brizna de hierba, que por supuesto ningún animal se ocupa de ramonear. Nada prosperaba entre sus manos, todo parecía volverse contra él. Tenía la gaita de hacer dificultosas las cosas más fáciles y una rara habilidad para complicar las cuestiones más sencillas. Si sólo hubiese dependido eso de él, hubiera encontrado el medio, tenlo por cierto, de hacer-
nos comer con los pies. Trabajaba, escribía y leía sin cuento y sin provecho. Dábase al estudio con cierta perseverancia tenaz, con una paciencia espantosa: su amor propio no tenía límites y su carácter era de hierro. Vivía solo y pasaba por un ente original. Nos conocimos y le agradé. Confieso que le adiviné muy pronto, pero me pasmaba su celo. Además, ¡poseía tan grandes recursos, podía hacerse tanto bien por medio de él, prestar servicios tan reales!... En resumen, que me quedé en

su casa y le seguí más tarde á sus tierras. Mis proyectos eran inmensos, amigo mío; soñaba yo con perfeccionamientos, innovaciones...

—Como en casa de las Lassunski, ¿te acuerdas?—interrumpió Lejnieff, con benévola sonrisa.

—De ningún modo. Entonces sabía yo en conciencia que mis palabras no conducirían á nada. Pero aquí... aquí era otro campo el que se abría ante mis especulaciones... Amontonaba yo libros acerca de agronomía... confieso que no leí ni uno solo de ellos hasta el final. Pero al cabo, puse manos á la obra. Al principio no iba aquello como yo me había esperado, pero á la postre pareció tomar mejor giro. Mi nuevo amigo seguía callándose; no hacía más que mirar y no me estorbaba para nada, ó más bien, no ponía obstáculos materiales á ninguna de mis empresas, un poco atrevidas, convengo en ello. Adoptaba mis planes y los ponía en acción, pero con terquedad y rigidez, sobre todo con secreta desconfianza y tratando de aumentar cosas de su propio caletre, sin prevenirme de nada. Tenía en el mayor aprecio la menor de sus ideas y se asía á ella con mil esfuerzos, como esos bichitos que, subidos en la punta del más ínfimo tallo de hierba, agárranse á ella, siempre dispuestos á desplegar las alas y levantar el vuelo; después caía de golpe, para volver á trepar de nuevo. No te sorprendan todas estas comparaciones; entonces nacían ya en mi cerebro. Estas fueron mis ocupaciones durante dos años. A pesar de todo mi esmero,

los resultados no correspondían á mis ensueños. Comencé á hartarme, mi amigo me aburría y me pesaba como plomo. Me volví agrio y adusto. Su desconfianza se convirtió en sorda irritación; mutua malquerencia se apoderó de nuestros corazones, y llegamos á no poder hablar ya con tranquilidad acerca del menor asunto; trataba siempre de probarme con transparentes alusiones que no estaba sometido á mi influencia; ora cambiaba mis disposiciones, ora hacía por completo caso omiso de ellas... Acabé por advertir que en casa del señor propietario llenaba yo las funciones del parásito que paga con buenas ocurrencias la hospitalidad que recibe. Era para mí penoso prodigar en vano el tiempo y las fuerzas, y aún más penoso ver todas mis esperanzas de continuo defraudadas. Harto se me alcanzaba lo que perdía alejándome de allí, pero no pude dominarme. Un día, después de una escena brutal que presencié y que me presentó á mi amigo con desfavorables colores, reñí definitivamente con él. Me marché, abandonando al pedantón de mi hidalgo de gotera, extraño revoltillo de rudeza cosaca y de sensiblería alemana...

—Eso quiere decir que tiraste tu pedazo de pan nuestro de cada día—exclamó Lejnieff, poniendo ambas manos en los hombros de Rudín.

—¡Es verdad! Me encontré una vez más desnudo y suelto por el espacio. ¡Vamos, brindemos!

—¡A tu salud!—dijo Lejnieff, levantándose para abrazar á Rudín.—¡A tu salud! ¡A la memoria de Pokorsky!...

También él supo permanecer pobre...

—Esa fué mi primera aventura— prosiguió Rudín, después de un momento de silencio.—¿Debo continuar?

—Continúa, te lo ruego.

—No es que tenga gana de hablar; estoy muy cansado de hacerlo, amigo mío... En fin, puesto que tú lo quieres... Rodando por carreteras y por senderos, resolví hacerme, por último... vamos, no te rías, te lo ruego... hacerme un hombre activo y práctico. Presentábase la ocasión más favorable para ello; topé con cierto... tal vez hayas oído hablar de él... con un tal Kurbeeff. ¿No le conoces?

—Ni por el forro. Pero, por amor de Dios, Rudín, ¿cómo no comprendiste que no era tu negocio el hacerte hombre de negocios? Perdóname este juego de palabras.

—Sé muy bien, amigo, que no valía ni pizca para eso. Pero, ¡si hubieses visto á Kurbeeff! Por supuesto, no vayas á figurarte que fuese algún charlatán superficial, como tantos otros. Decíase en otro tiempo que yo era elocuente, y, sin embargo, comparado con él, apenas parecía sino que tartamudeaba: es un hombre de una ciencia extraordinaria, al tanto de todo, un verdadero creador en lo que concierne á la industria y al comercio. Los proyectos más atrevidos, más inesperados, nacían por sí mismos en su cerebro. Una vez reunidos, resolvimos hacer valer nuestros talentos en una empresa de utilidad pública...

—Tengo curiosidad por saber cuál... Rudín bajó los ojos.

—¡Te vas á burlar!

—¿Por qué? No, no me río...

—Se trataba de hacer navegable uno de los ríos del gobierno de K***—respondió Rudín con una sonrisa forzada.

—¡Nada menos! ¿Sin duda era un capitalista ese Kurbeeff?

—Era tan pobre como yo—replicó Rudín, inclinando ligeramente su entrecana cabeza.

Lejnieff soltó el trazo á reír, pero se detuvo en el acto y agarró las manos á Rudín.

—No me quieras mal por esto, hermano, te lo suplico; pero es que no me esperaba semejante cosa. ¡Vamos! Vuestra empresa quedó en el papel, ¿no es así?

—No del todo. Dióse comienzo á su ejecución. Habíamos contratado obreros, la obra iba en marcha; pero entonces sobrevinieron dificultades. Primero, por parte del propietario de un molino, quien no quiso comprendernos; pero, lo que aún es peor, descubrimos que el agua no podía dirigirse sin máquinas. ¿Dónde encontrar dinero para esas máquinas? Durante seis meses dormimos en chociles. Kurbeeff sólo se alimentaba de pan, y yo no hacía mejores comidas que él. Por supuesto, no me quejo; porque en aquellos parajes es bellísima la naturaleza. Hacíamos esfuerzos sobrehumanos, tratando de atraernos á los comerciantes, escribiendo cartas, circulares. Eso llegó á hacerme gastar mi último kopek en aquel proyecto.

—Vamos, creo que no sería difícil

de gastar tu último kopek—observó Lejnieff.

—¡Ah, Dios mío, no!

Rudín se puso á mirar por la ventana.

—Sin embargo, te juro que la empresa no era descabellada. Los beneficios hubieran podido ser inmensos.

—¿Dónde se ha refugiado ese Kurbeeff?—preguntó Lejnieff.

—¡El! Está en Siberia. Ahora busca oro. Pero estoy seguro de que un día ú otro hará fortuna.

—Pasemos por ello; pero lo que es igualmente cierto es que tú permanecerás pobre.

—¡Yo! ¿Qué quieres? Por de contado, sé que siempre he pasado á tus ojos por un hombre nulo.

—¡Tú! ¡Qué locura, hermano! Verdad es que hubo un tiempo en que sólo saltaba á mi vista el lado defectuoso de tu carácter; pero ahora, créeme, comienzo á saber apreciarte con más justicia. No eres capaz de hacer fortuna... Pues bien, ¡te quiero á causa de eso mismo!

Rudín se sonrió débilmente.

—Sí, de veras, te estimo por eso mucho más—repitió Lejnieff.—¿Me comprendes?

Ambos permanecieron silenciosos.

—Veamos; pasemos al número tres—dijo Rudín.

—Dame ese gusto.

—Conformes. Tercera y última aventura... Pero ¿no te estoy aburriendo?

—Cuenta, cuéntame.

—Pues bien—prosiguió Rudín.—Cátate que un día de vagar (siempre he tenido muchos días de estos) se me

ocurre una idea. «Tengo bastante saber, digo para mí, y además el deseo del bien», supongo que no me negarás ese deseo del bien.

—Muy lejos de eso estoy.

—Ninguno de mis demás proyectos habían salido bien. Así, pues, un día me pregunté por qué, en vez de vivir en una laboriosa ociosidad, no habría de probar á hacerme profesor.

Rudín se detuvo y suspiró.

—¿Por qué vivir sin hacer nada?—prosiguió.—¿No valía más tratar de enseñar á otros lo que yo sabía? Acaso sacaran ellos algún provecho. Mis facultades no son ordinarias, además poseo mi idioma... Me resolví, pues, á abrazar esta nueva carrera. Me costó ímprobo trabajo encontrar una plaza; no quería dar lecciones á domicilio, y no podía ocuparme de ningún modo de las escuelas primarias. Por fin, logré encontrar una plaza de profesor en el instituto (gimnasio) de esta ciudad.

—¿Profesor de qué?—preguntó Lejnieff.

—Profesor de bellas letras rusas. Te diré que jamás me he puesto á ninguna otra cosa con tanto ardor. Transportábame la idea de influir en el ánimo de la juventud. Pasé tres semanas en preparar mi primera lección.

—¿No la llevas encima?—preguntó Lejnieff.

—No; la he perdido, ya no sé dónde está. Salió bastante bien, hasta gustó muchísimo. Aún me parece ver las caras de mis oyentes, caras buenas y juveniles, con una expresión de atención candorosa, de interés, hasta de

verdadero entusiasmo. Subo á la cátedra, abrasado por la fiebre, y leo mi lección; habíame figurado que duraría más de una hora, pero no empleé más de veinte minutos en terminarla. El inspector, un viejo seco, con gafas de plata y peluquín, inclinaba de vez en cuando la cabeza hacia mí. Cuando hube concluido y abandonado mi sillón, me dijo: «Bien, señor; pero un poco trascendental, un poco oscuro, el asunto apenas se ha desflorado.» En cambio, los estudiantes me seguían con ojos llenos de admiración. ¡El entusiasmo! Eso es lo precioso en la juventud. Llevo notas para la segunda lección, también para la tercera... y luego me pongo á improvisar.

—¿Con buen éxito?—preguntó Lejnieff.

—Gran éxito. Llegaban los oyentes á bandadas. Yo les entregaba todo cuanto tenía dentro de mi alma. Había entre ellos dos ó tres jóvenes de positivo mérito; el resto me comprendían mal; y, debo confesarlo, los mismos que me comprendían turbábanme á veces con sus preguntas. En cuanto á su afecto, lo conquisté desde el principio; todos me adoraban, y en los exámenes les daba siempre buenas notas. Pero ya se había comenzado á intrigar contra mí. Por supuesto, ¿era necesario intrigar para perderme? Yo no estaba dentro de mi esfera, esa es la verdad. Molestaba á los otros, los otros me abrumaban y me ahogaban. Daba á esos alumnos del Instituto cursos como rara vez los oyen los estudiantes de la

Universidad; sin embargo, mis oyentes sacaban poco provecho de ellos, pues ya sabes tú que mi erudición es de poco fuste, y soy más bien un vulgarizador que un sabio propiamente dicho. Por otra parte, no podía contentarme con el estrecho círculo en que giraba mi actividad. No ignoras que siempre he cometido este yerro. Quería una radical transformación en el Instituto, y te juro que esa transformación era realizable y hasta fácil. Esperaba conseguirla por medio del director, hombre honrado y excelente, en el ánimo del cual había comenzado yo á adquirir influencia. Su mujer venía en mi ayuda. Amigo, rara vez he hallado una mujer que se le asemejase. Tenía ya cerca de cuarenta años, pero creía en el bien, amaba lo bello con todo el ardor de una joven de quince años, y era bastante animosa para sostener sus convicciones ante el universo entero. Jamás olvidaré su noble entusiasmo, su pureza. Redacté un plan, siguiendo sus consejos. Entonces trabajaron por rebajarme y ennegrecerme en su concepto. El profesor de matemáticas se mostró mi más cruel enemigo. Figúrate un hombrecillo mordaz y bilioso, sin creencia ninguna, un hombre por el estilo de Pigassoff, sólo que mucho más distinguido que él... A propósito, ¿vive aún Pigassoff?

—Sí, é imagínate; se ha casado con una ciudadana que le zurra, según dicen.

—¡No merecía menos! Y Natalia Alexievna, ¿está bien de salud?

—Sí.

—¿Es dichosa?

—Sí.

Rudín permaneció en silencio un instante.

—¿De qué te estaba hablando?... ¡Ah, sí, del profesor de matemáticas! Llenóse de odio contra mí; comparaba mis lecciones con los fuegos artificiales; cazaba al vuelo cada expresión que no era de una claridad indiscutible, y una vez hasta llegó á dejarme pegado á la pared, á propósito de no recuerdo qué documento del siglo xvi que yo no conocía. Todas mis intenciones eran sospechosas para él; la última de mis seductoras pompas de jabón vino á reventar en él, como en la punta de un alfiler. El inspector, con quien más de una vez me había encontrado en desacuerdo, excitó al director contra mí; á consecuencia de esto hubo una escena en que no quise ceder. Me arrebaté, y el asunto fué puesto en conocimiento de las autoridades, con lo que me vi obligado á abandonar la cátedra. No me di por vencido; quise demostrar que conmigo no se podía obrar de esa manera... Pero, ¡ay!, puede hacerse lo que se quiera conmigo... Ahora tengo que marcharme de aquí.

Hubo otro momento de silencio. Los dos amigos estaban cabizbajos.

Rudín fué el que primero tomó otra vez la palabra.

—Sí, hermano—prosiguió;—he llegado á decir con Kolzoff: «¿A dónde me has conducido, oh juventud? Ya no tengo donde reposar la cabeza...» Y, sin embargo, ¿es posible que yo no sirva para nada? ¿Es posible que no

haya nada que hacer aquí abajo para mí? A menudo me he hecho estas preguntas; y sean cuales fueren los esfuerzos que haga por humillarme á mis propios ojos, no puedo menos de sentirme animado de una fuerza poco común. Pues, ¿por qué es impotente esta fuerza? Hay un hecho que me asombra. ¿Recuerdas nuestros viajes juntos por el extranjero? Entonces era yo presuntuoso y embaidor. Entonces, ciertamente, no me daba cuenta de lo que quería, embriagábame con el sonido de mis propias palabras, perseguía fantasmas. Ahora, por el contrario, puedo decir en alta voz á la faz del mundo entero cuáles son mis deseos. Decididamente, nada tengo ya que ocultar; soy un hombre bien intencionado, por completo y en toda la extensión de la palabra; he rebajado mis pretensiones, quiero conformarme con las circunstancias, restrinjo mis aspiraciones, tiendo al fin más próximo, me atengo al más pequeño servicio que prestar, y, sin embargo, nada me sale bien. ¿Cuál es la razón de este fracaso persistente? ¿Qué me impide vivir y obrar como los demás? Apenas tengo tiempo de crear-me una posición definida, apenas logro detenerme en un punto dado, cuando la suerte parece precipitarme fuera de la vida común. ¿Por qué es todo eso? ¡Dame la solución de este enigma!

—¡Enigma!—repitió Rudín.—Sí, tienes razón. Tú siempre has sido para mí un enigma. Ya, en los tiempos de nuestra juventud, cuando te veía alternativamente obrar mal y hablar bien, y vuelta á empezar así (ya sabes lo

que quiero decir), aun entonces no te comprendía con claridad; por eso dejé de quererte... ¡Tienes tanto fuego! ¡Es tan infatigable tu entusiasmo por el ideal!...

—¡Palabras, siempre palabras! ¡Nunca obras!—interrumpió Rudín.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué quiero decir! Muy sencillo. Aunque no se hiciese más que mantener con su trabajo á una anciana abuela ciega y toda su familia, como lo hacía Pragenzoff, ¿no sería eso una acción?

—Sí, ciertamente; pero una buena palabra también es un acto.

Rudín miró á Lejnieff en silencio y meneó tristemente la cabeza.

Lejnieff hizo un movimiento como si fuese á hablar, pero se contuvo y se limitó á pasarse la mano por la cara.

—¿Vas de veras al campo?—preguntó por fin.

—Sí, voy al campo.

—¿Te queda aún hacienda?

—Aún tengo una cosa por ese estilo. Dos almas y media. Un agujero donde poder morir. Al oirme, de seguro que dirás: «¡Ni aun ahora puede prescindir de las frases!» Cierto: las frases me han perdido, ellas me han devorado... Pero lo que acabo de decir no es una frase; no son frases, hermano, estos cabellos blancos, estas arrugas; estos codos rotos no son frases. Siempre fuiste severo conmigo, y has tenido razón. Pero, ¿de qué sirve ahora la severidad, cuando todo se ha acabado, cuando ya no queda aceite en la lámpara, cuando la misma lámpara se

ha roto y la mecha está casi consumida ya? Hermano, la muerte debe conciliarlo todo.

Lejnieff dió un salto en la silla.

—¡Rudín!—exclamó.—¿Por qué me hablas de ese modo? ¿Por qué he merecido tan duros cargos? ¿Qué hombre sería yo, si la palabra «frase» me viniera á las mientes al ver tus arrugas y tus mejillas hundidas? ¿Deseas saber lo que pienso acerca de ti? ¡Con mucho gusto! Pienso: «He aquí un hombre... ¿A qué no podía llegar, con sus facultades? ¿Qué ventajas terrenas no podía disfrutar, si hubiera sabido querer? Y sin embargo, ¡hoy está desnudo y sin asilo!»

—¿De modo que te doy lástima?—dijo de pronto Rudín.

—No, te engañas; ¡lo que me inspiras es aprecio y simpatía! Tal es la verdad. ¿Qué te impedía pasar toda una serie de años en casa de tu amigo el propietario? Estoy convencido de ello: te hubiese asegurado el porvenir, con sólo que hubieras querido amoldarte á su voluntad. ¿Por qué no has podido vivir en el Instituto? ¿Por qué, hombre extraño, cuando emprendías un negocio lo abandonabas, sacrificando tus propios intereses y sin echar raíces en ninguna tierra, por fértil que fuera?

—Yo soy *perecatipol* (1) de nacimiento—dijo Rudín, con humilde sonrisa.

—No puedo detenerme.

—Eso es verdad; pero lo que no es

(1) Planta que crece en las estepas y que echa raíces allí donde la va llevando el viento.

cierto es lo que antes has dicho, al afirmar que llevas dentro de ti un gusano roedor que te impide fijarte... No es un gusano lo que llevas dentro de ti, no es el espíritu de una agitación ociosa. El fuego que te consume es el del amor á la verdad; y, á despecho de todas tus debilidades, claro es que arde con más fuerza en ti que en muchos de los hombres que no se tienen por egoístas, y se atreven á llamarte, ¡á ti!, intrigante. Sí, en tu lugar, yo el primero, hace ya muchísimo tiempo que hubiera destruido ese gusano de que hablas, para reconciliarme con la realidad; pero tú no cambias por nada. Al cabo de tantos dolorosos desengaños, ¿tienes, siquiera, más hiel y amargura? Estoy seguro de que aun hoy, ahora mismo, acometerías un nuevo trabajo con todo el ardor de un hombre joven.

— ¡No, hermano, ahora estoy rendido—respondió Rudín;—oh, muy rendido!

— ¡Rendido! ¡A buena hora! Otro estaría muerto desde hace mucho tiempo. Dices que la muerte reconcilia. ¿Crees que la vida no reconcilia? Aquel á quien la vida no le hace indulgente para con los demás, no merece para sí mismo indulgencia ninguna. ¿Y quién puede decir que no necesita indulgencia? Has hecho lo que has podido hacer, has luchado tanto como has podido... ¿Qué más hace falta? Nuestros caminos se han separado...

—Hermano, tú eres otro hombre que yo—interrumpió Rudín, dando un suspiro.

—Nuestros caminos se han separado

—prosiguió Leinieff— quizá precisamente porque, gracias á mi fortuna, á mi sangre fría y á otras circunstancias favorables, nada me impedía estar me cruzado de brazos como espectador ocioso; mientras que tú has tenido que bajar á la arena, arremangarte, fatigarte y luchar. Nuestros caminos se han separado... y, sin embargo, mira cómo estamos uno junto á otro. Mira, hablamos casi la misma lengua, nos comprendemos á medias palabras, hemos crecido con los mismos sentimientos. Poca distancia queda ya entre nosotros, hermano; ¡somos los dos *los últimos Mohicanos!* Podíamos desunirnos, odiarnos en otros tiempos, hace muchos años, cuando la vida aún parecía larga delante de nosotros; pero ahora que se aclaran las filas en nuestro batallón, que nuevas generaciones se nos adelantan persiguiendo fines que no son los nuestros, preciso es que nos sostengamos con firmeza el uno al otro. Trinquemos, hermano, y canta conmigo, como en los buenos tiempos: *¡Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus!*

Trincaron los amigos; y con voz de falsete, una verdadera voz rusa, se pusieron á cantar con emoción ese antiguo *lied* de los estudiantes alemanes.

—¿Te vas resueltamente al campo?—repitió otra vez Leinieff.—No creo que estés allí mucho tiempo, y no puedo imaginarme con quién ó cómo acabarás tu vida... pero sucédate lo que te suceda, recuerda que siempre tienes un refugio, un nido para abrigarte,

y es mi casa. ¿Oyes, viejo camarada? También el pensamiento tiene sus inválidos; y los que le han servido deben hallar igualmente un asilo.

Rudín se había levantado, y dijo:

— ¡Gracias, hermano, gracias! Jamás olvidaré tu oferta, pero soy indigno de ella. He echado á perder mi vida, no he servido al pensamiento como se debe...

— Cállate — interrumpió Lejnieff. — ¡Cada cual es como Dios le ha hecho, y no puede exigírsele más! Te has llamado tú mismo *el judío errante*... Después de todo, quizá la suerte te condenaba á vagar eternamente; quizá cumples con eso un destino superior y que tú mismo ignoras. ¿No dice la sabiduría del pueblo que todos vamos por donde nos lleva la mano de Dios? Anda, pues, adonde esa mano te conduzca — continuó Lejnieff al ver á Rudín buscando el sombrero. — ¿No puedes pasar la noche aquí?

— Me voy. ¡Adiós! Gracias... Y, sin embargo, acabaré mal; tengo ese siniestro presentimiento.

— Sólo Dios lo sabe... ¿Te vas, decididamente?

— Sí. ¡Adiós! No conserves mal recuerdo de mí.

— Pues entonces, por tu parte, conserva de mí buen recuerdo... y no olvides lo que te he dicho. ¡Adiós!

Abrazáronse los amigos. Rudín salió con rapidez.

Lejnieff paseó largo rato por su cuarto, se detuvo delante de la ventana, se puso á meditar, suspiró á media voz la palabra «¡infortunado!», y, por

último, se sentó á la mesa para escribir á su mujer.

Por fuera habíase levantado viento y lanzaba lúgubres aullidos, haciendo resonar las vidrieras con sus rachas precipitadas y furiosas.

Era el preludio de una larga noche de otoño. ¡Feliz quien en una noche como esa encuentra el abrigo del hogar doméstico, del hogar de la familia, donde irradia dulce calor!... ¡Y que el Señor acuda en auxilio de todos los desdichados sin asilo!

Era el 24 de Junio de 1848. La insurrección de los *talleres nacionales* estaba casi sofocada; el ejército y la guardia nacional triunfaban en todos los ámbitos de París.

En una de las estrechas calles del Faubourg-Sain-Antoine, algunos obreros atrincherados detrás de una barricada cruzaban de vez en cuando todavía algún disparo de fusil con los soldados. Pero disponíanse ya á cejar en una resistencia inútil para lo sucesivo, cuando un hombre de elevada estatura, de largas melenas ondulantes y casi blancas, apareció de pronto en lo alto de la barricada. Iba vestido con un mal *redingote* y llevaba en la cintura una ancha faja encarnada.

Se puso á gritar con una voz que trataba de hacer penetrante, agitando á la vez por encima de su cabeza un pingo de tela roja, atado en la punta de un palo. De las filas de los soldados salieron dos ó tres tiros de fusil, y el

hombre cayó despacio y á plomo, con la cara hacia adelante, como si saludase á alguien hasta el suelo. Le habían dejado seco.

— ¡Toma! — dijo en ese momento uno de los últimos defensores de la

barricada á su compañero: *¡Mira, nos han muerto al Polaco!*

— ¡Demonio, huyamos! — Y ambos se lanzaron á la entornada puerta de una casa inmediata.

Aquel *Polaco* era Demetrio Rudin.

IVÁN TURGUENEF.

ULTIMOS AYES DE UN BARDO

I

Entre amigos, que el oro me produjo,
pasaba sin afán las horas yo,
y de mi bolsa al poderoso influjo,
todos gozaban de esplendente lujo...
¡pero mi madre no!

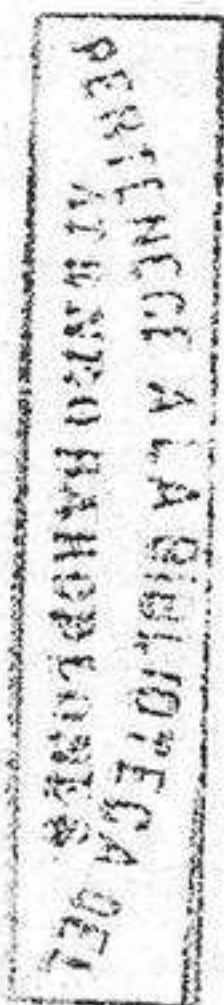
¡Pobre madre! Yo de ella me olvidaba
cuando en brazos del vicio me dormí;
un inmenso cortejo me rodeaba
y á ninguno mi afecto le faltaba...
¡pero á mi madre sí!

II

Hoy, mōribundo, en lágrimas deshecho,
exclamo con dolor: ¡todo pasó!...
y al ver que sufre mi angustioso pecho,
todos se alejan de mi pobre lecho...
¡pero mi madre no!

Y cerca ya de mi postrer suspiro,
nadie se acuerda, por mi mal, de mí...
La vista en torno de mi lecho giro,
y en mi triste redor á nadie miro...
¡pero á mi madre sí!

S. ALFREDO ROBLES.



LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN

Al Señor Pedro Gringoire, poeta, en París.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire!

¡Conque te ofrecen plaza de cronista en un buen periódico de París, y tienes el cuajo de no aceptar!... ¡Mírate á ti mismo, infeliz mancebo! Mira ese jubón lleno de sietes, esas calzas derrotadas, ese flaco rostro pregón del hambre. ¡He ahí á dónde te ha conducido la pasión por las bellas rimas! He ahí lo que te han proporcionado diez años de leales servicios entre los pajes del señor Apolo... ¿No te da ya vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista! Ganarás buenos escudos contantes y sonantes de mogollón, tendrás tu cubierto en casa de Brévant, y podrás pavonearte los días de estreno con una pluma nueva en el birrete...

¿No? ¿No quieres?... Pretendes permanecer libre á tu antojo hasta el final... Pues bien; oye un poco la historia de *La Cabra del señor Seguin*. Verás lo que se gana queriendo vivir libre.

El señor Seguin jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo: una mañanita, la menos pensada, rompían la soga, escapábanse al monte, y allá arriba comíaselas el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes, que anhelaban á toda costa el aire libre y la libertad.

El bueno del señor Seguin, que no comprendía una jota del carácter

de sus animales, estaba afligidísimo; y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó; y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor á permanecer en casa.

¡Ah Gringoire, qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de sargento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos á rayas y sus largos pelos blancos que la vestían de gabán! Era casi tan hechicera como el cabrito de Esmeralda (¿te acuerdas, Gringoire?); y además, dócil, zalamera, y se dejaba ordeñar sin menearse, sin meter la pata en la escudilla. ¡Una monada de cabrita!...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado de espinos. En él puso á su nueva huésped. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba á ver si estaba bien. La cabra era muy feliz; y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguin estaba extático.

—¡Gracias á Dios—pensó el pobre hombre—que á la postre hay

una que no se hastiará en mi casa!

El señor Seguin se engañaba: su cabra se hastió.

Cierto día, díjose ésta mirando al monte:

—¡Qué bien se debe de estar allá arriba! ¡Ay qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita sogá que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno ó para el buey eso de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la sogá, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz, y balando con tristeza ¡Bée!

El señor Seguin advirtió que á su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué... Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su patué:

—Oiga, señor Seguin, me aburro en su casa; déjeme V. ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!... ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguin, y de la impresión cayósele la escudilla; luego, sentándose en la hierba junto á su cabra, la dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Sí, señor Seguin.

—Pero ¿te falta aquí la hierba?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—¿Quizá te habré atado corto!

¿Quieres que te dé sogas largas?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo?... ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguin.

—¡Valiente comino le importan tus cuernos al lobo! Chivas mejor encornadas que tú me ha comido. ¿Sabes lo que pasó á la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche... y después, á la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no le hace, señor Seguin; déjeme V. ir al monte.

—¡Bondad divina!— exclamó el señor Seguin.—¿Pero qué les pasa á mis cabras? Otra más que el lobo me va á comer... Pues bien; ¡no... te salvaré á despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy á encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida, el señor Seguin llevó

la cabra á un establo muy oscuro y cerró la puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y, apenas se volvió de espalda, marchóse de allá la pequeña...

¿Te ríes, Gringoire? ¡Pardiez! Ya lo creo; eres del partido de las cabras, en contra de ese buen señor Seguin... Vamos á ver si pronto te ríes.

Cuando la cabra blanca llegó al monte, aquello fué un arrobamiento general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como á una reineta. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con las puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabríanse á su paso y exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figúrate, Gringoire, si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca... nada que la impidiese triscar y pacer á su antojo... ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos, querido!... ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por mil plantas... ¡Diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores?... ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bosque de flores sil-

vestres llenas de jugos bien olientes y que se subían á la cabeza!

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá dentro patas al aire y rodaba á lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas... Luego, de un salto, se ponía en cuatro pies de repente; y cátatela disparada de cabeza, á través de brezos y chaparros, ya en lo alto de un picacho, ya en el fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes... Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguin.

Y es que á nada tenía miedo la Blanquita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba á tumbarse á la larga sobre una roca plana y poníase á secarse al sol. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguin con el cercado de atrás. Eso la hizo reir hasta llorar.

—¡Qué pequeño es todo eso!— dijo.— ¡Cómo habré podido caber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan en alto, creíase por lo menos tan grande como el mundo...

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguin.

A la mitad de él, mientras corría á diestro y siniestro, vino á dar con una manada de gamos dispuestos á mascar con buen diente una lambrusca. Nuestra pequeña andariega de traje blanco, produjo gran impresión. Diéronla el mejor sitio junto á la lambrusca, y todos aquellos señores estuvieron muy galantes... Hasta parece ser (quédese esto entre nosotros, Gringoire) que un joven gamo de pelo negro tuvo la buena suerte de agradar á Blanquita. Ambos novios se perdieron una ó dos horas entre el bosque; y si quieres saber de lo que trataron, anda y pregúntaselo á los parleros arroyos que corren invisibles por entre el musgo.

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: era la noche.

—¡Ya!—dijo la cabrita; y se detuvo muy pasmada.

Allá abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguin desaparecía entre la niebla, y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba á recogerse en el redil, y sintió profunda tristeza en su alma... Un gerifalte, de regreso, la rozó con las alas al pasar.

Estremecióse ella... luego oyó un aullido en el monte.

—¡Guau, guau!

Pensó en el lobo; la loquilla no había pensado en ello en todo el día... En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguin intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau!...—decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete!...—gritaba la trompa.

Ganas le dieron á Blanquita de volverse; mas, al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse á aquella vida, y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa...

La cabra oyó tras de sí un ruido de hojas. Volvió la cabeza y vió entre la sombra dos orejas cortas y tiesas, con dos ojos relucientes... Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba allí mirando á la cabrita blanca y saboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió, rióse él con sarcasmo.

—¡Já, já! ¡La cabrita del señor Seguin!

Y se pasó la gruesa y roja lengua por sus labios suaves como la yesca.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había batido toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida; luego, cambiando de parecer, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una valiente cabra que era la del señor Seguin; y no porque tuviese esperanza de matar al lobo (las cabras no matan á los lobos), sino nada más que por ver si podría resistirse por tan largo tiempo como la Renata...

Entonces avanzó el monstruo, y los cuernecillos entraron en danza.

¡Ah valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces (no miento, Gringoire) obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golosuela cogía á escape otra brizna de sus caras hierbas; después, tornaba al combate, llena la boca... Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba danzar á las estrellas en el claro cielo, y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba!...

Apagáronse las estrellas una tras otra. Blanquita redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos... Un resplandor pálido apareció en el ho-

rizonte... Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo al día esperaba para morir; y tendióse en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre...

Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes á Provenza, nuestros carceros te hablarán á menudo de *la cabra del señor Seguin, que se batió toda la noche con el lobo, y al cabo, por la mañana, el lobo se la comió.*

Oyeme bien, Gringoire: *E pieu lon matin lon loup la mange.*

ALFONSO DAUDET.

¡DESCANSA, GUERRERO!

(TRADUCIDO DE DYMÓN.)

Viene desde los campos de batalla,
y alumbra su camino la tormenta;
pide un rincón en la pajiza choza,
busca el calor de la chispeante hoguera.

Desencajado y lívido el semblante
suelta sobre los hombros la melena,
no es ya ese busto el que cubrió de besos
en el terrible ¡adiós! su madre tierna.

Alumbran en instantes sus miradas
bajo las sombras de las anchas cejas,
cual fulgor de relámpagos lejanos
cruza en la noche enmarañada selva.

Se ha dormido por fin. ¡Duerme, guerrero!
mira en tu sueño la nativa aldea,
aspira los perfumes de sus bosques,
oye las flautas de sus lindas fiestas.

Es la suya esa voz... es que te nombra,
fiel á sus votos tu regreso espera:
tus labios tocan sus amantes labios,
roza la tuya su mejilla fresca.

¡No despiertes guerrero, no despiertes!
despertar es horrible... ¡sueña!... ¡sueña!
Ese es el sueño de la dicha, y siempre
tumbas ó ingratitud hay tras la ausencia.

JORGE ISAACS.

LA CRIADITA

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está», y se quedaba de pie junto á la puerta, esperando que la respondiesen «está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco, y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je, je!» Aquella carantoña y aquel «¡je, je!» eran poco

más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizara su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa, y no el cariñito del señor cura! Estaba orgullosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hiciéronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reirse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que lasocas la pico-teaban á veces hasta el hueso en las

pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una

charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuar-

to donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criadita: «¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.»

La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano. «Sí, bien hecho», repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñaja. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbré, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvía la el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abrió la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje

verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!», exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremeciése toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!», exclamó Luciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «*Cierto día al pasar por Meudon, una joven polaca...*» Cantaba esto á veces muy alegremente y deprisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. «*Una joven polaca me dijo: Caballero, perdón...*» y de pronto se desha-

cía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto», dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado tan contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es V.!» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

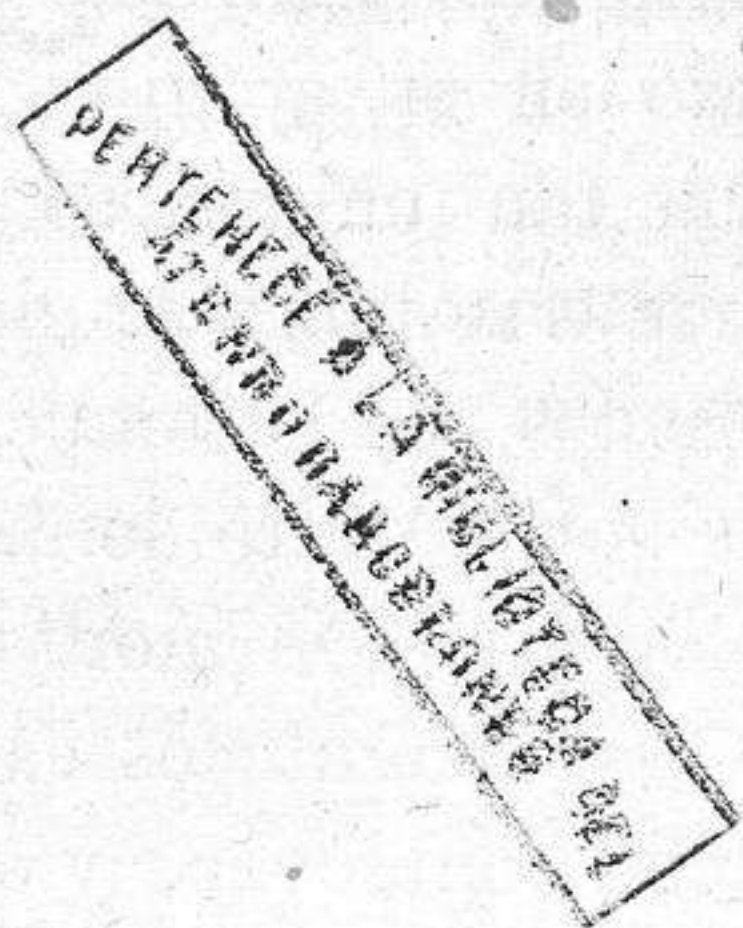
Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á

lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó en medio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...*» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil («*cierto día, al pasar por Meu-*

don...»), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta («*una joven polaca...*»), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas («*me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...*») y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejando un claro del cielo, estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

CATULO MENDÉS.

LA BELLEZA DE LA NATURALEZA



Háblale á la tierra, y ella te instruirá. (JOB.)

Nuestra vida apartada del mundo, comprende el lenguaje de los árboles, encuentra sentido al murmullo de los arroyos, lecciones en las piedras y bien en todas las cosas.

(SHAKESPEARE.)

Se nos dice en el primer capítulo del Génesis que al fin del sexto día: «Vió Dios todo lo que había hecho, y vió que era bueno.» No sólo bueno, sino muy bueno. Y, sin embargo, ¡cuán pocos de nosotros saben apreciar el admirable mundo en que vivimos!

En los anteriores capítulos, sólo incidentalmente he hablado de las bellezas de la naturaleza; pero es imposible escribir sobre los goces de la vida, sin consagrar una parte de este trabajo, por imperfecto que sea, á ese mundo maravilloso que los griegos denominaron con feliz palabra *χρῶμα*, *belleza*.

Hamerton dice, en su encantador libro acerca del *Paisaje*: «A mi parecer, hay cuatro cosas de las

cuales no puede dar de antemano suficiente idea ninguna descripción: el mar, el primer viaje por el desierto, el espectáculo de la lava fundida corriendo á torrentes, y un paseo por un helero. Comprenderemos, sin duda, que estas extrañas cosas pertenecen á la naturaleza, lo mismo que nuestras landas británicas; y, sin embargo, el espectáculo es tan extraordinario, que pudiéramos creernos en otro planeta.» Pero me parece que sería más fácil enumerar las maravillas de la naturaleza á las cuales hemos podido ser preparados por descripciones, que hablar de aquellas que el lenguaje humano es impotente para narrar.

Sin embargo, muchos de nosotros marchan á través de la vida como

fantasmas : se encuentran en el mundo sin formar parte de él. Tenemos ojos para no ver y oídos para no oír. Para ver, és preciso mirar.

Mirar es mucho menos fácil que no mirar, y es un don precioso el de ser capaz de ver lo que pasa delante de nuestros ojos. Ruskin afirma que «lo más grande que en este mundo puede hacer el espíritu humano es mirar y referir con sencillez lo que se ha visto». No creo que los ojos de Ruskin sean mejores que los nuestros ; pero, ¡cuántas más cosas ve con los suyos!

«A los ojos de un observador—dice Emerson—cada estación tiene su belleza propia, y en el mismo campo puede contemplar á cualquier hora del día un cuadro que antes nunca vió y que no ha de ver jamás otra vez. Los cielos cambian á cada instante, y difunden su gloria y su tristeza sobre las bajas llanuras.»

El amor á la naturaleza es un gran privilegio ; si este sentimiento se enfria ó se rechaza, no puede dejar con ello de perder el carácter. Ciertamente, no quiero decir que una persona que no guste de la naturaleza sea por necesidad mala, y que quien guste de ella haya de ser buena por necesidad ; mas para la mayoría de las gentes es una gran ayuda esa afición. «Muchas personas, dice *miss Cobbe*, entran en el

templo de Dios por la puerta de lo Bello.»

Sin duda, hay personas á quienes ninguna de las maravillas de la naturaleza, ni los esplendores de la aurora y de la puesta del sol, ni el imponente espectáculo del Océano sin límites, algunas veces tan grandioso en su apacible tranquilidad, otras tan majestuoso al desencadenarse sus fuerzas ; ni los bosques agitados por la tempestad ó animados por el canto de las aves, ni los heleros, ni las montañas, ninguno de esos magníficos espectáculos les puede conmover, y «ante las cuales pudieran pasar todos los días los esplendores de la tierra y de los cielos sin tocar sus corazones ni elevar sus espíritus.» (*Beattie.*)

Tales seres son, de cierto, dignos de lástima ; pero, felizmente, sólo son excepciones ; si alguno de nosotros no puede aún gustar en toda su grandiosidad las bellezas naturales, comenzamos á apreciarlas cada día más.

Para la mayor parte de nosotros, tiene especial encanto el comienzo del estío. El solo hecho de vivir es un goce. El aire está embalsamado y lleno de ruidos diversos, del piar de los pájaros, del susurrar de los insectos ; resplandece el sol, las praderas centellean con botones de oro ; parece que puede verse crecer la hierba y entreabrirse los capullos ;

las abejas zumban de alegría, el aire está cargado de mil aromas, entre los cuales suele predominar el olor del heno recién segado.

La exquisita belleza y la particular voluptuosidad de un hermoso día de verano en el campo, nunca se ha descrito con más verdad y magnificencia que por Jefferies en su *Pageant of Summer*: «Me retardo, dice, entre las altas hierbas, contemplando las exuberantes hojas de los árboles, y escuchando las canciones que llenan los aires. Me parece que puedo impregnarme de aquella ardiente vida que los rayos del sol y el viento del Sur hacen brotar. ¡Hierbas silvestres, innúmeras hojas, vigor prodigioso de la encina, que extiende á lo alto sus ramas, pura alegría del pinzón y del mirlo; todos vosotros me dais algo de vuestro ser! En el canto del mirlo oigo una nota que me penetra; cuando la sombra de las hojas se pone á bailar, son ellas quienes se agitan; pero su intrincada masa me pertenece; las multiformes flores han recibido los besos de la mañana. Como comparto los sentimientos de todas las cosas, recibo en suma una partícula de su plenitud de vida. No puedo hastiarme de aquello, y el tiempo no se me hace largo cuando permanezco allí. Las horas en que el espíritu está absor-

to por el espectáculo de la belleza, son las únicas en que verdaderamente vivimos; por eso cuanto más permanecemos frente á ella, más momentos preciosos arrancamos al tiempo inexorable. Sólo esas horas no son perdidas; esas horas que absorben el alma y la colman de pura belleza. He ahí la verdadera vida; todo lo demás sólo es sufrimiento é ilusión. Ser hermosa y tranquila sin inquietudes morales, tal es el ideal de la Naturaleza.»

Sin embargo, no debo extenderme acerca de los contrastes y las variedades de las estaciones; cada una de las cuales tiene su encanto y su interés particular. «Esas hijas del año danzan entre la luz, y concluyen entre la sombra.» (Tennyson.)

El mundo animal ofrece grandes goces á nuestros compatriotas, caza á la carrera, caza con escopeta, pesca, gracias á las cuales respiran aire puro, hacen ejercicio y recorren los paisajes más diversos y maravillosos. Sin embargo, hay que reconocer que, hasta desde un punto de vista puramente egoísta, matar á los animales no es el medio de gozar de ellos. ¡Cuánto más interesantes serían los paseos por el campo, sólo con que el hombre quisiera tratar con dulzura á los animales y permitirles que se nos acercasen sin miedo, para que pudiésemos observar sus gentilezas! El origen, la

historia, la estructura, las costumbres de los animales, sus instintos, su inteligencia, ofrecen ilimitado campo al interés y al asombro.

Nada más maravilloso que las riquezas que nos ofrece la vida. Cualquiera que se siente tranquilamente en la hierba y observe un poco, quedará en verdad sorprendido del número y variedad de esos seres vivos, cada uno de los cuales tiene su destino particular y ofrece problemas del más alto interés.

«Si fueres del todo recto de corazón, cada criatura sería para ti un espejo de vida y un libro de santa doctrina.» (Tomás de Kempis.)

El estudio de la historia natural tiene la particular ventaja de atraernos hacia el campo y el aire libre. Y no es que las ciudades no tengan también sus bellezas; abundan en asuntos de estudio social y en recuerdos históricos.

Wordsworth era un apasionado amante de la naturaleza; y, sin embargo, en versos que todo habitante de Londres puede apreciar, nos dice que no conoce en la naturaleza nada más hermoso, de un sosiego más imponente, que la ciudad de Londres al rayar el día.

«La tierra no puede mostrar nada más hermoso; no tendría alma el que sólo pudiese pasar de largo junto á tal espectáculo, tan conmovedor en su majestad. Esta ciudad,

ceñida con una vestidura por la belleza del alba; silenciosos y desnudos, buques, torres, cúpulas, teatros y templos son visibles en el llano y se dibujan sobre el cielo. Todo brilla y refulge en el aire, sin un átomo de humo. Jamás sol saliente ha bañado valle, roca ó colina con luz más deslumbradora; jamás he visto ni oído un sosiego tan profundo. Corren indolentes las aguas del río á merced de su antojo. ¡Gran Dios! Las mismas casas parecen dormidas, y este potente corazón del reino descansa aún.»

Dirigiéndose Milton á Londres, dice: «Estancia bendita; no hay en la tierra bellezas que no abunden en ti.»

Algunas de nuestras calles están llenas de maravillas; pero después de haber pasado algún tiempo en una gran ciudad, suspírase por el campo.

«La más humilde florecita en el valle, la más sencilla nota llevada por el viento, el sol que luce sobre todos, el aire, los cielos, se le aparecen como un paraíso abierto de par en par.» (Gray.)

Gray pone aquí las flores en primer lugar, y con muy justo título, porque cuando en una gran ciudad pensamos en el campo, las flores son lo primero que se presenta á nuestro espíritu.

«Las flores—dice Ruskin—pa-

recen hechas para ser el consuelo de la humanidad en general. Los niños las aman; las gentes tranquilas, de tierno corazón, que se contentan con poco, las aman también tales cuales brotan; los ricos y los crapulosos no gozan de ellas sino cuando están cogidas. Son el tesoro del campesino; y en las ciudades populosas vense brillar como un rayo roto del arco iris en las ventanas de los obreros que conservan dentro de su corazón el mensaje de paz.» Pero en las calles, rebosantes de gentío y hasta en un jardín cuidado, las flores parecen suspirar por la libertad de los bosques y de los campos, donde pueden vivir y crecer á su capricho.

Hay flores para casi todas las estaciones y todos los lugares; flores de primavera, de verano, de otoño; hasta en el corazón del invierno se ven brotar acá y acullá algunas; hay flores de los campos, de los bosques, de los setos, de las orillas del mar y de las riberas de los lagos, desde el pie de las montañas hasta las nieves eternas.

¡Qué infinita variedad presentan.

«Narcisos de los prados, que vienen antes que la golondrina se atreva á presentarse, y hechizan el viento de Marzo con su hermosura; oscuras violetas, pero más dulces que los párpados de Juno y el aliento de Citerea; pálidas primaveras que

mueren sin desposarse antes de haber podido contemplar al brillante Febo en toda su fuerza, enfermedad propia de las doncellitas; los atrevidos fresales de flor sin fruto, y la imperial liliácea de todas las especies, entre ellas la flor de lis.» (Shakespeare.)

No sólo regocijan la vista, sino que están llenas de misterio, y sugieren mil pensamientos. Dijérase casi que son princesas encantadas, en espera de algún príncipe que venga á libertarlas.

Wordsworth nos dice: «En mí, la más humilde flor que se abre hace nacer ideas demasiado profundas para las lágrimas.»

Cada matiz, cada variedad de forma tiene su finalidad y su explicación.

Tan encantadoras como las flores, las hojas aumentan la hermosura de la naturaleza. En nuestras latitudes septentrionales, los árboles rara vez producen grandes flores; y aun cuando se encuentran notables excepciones, tales como las flores del castaño de Indias, aun entonces las flores sólo viven algunos días, al paso que las hojas duran algunos meses.

Cada árbol tiene su belleza particular. El roble, lleno de nudos y arrugas, símbolo de nuestra flota hecha con él, personificación del vigor, y consagrado al recuerdo de

los druidas, es el rey de los árboles ingleses; el castaño, con sus hermosas hojas afiladas, brillantes, de un verde tan bello, con sus frutos deliciosos y su madera tan duradera que le debemos la armadura histórica y grandiosa de Westminster Hall.

El álamo blanco tiene también algo de regío, con una apariencia femenina á causa de su ligero follaje, apenas visible en primavera y que se dora en otoño, con sus pequeñas ramas colgantes, ligeramente teñidas de púrpura, y sus tallos plateados, brillantísimos, á rayas blancas y negras. El haya anima la campiña con el verde claro de su follaje en primavera, que pasa luego á verde oscuro en verano, al anaranjado y oro vivo en otoño, realzado aún más por el lindo color gris de sus tallos; además, sus hojas son tan abundantes, que en otoño no se contentan con revestir por completo el árbol, sino que hasta cubren la hierba que hay al pie.

Si el álamo blanco debe mucho á sus tallos de un gris delicado, los pinos de Escocia son aún más hermosos con sus ramas de un rojo carmesí, hecho más intenso por el verdor tan espléndido de su follaje, y formando un contraste tan encantador con los pinabetes en forma de conos verdes, que impiden al frío penetrar en los bosques en invierno.

Las grandes masas de follaje del olmo adquieren un magnífico matiz amarillo dorado en otoño; y el pobo negro, con sus hojas perpendiculares, que susurran y tiemblan al menor soplo del viento, domina á casi todos los demás árboles de la selva.

No hay que olvidar los más pequeños árboles, tales como el tejo con su espeso follaje verde, la bola de nieve silvestre que alegra los bosques en otoño con sus bayas brillantes y translúcidas y sus hojas de tintes variados, la brionia, el escaramujo, «la alegría del viajero» y otras muchas plantas, quizá más humildes aún y que tienen un encanto exquisito, una belleza particular. ¿Quién, pues, al ver esto, no ha sentido su corazón desbordarse de regocijo y gratitud, como si los bosques estuviesen llenos de armonía, como si «los bosques estuvieran tan llenos de melodía, que parece que en ellos se pierde la noción del mal?» (Tennyson.)

En resumen: los bosques son hermosos, en verano sobre todo; sin embargo, hasta en invierno, las delicadas redes de ramas ocultas en estío por sus vestidura de verdes hojas, tienen un encanto especial; y cuando acá y allá la escarcha ó la nieve platea cada rama ó cada tallo, el bosque se ilumina como por ensalmo para una fiesta en honor de alguna hada.

Como Jefferies, encuentro que día y noche, en verano y en invierno, al pie de los árboles, los corazones están más cerca de comprender el sentido profundo de la vida que el celeste espacio revela. Sólo allí encuentra reposo el espíritu en la contemplación de la belleza pura ó ideal, porque la distancia parece hallarse allí al alcance del pensamiento.

El aspecto general de los bosques en las regiones tropicales debe ser muy diferente de lo que es en nuestras latitudes. Kingsley dice que allí se cree uno perdido, abrumado, lleno de terror, en una palabra, despavorido. Los troncos son altísimos, muy derechos y sin una sola rama hasta una gran altura; tanto, que los bosques parecen comparativamente poco espesos. En los bosques del Brasil, por ejemplo, los árboles tienden á elevarse de continuo; así es que el follaje forma una bóveda no interrumpida á un centenar de pies por encima de la cabeza. Allá arriba, en los aires, es donde se encuentra la verdadera vida del bosque. Todo parece remontarse hacia la luz, los cuadrúpedos, las aves, los reptiles; y encuéntrase allí mucha mayor variedad de plantas trepadoras que en nuestras regiones.

Muchos países salvajes adoran á los árboles. Creo, en verdad, que

mi primer sentimiento sería de placer y de interés, más bien que de sorpresa, si el día menos pensado, estando solo en un bosque, me dirigiese la palabra un árbol. Hasta de día hay algo misterioso en una selva; por la noche, aún es más fuerte esta impresión.

El agua parece naturalmente asociada á los bosques. Sin agua, no hay ningún paisaje completo; al paso que allá arriba las nubes acrecientan la hermosura de los mismos cielos, la fuente y el arroyo, el riachuelo, el río y el lago dan vida á la naturaleza; y, en efecto, nuestros antepasados los miraban como personas vivientes. El agua es bella, envuelta por las brumas de la mañana, en el gran lago, en el torrente que chispea, en la tranquila superficie del río, en el vasto Océano; es bella, en una palabra, con todos sus aspectos. El agua alimenta la vegetación; reviste los llanos de verdura y las montañas de nieve; esculpe los peñascos y ahonda los valles. Su obra se realiza casi siempre insensiblemente por las lluvias, y, sin embargo, nuestras más duras rocas se ven aún corroídas por el cincel de hielo de los tiempos pasados.

La acción refrigerante del agua es casi tan grande sobre el espíritu del hombre como sobre la tierra. Después de largos días de trabajo,

¡cuán delicioso es sentarse á orillas de un lago ó de un río, ó en una playa del mar, y gozar del aire fresco, del sol brillante sobre el agua y de las ondas que se quiebran suavemente en la arena!

Todo inglés ama la vista del mar. La consideramos como nuestra segunda patria. El mar, cuya virtud tonificadora es proverbial, parece vivificar la atmósfera; por eso, nada más que de pensarlo, sentimos bailarnos la sangre en las venas. El Océano da una impresión de libertad y de grandeza, más conmovedora quizá que el aspecto de los mismos cielos. Una pobre mujer de Manchester, habiendo sido llevada á orillas del mar, dicese que expresaba su regocijo de ver por vez primera algo donde hubiese bastante para todo el mundo. Las orillas del mar siempre son interesantes. Cuando pensamos en los recortes de los cantiles que narran la historia de pasados tiempos, en la misma playa abundante en algas y animales que esperan la subida de la marea ó que las olas han arrancado de lo profundo del Océano; cuando pensamos en los extraños gritos de las aves marinas; cuando se piensa con delicia en que cada vez que respiramos hacemos provisión de nueva vida, de salud, de vigor, es imposible estimar demasiado todo lo que al mar debemos.

Por otra parte, cambia de continuo. El año anterior fuimos á pasar las vacaciones á Lyme Regis. Voy á intentar describir los diferentes aspectos del mar en un solo día. Nuestro salón daba á una praderita, por bajo de la cual el terreno descendía bruscamente hacia el mar; al paso que á unas dos millas más allá se encontraban las colinas del Dorsetshire, el Golden Cape con su brillante cresta de arena, y el azul oscuro del acantilado liásico de Black Ven.

Al bajar por la mañanita temprano vi el sol saliente por la orilla opuesta, iluminando la estancia sobre un mar tranquilo y formando como una avenida de luz. Conforme se levantaba, brillaba al sol el mar, mientras que las colinas estaban bañadas por una bruma violenta. En el momento del desayuno, el mar había perdido todo el color; por ambos lados parecía plata tirando á gris; el cielo azul estaba manchado por nubes grumosas, y en las suaves pendientes de la costa opuesta, los campos, los bosques, las canteras, las líneas de los diferentes terrenos comenzaban á mostrarse, aun cuando los cantiles estaban aún sumidos en la oscuridad, y, más lejos, los promontorios tenían aire de espectros y eran tanto menos distintos cuantos más lejanos. A medida que avanzaba la mañana, el

mar adquiriría un tinte azul; los oscuros bosques, las verdes praderas, los dorados campos de trigo de la opuesta costa ibanse aclarando; los detalles de los cantiles adquirirían relieve gradualmente, y poníanse en movimiento las barcas pescadoras de oscuras velas.

Poco á poco sale el sol por completo: la línea amarilla de la costa aparece al pie de las escarpas del otro lado, y el mar cambia de color. Se ve con suma claridad las partes poco profundas cómo toman tintas azul turquí casi verdosas, y las partes profundas tintas violadas.

Esto no duró largo tiempo; estalló una tempestad, acompañada de truenos. Muge el viento sobre nuestras cabezas, la lluvia azota las hojas de los árboles, la costa opuesta parece retroceder cual si quisiera huir de la tormenta. El mar se pone sombrío y agitado, y se aborrega, blanqueando acá y acullá las crestas de las olas.

Pero la tempestad pasa muy pronto. Disípanse las nubes, para la lluvia, brilla de nuevo el sol, reaparecen las colinas opuestas; pero no sólo se dividen en campos y bosques, sino en luz y sombra. Se aclara el cielo y comieza el sol á descender al Oeste; el mar se vuelve de un color azul uniforme, de una limpieza perfecta. Luego, á lo largo de la costa, palidece el azul del agua;

mientras que á lo lejos se vuelve violeta oscuro. Cuando otra vez comienzan á formarse nubes, cambia de nuevo; y diríase que es un archipiélago de islas de un azul de ultramar sobre un mar de un azul brillante. A medida que el sol avanza al Poniente, las colinas opuestas se vuelven á transformar. Apenas puede uno creerse en el mismo país. Lo que estaba en pleno sol está ahora en sombra, y lo que estaba en sombra está ahora centellante al sol. El mar se vuelve de un azul oscuro y uniforme, arrugado de sitio en sitio nada más por las rachas del viento; palidece hacia la tarde, cuando desciende el sol; los cantiles, donde van á agarrarse los postrimeros rayos del sol, pierden sus tintes oscuros, y á trozos parecen blancos como la creta; á la postura del sol, tíñense durante algunos minutos de áurea luz, y el mar pasa á un gris pálido. Bien pronto las colinas revisiten también ese tinte duro, el Golden Cape resiste como un valiente hasta el fin, y las tinieblas de la noche bajan sobre los cantiles y los bosques, los campos de trigo y las praderas.

Esto no es más que una parte, una pequeñísima parte de los cambios de un solo día. Y apenas hay dos días que se asemejen. De vez en cuando la niebla marina lo cubre todo; ó bien, el mar que duer-

me hoy tan apacible, revuélvese iracundo otra vez, y la misma existencia de la bahía prueba cuál puede ser su fuerza á veces.

La noche cambia como el día; ya cubierta por un dosel de tinieblas, ya iluminada por millones de mundos brillantes, bañada á veces por la claridad de la luna, la cual no tiene nunca dos noches seguidas la misma forma.

Los lagos son menos grandiosos que el mar, pero bajo ciertos aspectos son aún más encantadores. Las playas del Océano están comparativamente desnudas. Las orillas de los lagos están á menudo tapizadas de rica vegetación que descende casi hasta el borde del agua y pende algunas veces sobre el agua misma. Los lagos están con frecuencia sembrados de islas frondosísimas, ó rodeados de verdes praderas ó promontorios de rocas que se elevan sobre un agua relativamente profunda. Su tranquila y brillante superficie rízase á menudo con arrugas entrelazadas, casi invisibles, ó bien refleja durante un segundo el paisaje invertido y como esfumado.

Debemos también al agua el maravilloso espectáculo del arco iris, «el arco de Dios en las nubes». En efecto, es un mensajero celeste tan diferente de lo que se suele ver, que apenas pertenece á este mundo.

Muchas cosas hay coloridas, pero el arco iris parece ser el color mismo.

«En primer término el rojo encendido, brilla un intenso rojo; luego viene el anaranjado oscuro; después un amarillo delicioso, junto al cual se extienden suaves rayos de un verde fresco y encantador. El puro azul que llena los cielos de otoño pone allí su palidez etérea; luego emerge el oscuro índigo, de un tinte más triste. (Tal es el que envuelve por la noche los cielos pesados de escarcha). En fin, los últimos rayos de la luz refractada se extinguen en uno de color de violeta que palidece.» (Thomson.)

Creo que no apreciamos lo suficiente hasta qué punto somos felices al gozar del color. Es posible y hasta probable que aun cuando la luz sin colores quizá nos hubiera bastado para distinguir los objetos, no hubiera sido más que por las formas y las sombras. ¿Cómo percibimos el color? Esto es difícilísimo de comprender; cuando hablamos de belleza, pensamos en primer término en las aves, en las mariposas, en las flores, en las conchas, en las piedras preciosas, en el arco iris.

Estando constituido nuestro espíritu como lo está, hubiéramos podido ser capaces de comprender las más altas y sublimes verdades;

y, sin embargo, si nos faltase en la cabeza un pequeño órgano, el mundo de los sonidos hubiera podido quedar cerrado para nosotros; no hubiéramos llegado á conocer los ruidos de la naturaleza, ni el hechizo de la música, ni la conversación de nuestros amigos, y hubiéramos estado condenados á un silencio perpetuo. Una simple alteración de la retina, que no es más gruesa que una hoja de papel ni más ancha que una uña, hubiera bastado para que el glorioso espectáculo de este mundo admirable, la exquisita variedad de formas, el esplendor y los matices de los colores, los diversos paisajes, los bosques, los campos, los lagos, las colinas, los mares y las montañas, la belleza del cielo de día y de noche, se perdiesen para nosotros.

Las montañas «parecen haber sido construidas para la raza humana y ser á la vez sus escuelas y sus catedrales; están llenas de maravillosos manuscritos iluminados para el erudito, de sencillas y dulces lecciones para el trabajador, de pálidos claustros para el pensador, de espectáculos magníficos y santificadores para el hombre piadoso». Son «las grandes catedrales de la tierra, con sus pórticos de rocas, sus mosaicos de nubes, sus coros de arroyos y de piedras, sus altares de nieve, sus bóvedas de púrpura eterna-

mente centelleantes de estrellas». (Ruskin.)

Todas esas bellezas han sido descritas por Tennyson en su delicioso cuadro del valle de CEnona, la ciudad, las flores, los árboles, el río, las montañas:

«Allá, en el Ida, encuéntrase un valle más encantador que todos los valles de las colinas jónicas; un vapor flotante se desliza á través del valle, extiende el brazo y se arrastra de un pino á otro, trepa y se desgarrá poco á poco. Por ambos lados, hasta mitad de ladera, los céspedes y prados tapizan de flores la falda de las colinas; y mucho más abajo ruge el torrente que cae á través de los barrancos escarpados, de catarata en catarata, hasta dar en el mar. Detrás del valle, el inmenso Gárgaros se yergue y recibe los primeros rayos de la aurora; pero enfrente, la abertura de las gargantas permite ver á Troya y la ciudadela con columnas de Ilión, la corona de la Tróade.»

Cuando, desprendiendo de la tierra los ojos se dirigen más arriba, ¿quién no ha sentido algunas veces «el encanto hechicero de un cielo azul pálido?» ¿Quién no ha seguido á una nube elevándose en lo azul cual si subiese al cielo? Y, no obstante, «cuando, en nuestros momentos de pereza física é intelectual, miramos al cielo como último re-

curso, ¿de qué fenómenos hablamos? Uno habla de la humedad, otro del viento, el tercero del calor. Entre la muchedumbre de parlanchines, ¿quién puede describirme las formas y los precipicios de la cadena de altas montañas blancas que festoneaban el horizonte ayer á mediodía? ¿Quién ha visto el tenue rayo de sol brillar al Sur y herir sus cúspides, hasta que esas montañas se disgregaron y cayeron en fina lluvia azulada? ¿Quién ha visto danzar las rotas nubes hasta que desapareció el sol, y las arrastró ante sí el viento del Oeste como hojas muertas? Todo ha pasado inadvertido, en medio de la indiferencia general. Si, por el contrario, logramos sacudir un instante nuestra apatía, siempre es para dejarnos impresionar por lo brutal y extraordinario; y, sin embargo, no es en las grandes y violentas manifestaciones de los elementos, ni en el estruendo del granizo, ni en los torbellinos del huracán, donde se muestran los más elevados caracteres de lo sublime.» (Ruskin.)

Por arrebatadora que sea la bóveda azul del cielo en pleno día, con su infinita variedad de nubes, «hay allí otra luz que los ojos buscan invariablemente como productora de una más viva sensación de lo bello: la del día al palidecer, y los copos de nubes de escarlata ardientes

como fuegos en el verdoso cielo del horizonte». (Ruskin.)

Verdad es que los tintes de la tarde se borran con suma rapidez; pero cuando llega la noche, ¿qué espléndido es «ese firmamento con sus zafiros vivos! Hespero, que conduce el ejército de las estrellas, parece más brillante hasta que al fin sale la luna, velada en su majestad. Reina sin rival, levántase el velo, y luminosa, centelleante, arroja sobre las tinieblas su manto de plata». (Milton.)

Lo que en general llamamos una hermosa noche, es una noche serena y clara, tachonada de estrellas. Pero también, ¿qué grandiosidad en los aspectos salvajes de la naturaleza! ¿Hay nada tan hermoso como los relámpagos, «ya sombríos, ya deslumbradores, cuando de pico en pico el vivo trueno rebota y hace resonar los peñascos?» (Byron.)

Léese en Ossian: «Los fantasmas cabalgan esta noche entre la tempestad; dulce es su voz en el intervalo de las ráfagas del viento: son los cantos de otro mundo.»

Pero las maravillas y las bellezas de los cielos no se reducen á las nubes y al azul firmamento, por arrebatadores que sean. En los cuerpos celestes tenemos «el espectáculo perpetuo de lo sublime». Son inmensos, están legítimos, y, sin embargo, en las tibias noches de ve-

rano «parece que se inclinan para cuchichear al oído de nuestras almas». (Sysmond.)

«Un hombre—dice Séneca—no puede levantar los ojos al firmamento sin quedar absorto al ver tantos millones de luces radiantes; apodérase de él profundo respeto al observar su curso y sus revoluciones, y las admira aun haciendo abstracción del bienhechor papel que representan en el universo.» Es imposible que no haya quien simpatice con las ideas de Dante, cuando á su regreso de las sombrías regiones dice: «Vimos asomar los admirables luminares del cielo, á través de una abertura redonda en la caverna; y cuando hubimos salido nos fué posible contemplar de nuevo las estrellas.»

Cuando observamos las estrellas por la noche, nos parecen tranquilas, casi inmóviles; y apenas podemos persuadirnos de que se mueven con una rapidez que excede en mucho á la mayor que ha podido conseguir nunca el hombre.

Como las arenas del mar, las estrellas del firmamento han servido siempre para simbolizar el número incontable; sabemos que hay más de setenta y cinco millones, muchas con sus planetas particulares sin duda.

Pero no son todas las que existen, ni mucho menos. La bóveda del

cielo, no sólo está «cubierta de incrustaciones de oro brillante» sino también sembrada de astros extintos, tan refulgentes sin duda en otro tiempo como nuestro propio sol, muertos ahora y fríos, cual ha de estarlo el mismo sol dentro de unos setenta millones de años; conforme dice Helmholtz. Además, existen los cometas que, aun cuando pocos de ellos son visibles á simple vista, son más numerosos que las estrellas; y existen también las nebulosas y esos innumerables cuerpos de mediano grandor, esos meteoros que circulan en el espacio y sólo se nos aparecen algunos instantes.

No sólo es prodigioso el número de los cuerpos celestes; su tamaño y las distancias que los separan son aún más interesantes. El Océano es tan profundo y tan ancho, que es casi infinito, ó por lo menos tal parece á nuestra imaginación. Pero ¿qué es el Océano, comparado con el firmamento? Nuestro globo es pequeño junto á esos globos gigantes de Júpiter y Saturno, que á su vez parecen insignificantes junto al sol. El sol humano no es nada, si se compara con las dimensiones del sistema solar. Sirio es mil veces más grande que el sol y está alejado de él millones de leguas. Nuestro mismo sistema solar viaja á través de una región del espacio, bogando por en medio de innumerables mundos.

Está rodeado por otros sistemas tan vastos y tan complejos como él; y aun así, no hemos llegado á los límites del universo.

Hay astros tan lejanos, que su luz, recorriendo 70.000 leguas en un segundo, tarda años en llegar á nosotros. Aún más lejos, hay sistemas de estrellas cuya distancia es tal que no se pueden distinguir aisladamente; y, aun con nuestros más poderosos telescopios, aparecen tan

sólo cual nubecillas ó nebulosas.

Expresamos nuestra convicción muy débilmente, diciendo que los infinitos revelados por la ciencia, los infinitamente grandes como los infinitamente pequeños, exceden de todo cuanto puede soñar la imaginación humana; y no sólo son una fuente inagotable de placer y de interés, sino que parecen elevarnos por encima de los cuidados mezquinos y de los pesares de la vida.

JOHN LUBBOCK.

EL SUFRAGIO LLAMADO UNIVERSAL

El sufragio universal tiene un gran mérito: *funciona*. Su fuerza consiste en reputarse expresión pura y completa, infalible é indiscutible, de la soberanía nacional, dogma embustero y necesario de la edad moderna.

Pero, ¿está conforme con la opinión y la voluntad del país? ¿Las traduce con suficiente fidelidad, ó, por lo menos, de una manera aproximada?

Las cuatro quintas partes de la nación no votan, permanecen extrañas á la consulta numérica de la nación.—Las mujeres y los menores debieran votar.—La negativa á incluirlos en el escrutinio es la manifestación de un instinto bárbaro (el derecho del más fuerte), que debe ser rechazado por el progreso de la civilización.

Las mujeres y los menores de edad votarían por medio de un mandatario legal.

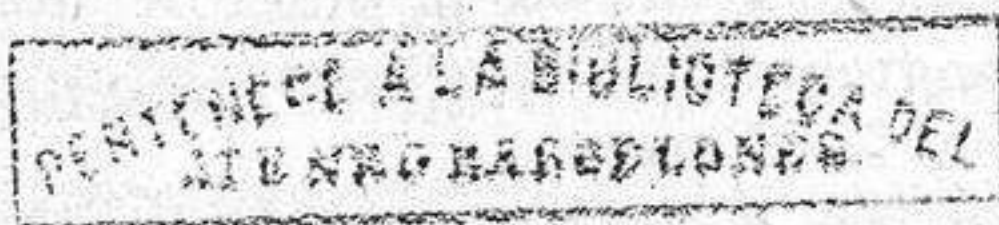
La cuota electoral del celibato masculino debiera ser la décimasexta parte, mientras que es la cuarta con el sistema actual.

Por qué es injusto que el voto de un padre de familia (que encarna en sí tres, cuatro, cinco, diez cabezas diferentes) no tenga más valor que el de un célibe de veintiún años, y pueda ser neutralizado por éste.

Preponderante papel de los célibes en nuestra democracia; tendencia de ésta á convertirse en una *efebocracia*.—Diferencia de las repúblicas antiguas, que entregaban el poder público exclusivamente á los ancianos, á los *patres familiae*.—Cansancio é indiferencia progresiva de los electores por el escrutinio; explicación de esta fatiga.

Por efecto del crecimiento gradual de su familia, el elector de veinte á veinticinco años debiera contarse por un voto, el de veinticinco á treinta por dos, el de treinta á cincuenta por cuatro, cinco, seis, etc.—Más tarde, haciéndose mayores sus hijos, su voto iría disminuyendo por grados.

No hay que preocuparse por saber á qué partido político sería provechoso tal sistema de escrutinio, sino convencerse tan sólo de que manifestaría la opinión y la voluntad de la nación entera, con mucha más exactitud que el escrutinio actualmente empleado.—
Conclusiones.



Cuando un artista ó un sabio desviado, cuando un metafísico descarriado momentáneamente entre la política, tienen la ocurrencia de concebir algún gran proyecto de reforma social, en vez de fabricar un sistema del mundo ó un plan de comedia, ¿á quién dará parte

de su utopía? ¿Al público general, por medio de la prensa diaria? Estima demasiado su ensueño, para enterrarlo así. Sólo un auditorio puede ser indulgente con él, y es el de un círculo de espíritus serios, habituados á ver en la paradoja ó en la quimera de hoy el germen de una verdad ó una utilidad del mañana. He aquí por qué me permito confiar al público filosófico una idea de que no puedo verme libre, á propósito del derecho de votar (1).

A despecho de todas las objeciones, el sufragio universal tiene un gran mérito: funciona. Puede decirse que eso tiene de común con todas las máquinas, que también funcionan en provecho del primer ocupante. Pero sucede con esta máquina como con todas aquellas que, aborrecidas por los obreros sin trabajo, no tienen que temer mucho las interesadas críticas de quienes no saben valerse de ellas. Tiene

(1) Debo decir en seguida que esta idea no me pertenece, y que mi amor por ella no se complica con ningún amor propio de autor. Hace mucho tiempo que leí su indicación en un escrito de M. Enrique Lasserre, el tan universalmente conocido historiador de *Nuestra Señora de Lourdes*, escritor político á ratos. Sé que este origen puede hacerla sospechosa á muchos. Pero me ha parecido anti-filosófico rechazar *a priori* una proposición, so pretexto de que emana de un cerebro clerical. Lo que sería clerical en sumo grado es precisamente imitar á la Congregación del Índice, excomulgando una obra *in odium auctoris*. Si no me es infiel la memoria, la Asamblea nacional ocupóse de pasada de un proyecto inspirado por el escrito de M. Lasserre; pero la idea había sido desnaturalizada por consideraciones extrañas á las que me permito presentar.

otra ventaja, la de ser un método estadístico de gobierno, un homenaje político rendido á la virtud de los grandes números y una nueva edición original del antiguo proverbio pitagórico: *mundum regunt numeri*. Este carácter le recomienda en estos tiempos de grandes masas y de grandes guarismos de todo género, de socialistas y de estadísticos. Pero, por encima de todo, su fuerza consiste en reputarse expresión pura y completa, infalible é indiscutible, de la soberanía nacional, ese dogma embustero y necesario de la edad moderna.

Tal es, en efecto, su título superior para los espíritus contemporáneos. La verdad y el bien es la opinión y la voluntad del pueblo: esta ficción se impone desde que ya no tiene curso la ficción de la infalibilidad y de la soberanía monárquicas. No discutimos este postulado; sería trabajo perdido. Pero preguntamos si realmente está conforme con él el sufragio universal, si merece su reputación de manifestar con fidelidad suficiente, ó aproximada al menos, la opinión y la voluntad del país. Respondo que no. ¿Cuántos electores somos en Francia? 10.181.100 (Octubre de 1885). ¿Cuántos franceses somos? 38.050.000 (Mayo de 1886). Así, pues, cerca de tres cuartos de la población no vota, ó, más bien, no tiene derecho á votar; porque si sólo contásemos los que votan, la diferencia de guarismos sería mucho más grande. En Octubre de 1886, en que, sin embargo, el escrutinio fué particularmente atractivo, no hubo más que

7.896.100 votantes. Por consiguiente, los cuatro quintos de los ciudadanos permanecieron extraños á esta consulta numérica de la nación. De ordinario, pudiera decirse que los cinco sextos.

«Entonces, ¿quiere V. hacer votar á las mujeres y á los niños?», se me dirá. Antes de contestar, me permito hacer notar que por todas partes, á derecha é izquierda, se prosternan ante el actual modo de sufragio con un respeto análogo á la piedad de esos normandos que, á la vez que besaban los pies al Papa, se esforzaban por atarle las manos. A él se le acusa en voz baja de nuestros males, y no se espera su curación de su reforma. Pero, en general, sólo se trata de reformarlo refrenándolo y oponiendo á su principio esencial el germen más ó menos disimulado de un principio contradictorio que se trata de injertar en el suyo. Tal era aquella famosa representación de los *intereses*, que se pretendía ser propia para completar la representación de las *personas*, y que era un movimiento oblicuo hacia el voto censuario. En cuanto á la eliminación de cierta categoría de electores por el rigor de las condiciones (de domicilio, por ejemplo) impuestas al ejercicio del derecho de votar, es un paliativo sin serio alcance. En lugar de poner diques al río que se desborda, en vez de castigar al toro disparado, ó bien en lugar de conceder una importancia exagerada á puras cuestiones de forma, como la del escrutinio por lista ó el escrutinio por distritos, ¿no vale la pena preguntarse si el medio mejor y más seguro de re-

mediar el más grave de los peligros que trae consigo la participación de las muchedumbres en los asuntos públicos, no sería el de llevar á cabo esta grande innovación contemporánea? Si por acaso la lógica quedara satisfecha con la solución más tranquilizadora para la práctica, ¿no habría en ello doble ventaja?

Y, ciertamente, sin la menor duda posible, ¡las mujeres deben contarse en el escrutinio, como los hijos! ¿Con qué derecho se excluyen? No puede hacerse más que por una derogación formal de la ficción que sirve de base á la estadística electoral como á cualquiera otra: la equivalencia de las unidades numéricas. En una elección, la cabeza de Pasteur y la cabeza de un pilluelo de París que acaba de cumplir veintiún años son y deben ser reputadas iguales, como en la estadística judicial un robo simple se reputa igual á otro robo simple, á pesar del intervalo enorme que puede existir entre la gravedad del primero y la del segundo. Esta es una ficción necesaria, y, nótemoslo, tanto más cerca de ser verdad, por la compensación de los errores en más ó en menos así producidos, cuanto que descansa en más grandes números, es decir, que se aplica más ampliamente, con menos excepciones y limitaciones arbitrarias. Arbitrariamente se permite tomar en consideración el sexo y la edad, cualidades enteramente fisiológicas, después de no haber tenido en cuenta el grado de instrucción, ni el de fortuna, ni el estado civil, ni la profesión que, sin

embargo, son caracteres de orden social, y, por tanto, más dignos que los anteriores de anotarse en una estadística esencialmente social. En el fondo, la interdicción verdaderamente lesiva de los derechos políticos á las mujeres y á los hijos menores no se explica, á no ser por ese olvido del débil que está en las costumbres del fuerte, instinto bárbaro que el progreso de la civilización debe rechazar. ¿Se dirá que se niegan á las mujeres y á los menores los derechos políticos porque son incapaces de ejercitarlos? Pero ¿son más capaces de ejercitar sus derechos civiles, que nunca ha habido la idea de ponerles en duda? Pues bien; antes se comprendería lo contrario; es decir, que se les negara el derecho de poseer, enajenar, adquirir, heredar (lo que se ha visto y se ve aún en muchas usanzas), y que se les reconociese el derecho de tomar parte en la elección de los representantes del país. En efecto, despojarles de bienes muebles ó inmuebles no es más que lesionar su interés propio en provecho de individuos más robustos, más propios tal vez para disfrutar de esos bienes; puede haber en esto una compensación desde el punto de vista del interés general. Pero expropiarles de la soberanía, de la propiedad reputada enfáticamente como la más inalienable de todas, es un perjuicio inmenso para la nación, á la vez que una iniquidad injustificable: porque si el hijo es el porvenir y la esperanza, la mujer es, ante todo, la madre del hijo, y el interés de la nación está en que sus hombres de Esta-

do se preocupen, no de la generación presente, donde hartó á menudo se detiene el pensamiento del hombre adulto sin familia, sino de la posteridad.

De ahí, sin duda, esa política miope (de ancho campo, sin duda, pero de corta agudeza visual) que caracteriza á los Parlamentos, producto de un escrutinio en que los intereses mayores de las tres cuartas partes de la nación no han pesado nada. Añadamos que, sin la posesión de los derechos políticos, la de los derechos civiles llega á la larga á ser más aparente que real, como lo sabían muy bien las masas electorales excluidas del voto en la época de las listas de electores por el sistema del censo. De la mejor buena fe del mundo, y hasta sin advertirlo, los ministerios emanados de un Parlamento producto del régimen del censo electoral, proponían y hacían votar leyes perjudiciales al bolsillo de los no electores. De una manera análoga pudiera explicarse, por la privación de los derechos políticos impuesta á los menores, el aplastante absurdo de las medidas que se llaman protectoras y que nuestros legisladores hacen pesar sobre ellos, siempre con la mejor buena fe del mundo y con esa inconsciencia del egoísmo humano, principalmente masculino, que es insondable.

Digo, pues, que todas las cabezas deberán contarse, grandes ó pequeñas, fuertes ó débiles, masculinas ó femeninas, y que habrá en Francia treinta y ocho millones de electores, puesto que hay treinta y ocho millones de

franceses. No se excluirá del voto más que á los indignos, judicialmente declarados como tales. Muchos se sonreirán: ¡qué burla es tal proposición! Son de seguro los mismos que en 1847 se hubiesen encogido de hombros si les hubiera predicho que al año siguiente los doscientos mil electores de entonces se iban á multiplicar de pronto hasta sumar una cifra de cerca de diez millones. Lejos de temer aquí las grandes cifras, conviene llamarlas, porque lo grueso de ellas es lo que les da su peso y hasta su precio. A medida que se abultan las cifras, atenúanse los inconvenientes de esta estadística política. ¿Cuál es el estadístico que no se regocija al ver extenderse la base numérica de sus cálculos?

Me apresuro á añadir que, si la justicia y la lógica obligan á reconocer á las mujeres y á los menores el derecho del voto, en virtud del dogma de la soberanía popular, no obligan en manera alguna á atribuirles el ejercicio directo de ese derecho. La analogía, que es una de las ramas más importantes de la lógica, exige, por el contrario, que apliquemos en esta materia un principio vigente en todos los ámbitos de nuestra legislación y de todas ellas: el principio de la representación.

Los menores y las mujeres tienen el derecho de propiedad sobre sus dominios, el derecho de aceptar una donación ó una sucesión, el derecho de litigar; pero estos derechos ejércense en su nombre por sus representantes naturales ó artificiales, nombrados con-

forme á las leyes. El padre, la madre, el tutor, son quienes hacen valer el derecho del menor; el marido es quien hace valer los derechos de la mujer, por supuesto, los derechos civiles. Pero si la mujer ó el menor tuvieran también derechos políticos, ¿por qué las personas que los representan para actuar en los primeros, no tendrían ya calidad para representarlos cuando se tratase de obrar en virtud de los segundos? ¡Sería curioso que el derecho de representación sufriera excepción precisamente en lo que concierne al derecho de elegir á los representantes del pueblo!

Supongo que se aplique este sistema, y me pregunto cuáles serán sus consecuencias. Los célibes mayores de edad, hembras ó varones, echarán en la urna una sola papeleta. Los hombres casados y sin hijos echarán dos, una por él y otra por su mujer. Si tienen hijos menores, crecerá en razón del número de éstos el número de cédulas electorales de que dispondrán. Las viudas tutoras ó las casadas divorciadas, con separación de tálamo, votarán por sí mismas y por sus hijos menores cuya guarda tuvieren. Los tutores, aunque no sean parientes, votarán por sus pupilos. En resumen, todo el mundo, salvo los ladrones y asesinos, votará directamente ó por medio de su mandatario legal. Habrá ecuación perfecta entre la nación y el cuerpo electoral. Sin embargo, el hacinamiento del escrutinio no será sensiblemente más grande que en la actualidad; siempre acudirán á él los mismos electores actuales, más las viudas, las mujeres separadas de tá-

lamo ó divorciadas, y las solteras mayores de edad. Así, no habrá el menor inconveniente práctico, salvo que será un poco más pesada la tarea de los escrutadores (1). Pero si no hay prestación social más ingrata, tampoco la hay (por un favor de la Providencia, de seguro) que encuentre más hombres de abnegación heroica prontos á llevarla á cabo.

Mas no por eso dejará de tener tal cambio un alcance inmenso. Para apreciar sus efectos, basta echar una ojeada á las cifras. Veamos. «El censo de 1881, dice M. de Foville, clasifica como sigue la población francesa, desde el punto de vista del estado civil: varones 18.656.500, de ellos 10.110.600 solteros, 7.520.200 casados y 1.025.700 viudos; 18.748.800 hembras, 9.280 de ellas solteras, 7.503.359 casadas, y viudas 1.064.550.» Combinadas estas cifras con las de los actuales electores franceses, nos permiten decir poco más ó menos cuál es la proporción respectiva de los célibes, viudos y casados en nuestro cuerpo electoral. Para mayor sencillez, no deduciremos los indignos, excluidos por sentencia judicial del voto. Todos los casados y todos los viudos votan, salvo el insignificante nú-

mero de ellos que son menores de edad. Sumémoslos y restemos su total, 8.545.900, de la cifra de los electores; el resto, 1.635.200, expresa el número de los electores célibes. Añadamos á éstos, desde nuestro punto de vista, el número de viudos sin hijos menores, cifra que no puedo precisar. En números redondos, pueden valuarse el total de los célibes y viudos sin hijos menores en dos millones, y el de los casados y viudos con hijos menores en unos ocho millones (1).

Se me dirá, sin duda, que de ser así, no tiene nada por qué asustar la importancia concedida por nuestra ley electoral al elemento célibe, joven, aventurero, inexperto, puesto que es igual á la cuarta parte del poder electoral confiado á la relativa cordura de los jefes de familia. Sin embargo, sería un error el creerlo.

En primer lugar, esa cuarta parte de la masa electoral es con mucho la parte más bullanguera, la más agitada y la más agitadora. No se necesita una cuarta parte de fermento para levadura que levante la masa, sobre todo cuando ésta es de tan buena pasta como el padre de familia francés. Además, si entra la discordia entre los ocho millones de maridos ó de padres, y los dos mi-

(1) En el estado actual de nuestras costumbres, á pesar de la sensible relajación del vínculo conyugal, me parece que el marido debe votar por la mujer. Pero si nuestras costumbres cambiasen hasta el punto de transformar en corporación *bicéfala* la unión de los esposos, habría lugar á conceder á la mujer casada, aun sin separarse ni divorciarse, una cédula de voto individual. Aún estamos lejos de ese ideal peligroso.

(1) Según M. Becquart (véase acerca de esto la *Revue scientifique*, 31 de Julio de 1886), el tipo del elector francés es de cuarenta y uno á cuarenta y cuatro años de edad, casado y además pequeño propietario. Pero si se tiene en cuenta las abstenciones, que recaen sobre todo, como diremos, en los electores maduros ó de edad y no en los jóvenes, habría que modificar mucho estos asertos optimistas.

llones de solteros ó casi solteros están relativamente de acuerdo, deslumbrados por una misma utopía, la balanza se inclina fatalmente del lado quimérico. ¡Se han visto minorías más ínfimas imponerse en las horas de crisis y *dar entrada en agujas* al tren político en su vía más peligrosa!—Por último, esa sedicente minoría juvenil es la parte del cuerpo electoral más fiel al escrutinio, la menos abstencionista; y la diferencia puede llegar tan lejos en ciertos casos, que resulten invertidas las situaciones numéricas.—Por otra parte, aun cuando la voluntad de los padres de familia pesara en realidad, y no sólo en apariencia, cuatro veces más que la de los célibes en la balanza del sufragio, no por eso sería menos cierto que ese reparto de los votos es una injusticia escandalosa en perjuicio de los primeros. «Donde está la carga deben estar los gajes», dice un antiguo proverbio de los legistas. Los solteros no son responsables más que de su propia cura, no tienen que ocuparse más que de sí mismos. Pero los padres y maridos tienen cura de almas, deben alimento, resguardo, vestido, educación, instrucción, protección á los seres de quienes responden ante la ley; comparten su deshonor, pagan sus necesidades y locuras, sus multas y sus indemnizaciones de daños y perjuicios, administran sus bienes, tienen la guarda de sus personas. Cada uno de ellos, á los ojos de la ley, no es un individuo sino un grupo; verdadero burro de carga de la familia, digámoslo así, no anda más que con la espalda encorva-

da bajo un peso muy querido, pero no menos abrumador. Llegan, sin embargo, una elecciones: en el acto se le supone aligerado milagrosamente de su carga, y el voto de este hombre que encarna en sí, tres, cuatro, cinco, diez cabezas diferentes, será neutralizado por el del primer estudiante que llegue y acabe de cumplir veintiún años.

Dado el principio de la soberanía nacional, la justicia pide y la lógica exige que el sufragio de cada votante fuese proporcional al número de ciudadanos franceses que componen su grupo familiar. Ahora bien; los 7.520.200 y los 800 ó 900.000 viudos con hijos menores (cifra aproximada) representan á 7.503.350 mujeres casadas más 8.475.400 solteros menores de edad (á saber, 10.110.600 solteros, menos 1.635.200 solteros mayores de edad), mas casi el mismo número de solteras menores. El total, por tanto, se eleva á 24.454.150 á personas. Tal es la inmensa población que pesa sobre los 8.300.000 padres de familia. Según mis ideas, estos tienen, pues, derecho á 32.700.000 votos. En otros términos: su importancia política es exactísimamente *diez y seis* veces mayor que la de los dos millones de célibes masculinos y viudos sin hijos que hoy les ponen en jaque tan á menudo. Es verdad que, según mi sistema, habría que añadir á éstos los dos millones de solteras y viudas sin hijos menores que votarían también; pero en cambio 800 ó 900.000 viudas con hijos vendrían á reforzar las filas de la mayoría; y la paternidad, la maternidad y el matri-

monio no dejarían aún de contarse por ocho veces más que el celibato.

Así, pues, la cuota electoral del celibato masculino debiera ser la décima-sexta parte, y es la cuarta. Ya se ve con qué injusticia se beneficia. Pero la nación lo sufre y lo sufrirá largo tiempo, según me le temo. Si no cuidamos de ello, iremos á parar á una *efebocracia* ó á una *celebocracia*, tanto más peligrosa, cuanto que el mecanismo, cada día más complicado de nuestras sociedades, requiere espíritus más maduros y más ejercitados para ser comprendido. Un efebo griego ó romano hubiera sido más capaz de comprender los intereses de su ciudad y de emitir su parecer en las deliberaciones municipales de entonces, que un francés ó un italiano de treinta y hasta de treinta y cinco años, en general, pueda ser competente para decidir las graves y solemnes cuestiones hoy pendientes. Sin embargo, por la más chocante de las antítesis, los antiguos entregaron exclusivamente á los viejos, á los *pateres familiae*, el poder público, y nosotros preparamos el advenimiento de los efebos. Digo que lo preparamos, porque si continúa en aumento el número de las abstenciones según una progresión de las más alarmantes, muy pronto sólo votarán los jóvenes, porque el derecho de votar sólo para ellos tiene el encanto de la novedad y no han tenido tiempo aún para conocer el hastío de las elecciones. ¿Y cómo extrañarse de que este hastío pese sobre nuestros mayores? Entre otras causas, hay una que se ha hecho mal

en no señalar. Un funcionario se disgusta de su carrera cuando desespera de ascender en ella; universalmente cansa lo que es monótono; he aquí por qué un derecho electoral que permanece siempre igual á sí mismo, sin esperanza ninguna de amplificarse en toda la vida, concluye por hastiar al elector. En efecto, lo absurdo y que con justicia puede echársele en cara á la ficción fundamental de nuestro sufragio, no es que el voto de un hombre se repute equivalente al de otro hombre cuando ambos no representan á nadie más que á sí mismos; sino que el voto de los dos tenga un peso inmutable y estacionario, que no aumente en peso electoral á medida que crece el valor social y patriótico del elector, conforme progresa en fuerza, en experiencia, en responsabilidades.

Pues bien; desde este punto de vista, la reforma que apetezco tendría la ventaja de proporcionar por término medio, sin nada de arbitrario, lo más natural y lógicamente del mundo, el alcance numérico del sufragio de una persona, con las variaciones de su fuerza física ó mental, y de su importancia cívica durante el curso de su vida. El elector de veinte á veinticinco años, en general, no se contaría más que como uno; de veinticinco á treinta años, por dos á lo sumo, por ser en Francia los treinta años la edad promedia del matrimonio para los hombres; de treinta á cincuenta años, se contaría sucesivamente por tres, cuatro, cinco, seis, etc., por efecto del aumento gradual de su familia de menores. Más tarde, á la in-

versa, muriendo ó llegando á la mayor edad sus hijos, su voto iría disminuyendo por grados, á cinco, cuatro, tres, dos, uno, regresión correspondiente al declinamiento de sus años y de su utilidad para la nación. El apogeo electoral estaría en la edad de cuarenta y cinco á cincuenta años, es decir, el punto culminante, no de la imaginación y del amor, sino de la inteligencia y de la ambición, de la experiencia y de la aptitud política en la mayoría de los hombres. Ya se ve, pues, que en este proyecto no se trata de restaurar una *gerontocracia*; los viejos representarían en él un papel cortísimo. No se trata de privar á la juventud del monopolio de las iniciativas gloriosas y fecundas, sino que se trata de librarla, lo mismo que al país, de la plaga de las direcciones fatales. Se trata de reivindicar para lo que es tan sagrado como la juventud, para la infancia (que es casi la mitad numérica de la nación —diez y siete millones— mientras que la juventud no representa más que tres á cuatro millones de franceses ó de francesas), el derecho indispensable que se le rehusa por razones inconcebibles, el derecho de intervenir por el órgano de sus mandatarios naturales en la preparación de ese porvenir, que es más suyo que nuestro. Se trata así de favorecer el advenimiento de una democracia verdadera, es decir, en que el poder se mida por el mérito, las prerrogativas por los deberes, y donde la subida á los honores es paralela á la agravación de las cargas.

Si por casualidad lee esto un políti-

co, no dejará de preguntarse: «¿Sería propio este sistema para favorecer á los oportunistas ó á los radicales, ó tal vez á los monárquicos?» He aquí la gran cuestión, á la cual contestaré sencillamente: no lo sé. Y creo que nadie puede saber nada de seguro, aun cuando sea infinitamente probable que los cambios políticos así obtenidos no tendrían nada de revolucionarios.

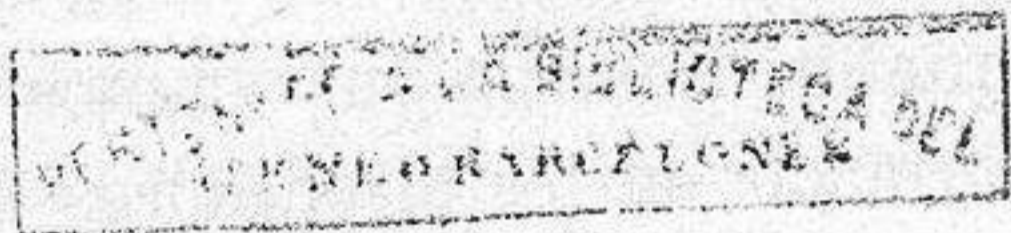
Lo que sé, por ejemplo, es que el método gubernamental (sea el que fuere), consagrado por el sufragio, no de seis á ocho millones, sino de veinte á treinta millones de electores, impondría por fuerza á los más rebeldes la aceptación de su aplastante superioridad, y que su aparición haría desvanecerse de repente muchos partidos que se tienen por intranquilizadores, como la aurora disipa los fantasmas. Lo que sé también es que, sostenido por un haz de jefes de familia habituados á las preocupaciones de lo futuro y estables en sus resoluciones definitivas, un gobierno, sea el que fuere, un ministerio, daría el espectáculo de una solidez inaudita en nuestros días; y, pudiendo prometerse la duración, podría prometerse las largas esperanzas y previsiones. Es permitido añadir que, de todas las maneras de estimular al matrimonio y á la paternidad imaginadas por los hacedores de leyes, la que propongo sería tal vez la única eficaz en cierta medida. Que aún se casen casi tanto como en lo pasado, á despecho de la creciente necesidad de independencia y del creciente peso de la familia, esto nada tiene que sor-

prenda, en verdad, y nada demuestra mejor el persistente imperio de la costumbre en nuestras sociedades que se precian de haberse emancipado de la tradición. Que cada vez haya menos hijos, eso es muy natural, por el contrario; porque nuestras sociedades parecen hechas por y para solteros jóvenes ó viejos, y no hay nada más cómodo que practicar ese celibato de dos, que se llama matrimonio sin hijos.— Pero detengámonos en la pendiente del sueño y limitémonos al concluir á desear que algún comisionista-viajante de la política en busca de trabajo se digne recoger nuestra idea en su camino; y, mezclando con ella cierta dosis de inconsecuencia ó de extravagancia, se la apropie para hacerse con ella un trampolín electoral. ¡Se han visto realizadas, bajo el influjo de los hipnotizadores políticos, tantas otras quimeras sugeridas y de seguro más audaces!

G. TARDE.

EL FIN DE LA BOHEMIA

INFLUENCIAS LITERARIAS DE LA «COMMUNE»



Acabamos de escapar de la barbarie, pero es menester que todo el mundo sepa que en este furioso asalto contra la civilización hemos tenido que habérmolas con una barbarie literaria. Al frente de este siniestro ejército figuraban escritores que no carecían de talento, ingenios nada vulgares entre los cuales había algunos que lograron alcanzar éxitos envidiables y otros que podían esperar fundadamente una hora de celebridad sobre el asfalto de los bulevares. Ese ha sido el rasgo singular de los últimos acontecimientos (1). Hasta poco ha, los batallones de la revuelta se reclutaban casi exclusivamente en la población obrera, bajo el mando de jefes de barricada, tales como Barbes ó conspiradores de la laya de Blanqui. Esta vez, á la cabeza del gobierno de parodia que hemos tenido, hemos visto una multi-

tud de nombres que por sus orígenes pertenecían al mundo civilizado, á las letras, á las ciencias, á las escuelas. Era un estado mayor especial y nuevo de la insurrección que ha desfilado entre nosotros como en una parada de Franconi, cubierto de cintajos, empenachado, cabalgando bajo los reflejos de la bandera roja. Se ha formado la estadística de las carreras liberales que han suministrado contingente á la *Commune* de París. La medicina y la enseñanza libre se encuentran con la pintura al lado de profesiones inconfesables, que abundan bastante: quienes dominan, justo es decirlo, son los hombres de letras: hay muchos en el seno de la *Commune* y en lo que pudiéramos llamar sus alrededores. El periodismo, el libelo, hasta la misma novela y el teatro, se codean formando parte de esa *compañía* que ha dado durante dos meses sus lúgubres representaciones en el *Hotel de Ville*. Puede consi-

(1) Junio 1871.

derarse el hecho que acabamos de señalar como la invasión de la bohemia literaria en un gobierno hecho á su imagen. ¿Será el último este primer triunfo, y se comprenderá, por fin, merced á tan terrible ejemplo, que la orgía de las letras sin dignidad y del espíritu sin conciencia no debe recomenzar ante nuestros ojos entre los aplausos de un público cómplice? Nació oficialmente la bohemia en un prefacio de Enrique Murger en Mayo de 1850, y en Mayo de 1871 la hemos visto caer en el suelo ensangrentada después de haber tenido participación en una tiranía ignominiosa. Había entrado de una manera bien inofensiva en el mundo: comenzó por una explosión de risa en una farsa. Después de veinte años de una triste vida, que bien pronto deja de ser inocente y que la vanidad y la pereza se disputaron, ha terminado detrás de una barricada lanzando un grito de desesperación y de rabia, legando al mundo con un nombre detestado un enigma moral que intentaremos resolver.

I

No inventó Enrique Murger la vida bohemia; ni el nombre ni la cosa le pertenecen; pero él la descubrió y la reveló en sus más ocultos misterios, mostrándola con alegría tan inofensiva, con tan amable abandono y tanta gentileza en sus indiscreciones, que no

hubiera tenido ninguna gracia maltratar á aquel buen humor, siempre dispuesto á echar á volar en canciones al primer rayo de sol, al primer soplo de la primavera. La crítica y el público estuvieron de acuerdo en dispensar buena acogida al escritor, á su obra, á sus revelaciones interesantes, y la bohemia, de este modo modo presentada, pudo decir como la joven cautiva de Andrés Chenier:

Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux.

En aquellos tiempos ya remotos se había formado en los alrededores del Luxemburgo, á la sombra de sus lilas, un grupo de escritores, todavía sin reputación, de pintores sin encargos, de músicos sin recursos, enlazados entre sí por los caprichos del compañerismo errante, soñando siempre con la fortuna y el porvenir en cenáculos pequeños en los que se mezclaba á la quimera de los más bellos destinos, la satisfacción de *demoler* (era la palabra de moda), las glorias establecidas, las reputaciones naciétes, los talentos consagrados ó que trabajaban para serlo. El fondo de estas existencias, visto de cerca, era muy miserable y muy triste; mas para ocultar este feo fondo, demasiado real, había gracejo é ingenio, por lo menos en el historiador; tenía también en esta especie de vida, algo de conmovedor, y, sobre todo, esa gracia suprema, irresistible, porque es lo desconocido en el talento y en la vida: la juventud. Todo lo más, se le hubiera podido echar en cara, al revelador de ese pequeño mundo, su

pretensión intermitente de colocarle demasiado alto en nuestra estimación. Cuando se contenta con alegar circunstancias atenuantes en favor de sus ligeros héroes y de sus heroínas más ligeras todavía, lo hace á maravilla. Mucho nos divierten las patochadas del músico Schounard y su sinfonía sobre *la influencia de lo azul en las artes*; aplaudimos las paradojas de Gustavo Colline, el filósofo, cuando consideramos que no tienen trascendencia; por último, nos sonreímos al ver pulular en las páginas del libro ese enjambre retozón de las Sidonias, Luisas y Mussetts; al través de nuestra sonrisa brota una lágrima, cuando el poeta de estos fáciles amores envía á Mimi á morir al hospital. Todo esto, en su género, resulta agradable; pero el interés es tanto más vivo cuanto que son más modestas las exigencias del escritor. El libro, que no contiene más que escenas y relatos, vale mucho más que el prefacio en donde el autor expresa una teoría, de la cual podría suprimirse más de un apóstrofe, inútil por lo menos, dirigido á los puritanos del mundo y á los puritanos del arte, mezclado con los diti-rambos en honor de la vida libre y del arte independiente. Estas salidas de tono proceden del molde en que las vació en otro tiempo uno de los antecesores de la bohemia, Cyrano de Bergerac, de quien entonces se reía el amable Burger. Esta declamación no es propia de su voz, es una nota demasiado alta para su garganta.

A decir verdad, ¿qué especie de vida es esta *vida artística*, tan singularmen-

te exaltada por el escritor, que ha creído deber hacerla resaltar por medio de un pretencioso barbarismo? Es, se nos dice, la vida consagrada al culto puro del ideal, ignorante ó descuidada de la realidad, es la existencia extática «de esos obstinados soñadores, para quienes el arte es una fe y no un negocio, y que por timidez ó por inexperiencia se imaginan que todo está dicho cuando la obra queda terminada, esperando que la admiración pública y la fortuna se les entren por las puertas. Viven, por decirlo así, al margen de la sociedad, en el aislamiento y en la inercia. Son lógicos en su insensato heroísmo; ni gritan ni se quejan, y sufren pasivamente el destino riguroso y oscuro que ellos mismos se han creado... Son verdaderamente *los llamados del arte*, y tienen por suerte ser también los elegidos. Esta bohemia esta erizada de peligros; dos abismos la limitan de uno y otro lado: la miseria y la duda... «Esta bohemia es el prefacio de la Academia, del Hotel Dieu ó de la Morgue.» Tal es la teoría; en la práctica, hay mucho que rebatir. Si tomamos por árbitro al propio Murger, juzgando la cuestión por sus agradables relatos, fácil es destruir su teoría. Sus personajes no son, ni mucho menos, víctimas de la idea, ni pálidos mártires del arte; son ingeniosos vividores sin un céntimo, los cuales aplican todas las mañanas la fuerza de su ingenio á la resolución de problemas como los siguientes: «¿Cómo pagaremos nuestro pupilaje? ¿Cómo comeremos esta noche?» Esta es la constante preocupación, que les traza una

arruga en la frente. Ciertamente, no hay apenas qué decir acerca de estas singulares aventuras en busca del ideal; tratan muy prosaicamente de vivir, de divertirse, sin que tengan que sacrificar nada de su pereza ni de su bolsa vacía. ¿Cómo han de ser semejantes existencias las privilegiadas de la inspiración? ¿Pues las grandes ideas, los sentimientos sublimes, las nobles formas del estilo, los dones más raros de la imaginación y de la expresión, habrían de abundar preferentemente entre esos jóvenes, que no han invocado á otra musa que á Mlle. Musset? ¿Cómo habrían de brotar las más bellas concepciones del arte en una vida sin estudio y sin trabajo? Por mi parte, no he podido comprenderlo jamás; es verdad que este juicio es el de un burgués, el de un filisteo, y que en tal concepto se le rechazará.

¡Cuán degenerados son todos esos percursoros que tienen el aspecto de vivir ó de haber vivido según el modelo que siempre tuvieron delante de los ojos, y que sólo saben reproducir por los lados más tristes! Con qué indignación el poeta de *Rolla* renegaría de esta posteridad de oradores de taberna y derimadores desarreglados que le hacen la injuria de invocar su nombre. Musset era un poeta, «uno de esos hombres á quienes el cielo á menudo, á precio de miserias, de debilidades, de sufrimientos indecibles, parece descubrirles sus secretos, y que, por una excepción sin igual, reciben de él un don maravilloso y divino de sentir, de expresar y de pintar; niños privilegiados

á quienes es preciso amar y juzgar con indulgencia, porque han venido á este mundo menos para gobernarse á sí mismos que para encantar y consolar á los demás (1)»; pero esos otros, ¿qué derecho tienen á ser juzgados con esa simpatía que desarma la razón? ¿Sobre la frente de cuál de los que forman esa tropa vagabunda brilla la chispa celeste que jamás se extingue, ni aun entre los peligros de la existencia más aventurera?

Vemos en ellos inexcusables debilidades, pretensiones inauditas, un insensato desorden de costumbres y de ideas; pero no vemos el signo superior, ese reflejo del ideal á cuyo resplandor todo se aclara y transfigura. Nada hay en ellos de esa elegancia innata que sobrevive á la caída, ni de esa fantasía conmovedora hasta en sus más extraños arrebatos, ni menos esa disipación casi poética en que se advierte el sollozo inmortal al través de las carcajadas. En ellos se ve la miseria voluntaria aceptada en un principio por dejadez, cultivada después por diletantismo, transformada en una especie de carrera especial cuya habilidad consiste en escapar del propietario y del sastre, y cuyo triunfo estriba en vivir el más largo tiempo posible de un crédito que no se tiene; triste vida apenas consolada por algunos rayos de sol del cual aún no es posible gozar, ó por algunos amores de casualidad que se escapan por la ventana del tugurio la

(1) M. Vitet, hablando sobre la tumba de Alfredo de Musset.

tarde del día en que no se ha comido. El fondo de esta existencia es la caza fantástica de la pieza de cien sueldos. Todos estos viejos *jóvenes* que se las echan de amantes platónicos del arte no son otra cosa que Gil Blases afiliados á las letras. No le hubiera costado mucho trabajo á Lesage trazar la fisonomía de estos tales con algunos rasgos de su seca ironía; pero era propiedad de nuestra época realista y sentimental el poetizar esta vida necesitada y estas perezas incurables.

No exgeramos temerosos de ser injustos con el mejor y más inofensivo de estos bohemios. Ni la vida ni el talento de Murger merecen duras censuras; pero ha creado un falso y triste ideal de vida libre que ha arrebatado á muchas jóvenes imaginaciones precipitándolas en caminos sin salida. Schaunard y Colline han dejado detrás de sí una funesta escuela. Eran dos rebelados contra el arte, cuyo culto austero ultrajaban con sus extravagancias, desconociendo al propio tiempo sus más altas condiciones, la seriedad del pensamiento, el esfuerzo continuo, la seriedad de la vida. Después de ellos han venido los rebelados contra la sociedad, aquellos á quienes se ha llamado ó se han llamado á sí mismos *los refractarios*. La edad de la inocencia de la bohemia no ha durado mucho tiempo, y aún puede decirse con verdad que no fué más que una inocencia relativa.

¿Cómo se ha verificado esta transformación? De la manera más lógica y más sencilla: la literatura necesita-

da se ha convertido por una transición fatal en la literatura envidiosa. Ya en la primera fase de la bohemia se ve apuntar el germen de las malas pasiones: la impotencia agravada por la pereza, exasperada por pretensiones absurdas, aguijoneada por una especie de inercia perpetua contra todo lo que trabaja ó se eleva, la voluntad bien definida de no tomar en serio ni persona ni cosa alguna y el horror al sentido común llevado hasta la sinrazón sistemática.

Transportad estos instintos de la bohemia literaria al medio febril del mundo político bajo la atmósfera candente de las pasiones y de los odios que allí se encienden; añadid á esto la idea fija de llegar por todos los medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la emulación deplorable que hace nacer en ciertas almas el espectáculo de las ambiciones triunfantes y de las ideas escandalosas; arrojad todos estos gérmenes en un temperamento bilioso, en un espíritu inquieto, irónico y duro, en una conciencia que desde largo tiempo há devorado todos los escrúpulos, y veréis entonces cómo surge una emponzoñada y funesta cosecha.

Tal es lo que hemos visto y lo que merece ser contado para la edificación de los cándidos, si es que alguno de estos queda en este nuestro tiempo, más propicio á la experiencia que á las ilusiones. En cierto día, cinco ó seis años hace apenas (diríase que hace un siglo), se verificó un cambio casi súbito en la literatura ligera encargada de suministrar al público chascarrillos y escándala-

los; por los abusos de los cronistas á la moda había pasado un soplo de generosa cólera, y hasta pudo pensarse que la prensa iba á convertirse en escuela de costumbres. Ciertos escritores públicos se hicieron moralistas, censores, satíricos, con grande éxito. Al verlos perseguir con tanto celo los grandes abusos y los grandes escándalos, parecía que habían dado con una vocación perdida. Implacable era el látigo con que ellos flagelaban á *los franceses de la decadencia*, entre los cuales se había pensado hasta entonces que ocupaban ellos un puesto distinguido, y su amarga sátira denunció sin cortapisa á la indignación de los hombres honrados *la grande bohemia*, oponiéndola así por medio de una antítesis feliz á la pequeña bohemia demasiado desconocida. Ciertamente, la materia se prestaba á ello. Sería inútil negar que este tiempo tan brillante en apariencia y este mundo de superficie tan brillante, estuviesen minados por un mal extraño de múltiples formas, de un contagio irresistible y que, aplicando el oído, no se pudiese oír ya como el ruido vago de una ruina próxima. Había en estos esplendores no sé qué de artificial y provocativo que indicaba al desquiciamiento; estas alegrías insensatas, estas malsanas frivolidades, esta fiebre de placer, este furor de fortuna eran como un desafío á la suerte que no sufre las prosperidades inmoderadas, y que las castiga con sus mismos excesos. ¡Ah! Sin duda el París de M. Haussman, el bosque de Boulogne visto un día de carreras, la insolente ostentación de la riqueza de Francia expuesta ante los celosos ojos de Europa en el palacio de la Exposición y el exceso de lujo y de los dispendios prodigados por la mano del poder con la complicidad irrecusable de una gran parte de la nación; cosas eran que daban ocasión á inquietudes patrióticas. Se hubiese comprendido que un novelista austero advirtiese á Francia complaciente ó seducida. Lo que á primera vista asombra es ver la transformación de algunos escritores que más habían ayudado á la descomposición de las costumbres y de la razón pública, gracias á la amable criminalidad de sus obras y de sus ideas, y por el descaro de su escepticismo aplaudido y popular.

Todo el mundo estaba encantado y á la vez sorprendido, al ver cómo la prensa, tan calumniada, se convertía inopinadamente en una forma de la predicación laica, y cómo revivía de improviso el P. Bridaine en el autor de *La Vejez de Brígida*. Este fué quien se encargó de castigar á los barones de Estrigaud y de declarar «que en el momento en que estos señores fuesen recibidos en las mejores casas, que poseyesen galerías de cuadros, visitados como en peregrinación y que hasta ejerciesen cierta influencia sobre la fortuna pública, no había más que dos partidos que tomar: las gentes no gangrenadas debían liar sus bártulos y expatriarse». Más tarde, no fué ya el barón de Estrigaud quien atrajo los golpes del libelista. Un día, nuevo Diógenes, encendió su linterna y se

dedicó á buscar un hombre por las calles de París. No lo encontró, mas al pasar por delante de las Tullerías, se detuvo, y allí, en las sombras del viejo palacio, fué donde proyectó las claridades de su antorcha. También él llegó á ser un gran justiciero.

¿Qué había en el fondo de estas cóleras que no trataban de conservar nada y que perseguían con inflamadas inventivas los más íntimos sentimientos, los más inviolables, para las gentes honradas, y hasta la edad inocente de aquel á quien no podía echársele en cara otro crimen que el de haber nacido? Díjose entonces que aquello era el desquite de las indignaciones durante largo tiempo mudas y comprimidas con el orden político y social; pero dígasenos qué especie de pasión dictaba esta amarga sátira contra poderes y esplendores tan vecinos ya al abismo. ¿Se inspiraba, por ventura, en un sentimiento de moralidad superior á la sociedad que condenaba y combatía? Esta pregunta no está fuera de lugar. La sátira no tiene valor, y no produce su efecto más que cuando viene de las altas regiones del alma y cuando la anima la pasión de la justicia. Un Juvenal de quien se sospecha que no es un estoico corre el riesgo de no ser más que un declamador. ¿No es este precisamente el caso de este Juvenal improvisado al día siguiente de un vaudeville *graveleux*. La cuestión no ofrece ya duda: de algún tiempo á esta parte se ha esclarecido singularmente. No; el que había arrojado su bilis y su hiel (*turbida bilis*) sobre esas pá-

ginas acusadoras no había concebido jamás

.....los odios vigorosos
que el vicio inspira á las honradas almas.

Para él, como para muchos de sus émulos libelistas, apenas si se trataba de hacer reinar la virtud sobre la tierra. Nada tan cándido como esta pretensión. Era en un principio la embriaguez sin pensamiento ulterior de la fácil popularidad que se consigue siempre combatiendo el poder y principalmente con la polémica del insulto; después, cuando creció el éxito, se pensó en sacar partido de él. ¡Cuán cómodo y agradable sería, cuando se hubiese trastornado el actual orden de cosas, establecer otro en que el libelista sería dueño y tirano á su vez! No era la libertad ajena la que se pretendía conseguir, ni el derecho á la venganza; era el despotismo de la multitud que se esperaba colocar en el punto del poder destruido. ¿Se pensaba reinar con ella y por ella? ¿No se tenía en las manos el corazón del populacho? ¿Sería cosa difícil dirigirle camino de estos apetitos? El verdadero nombre de esta Némesis no era *justicia*, era *envidia*.

Pudo entonces la pasión política ilusionar á muchas gentes que gozaban con demasiado deleite de su odio satisfecho, para calcular el verdadero alcance de tan rudos golpes, para inquietarse por averiguar si éstos no iban más allá del objeto á que parecían dirigirse; pero la ilusión no fué posible cuando se pasó de la *La Linterna* á *Los Refractarios*. En el fondo, era la

misma inspiración, pero más brutal, menos velada bajo el artificio y la mentira de la política. La inspiración de este libro extraño y maligno, es el odio y la codicia, la pasión del despecho combinada con la fiebre del dinero. Acabo de releerlo y salgo espantado de semejante lectura. Se ve pasar allí, como en un sueño infernal, el ejército furioso que había de ilustrarse más tarde con las ruinas de París. Por estas páginas se ven desfilan las perezas ignominiosas, las envidias, las locas impotencias, las ambiciones feroces, bajo la guía de ese triste jefe, que más tarde debía designarse como el director supremo de esas legiones feroces, como «el candidato de la miseria». ¡Qué jefe y qué ejército! ¿Dónde fué reclutada esta tropa? Entre todos los que naufragaron en París, cuya civilización no ha sabido ni reconocer su genio ni utilizar «sus magníficas energías», y que perdieron cuerpo y alma en esta tempestad sin relámpagos. Naturalmente, la falta es de la sociedad, y todos estos naufragios deben cargársele en cuenta. ¿Por qué no se les asignan rentas á estas soberbias perezas? «Poned á un hombre en la calle con un gabán demasiado largo, un pantalón demasiado corto, sin cuello, sin medias, sin un céntimo, y así tenga el genio de Machiavelo y de Talleyrand, se aburrirá en medio del arroyo (1).» Siempre la idea fija: el éxito, la fortuna; el tipo tampoco varía, Machiavelo ó Talleyrand. «En esto hay un peligro. La mi-

seria sin bandera conduce á la que tiene alguna, y de los refractarios esparcidos se forma un ejército, ejército que cuenta en sus filas menos hijos del pueblo que hijos de la burguesía. Vedlos cargar sobre nosotros, pálidos, mudos, enflaquecidos, batiendo paso de ataque con los huesos de sus mártires en el tambor de las revueltas, y agitando á guisa de estandarte, en lo alto de una pica, la camisa ensangrentada del último de sus suicidas. Dios sabe á dónde podrá conducirlos su locura.» Toda esta página está escrita en tono de profética amenaza. Ciertamente el dignatario de la futura *Commune* añadió una restricción á su lúgubre profecía: «¡Hemos visto—decía—lo que valen esas religiones de la revuelta, esas teorías del combate! La libertad nada gana, la miseria pierde; solamente se ensangrienta el arroyo.» ¿Por qué no aprovechó esta advertencia que se daba á sí mismo? Esto no es ¡ay! más que un relámpago momentáneo de buen sentido, que va á perderse en la orgía de los insomnios intelectuales y de los deseos furiosos.

II

Hemos señalado las dos primeras fases de la bohemia, en un principio pasiva, militante después. La tercera fase á que llegamos ahora, es la de la bohemia triunfante; data de las elecciones de 1869. La entrada de M. Ro-

(1) Julio Vallés: *Los Refractarios*.

chefort en el cuerpo legislativo ¿no marca, en efecto, una era nueva en los destinos de la bohemia? Este es el momento en que se fundan los clubs exaltados y los periódicos agitadores que son su gloria y su obra. Estos clubs no son otra cosa que el motín permanente, ó, mejor dicho, representaciones de él todas las noches; y en cuanto á los periódicos, tocan llamada en todos los barrios de París delante de los ojos de un gobierno debilitado por sus faltas, casi desarmado por la opinión, minado por una oposición sistemática y de una burguesía contenta con distraerse haciendo advertencias al poder. ¿Era todo esto, como pretendía la oposición radical, el signo de las reivindicaciones legítimas, el sueño del pueblo, el alba de la libertad? No; una aurora tan tempestuosa no anuncia un día fresco y sereno. Estos clubs y estos periódicos eran la gran voz de la bohemia política, y esta voz se debía oír desde muy lejos removiéndolos más profundamente las masas que la retórica oficial y la cólera mesurada de la oposición parlamentaria. Los más famosos agitadores de la multitud son los bohemios que ejercían la vida pública en los cafés llamados literarios, no sé por qué. En la historia de los últimos acontecimientos no se ha tenido bastante en cuenta esta educación de charlatanería excéntrica, este noviciado de extravagancia hablada en las largas horas de la tarde en derredor de mesas en que se reunían las más pretenciosas vanidades de la vida parisiense. Y esto no obstante, aquí pare-

ce que se prepararon durante dos años muchos episodios de nuestra triste historia.

Escuchemos á uno de los que mejor conocen, por haberlas practicado á fondo, estas costumbres extrañas, y no nos asustemos de su realista lenguaje. He aquí que llegan los contertulios. «Después de haber andado chapoteando por el lodo, vienen á hundirse hasta el codo en la discusión, quemando su capa y haciendo flamear sus paradojas; mostrando que ellos también, los mal calzados, los mal vestidos, valen tanto como los otros, que también *tienen algo aquí* (esta frase de Andrés Chenier trastorna todos estos cerebros vacíos). Los vencidos de la mañana vienen á ser los vencedores de la tarde. La vanidad tiene aquí su cuenta; se acostumbran á sus triunfos pequeños, á sus orgullosas palabrerías, á sus disertaciones sin fin, á las temeridades heroicas... Convierten en tribuna la mesa del cafetucho, hablan á la luz del gas los libros que debieran escribir á la luz del quinqué; las veladas se acaban, los días pasan. Han hablado de treinta capítulos, y no han hecho más que quince páginas (1).» No se ha desconfiado bastante de esta generación política que ha hecho su aprendizaje en los cafés del Barrio Latino ó de los bulevares, y que desde estos lugares cierto día se ha extendido sobre Francia con sus extrañas costumbres, sus tropas exaltadas, su bagaje más que ligero de estudios; pero, en cambio, con

(1) *Los Refractarios.*

inagotable facundia y la acometividad insana que se encuentra en las verdes gotas del ajenjo. Este péfido licor ha ejercido influencia en la desorganización cerebral de París. La medicina se preocupa ya de ello, y la política del año último se ha resentido. La higiene física y la higiene moral de una nación se tocan más de cerca de lo que se cree: indicamos aquí una de las más peligrosas enfermedades de nuestra civilización. El ajenjo hace en los oradores y políticos de París efecto semejante al que hace el opio en China en los extáticos y alucinados. Los unos y los otros se parecen; pero si fuera menester elegir, optaríamos por los silenciosos fumadores de opio tendidos en sus lechos en un éxtasis mudo. Estos, por lo menos, no hacen mal más que á ellos mismos; es un lento suicidio; pero no imponen á su país su dictadura palabrera y su delirio impío. Su sueño está dentro de ellos; no pretenden realizarlo fuera entre ruinas y sangre.

Repentinamente han surgido en los clubs esos tribunos de taberna, que todavía no habían ejercido sus talentos más que delante de un auditorio especial en vista de una popularidad restringida. Los que han seguido estas reuniones con alguna atención y una dolorosa solicitud por los síntomas del mal de que estaba atacado el país, los espectadores que hayan asistido á ellas, no como á un espectáculo, sino como á una clínica, han podido notar que los oradores más aplaudidos eran de dos especies: obreros inteligentes, pero que habían leído al azar, sin dirección, so-

brecargando su memoria con tiradas indigestas y declaraciones antisociales, y estudiantes de décimo año, viejos bohemios que habían cesado, desde hacía largo tiempo, de tener relación alguna con la escuela de Derecho y de Medicina para consagrarse á la política trascendental y á la regeneración humanitaria. Añadid á este grupo, ya muy respetable, algunos médicos sin clientela, algunos abogados sin pleitos, algunos autores silbados, profesores sin discípulos, los redactores de periódicos que no habían publicado más que un número, todos los fracasados en las carreras literarias «que llevan un título de bachiller en los bolsillos de su traje agujereado», y tendréis el estado mayor de los clubs que han divertido durante dos años el París escéptico y burlón, que han espantado á las personas razonables y turbado el espíritu del pueblo, preparando el 18 de Mayo. El elemento literario de estas reuniones competía, por el radicalismo de las ideas (si á tales cosas puede dárseles este nombre), con el contingente oratorio suministrado por las clases obreras.

Entre ambos elementos existía una diferencia capital. Los oradores obreros habían estudiado mal y trataban equivocadamente las cuestiones sociales; pero traían un sentimiento sincero, convicción, algo, en fin, que parecía la probidad en la sinrazón. Los *irregulares* de París no tenían ni siquiera esta excusa. Su locura era voluntaria: sus más insensatas proposiciones no eran para ellos otra cosa que un medio de

imponerse y de obtener popularidad. A obtener esta sórdida popularidad enderezaban sus esfuerzos. Asimismo, se sobreexcitaban por la embriaguez de la palabra y el aplauso fácil. A la postre, acababan por convertirse en energúmenos, pero al principio de su triste carrera no eran más que artistas en excentricidades; se notaba esto en no sé qué nota forzada en la expresión y en la voz. Jacobinos son, pero, ante todo, retóricos y cómicos.

Florece al mismo tiempo la prensa de la bohemia revolucionaria. Comenzó con *La Marsellesa*, acabó con *Le Mot d'ordre* y *El Grito del pueblo*. Se me permitirá que prescinda de las relaciones innumerables que existían entre los diversos periódicos, las variedades que todos los días se multiplicaban, los imitadores que, á fuerza de violencias, trataban de hacer su recolección en el mismo surco, porque no se pueden olvidar en estas investigaciones de las costumbres literarias la cuestión del dinero, que tenía bastante más importancia que la cuestión de ideas. Los mismos jefes de esta prensa, los corifeos, atendían principalmente á la popularidad traducida en buenos cuartos. Sus más escandalosos artículos, no eran otra cosa que un reclamo; al sobreexcitar los ardores populares no perdían de vista la venta del número. Se cita en los tristes días que precedieron al 18 de Marzo cierta infamia que obtuvo un éxito de cuatro ediciones del mismo número.

El mercado de los periódicos estaba abierto á una puja perpetua de escán-

dalo en que el público hacía el gasto. ¡Qué industria más lucrativa que aquella que consistía en traficar con la mentira y la calumnia, con la conciencia pública y el honor privado! Se pensaba algunas veces en el pasado, en sus sufrimientos, en la obsesión perpetua de una lamentable miseria. Tan sólo se separaban algunos años á estos brillantes especuladores del tiempo en que no habían encontrado todavía el arte de acuñar moneda. «En aquel tiempo en que se encerraban en un gabinete de diez francos, sin aire, sin fuego, sin tabaco, enfrente de sí mismos para luchar á solas con su pensamiento, para hacer brotar de un corazón ulcerado frases alegres ó páginas serenas... Estos artículos, estos dramas, esta novela, estos versos, ¿cuándo serán aceptados, quizá pagados? ¿Cuándo? En seis semanas, seis meses, un año quizá. ¿Serán solamente recibidos? Para que lo sean, ¿no ahogará este hambriento sus más elocuentes gritos? Le veo desde aquí desfallecido ante su alma, echando ceniza sobre la frase y flores sobre sus odios.» ¡Como han cambiado los tiempos! Sus odios no se han extinguido; se han desarrollado: no se les ha comprimido; ha bastado esparcirlos como lava ardiente sobre la primera página de un diario para que esta página se cubra de oro. La envidia ulcerará más que nunca los corazones. ¿Y qué? Deje el autor que grite su enconada úlcera, que le sostenga, que avive la llaga; tiene en ella un tesoro. Ideas, trabajo, estudios económicos, ciencia, ¿para qué sirven? La audacia revolu-

cionaria todo lo dispensa. ¡Epoca feliz aquella en que un *chroniqueur*, convertido en candidato muy serio por la gracia del pueblo soberano, demandaba en sus manifiestos cinco minutos para resolver la cuestión social! La probidad ¿para qué? Eso podría interesar al comercio menudo, no al sacerdocio de la idea. Las otras formas de la honradez nada son, nada influyen sobre la virtud revolucionaria; ésta tiene sus privilegios. Déjese, pues, á la puerta del diario todo el bagaje embarazoso de prejuicios y de escrúpulos. La grande idea basta para todo; ella confiere ciencia y mérito, purifica cuanto toca, ennoblece la mentira y santifica la infamia.

¿A dónde se llega con tales principios? Nosotros acabamos de verlo y todavía está asombrado el mundo. Sería fácil seguir la gradación rápida que recorrió cierto periodismo, escuela de desmoralización popular antes de ser oficina secreta y gabinete consultivo del brigandaje público. Lo que marca la primera etapa en esta vía funesta es la ausencia completa de seriedad, la falta de respeto, impulsada hasta sus últimos límites, la fantasía en el cinismo. Esas hojas eran más que ligeras; las conciencias lo eran también, y todo esto rodaba mezclado hacia el abismo; después vino el período de la agitación á perpetuidad, el comienzo ó más bien el ensayo del terror por medio de la injuria llevada hasta la hipérbole, la más violenta polémica acerca de las personalidades, sustituyendo á la discusión de las ideas. Cada uno á su vez, entre las más honradas gentes,

debió contar con estos sectarios de la demagogia; mas he aquí el tercer período, aquel en que el periódico se convierte en instrumento muy activo y muy real del terror que él ha celebrado, llamado y que al fin ha venido. Las oficinas de esta prensa se convierten en la antesala de la Roquette.

Todos los días estos autores cumplen su labor. ¡Y qué labor! Denunciadores públicos, ejecutores de altas y bajas obras, proveedores de sospechas populares, los hemos visto de cerca. Sicofantes del populacho, irritando la miseria, vertiendo á oleadas sobre sus llagas su literatura corrosiva, su vitriolo y sus venenos. ¿A qué caracterizar en sus detalles estas alucinaciones de la maldad humana? Lo que conviene comprender es que la explosión de estas malas pasiones no ha sido tan súbita ni tan imprevista como se ha querido decir. A nadie ha sorprendido más que á los que nada observan; todas esas pasiones odiosas tenían campo abierto desde hacía tiempo en la prensa, toda clase de progresos se presentaban allí imprudentemente. Se puede decir que desde dos años antes había hojas que sudaban el crimen. ¿Qué queréis? Es preciso vivir y vivir bien. Este es, pues, el método más expeditivo para echar á la calle un diario. Los bohemios liberales habían hecho el juramento de no volver á caer en su antigua miseria; correspondía á la buena ciudad de París pagar á esos señores el lujo de sus caballos, de sus coches, de sus queridas y de sus festines. Puesto que al pueblo

parisiense le gustaba este género de literatura, natural era que pagase los gastos. Está bien averiguado que esos extravíos literarios ó políticos que han arrojado el horror en medio de nuestra civilización, no eran para muchos de los que los cometieron ó los sugirieron más que el revés de la cuestión del dinero.

No se trata en este estudio más que de escritores que pasaron de un golpe de la literatura ligera á la revolución radical; se prescinde del periodismo político en donde sería fácil encontrar fanáticos sinceros y un delirio de buena fe. Aquí, por el contrario, si el delirio llega más tarde, es á causa de la lucha y del peligro creciente; en el punto de partida, no había en la mayor parte de estos escritores más que una idea: la de enriquecerse á expensas de los odios populares. Para algunos se junta á esta pasión la del poder adquirido, no importa á qué precio, compartido no importa con quién y aunque no deba durar más que un día. Ser á su vez los amos, hacer temblar á sus pies esta sociedad que durante tan largo tiempo los había relegado á la sombra, despreciándolos como envidiosos ó impotentes, dominar desde lo alto de estos tablados convertidos en pedestal á ese París soberbio, en su lujo y su insolencia. ¡Qué voluptuosidad de orgullo y qué sueño!... Fué aquello un inmenso acceso de fatuidad. Es asombroso cómo una serie de fatalidades hizo que cayese el poder en manos de los triunfadores de la calle, y que permitiesen éstos que lo tomasen los más atre-

vidos. ¡La *Commune* distribuyó las carteras! Se había conseguido ser alguien. Se era delegado de un ministerio, ó ministro, ó más bien soberano, puesto que cada uno en su esfera era un déspota irresponsable. Se era la fuerza del pueblo encarnada, su viviente fantasía sustituida á todas las leyes, la emanación de su soberanía; se estaba en posesión de todos los derechos, incluso el derecho de vida y muerte; no se tenía ningún deber, ni aun el de rendir cuentas. Los límites de esta soberanía no iban muy lejos: se extendían desde Point-du-Jour al puente de Bercy; pero era al cabo todo París, inclinados ante estos pachás salidos el día antes de cualquier tugurio ó del rincón de una taberna.

Qué desquite para las humillaciones devoradas en silencio, para las lágrimas vertidas, para la envidia ó los gritos de impotencia sofocados por la rabia. En este género de fatuidad, llevado hasta la demencia, ningún tipo más curioso que aquel delegado de relaciones extranjeras, que para embaucar al mundo, olvidando que el mundo acababa para él en los linderos del distrito, intentaba cambios de protocolos con el comandante prisionero de Saint-Denis, significando su advenimiento á las potencias, y haciendo que se le felicitase en el *Journal Officiel* por los representantes de repúblicas imaginarias. También era un tipo interesante el antiguo secretario de Eugenio Sué, oscuro colaborador de *Los Misterios del pueblo*, dirigiendo con gran desenfado la instrucción primaria, por cuyo medio pre-

tendía moralizar al pueblo, y la dirección de un periódico que llenaba de las publicaciones que se le habían quedado trasapeladas, y cuya repugnante obscenidad completaba la obra del administrador; ¡admirable maridaje entre los cuidados políticos de este hombre y su solicitud de autor.

El atractivo de este carnaval y el cebo de este poder no había seducido solamente á la literatura ligera: la ciencia y el arte habían pagado su contingente al personal de la alta administración. Algunos semisabios, matemáticos y físicos de ocasión, oficiales de sanidad, veterinarios; algunos dibujantes no comprendidos y envidiosos, un pintor loco de orgullo, habían venido á ser, según su vocación personal ó las vacantes ocurridas, magistrados, jefes de policía, generales, alcaldes, contadores, intendentes, administradores de bellas artes. Al propio tiempo, de todos los puntos del horizonte, en socorro de la *Commune* en peligro, había concurrido en negros batallones la bohemia femenina, conferenciantes y periodistas. ¡Las conferenciantes! ¡He aquí una industria nueva, inaugurada hacía algún tiempo en París. Se las vió tomar por salto esos púlpitos improvisados en las salas de espectáculos ó de cafés-conciertos, en espera de que esto fuese posible en las iglesias, extraños personajes de un talento menos que dudoso, de un sexo incierto, acogidas con más curiosidad que simpatía por esta población bien indulgente, sin embargo, cuando se ofrece una distracción á su fastidio. Mujeres eran aquellos orado-

res que nos hablaban libremente del amor libre, y que reclamaban con voz tan agria los derechos que el despotismo masculino rehúsa al sexo débil: el derecho á la pasión, el derecho á la emancipación definitiva, el derecho á la vida política.

Sí, de cierto eran mujeres, así me lo aseguran, y consiento en creerlo; pero no es posible prescindir de la detestable impresión que producían el eco de sus descaradas lamentaciones acerca de una esclavitud de que eran ellas la vida y desagradable negación, el espectáculo de sus actitudes de improvisación simulada, sus contorsiones de inspiración sibilina, cuyos efectos habían estudiado ante un espejo, sus gestos exagerados de una charlatanería pretenciosa y superficial, impertinente y vana á que pronto hicieron justicia los silbidos del público. Desgraciadamente, las víctimas de estas brutalidades de los hombres tuvieron su desquite, y el Hotel de Ville llegó á ser su presa. De grado ó por fuerza, fué preciso ceder una parte del poder, y llegó un momento en que la conferenciante se hizo la ilusión de que iba á reinar. Su palabra y su pluma se ponían bruscamente al servicio de la insurrección: su palabra, todas las tardes en el púlpito de las iglesias invadidas; su pluma, todas las mañanas en las gacetas creadas por las circunstancias. La periodista comunista fué la más encarnizada en la venganza. No citaremos sus instigaciones al crimen. El más maltratado en sus hojas absurdas era M. Thiers. Se le representaba

como el bebedor de la sangre y del sudor del pueblo. ¡Ah, el sudor del pueblo! ¡Cuánto se ha abusado de él en estos últimos tiempos y cuán locamente se le ha dirigido! Es santo y fecundo cuando riega el útil en las manos del obrero ó el terruño del campo; mas ¡cuán estéril es, cuán ridículo, cuán impío, cuando caen sobre el periódico incendiario ó en la tribuna del club!

La emancipación de la mujer es la buena nueva, el evangelio de estas señoras, madres de la iglesia de la *Commune*. Esta idea avanzaba paralelamente con la emancipación del proletariado y no dejaba de asombrar á los cándidos que habían creído hasta entonces que las mujeres y los proletarios se habían emancipado bastante á sí mismos. «Es preciso razonar un poco», escribía una de estas señoras. ¿Se cree que es posible hacer la revolución sin las mujeres? Ochenta años hace que tal cosa se pretende y el objeto no se ha conseguido. La primera revolución les otorgó el título de ciudadanas, pero no los derechos. Las excluyó de la libertad, de la igualdad. Pasada la revolución, las mujeres volvieron al catolicismo. Fué preciso elegir entre la libertad y la devoción. Algunas, despreciando el obstáculo, fuertes y convencidas, persisten á pesar de los disgustos; pero *son raras estas naturalezas*. Siento que no esté entre nosotros Proudhon para que nos hablase de *estas naturalezas*. Las había adivinado en uno de sus libros últimos y flagelado con tales invectivas, que

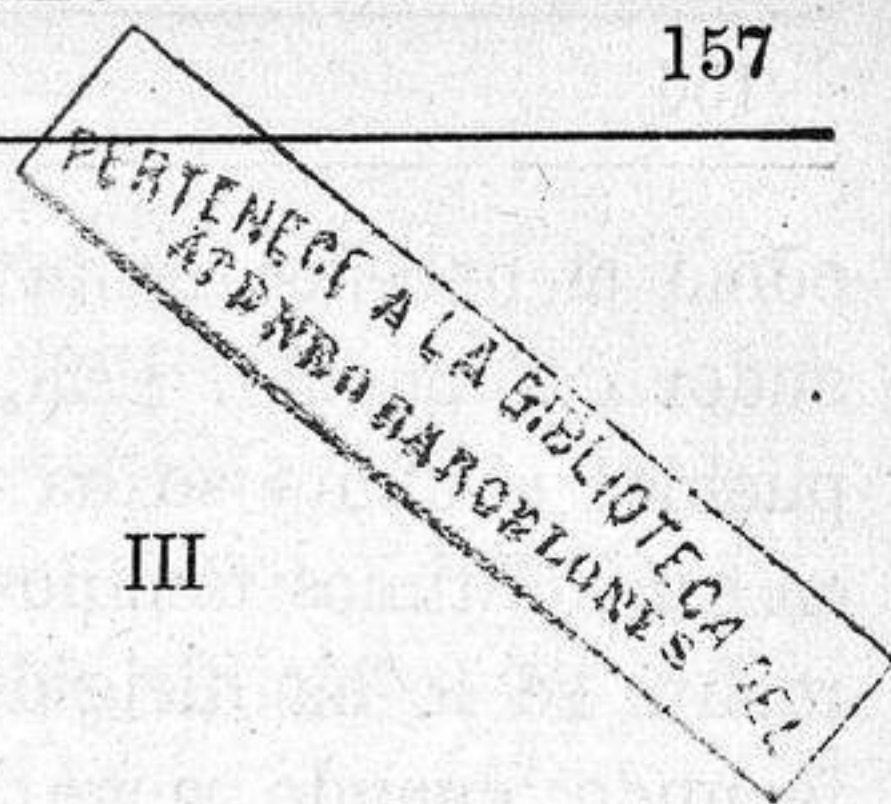
había hecho de esta fustigación una ejecución inmortal. Ciertamente, estas raras naturalezas no son rencorosas; pasan por las baquetas de todos los apóstoles del socialismo y parecen adorarlas más cuantos más golpes reciben. Se parecen todas ellas, más ó menos, á la *Martina* de Molière; ¿qué queréis?, si les gusta que se las pegue. Recientemente, no han sufrido en silencio ese terrible apóstrofe de M. Bebel, especie de gran sacerdote del socialismo alemán. «En cuanto á la mujer, con muy raras excepciones, no puede servir para la reconstitución de la sociedad. Esclava de todos los prejuicios, expuesta á toda especie de *enfermedades* morales ó físicas, será siempre la piedra en que tropiece el progreso. ¡Con ella es menester emplear en lo moral de seguro, y quizá en lo físico, la razón perentoria para los esclavos de la vieja raza: el bastón!» De fijo que todo el mundo estimará que M. Bebel carece de tacto tanto como de galantería; pero cuando se ve en cuánta estima es tenida la mujer por Proudhon y por M. Bebel, es cosa bella y prueba de rara generosidad que se consagren al culto de la revolución, de la cual obtienen tan sólo el desprecio y la expectativa del bastón.

¡Todo esto es la bohemia! Bohemia reclutada al azar en la literatura, en la ciencia, en todas las condiciones, en todas las edades, en todos los sexos. Hemos visto aparecer este fenómeno, que estaba reservado á nuestra civilización: el monstruo literato, hombre ó mujer, mil veces más complicado que Theoroigne de Mericourt ó que

Marat. ¿Cómo inteligencias cultivadas, sensibles á los placeres del arte, á los refinamientos del espíritu, han podido dejarse llevar á esos extravíos de la razón, á esas ferocidades? Hay aquí un asunto digno de estudio para el fisiólogo, el alienista y el psicólogo futuro. Se mezcla en ello un fenómeno patológico y un fenómeno moral, cuyo estudio paralelo merece la pena de ser atendido. Será un rasgo bien extraño de este tiempo el recuerdo de aquel voluptuoso pillete, en que se mezclaban Fouquier-Thinville y el marqués de Sade, y que en el momento de ir á ejecutar los rehenes hacía chistes con tanta presencia de espíritu acerca de las generaciones espontáneas. «Ellos hacen la creación completamente inútil, decía, y Dios, si existiese, no debía hacer otra cosa que fusilar.» Era el tal un amable pedante científico. Es también una frase digna de ser recogida, y que tiene también su precio, la de uno de los más jóvenes y de los más elegantes de la *Commune* que en el momento en que pasaba con sus guardias ante los restos del incendio, entre los gritos de furor de los desgraciados, reunidos en torno de sus casas arruinadas, se asombraba de semejante acogida y se quejaba amargamente. ¡Cómo! ¡Confundirle con los bergantes; á él, á un literato, un artista! Nos recuerda esto el *qualis artifex pereo* de Nerón en el momento en que vió brillar la espada de su liberación.

III

¿Cuáles son las influencias que han conducido la bohemia á este grado de perversión intelectual y moral? ¿Cuáles son las causas que han sobreexcitado hasta el delirio, hasta el crimen, esas vanidades en un principio inofensivas, después envidiosas, y, por último, demoniacas? Ha habido en esto responsabilidades de origen y de naturaleza muy diversas, entre las cuales conviene hacer un gran espacio á las influencias literarias. Hasta ellas hay que remontarse para explicar esa transformación de aventureros de la literatura en aventureros de la política, prontos á todo para intentar el asalto de la riqueza y del poder. En la obra olvidada de uno de estos desgraciados, un capítulo, que lleva este título: *Las víctimas del libro*, comienza, sobre poco más ó menos, del modo siguiente: «Buscad la mujer, decía un juez. Lo que yo busco es el volumen, el capítulo, la página, la frase... Alegría, dolores, amores, venganzas, nuestros sollozos, nuestras risas, las pasiones, los crímenes, todo es copiado, todo. No hay frase, ni una siquiera, de nuestras emociones que sea franca: *el libro está siempre aquí*. ¡Cuántos jóvenes conozco, para los cuales tal pasaje, leído una mañana, ha dominado, deshecho ó rehecho, perdido ó salvado su existencia!



»A menudo, casi siempre la víctima ha visto equivocadamente elegido en falso, y el libro le arrastra tras de sí haciendo de un poltrón, un calavera; de un buen joven, una mala persona; de un tísico, un amante de las orgías; un bebedor de sangre, de un bebedor de leche; una cabeza pálida, de una cola roja.

»Balzac, por ejemplo, ¡cuánto no ha hecho trabajar á los jueces y llorar á las madres! Bajo sus pasos, ¡qué de conciencias aplastadas! ¡Cuántos se han perdido entre nosotros y se han ido á pique, que agitaban en el lodozal en que iban á morir, una página arrancada á *la comedia humana*! Allí no se habla más que de millones y embajadas. La patria tiene, entre las manos, algunos farsantes, canallas que divierten, espirituales que encienden volcanes con el fuego de su cigarro y aplastan la justicia, la virtud, el honor, bajo la suela de sus botas embetunadas. ¡Cuántos de estos *grandes hombres de provincia* he visto yo en París! ¡Cuántas de estas ilusiones perdidas han sido conducidas de brigada en brigada! Los más felices juegan al Palferina en las escaleras de los ministerios, en las antecámaras de las oficinas, en los cafés de literatos, y hacen frases no habiendo podido hacer otra cosa! Esperan la hora del ajeno después de haber dejado pasar la del éxito (1).»

Es una horrible verdad. Los últimos acontecimientos nos han mostrado más de una Palferina que, cansado de es-

perar la hora del éxito, le ha forzado y ha tratado á la fortuna como acreedor impaciente. ¡Quién podrá negar que el autor de *La Comedia humana* ha creado una emulación funesta en derredor de los tipos tristemente famosos consagrados por él! Las jóvenes generaciones literarias han experimentado su influencia en sus ideas y en sus más secretas pasiones. Seguramente ha sido él uno de los agitadores más poderosos de la imaginación y de las codicias contemporáneas. Con perfecta justicia se ha dicho que nadie como él ha sugerido tantos sueños de oro á los jóvenes y á las mujeres. Recorred todos los círculos de ese infierno social de que Balzac es el nuevo Dante. ¿Qué poder es el que devora todos esos rostros de condenados que se agitan y aullan en el torbellino de París? La pasión, y, según Balzac, la pasión moderna, se resuelve en estas tres palabras: la riqueza y el poder que son el medio, el placer que es el objeto. ¡Qué de cerebros juveniles se han turbado con esos ejemplos de una fortuna súbita ó de un ministerio inverosímil! ¡Cómo se ha creído ver realizado este milagro, esta maravilla, el día en que nació la *Commune*! Si Luciano de Rubempré hubiese esperado la hora de este hermoso día, no se hubiese matado estúpidamente en una hora de desesperación; su fortuna estaba hecha. También él hubiera podido ser general, delegado de Hacienda (¡qué sueño!) ó encargado de los negocios extranjeros. Muy equivocado anduvo al dejar tan fácilmente tan hermosa

(1) *Los Refractarios*.

tierra, un París todavía tan rico, una república de cucaña.

La novela moderna tiene su parte, una gran parte en la responsabilidad de los últimos acontecimientos. Los ejemplos que ha dado de elegante bribonería y de depravación espiritual han deslumbrado y fascinado un número considerable de espíritus débiles que protegía mal contra sus propias inclinaciones, la incierta moralidad de la sociedad y del tiempo en que vivimos. Muchos de estos desgraciados, que no han hecho su educación moral más que en los libros, se conducen al través del mundo real como se hubiesen conducido en el mundo de estas ficciones groseras y corruptoras.

Se han dicho á sí mismos que ellos seguirían su camino y que rodearían el obstáculo si no podían vencerlo de frente. «Es preciso entrar en la sociedad como una bala de cañón ó deslizando.» Estaban bien resueltos á deslizarse si no eran los más fuertes. Lo esencial era hacerse un puesto á todo trance. Cuando no se es el más fuerte es preciso ser el más sutil. Esto no impide aprovechar todas las ocasiones que puedan ofrecerse, y si se intenta un asalto contra la sociedad regular, si se emprende un escaló hacia el poder, mezclarse al grupo de los audaces tan pronto como hayan vencido, gritando más alto victoria que ellos en la ventana del *Hotel de Ville* agitando la bandera roja.

Otra influencia que debe tenerse en cuenta en la historia moral de estos últimos tiempos, es la de las singula-

res filosofías que habían invadido y dominado la bohemia literaria. Para designarlas con el verdadero nombre, dejando á un lado inútiles eufemismos, la llamaremos el ateísmo. ¡No quiera Dios que transporte yo las cuestiones que dividen á los filósofos al terreno político y que haga á una doctrina razonada la injuria de creer que debe ser un día la filosofía oficial de la *Commune*! No se puede negar, sin embargo, que los colaboradores futuros del 18 de Marzo, sus amigos de diferentes categorías, no hubiesen adoptado después de muchos años ciertas teorías que se anunciaban ruidosamente en sus hojas y en sus libros. Una nube de periodiquillos con pretensiones de literarios, aparecían ó desaparecían con diversos intervalos y ocultando bajo diferentes nombres la misma redacción monótona; la misma doctrina mil veces expuesta había precedido á la grande obra que avanzaba á pasos lentos y graves *La Enciclopedia* de la nueva escuela.

Aquí, bajo los auspicios de un personaje demasiado famoso, el capitalista de la secta, á la vez banquero, editor y pontífice, se han agrupado los colegas fuertes de la escuela, los pensadores, todos los que habían llevado bastante lejos sus estudios para manejar peligrosas fórmulas. Reunidos con los *enfants terribles* del positivismo y con los hijos perdidos de la ciencia experimental, formaban un batallón numeroso preparado en las luchas intelectuales y esperando la hora de las luchas políticas. Entre los escritores

que desempeñaban en esta nueva enciclopedia los grandes papeles de la antigua, preludiando de la misma manera una renovación social, por medio de una renovación de ideas, no había más que la dificultad de la elección para encontrar los magistrados, los ediles, los titulares de los grandes empleos de la futura *Commune* y aun de la república socialista acantonada desde el día 4 de Setiembre en algunas municipalidades de París. De esta amplia jaula, casi monumental, de la Enciclopedia, se vió escapar de repente un enjambre de aves de rapiña y bastantes horribles pájaros nocturnos de aspecto equívoco que abatieron su vuelo sobre nuestros principales edificios para establecer en ellos sus nidos y resistir á nuestro arte en innoble familia. Yo exceptúo, téngase bien en cuenta, de esta triste historia algunos espíritus superiores, diletantes del ateísmo mezclados por imprudencia, en esta desagradable compañía, y que se retiran con laudable apresuramiento en cuanto apareció la cucarda roja, oculta bajo la insignia de la doctrina. Habían pensado hacer pura ciencia y desistieron tan pronto como vieron aparecer una política que no lo era.

Para los demás fué otra cosa. Nuestros nuevos Diderots, nuestros D'Alembert, no eran comparables á sus antecesores, ni por el talento que era mediocre, ni por la doctrina que era detestable, ni por el desinterés que era nulo. La mayor parte pasó sin transición de las oficinas de la Enciclopedia á las más lucrativas oficinas: se

dice que hubo en esto una verdadera relación. Así se manifestaba, según la ocasión, esa providencia especial que favorece á los sectarios de la doctrina en este mundo para compensarles de las felicidades del otro, á las que ha renunciado, haciendo profesión de fe en las manos del gran sacerdote del ateísmo.

No quedó en el terreno puramente teórico la enseñanza de esta escuela, encerrada en las hojas especiales que nadie leía ó en ese monumento enciclopédico en donde pocos clientes habían penetrado. Descendió luego con más alientos y más definida á los periódicos políticos del partido y hasta á los clubs populares; pero no pudo aparecer con ventaja sino á condición de transformarse. No era ya un pretendido físico el que venía á decirnos la última palabra sobre ciencia experimental, como si estuviese en su mano hacerlo, ni un profesor de ateísmo disertando sobre lo ridículo de las causas primeras ó la negación de las causas finales, ni un médico razonando sobre las condiciones fisiológicas de los fenómenos á que se da el nombre de alma, ni un químico haciéndonos tocar con el dedo la explosión de la vida, sin tener que recurrir á la hipótesis que se llama Dios, ni siquiera un crítico discutiendo sobre la cantidad de bilis ó de sangre que es menester para hacer un poema, un drama ó un sermón. Pura pedantería. Estas pesadas doctrinas, impropias del espíritu parisiense, se evaporaron en no se qué nube ligera que se fundió sobre la prensa, en un diluvio

de finas ironías y de golpes violentos contra las viejas creencias, las viejas supersticiones, los Prudhoms de la filosofía y de los dioses pasados de moda. Todo ello caía espeso como el granizo y penetrante como el acero, trastornando el antiguo mundo y abriendo campo al nuevo. Fué un gran regalo para los tontos. Jamás se había visto tratar tan caballerosamente de tan graves asuntos y de tan viejas gentes. Habíamos tenido en la precedente generación héroes de novela de capa y espada; en ésta hemos tenido los mosqueteros de la incredulidad. En rigor, no habían degenerado: eran de la misma raza fanfarrones, gomosos y un poco charlatanes. No había en ello grandes peligros. Pero descendieron algunos escalones en la jerarquía de los periódicos y de los espíritus, y veréis en qué va á parar esta burla, esta jactancia de impiedad contra todo lo que se tenía costumbre de creer ó por lo menos de respetar. He seguido con triste curiosidad esta degradación de la misma idea desde la literatura de los círculos elegantes hasta la de los tabucos, en que viene á expirar bajo la forma de alguna hoja populachera antes de caer en la cesta del traperero, la he seguido en su triste odisea al través de los diarios de los más variados orígenes y de la más diversa confección y forma hasta el *Père Duchesne*. Del excepticismo refinado á la injuria grosera hay menos trecho del que se cree, y bien pronto se traspasan los límites. Jamás se había tan páfidamente y bajo formas tan diversas trabajado en desmoralizar al pueblo,

en destruir en él toda fe, todo ideal, en hacer el vacío en su alma inquieta, sin saber cómo llenarla, si no es con apetitos y goces malsanos.

Otro peligro nos ha sido revelado por los acontecimientos, los cuales no nos han escatimado ninguna lección. A fuerza de burlarse de las creencias se ha acabado por deshonorar á los representantes más dignos de respeto y para entregarlos, en un principio, al desprecio y después á los furros de la multitud. ¿Cómo había de ser posible que fuera de otro modo? Los partidos vulgares de la humanidad no pueden entrar en estas finas complicaciones en que se complacen las personas refinadas; dichos partidos no toman de todas estas polémicas, cuyo eco desciende hasta ellos, más que las últimas conclusiones, las más palpables, las más materiales, si es que puedo decirlo, aquellas que los espíritus de cierto orden no osan sacar de sus premisas. La traducción popular es inmediata, grosera, irresistible. Una crítica fina tiende á desacreditar las creencias considerándolas como la obra combinada de las leyes y de los clérigos á fin de dominar á los pueblos. Pero cuidado, porque he aquí que detrás de vosotros avanzan escritores de otro temperamento, que, en lugar de proceder con burlas proceden con ultrajes. El terror ejercido por medio de la palabra en los periódicos y en los clubs, anuncia y llama al otro terror. Las ironías se convierten en insultos, después de los insultos, los puñales y las descargas. En la ejecución de los

rehenes de la Roquette, ¿quién podrá medir jamás la parte de las responsabilidades literarias?

Entre las influencias de este género debe colocarse la educación revolucionaria que la bohemia había recibido y que constituía todo el fondo de su ciencia política. A este propósito, podríamos recoger curiosas confesiones «Nuestra generación, decía uno de estos tristes héroes, no ha sido avara de su sangre. Por la ruta en que nosotros vacilamos, ha pasado un pueblo de valientes, y en los cementerios que limitan la arena, duerme un batallón de mártires. Si se desenterrase á los muertos, ¡cuántos habrán sido arrojados en la fosa, envenenados por el olor caliente de ciertos libros, *Historias de la montaña, Los Girondinos ó Los diez años!* Todos estos buscadores de peligros, tribunos, soldados, vencedores, vencidos, estos mártires de la historia, estos verdugos de la libertad, fueron las víctimas del libro. Como se ve, ninguna hipótesis empleamos en la investigación de las causas que tan terribles efectos han producido; dejemos hablar á los testigos: el grito de las víctimas tiene un acento inimitable.»

Esta lista, trazada á la ligera con lápiz febril, es evidentemente incompleta; pero la indicación general subsiste, es exacta, podemos seguirla. Habrá que ir muy lejos en la historia de nuestra educación nacional para encontrar los orígenes de los sentimientos revolucionarios, confundidos en nuestro espíritu con las primeras

impresiones intelectuales que hemos recibido. No sabemos más que un poco (y la sabemos mal), que dos especies de historia: la de la antigüedad clásica y la de la Revolución francesa. Todo lo demás se ha ido borrando gradualmente; pero estos dos grupos de acontecimientos y de personajes se mueven y viven en nuestra imaginación, destacándose con un asombroso relieve sobre un fondo vago de nociones extinguidas y de recuerdos borrosos. Los héroes de las repúblicas antiguas se mezclan á los de nuestra historia reciente; es una especie de compañía ilustre que acostumbra nuestros espíritus á las actitudes escogidas, á los discursos sublimes sobre las virtudes republicanas, sobre la libertad y sobre la patria. Todo es grande, más grande que natural; todo es sobrehumano por los sentimientos exaltados, por la fiereza indomable, por el lenguaje en que el hombre desaparece bajo el héroe; todo está iluminado por una luz demasiado brillante y colocado en una perspectiva de inmortalidad. Es un mundo ligeramente extraordinario, un poco declamador, que no se parece á nada de lo que realmente ha existido, resultado de nuestra educación clásica combinada con las ficciones, cuyo tema inagotable nos suministra la Revolución francesa. He aquí el fondo de la enseñanza política, tal como la mayor parte de los bohemios lo habían sacado del colegio y de las escuelas, en las ásperas luchas de la vida, entre las tentaciones ardientes de la sociedad moderna, en el conflicto de su miseria con la riqueza expuesta

en todas partes, con el poder, cuyo prestigio les quemaba los ojos y atraía invenciblemente sus sueños. Todo estudio serio de las condiciones de la existencia social del progreso de los pueblos y del precio á que se compra dicho progreso; toda meditación profunda sobre las verdaderas leyes de la historia; la magnificencia de ciertas grandes frases; la vanidad de ciertas fórmulas ó los crímenes demasiado reales, desfigurados bajo nombres pomposos, todo esto les era completamente extraño. La historia juiciosa, verídica, fuertemente motivada de la revolución, no les agradaba; se cuidaban poco de la enseñanza de los maestros que han colocado en la verdadera perspectiva, reduciendo los hombres á su verdadero tamaño. Les hacía falta más fantasía, es decir, más mentira. No era el drama de las ideas el que atraía sus espíritus débiles, era el tumulto de los hechos, la agitación de las plazas públicas, las escenas de la convención, los espantos de la conserjería; menos que esto, el aparato teatral, la *mise en scène*, los picos, los penachos, los trajes de los actores, las arengas y las disputas, el énfasis y las injurias; era también la parte novelesca, las elevaciones súbitas y los cambios de fortuna, los esplendores y las ruinas, formando como en un sueño deslumbrante y siniestro, de donde se desprendía ante sus ojos la *grande idea*, iluminada por los fuegos de bengala de la poesía y de la retórica, vista de lejos como en una apo-teosis.

Nuestra generación se ha nutrido

con estos espectáculos, con esta fantasmagoría en que la revolución francesa aparece como un drama de espectáculo y de grandes frases. ¿Quién ha deslumbrado á esas imaginaciones frívolas con esos falsos ideales á propósito de acontecimientos y de hombres que el más sencillo deber aconsejaba reducir á la medida de la moralidad humana? ¿Quién ha exaltado ese entusiasmo malo de espíritus violentos y débiles por una época en que se comprometieron tan grandes, tan nobles aspiraciones, tan tristemente deslustradas; por una época, en fin, que inspira temor el ensalzarla por no convertirse en cómplice de crímenes irreparables en el pasado ó de imitaciones funestas en el porvenir? La respuesta está en todos los labios. Conocemos á esos poetas ó á esos retóricos que han transfigurado á su gusto esta historia para tener el derecho de glorificarla con ditirambos sin fin ó con anuncios sin reservas. Esos son los verdaderos culpables.

Así se ha creado entre nosotros la religión, es poco decir, la idolatría de la revolución, infalible, impecable, inmaculada, culto sostenido por la imaginación más todavía que por la pasión. La revolución tiene sus teólogos, sus místicos y sus devotos; tiene también sus tartufes, lo que acaba de completar una religión. Todo es santo, todo es sagrado en ella; el rito con el cual se la honra es imitarla punto por punto. Se reproduce con una laboriosa exactitud su pomposa retórica y las brusquedades de su lenguaje, sus

grandes frases y sus grandes palabras, las actitudes y los gestos de los personajes. ¡Felices aquellos que á fuerza de cuidados y de estudios han vivido, han podido resucitar algunos rasgos de esos tipos consagrados! Cada cual quiere crearse un papel en esta historia y destacar del gran lienzo alguna figura para meterse dentro de ella. Apenas habéis entendido á Camilo Desmoulins; era casi su desenvoltura y su cruel impertinencia; era todo él menos su mejor parte, sus accesos de sensibilidad verdadera y sus bellos movimientos de alma. ¿Habéis temblado al reconocer la gran voz de Danton? Sí; verdaderamente era su voz, su sonoridad, su brillo; pero faltaba el rayo; se veía al abogado bajo el tribuno. Hemos visto pasar á Marat hace algunos días en la escena que el siniestro actor ha inundado de nuevo de sangre; pero el verdadero Marat hubiese tenido horror de éste que le representaba y que ha logrado ¡oh Dios! difamar á Marat. Este denunciaba y perseguía á sus víctimas, no las ejecutaba. A Barrere le encontré ayer; es siempre el revolucionario de la lengua melosa, artista en palinodias, pronto á acomodar su alma móvil á la nota de todos los acontecimientos. Todo esto se parece á una mascarada sangrienta, á una farsa burlesca, lúgubre y feroz. ¡Parodia miserable! Es el 93 sin la convicción ardiente, un 93 artificial; y puesto que se ha convenido en que el terror es una religión, digamos que el terror que se ha querido resucitar ante nosotros era monstruoso y más criminal

que el otro, porque era una religión sin la fe.

Se ha jugado con estos terribles recuerdos, se ha tratado de transportarlos á nuestra historia. Bien sabemos lo que este ensayo nos ha costado; y lo que da más horror en este juego siniestro es pensar que no era más que un juego. ¿Habremos acabado al fin con estas parodias? Es preciso poner término, en primer lugar, á esta literatura teatral que ha inflamado tantos cerebros jóvenes y les ha impreso la idea fija de recomenzar aquel tiempo, aquellos acontecimientos, aquellos hombres. Proscribamos por todos los medios, por la discusión, por la crítica, por el desprecio, esta escuela insensata que hace de la revolución, no un medio, sino un objeto, como otra escuela, relacionada con ella en estos últimos tiempos, hacia el arte por el arte. Dos períodos que se nos dan por igualmente sublimes, pero que son igualmente graves por sus consecuencias: la una, no exponiendo más que á sus adeptos y no exponiéndolos más que á los silbidos del público; la otra, comprometiendo al público y ensangrentando las calles. Es preciso también atender á otra forma del mismo mal, desenmascarar sin piedad á todos esos cortesanos, á todos esos lisonjeros del poder popular, no menos funestos que los de las cortes, que no cesaban en sus diarios, en sus libros, en las conferencias, en los clubs, de exaltar al pueblo, al noble pueblo, al generoso pueblo, y de inclinarles con sus vanas alabanzas, hacia todo lo que puede

hacerles entrar en comunicación con su *corazón heroico*, con su *grande alma*; adulación fatal que no ha contribuido poco á desmoralizar á la multitud persuadiéndola de la infalibilidad de sus pasiones. Se acusa al Imperio de haber creado la mala democracia y el socialismo vergonzoso. Leyes, como aquellas sobre las coaliciones y sobre los libros pequeños, y otras muchas, pueden comprometer gravemente el orden moral del cual depende el orden material. Todo esto es posible; mas también es cierto que si el Imperio ha dado demasiado alientos la falsa democracia, apenas si se ha aprovechado de ella; los que se aprovecharon fueron los mismos que habían hecho concurrir á ese juego peligroso del poder, yendo más lejos que el Imperio en esta vía fatal los revolucionarios de profesión, los jefes de los irreconciliables que triunfaron por estas faltas después de haber participado de ellas. Es verdad que la lógica de los acontecimientos ha castigado cruelmente á algunos, conduciéndolos de falta en falta á la dura necesidad de fusilar á sus electores; ¡triste día siguiente de tantas ovaciones populares!

Ideas y ejemplos caídos de tan alto, una elocuencia teatral tan aplaudida, los espectáculos cambiantes de la política, he aquí lo que hubiese perdido la bohemia si ya no se hubiese inclinado con sus propios vicios la pendiente que conduce al abismo. Seamos severos con ella; pero la justicia exige que la responsabilidad sea compartida con los más ilustres personajes que se habían alia-

dó con ella y con sus periódicos, prodigándole finas sonrisas, delicadas lisonjas, empleando alabanzas y coquetterías con esos locos que, orgullosos de que se les tomase en serio, celebraban á estos grandes ciudadanos y les abrían la vía triunfal.

¿Qué parte, además, para ser justo, habrá que atribuir á estas influencias en ese funesto espíritu de indisciplina que los periódicos de la bohemia sembraban en las filas del ejército, preparando así nuestros quebrantos ante el extranjero y el desfallecimiento de algunos batallones en el día de la guerra civil? Hubo una activa propaganda y un contagio fatal. Hubo también arrepentimiento, pero era tarde.

Recojamos, sin embargo, este precioso testimonio; viene de unos labios que no serán sospechosos. «En este desastre en que la sociedad se hunde, vosotros sois, vosotros, el ejército, los representantes de la sola fuerza moral que tanta necesidad tenemos para rehacernos. Vemos morir á Francia de indisciplina después de haberla visto morir durante largo tiempo de servidumbre. Y bien. Vosotros sois la disciplina viviente... Yo entiendo esta palabra en su sentido más regenerador, más humano y más eficaz. Durante quince años hemos atacado al ejército; nos hemos burlado de él en todos los ritmos y en todos los tonos. Yo os pido perdón. Somos burlones, hemos querido distribuir el ridículo, y ha recaído sobre nosotros mismos. Nos hemos burlado de la patria, nos hemos burlado del ejército... una vez más os demando perdón en mi

nombre y en el de mi partido.» Tengamos cuenta y hagámonos cargo de esos repentinos oradores que abundan actualmente en la tribuna y fuera de ella. Prueban, por lo menos, que la popularidad ha tomado otra dirección, el camino de la razón y del buen sentido, y que nuestros ilustres penitentes comienzan á enterarse; pero dos años hace apenas, ¡qué multitud de epigramas, qué burlas contra esos viejos ídolos del corazón francés, la gloria, el honor militar, la bandera, la patria! Los hombres del 93 tenían esta ventaja sobre los pálidos comediantes que han pretendido copiarlos; su alma ardía en fuego patriótico. ¿Habría medio de encontrar esta llama sagrada en el alma fría y ligera de los modernos jacobinos? La patria—así lo decían en medio de los aplausos de los cafés y de los clubs—la patria no es más que un puesto guardado por un aduanero. No es de extrañar que algunos de los soldados que habían recogido los ecos de estos discursos se acordaran de ellos andando el tiempo.

Todo esto es nuestra historia de ayer. Añadid á estas influencias diversas la complicidad de una burguesía que aplaudía sin prever los resultados de esta obra de demolición social; añadid también la indiferencia profunda de una sociedad absorta en los negocios, el dinero y el placer, sin cuidarse de otra cosa, y por debajo de esta superficie, ya minada, las pasiones ardientes de algunos fanáticos que abrían el abismo donde hemos estado á punto de perecer, de acuerdo con los

apetitos sobreexcitados de las multitudes y la conspiración de la *Internacional*: visto todo esto, no os asombraréis de la profundidad de la caída ni de la extensión de las ruinas que cubren el suelo de Francia.

Las ruinas materiales se levantan pronto; mas para levantar las ruinas morales es menester más grande y difícil esfuerzo. Sepamos al menos sacar provecho de esta terrible lección. Hemos aprendido que no se juega impunemente en este país con las frases revolucionarias. Este juego puede prolongarse sin gran peligro en otras naciones, pero en Francia no. Hemos visto cuánto mal nos han hecho estos escritores consagrados á una detestable propaganda, por ligereza en un principio, por envidia ó por odio después; hemos podido medir los efectos de esta literatura satánica cayendo sobre poblaciones ignorantes y nerviosas como la nuestra. Hay en nuestra raza increíble aptitud de aplicación del mal; apenas germina éste en los cerebros malsanos, ya pugna por realizarse en el exterior. En los otros pueblos, por lo menos hasta el presente, el mal puede quedar indefinidamente en estado de teoría en una esfera de idealidad perversa; entre nosotros, en cuanto nos invade el contagio, busca una salida, una aplicación inmediata y la encuentra casi siempre. Estas paradojas venenosas y crueles, estos insultos odiosos, esta furiosa difamación representaban para los perseguidores del éxito unos cuantos luises en su bolsa, un poco de tinta

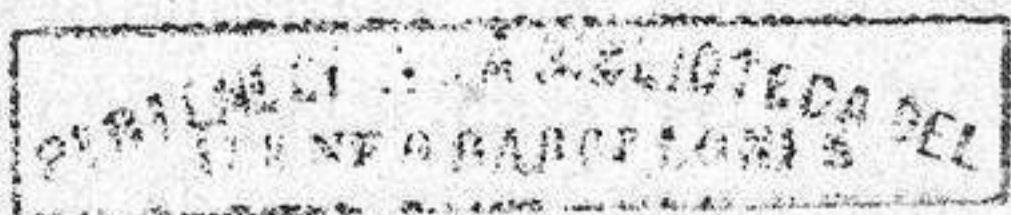
sobre papel blanco; pero esta tinta se convertía al día siguiente en sangre en las calles y al otro en una ola de petróleo en nuestras casas. La idea perversa, la blasfemia social se cambia muy pronto en puñal y en antorcha incendiaria en manos de la multitud. Diríase que en el temperamento francés la vibración nerviosa producida, por una imagen de orgía ó de sangre que pasa por el cerebro, una contracción muscular que impulsa al crimen. En los tiempos profundamente turbados no hay intervalo sensible entre estos dos fenómenos.

La moralidad de este estudio son los acontecimientos que se han encargado de deducirla. Una de las condiciones más esenciales de esta regeneración de Francia á que todo el mundo aspira, más esencial que la forma de las instituciones que deben regirnos, es que la literatura y la prensa se reconstitu-

yen por la seriedad del pensamiento, por el trabajo, por la dignidad de la vida, por el respeto recíproco de los escritores entre sí, y sobre todo por el respeto absoluto de las ideas; mas para esto es precisamente indispensable que no haya confusión entre las ideas sanas, liberales, que representan la civilización por medio de la libertad y de la justicia, y las ideas falsas antisociales que representan la vuelta á la barbarie por la arbitrariedad, la violencia y el crimen. Para esto, en fin, es menester guardarse muy bien, en el porvenir, de idealizar bajo formas encantadoras de la fantasía, de vida independiente y de arte libre, estos desórdenes de costumbres y de cerebro, estas pasiones malsanas que han arrojado de sus vías y perdido sin remedio más de un talento que la naturaleza había creado para hacer vaudevilles ó paisajes y no revoluciones.

E. CARO.

MADAMA DE SOUZA



Un amigo que, después de haber tenido mucho trato de sociedad, se ha retirado de ella casi por completo y juzga de lejos y como desde la orilla ese rápido torbellino en que aquí nos agitamos, me escribía recientemente á propósito de algunas observaciones acerca del carácter de las obras contemporáneas: «Todo lo que V. me dice de nuestros *sublimes* me interesa en el más alto grado. ¡ En verdad que lo son! Lo que falta es tranquilidad y frescura, un poco de agua clara que calme nuestro paladar abrasado.» Estas cualidades de frescura y delicadeza, esta limpidez en la emoción, esta sobriedad en la frase, esos matices suaves y reposados, al desaparecer casi por todas partes de la vida actual y de las obras de imaginación que en ella se producen, son otro tanto máspreciados allí donde se encuentran tiempos atrás, y en las amables obras que son sus últimos reflejos. Sería erróneo creer que hay debilidad y penuria de espíritu en

echar de menos esos refinamientos en desuso, esas flores que, según parece, no han podido nacer sino en las postrimerías de una sociedad hoy destruida. Las matizadas pinturas de que hablamos suponen un gusto y una cultura de alma, que la civilización democrática no hubiera abolido sin inconvenientes para ella misma, si algún día no hubiese de renacer en las nuevas costumbres alguna cosa análoga. Cuando la sociedad moderna tenga mejor asiento y esté más desenmarañada, deberá tener también su sosiego, sus rincones de frescura y de misterio, sus retiros propicios á los sentimientos perfeccionados, algunos bosques un poco antiguos, algunas fuentes ignoradas aún. Dentro de su marco, en apariencia uniforme, permitirá mil distinciones de pensamiento y bastantes formas raras de existencia interior, sin lo cual estaría muy por bajo de la civilización precedente y no satisfaría gran cosa á toda una familia de almas. En momentos de marcha ó de instala-

ción incoherente y confusa, como son los tiempos presentes, es natural que se vaya á lo más importante, que se ocupe de lo más primordial de la maniobra, y que en todas partes, incluso en la literatura, sea costumbre llamar fuerte, mirar alto y anunciarse con trompetas y bocinas. Las gracias discretas acaso vuelvan á la corta ó á la larga, y con una fisonomía adecuada á sus nuevos límites (así quiero creerlo); pero aun esperando lo mejor, es indudable que no será mañana cuando se reconstituirán sus sentimientos y su lenguaje. En la espera, se advierte lo que falta, y á veces hace sufrir esto; en ciertas horas de tedio se vuelve con gusto á algunos perfumes de lo pasado, de un pasado de ayer todavía, pero que ya no volverá. He aquí cómo me puse la otra mañana á leer de nuevo *Eugenio de Rothelin* y *Adela de Sénange*, y por qué hablo de ellas hoy.

Una jovencita que sale por primera vez del convento donde ha pasado toda su infancia; un bello *lord* elegante y sentimental, como los había allá por 1780 en París, que la encuentra en un ligero apuro y se aparece á ella desde un principio como su salvador; un marido muy viejo, bueno, sensible, paternal, nunca ridículo, que se casa con la joven sólo por libertarla de una madre egoísta y por asegurarla fortuna y porvenir; todos los hechos más sencillos de la vida diaria entre esos tres seres, que por un concurso natural de circunstancias, no se separarán hasta la muerte del viejo; escenas de parque, de jardín, paseos por agua, tertulias

en torno de un sillón; visitas al convento, y á las antiguas condiscípulas; una charla inocente, variada, retozona ó tierna, con relámpagos de pasión de vez en cuando; luego, por miedo á dulzores demasiado uniformes, en el mundo tomado de perfil, indicadas las ridiculeces y las negruras, más de un original ó de un necio señalados al paso por un rasgo divertido; en una palabra, la vida real abarcada dentro de un círculo escogido; una pasión creciente que, como las aguas de Neuilly, se oculta tras de cortinas de verdor y se repliega con deliciosa lentitud; tempestades pasajeras, sin estragos, parecidas á lluvias de Abril; la más difícil de las situaciones honradas llevada á su término hasta en sus menores alternativas con una facilidad que nunca se inclina al abandono, con una nobleza de actitud que jamás fuerza lo natural, con una prudencia indulgente para todo lo que no es indelicado; tales son los principales méritos de un libro en que no hay ninguna palabra que rompa su armonía. Lo que en él circula y lo anima es el genio de Adela, genio amable, alegre, movible, alado como un pájaro, caprichoso y natural, tímido y sensible, encendido en pudor, fiel, con transiciones de la risa al llanto, rebosante de calor y de juventud.

Ese encantador volumen fué compuesto en vísperas de la Revolución; el autor lo publicó en Londres, en 1793, en medio de calamidades y obstáculos. *Adela de Sénange* apareció con su traje de fiesta, como una virgen de Verdun

que se escapara de la matanza é ignorase la suerte de sus compañeras.

Madama de Souza (á la sazón madama de Flahaut), antes de casarse muy joven con el conde de Flahaut, de cincuenta y siete años de edad, se había educado en un convento de París, el mismo, sin duda, que pintó en *Adela de Sénange*. Anejo al convento había un hospital con algunas colegialas de las más formalitas, y como recompensa, iba á ese hospital todos los lunes por la tarde para servir á los pobres y rezar con ellos. En edad temprana perdió sus padres; los recuerdos del convento fueron sus recuerdos de familia; ya veremos que esta primera educación influyó en todas sus ideas, y cada uno de sus escritos reproduce las vivas imágenes de ella. Casada y habitante en el Louvre, debió la idea de escribir al aburrimiento que la producían las discusiones políticas, cada vez más animadas en las proximidades de la Revolución; era demasiado joven (decía) para tomar gusto por esas materias, y quería forjarse un retiro. En la novela *Emilia y Alfonso*, la duquesa de Candale, recién casada, escribe á su amiga la señorita de Astey: «Me he hecho un pequeño retiro en uno de los rincones de mi gabinete; he puesto allí una sola silla, mi piano, mi arpa, algunos libros, una linda mesa sobre la cual están mis dibujos y mi escritorio; y allá me he trazado una especie de círculo ideal que me separa del resto de la estancia. Si vienen á verme, salgo á escape de esa barrera, para impedir que nadie la

traspase; si por acaso avanzan hacia mi asilo, me cuesta trabajo contener mi mal humor y quisiera que se fuesen de allí.» Madama de Flahaut tuvo que hacerse en su habitación del Louvre un retiro bastante análogo al de madama de Candale, tanto más, cuanto que en su aislamiento tenía ella una intimidad del todo hallada. Si querían forzar su círculo ideal, si la hablaban de política, contestaba que el Sr. de Sénange había tenido un ataque de gota y que estaba muy intranquila con ese motivo. En *Eugenia y Matilde*, donde pinta la impresión de los primeros acontecimientos de la Revolución en el ánimo de una familia noble, podemos permitirnos atribuir al autor una parte del sentir de Matilde, que dice estar *aburrida* hasta más no poder de esta Revolución, las veces en que no está desolada por ella. *Adela de Sénange* se escribió, pues, sin ninguna pretensión literaria, sino con el sencillo fin de tener un pasatiempo íntimo. Sin embargo, un día, cediendo el autor á un impulso de confianza que le hizo levantar su barrera ideal, propuso á un amigo dar una lectura ante un corto número de personas, oferta á la cual no se hizo gran caso: no costaba trabajo reconocer en ella un ingenio agradable, pero en manera alguna podía admitirse que tuviese un talento de escritor. De esta suerte, *Adela de Sénange* se pasó sin oyentes; sabido es que á *Pablo y Virginia* le costó mucho trabajo encontrarlos. Como quiera que la Revolución recorriera velozmente sus etapas, madama Flahaut

abandonó París y Francia después del 2 de Setiembre. Preso el Sr. de Flahaut, bien pronto fué víctima de ella. A fuerza de oro y diamantes, prodigados por la familia y los amigos libres á uno de los carceleros, había logrado evadirse y vivía en un escondrijo seguro; pero hubo quien dijo ante él que su abogado acababa de ser preso por sospechoso de darle asilo.

El Sr. de Flahaut, para justificar al inocente, abandonó su retiro á las seis de la mañana, se fué al Ayuntamiento y se entregó él mismo; pocos días después fue guillotinado. Muerto Robespierre, madama de Flahaut partió de Inglaterra con su hijo y fue á Suiza, esperando poder entrar ya en Francia; pero no habían desaparecido los obstáculos. Dando vueltas en torno de aquella Francia prohibida, permaneció aún en Hamburgo; y en dicha ciudad, la fama, unida ya para siempre á su nombre por *Adela de Sénange*, le hizo entrar en relaciones con el Sr. de Souza, con quién más tarde se casó en 1802. En ese intervalo había publicado ella *Emilia y Alfonso* en 1799, *Carlos y María* en 1801.

Carlos y María es una graciosa y atractiva novelita inglesa, algo por el estilo de las de miss Burney. El paisaje de parques y elegantes *cottages*, las costumbres, las ridiculeces de las *ladies* cazadoras ó marisabidillas, el sentimentalismo lánguido y puro de los amantes, forman en ella un cuadro acabado que indica cómo ha inspirado ingenuamente al autor esa estancia en Inglaterra. Un crítico ingenioso y competente de veras en materia de delicadeza, monsieur Patin, en un juicio emitido por él acerca de madama de Souza, prefiere esta linda novela, *Carlos y María*, á todas las demás. En cuanto á mí, me gusta; pero sin la misma predilección. Como en las novelas de miss Burney, hay (si me atrevo á decirlo así) una excesiva profusión de tonos vagos, suaves hasta la untuosidad, pálidos y amarillentos. Por lo común, madama de Souza dibuja mejor y sus colores son más variados. En *Carlos y María* es donde se encuentra esta frase ingeniosa, citada con tanta frecuencia: «Los defectos de que se hace gala se parecen á la fealdad emperijilada: se ven con toda su claridad.»

SAINTE-BEUVE.

(Se continuará.)

EL DOCTOR PASCUAL

ÚLTIMA NOVELA DE EMILIO ZOLA

Una novela de Zola es ya de los únicos libros que, al salir de las prensas, levantan en el mundo rumor. Diríase, en efecto, que á fines de este siglo en que tanto se escribe, se imprime y se publica, nos ha entrado [gran indiferencia y hasta desvío hacia el aluvión de papel que nos envuelve en sus capas blancas tiznadas de negro. Hace pocos días pregunté á un inglés ilustre, el viajero y escritor Mackenzie Wallace, noticias del movimiento literario en su tierra. «Sobran libros», me contestó: «cada mañana salen muchos nuevos... pero cada noche se olvidan.» Lo mismo podría afirmarse de otras naciones. Y no es porque el libro actual esté lleno de faltas, defectos y errores: más bien pudiera asegurarse lo contrario; pues si entre nosotros se escribe á salga lo que saliere, en otras naciones (por ejemplo, Alemania) el libro se medita despacio, se atiborra de erudición y se hace

á conciencia. Doble pena: un libro pensado en cinco años se olvida en cinco minutos: flor, no ya de un día, sino de un fugitivo instante. ¿De un instante he dicho? Tal vez ni aun eso, porque hay libros que nacen y desaparecen sin que nadie haya reparado en ellos, y son la mayoría casi absoluta.

Zola disfruta del inestimable privilegio de sacarnos de nuestro retraimiento á los mismos que, saturados de lectura y recelosos á poder de desengaños, ya miramos la cubierta del libro nuevo como se mira el trozo de camino árido que es preciso recorrer bajo un sol abrasador. Zola—con Tolstoy, Ibsen, y acaso Bourget, *en su línea*—es de los autores que impulsan á velar sacrificando el dulce sueño, si los quehaceres del día obligaron á dejar interrumpida la lectura.

¿Es esto decir que Zola *divierte*? No: tal palabra sugeriría un concepto erróneo, aun cuando el concepto de la *diversión* es lo más

subjetivo que hay en el mundo; y si no recuérdese el caso de aquel hijo de la Gran Bretaña, que enarbolando una caña sin anzuelo, permanecía horas enteras ante un charco. «Pero milord, si ahí no hay peces» díjole una viejecita. «No es por los peces, es por la diversión», contestó en tono de ofendida dignidad.—En suma, y prescindiendo de anomalías, lo que generalmente se llama *diversión* no se parece á lo que sacamos en limpio de la lectura de Zola. Nadie ignora los antecedentes y propósitos que guiaron al célebre autor francés cuando dió principio á la serie de novelas, hoy terminada, que tituló los *Rougon Macquart*. Zola explicó cien veces su plan, como si temiera que el lector no se hiciese cargo (temor no infundado enteramente). Una idea transformista (la virtud de la herencia) y otra idea determinista (la ineluctable necesidad que regula hasta la función psíquica), ideas bebidas en Darwin y Claudio Bernard, fueron la armazón filosófica de tan vasta serie. No necesito repetir profesiones de fe que hice extensamente en *La Cuestión palpitante*: el contenido filosófico de Zola me ha parecido siempre mezquino y erróneo. Pero una filosofía enteca y superficial no es incompatible, en el novelista, ni con el vigor analítico, ni con la hermosura y fuerza de la invención, ni con la opulencia de la fantasía poética; ahí está Tolstoy, el hombre de más altas facultades artísticas que hoy existe en Europa, y que en filosofía desbarra lastimosamente, dejándose tamañitos á los iluminados, beguardos y cátaros de la Edad Media. La filosofía de Zola se cae hacia el materialismo escueto: la de Tolstoy se precipita al misticismo delirante. Ninguno de los dos es mi filósofo, ni siquiera mi pensador: entrambos son mis dos grandes, excelsos, incomparables novelistas entre los que viven. La serie de los *Rougon Macquart*, que ahora termina, ni me ha convencido ni enseñado la menor cosa respecto á los orígenes, causas y leyes que rigen el Universo: en cambio sobre lo relativo y finito —la sociedad, el hombre, las costumbres, las pasiones, los vicios, las virtudes y los problemas de nuestra edad—he aprendido tanto en esas páginas luminosas, que sólo puedo comparar el efecto de su lectura con el de la lectura de Shakespeare: si bien Shakespeare está muchos peldaños más arriba, cabalmente porque supo expresar mejor la realidad total, que no se reduce á lo que vemos y podemos apreciar con nuestros sentidos.

La armazón filosófica es el lado flaco de los *Rougon Macquart*, y

basta para quitar todo su valor á la idea seria y toda la trascendencia, buscada por el novelista, á las vicisitudes del neurósico familión. En sucintas palabras, y con sólo recordar el viejo aforismo *mens sana in corpore sano*, expresariamos mejor lo que Zola diluyó en veinte tomos ó poco menos. Por lo mismo que en los tomos anteriores yo no había logrado penetrar toda la medula y nata de la idea zolaesca, esperaba con afán este libro, resumen, sin duda alguna, del pensamiento del autor, y clave de bóveda del monumental edificio. Y en efecto, la intención de Zola ha sido que este tomo explicase los otros completamente, encerrando en breves límites el veneno y la triaca, el fenómeno y el númeno, la suma de dolor y la suma de consuelo que existe en la procesión de las cosas humanas. Debe de ser torpeza mía si, en este punto, después de haber leído enteramente el *Doctor Pascual*, no he quedado ni enterada, ni persuadida.

El doctor Pascual representa la *ciencia*, divinidad misteriosa cuyos milagros han contribuido á extrañar gravemente nuestro criterio filosófico desde fines del siglo pasado, desde que Franklin, como el fabuloso titán, arrancó «á los cielos el rayo, y á los tiranos el cetro».—Deseoso de entregarse por comple-

to á sus investigaciones y estudios, el doctor Pascual Rougon se retira á una finca muy hermosa, próxima á Plassans, la Souleiade, y vive allí en compañía de una vieja criada adicta y leal como un perro, y de una sobrina huérfana, linda y moza, á la cual sirve de padre. A fuerza de meditar en el modo de disminuir la suma de los dolores y males que afligen á la humanidad, el doctor ha ideado unos pinchacitos ó inyecciones de suco nérveo, con que los gastados adquieren vigor, los dementes cordura, los tísicos nutrición y los anémicos sangre. Adolece de incierto el método del doctor, y él mismo lo reconoce, comprendiendo que su remedio dista mucho de ser universal panacea; sin embargo, cree haber entrevisto el camino por donde llegar á la conquista de una especie de elixir cúralo-todo. Como Pasteur y como nuestro Ferrán, Pascual entiende que sólo el tiempo perfeccionará el descubrimiento, pero que los resultados obtenidos bastan para impulsar á esa perfección ideal, gloria del siglo que la alcance.

Al mismo tiempo que extrae y destila substancia nerviosa para sus inyecciones, el doctor se entrega á detenidos estudios sobre la ley de herencia, y lo comprueba por medio de múltiples notas y expedientes que instruye sobre toda su pro-

genie, ó sea sobre la familia Rougon Macquart. Allí tiene cada individuo su legajo, y hasta de las criaturas que aún no nacieron alza el horóscopo el nuevo nigromante. Así como el Sandoz de *L'Œuvre* era una encarnación de la personalidad de Zola, el doctor Pascual, al acopiar datos para el árbol genealógico y la historia natural de su familia, es otro símbolo del novelista (el cual, debiendo representar *el arte*, se empeña en representar siempre *la ciencia*). Estos papeles de familia, archivados en secreto armario, los acecha, como ágil gata, la vieja Felicidad Rougon, ansiosa de reducir á cenizas todo lo que pueda disminuir la estima y respetabilidad de que los Rougon, engrandecidos por la política del segundo Imperio, disfrutaban en la villita de Plassans.—Y el empeño de Felicidad me parece otro símbolo: la burguesía condenando el naturalismo y sus crudezas, en nombre del *decorum*, como dicen nuestros vecinos, ó del *bien parecer*, que diríamos nosotros. Sí; en Felicidad ha encarnado Zola á los que ante la epopeya de los Rougon se velaron la faz y escribieron, con todas sus letras, que Zola era la mengua y el oprobio de Francia.

Clotilde, la sobrina del doctor—figura de mujer que me parece creación puramente imaginativa, á pe-

sar de ciertos vivos rasgos de realidad femenil que en ella nota—también simboliza algo, como la anciana criada: simboliza la fe, el espiritualismo, que protestan contra la ciencia positiva y la piden, no conquistas parciales, victorias de un minuto sobre el dolor y la enfermedad, sino verdades y consuelos para el espíritu, esperanzas radiosas que ayuden á conllevar la triste existencia presente, en suma, perspectivas de paraíso y celestiales horizontes. La humilde labor del experimentista que noche y día vela para conseguir atenuar el sufrimiento y dilatar una pulgada siquiera los regios dominios de la salud, parece á la idealista estéril y ociosa. Lo que necesita sanar y vivir es nuestra alma inmortal: el cuerpo, por más que se haga, es carne corruptible y perecedera: la Sabiduría lo ha dicho, toda carne es heno que se marchita y agosta al calor del sol.

Clotilde siente por su tío profunda veneración, y por obediencia y por cariño se convierte en su ayudante de laboratorio y en su dócil alumna. No le llama *tío* sino *maestro*, y la palabra *maestro* adquiere en sus labios la entonación más dulce y tierna. Sin embargo, y aunque tiene al doctor, no sólo en concepto de sabio, sino de excelente y caritativa persona, de morige-

radas costumbres y noble y afable carácter, Clotilde, lo mismo que la vieja criada, nota que le falta á cofre de tan rica madera la llave de oro, ó sea la fe. ¿Qué vale estudiar, saber y conocer verdades chicas, si se ignora ó se pierde de vista la gran verdad, la verdad suprema: Dios y la vida futura? Ese mismo empeño de suprimir el dolor y la enfermedad, ¿no encierra algo de sacrilego, una contravención á la voluntad divina, que nos envió al mundo para sufrir, merecer y ofrecer á Dios las tribulaciones que con resignada voluntad soportemos?

Estos pensamientos desesperan á Clotilde. Sueña con redimir al doctor, con abrirle los ojos del espíritu y romper, cual otra Margarita, el pacto diabólico de aquel inofensivo Fausto.—La escena culminante de la novela es, sin duda, la de la *era*.—Clotilde, exaltada por la palabra de un capuchino que ha llegado á Plassans y predica todas las tardes, siente lo que puede llamarse *sed del cielo*, y sale al huerto de la Souleide para empaparse en ese espectáculo soberano de que nunca se saciaron Fray Luis de León y Santa Teresa: el espectáculo de las almas contemplativas, el firmamento azul salpicado de estrellas resplandecientes. Pascual echa de menos á Clotilde á la hora de la cena,

y después de haberla llamado á voces por toda la casa, la encuentra en la era, tendida boca arriba, clavados en la alta bóveda los ansiosos ojos. Sobre las mismas piedras de la era, recalientes del sol del abrasado día, tiéndese al lado de su sobrina el doctor y entáblase un diálogo de toda belleza y sublimidad: la niña pidiendo el cielo, el viejo queriendo calmarla y que se conforme con la tierra mísera, con la vida fecunda y nunca agotada del universo físico, con la cadena evolutiva de los seres y el hervidero incesante de la reproducción. Pero á Clotilde no le basta; exige algo más alto, más puro, más estético: los cielos abiertos y el Hijo del hombre á la diestra del Dios Padre. El doctor no la puede ofrecer sino sus alambiques, sus morteros y su elixir de substancia nerviosa. Retírase humillado, y entre el sabio y la creyente se establece una penosa hostilidad.

La abuela Felicidad, en su anhelo de que desaparezcan los papeles comprometedores para los Rougon, incita á Clotilde á que los sustraiga, haciéndola creer que así se salvará el alma del doctor. Clotilde intenta la sustracción, pero el doctor la advierte, se arroja á impedirle, lucha con Clotilde, la arranca los preciosos legajos, y en la violencia de la acción la hiere en

un hombro. Confieso que todo esto de la conspiración contra los legajos, si puede encerrar un simbolismo grato á Zola, como recurso no me gusta: tiene algo de melodramático y recuerda demasiado el asunto de una obra de Alejandro Dumas hijo: *La Femme de Claude*.

Desde esta extraña escena, la novela cambia de rumbo, y aunque gana mucho en interés humano, pierde en el simbólico. Al drama de conciencia, al conflicto entre la ciencia y la fe, que tanto prometía y que podía elevar la novela hasta el tipo grandioso y poemático de *Germinal*, sustituye un idilio amoroso nuevo y raro, divinamente narrado, que haría estremecerse de gozo el dolorido corazón de Moratín: el idilio del viejo y la niña.

Hay en Plassans un médico joven, el doctor Ramond, que aspira á la mano de Clotilde. Es un pretendiente muy simpático y aceptable, y al pronto tío y sobrina ven complacidos las intenciones de Ramond. Entáblanse las negociaciones; Clotilde y su futuro conferencian, y en esos preliminares que debieran ser sugestivos y dulces, la niña siente cómo su corazón está ya ligado por misterioso lazo, y cómo el afecto juzgado filial es devoción absoluta y sin límites. Clotilde reconoce que está enamorada

de su tío, del hombre encanecido en el estudio, de la cabellera de nieve y los cansados años del doctor. ¡La fe prendada de la ciencia!

Si la pasión de Clotilde es singular cuando menos; si, aunque no imposible, parece anómalo el que tan fresca muchacha delire por el anciano á quien siempre miró como padre y á quien sólo la casta adhesión que inspira el padre debiera tributar; si lo que en Pascual se calificaría de disculpable flaqueza de corazón tiene en Clotilde carácter de extravagancia romancesca, no por eso hemos de negar que cabe en la realidad, y que Zola agota los recursos de su arte de novelista para que se justifique y hasta se embellezca la peregrina resolución de una criatura joven, doncella y linda, que de repente se arroja en los brazos de un respetable sesentón, y se le entrega á todo su talante, sin acordarse del mundo, ni de Dios, en quien sin embargo cree.

Se ha dicho de Zola—y la observación es profunda y exacta—que muchas veces yerra por prescindir de un hecho sencillo: la venida de Cristo al mundo. No sé si el viaje á Lourdes habrá rectificado las ideas del excelso novelista, y entiéndase bien que no aludo á supuestas conversiones, sino á la adquisición de un principio claro y luminoso; á

comprender que, desde la fundación del cristianismo, hay en la humanidad elementos espirituales que antes no se conocían, y que estos elementos influyen sobre el carácter, proporcionalmente á su elevación y fuerza moral, no pudiendo cesar de influir de un modo radical y brusco, sino, á lo sumo, después de un combate más ó menos reñido, siempre sangriento *interiormente*. La Clotilde exaltada que pedía el cielo para esperar y soñar; la Clotilde fanática que se disponía á entregar á las llamas los manuscritos del sabio, no podía ser la Clotilde que, sin vacilación, sin remordimiento, sin pensar siquiera en la bendición nupcial, que nadie ni nada se oponía á que recibiesen, se introduce en el lecho de su tío, al modo patriarcal, como Rut en el de Booz, y vive así libre de todo recelo, alegre, venturosa, desafiando, no ya la opinión—que podría importarla un bledo—sino la ley divina—que tanto la importaba.

Admitida la existencia de estas dos Clotildes diferentísimas, diré que ambas son muy bellas artísticamente, y los amoríos del tío y la sobrina, retratados por aquel pincel milagroso que cuando quiere desuellla, tunde, raja y magulla, pero que también sabe pasar con aérea delicadeza sobre la superficie de la realidad sin recoger más que la gra-

cia y el perfume de las cosas, pierden cuanto puede haber de repulsivo en el trato entre viejo y niña, quedando sólo, bajo el toque genial del maestro, la bíblica poesía del caso del rey David y la Sunamita, y el ya disipado olor de la siega en las granjas de Booz. La majestad oriental de los prolíficos patriarcas á quienes sirven de aureola sus plateados cabellos, desciende, á la evocación de Zola, sobre la quinta de la Souleide, donde se aman con transporte un anciano de muchos días y una mocita lo mismo que unas flores de Abril.

Sin seguir paso á paso la novela—de la cual, sin duda alguna, lo más interesante son estos raros amoríos—diré en resumen que Clotilde y el doctor, embelesados, no advierten que se cierne sobre ellos la ruina; que al verse sin recursos, el doctor se resuelve á enviar á Clotilde á París, con su hermano Máximo; que ella lucha por no separarse de su amado viejo, y accede al fin, movida de una consideración también extraña: la de que sus amoríos no han fructificado, y el niño, que Pascual y ella esperaban con ansia, no da indicios de venir al mundo. A poco de haberse separado de Clotilde, el doctor siente los primeros ataques de una enfermedad que no puede ignorar que es mortal: la angina de pecho. Lucha

con ella y tiene la generosa abnegación de no llamar á Clotilde, por no afligirla. Un día recibe casi á la vez dos felices nuevas: la de haber recobrado gran parte de su caudal, y la de que Clotilde está en cinta. ¡El bienestar y el hijo!

Ni del uno ni del otro ha de disfrutar el cuitado doctor: avisa á Clotilde para que venga, pero momentos antes de la llegada del tren que conduce á la niña, el viejo sucumbe al terrible mal: la angina de pecho le ahoga. Felicidad Rougon aprovecha el suceso para quemar los manuscritos, y Clotilde se retira del mundo, dedicándose á esperar al retoño, y, cuando nace, á criarle y nutrirle á sus pechos. Con el tenaz mesianismo de las madres, Clotilde sueña que aquel niño, hijo de tal padre, fortalecido con leche tan fresca y sana, será el regenerador de la decrepita y exhausta progenie de los Rougon Macquart, extinguida en Carlos, el degenerado chiquillo, en Macquart el alcohólico, víctima de la combustión espontánea, y en Adelaida, la bisabuela centenaria é idiota.

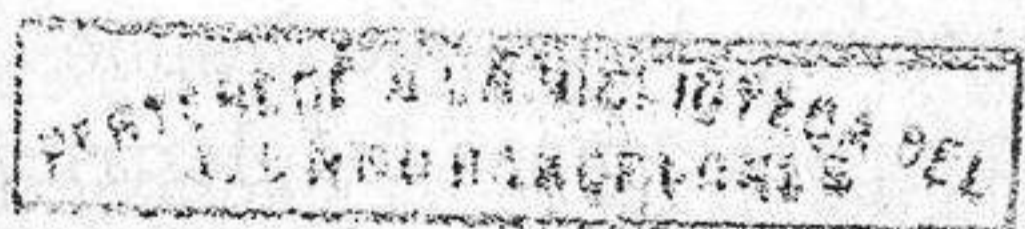
Si este mesianismo puede bastarnos, alegrémonos, pues Zola no nos ofrece cosa mejor. Desde la cruz á la fecha, si algo demuestra la última novela de Zola, es que, en efecto, la ciencia, á fines del siglo XIX,

ha dado en quiebra estrepitosamente, y las ilusiones de nuestros tatarabuelos cuando se descubrió el pararrayos, serían candideces en nosotros. ¡El doctor Pascual, el representante de la potencia científica, es impotente para dilatar una hora el trance horrible de morir: desea ver á Clotilde antes de cerrar los ojos para toda la eternidad, y una existencia entera dedicada á la investigación no le ha hecho dueño de ningún recurso que engañe diez minutos á la ávida muerte!

En suma, la impresión definitiva que produce el *Doctor Pascual*, es que Clotilde tenía razón cuando, boca arriba sobre los candentes guijarros de la era, en estrellada y magnífica noche, pedía el cielo y no quería que se lo arrebatasen en nombre de filosofía ninguna. Y así acaba la serie de los *Rougon Macquart*, y así, del conjunto de crueles y repugnantes estudios anatómicos que adornan como sangrientos trofeos la magna obra zolaesca, álzase, á modo de columna de incienso quemado al pie del altar, la perpetua aspiración de nuestras almas siempre doloridas y tristes, siempre orientadas hacia el ideal, aunque parezcan muy entretenidas en considerar tanta cosa fea y estrambótica como sucede de tejas abajo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA INDUMENTARIA EN LA EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO



El estudio de la indumentaria religiosa en esta hermosa Exposición es sumamente interesante y curioso por encontrarse en ella casi la historia entera del bordado con sus primitivos procedimientos, sus grandes progresos y su estado estacionario después, en medio del vuelo que en su lugar tomaron otras artes. Si el lector me sigue, al recorrer las salas procuraré, en cuanto esté á mi alcance, instruirlo en el conocimiento interesante de las ropas que nuestros cabildos poseen, y que sin duda es de lo mejor que se conoce y se conserva desde tiempos remotos. ¡Hermoso aspecto presenta la sala segunda de la sección europea con la grandiosa instalación del marqués de Casa-Torres! Pasamos por entre magníficas armaduras y valiosas armas, que nos hacen soñar con las armerías de nuestros históricos y antiguos castillos, para examinar las telas. Frente á la puerta de entrada se ve un soberbio paño de tumba, que casi cubre una de las paredes laterales de la sala y que regaló el cardenal D. Antonio Zapata á la catedral de Sigüenza. Fué el cardenal hijo de un presidente del Consejo de Castilla, y nació en Madrid allá por el año 1550. Hecho sacerdote, fué nombrado canónigo de Toledo, y luego obispo de Cádiz y Pamplona, y, por último, arzobispo de Burgos. Clemente VIII le elevó á la dignidad cardenalicia en 1604. También fué virrey de Nápoles é inquisidor general, y murió en su diócesis, en Burgos, el año 1635.

Ahora bien; el hermoso paño que regaló á Sigüenza es de demasco de seda color de oro, con arabescos tejidos de hilo de plata rizada; una gran franja morada y plata le rodea,

cuyo tejido especial hace aparecer realzados los arabescos. Tiene cuatro grandes escudos iguales en sus cuatro extremos. Estos escudos son bordados con seda y oro á gran realce, destacándose en el cuartel central cinco zapatas de hilo de plata en campo del color del capelo. Estos, bordados sobre otra tela y aplicados después en el paño. Nada indico de la ejecución, puesto que no ofrece cosa extraordinaria. La cenefa parece, al menos en parte, estar cosida al fondo del paño.

En la vitrina número 16 hay un capillo de capa pluvial del siglo XVI con un cuadro que representa un pavimento de losas de color verde, rosa y amarillo. En el centro la Virgen, sentada en hermoso sillón de respaldo y brazos de pilastras. Tiene al niño Jesús en los brazos, y ambos llevan nimbos de oro. Les rodea franja de oro también, y recuerdan la ejecución y el dibujo la escuela italiana.

Hay en la misma vitrina un collarín de dalmática, cuyo dibujo representa dos esfinges afrontadas, que parecen tener picos de espátula sobre fondo de terciopelo ya muy gastado; el bordado es de aplicación y sujeto con cordoncillos de oro, completando este mismo cordón el dibujo del bordado en graciosos arabescos. Fuera de la vitrina, y sujetas con clavos en la pared,

hay ocho franjas de ornamentación religiosa, también de precioso gusto y estilo, por más que algunas estén deterioradas.

¡Cuánto nos hacen pensar con respecto al gusto artístico de aquellas épocas, tan primitivo y especial, y, sobre todo, tan lejos del amaneramiento en que después entró, que poco á poco fué destruyendo las escuelas!

A pesar de su deterioro, ocasionado por el tiempo, conserva un sabor artístico que conmueve al que sabe apreciarla, y despierta en nuestros corazones ese sentimiento de pena que nos da cuando creemos destruidos por las generaciones actuales los rasgos característicos, las rancias ideas de una nación ó el demolido edificio al que se une una tradición ó un histórico recuerdo. ¿Por qué el afán de las innovaciones? ¿Por qué la idea de lo igual y simétrico nos destruye todo lo que de carácter artístico poseemos? ¿Por qué ese deseo de desfigurar todo lo que despierta en nuestras almas ese sublime recuerdo de las artes todas?

Parece que viene transmitiéndose desde principios de siglo un espíritu cosmopolita que tiende á destruir, no á edificar ideas propias. Por esto, y tal vez por esto sólo, me parece encontrar tan bello lo que acaso muchos de los que recorren las espaciosas salas de la Ex-

posición no se hayan dignado mirar con atención, como son precisamente las telas de que estoy hablando.

Franjas ornamentadas con interesantes dibujos, dos de ellas adornadas con hojas de cardo, entrelazan unos polígonos cóncavos convexos. Hay dentro círculos, y en éstos cabezas de bucleada cabellera en las que no están bordados más que los contornos de las facciones, el pelo y las ropas, por los que las creo de fines del siglo xv y de la escuela italiana.

El fondo de los círculos parece lleno de hojas lanceoladas, unas sobre otras, como si la cabeza fuera radiada.

Los ejes de las hojas de cardo forman, simétricamente dispuestas, preciosas guirnaldas, unidas con anillos bordados de seda, oro y plata, del mismo estilo que un hermoso frontal de Palencia, que ya describiré más tarde y que para mí es de lo mejor de este género.

En otras dos franjas de la misma clase, sobre fondo de terciopelo negro, hay unos círculos que encierran, alternando tibias cruzadas y calaveras en aplicación, dejando después espacio para que serpeen preciosas hojas de cardo bordadas de oro. Tienen una tarjeta en donde hubo inscripción. Hoy no se puede ver. Hay cuatro franjas más, de

hojas de primorosa ejecución, todas cuatro de terciopelo rojo y con una ornamentación de hojas y flores. En dos de ellas hay signos bordados con seda verde. Tienen una fecha, *año de 1577*. Otras cuatro se dan; pero tan altas, que no es fácil su estudio. Las más bajas representan á Santiago, San Bartolomé, San Pedro, San Juan Bautista, Santa Lucía, San Pablo, San Andrés, San Juan Evangelista, San Lorenzo, un santo obispo con unas frutas en un plato, y la Santísima Virgen de pie y con el niño en los brazos.

La ejecución es buena en su totalidad, y el fondo de hilo de oro, trabajado escrupulosamente, se hace de incomparable riqueza, puesto que el sombreado de seda de las ropas en las figuras está sólo en los oscuros y dejando el hilo de oro para las luces. En entonaciones de seda se habrán empleado unos doce tonos en rojos, verdes, azules, rosas y dorados. Hasta aquí las telas de la segunda sala.

De la tercera y cuarta poco hay que mencionar que se relacione con mi objeto, puesto que la mayor parte de lo que allí se expone son interesantísimas fotografías de los monumentos romanos, cristianos y árabes de Túnez. No expone indumentaria de importancia merecida, y lo mismo acontece en la sala cuar-

ta, perteneciente á Reims (Francia), cuyas instalaciones están llenas de curiosidades artísticas, sin que entre sus telas veamos nada particular que merezca estudio.

Entramos en la quinta sala, muy digna de hermosos escritos por mano inteligente y experta, que derramara un torrente de armonías y que escribiera con la valentía que merecen las primorosas telas que encierra.

¡Las banderas que ondearon en las principales batallas, las que añadieron lauros de brillantes triunfos á la corona de Castilla y fueron arrancadas de las manos mismas de nuestros enemigos, cubren las paredes, algunas llenas de jirones, ennegrecidas con el humo de la pólvora ó manchadas con la propia sangre!

¡A cuánto sentimiento, á cuánta consideración se prestan tan preciosas reliquias! Su estudio debe considerarse aparte y de un modo especial; hoy no nos apartaremos de nuestro principal objeto.

Una capa pluvial de Toledo que perteneció al cardenal Gil de Albornoz; otra ídem del cardenal Mendoza, juntamente con un frontal del mismo señor y de la misma clase, y una de las mitras del cardenal Cisneros. Siguen unas ropas de Alcalá de Henares y de Cuenca, presentando Madrid una rica capa

pluvial de raso blanco. Además, se ve un severo frontal, también de San Isidro y de carácter funerario. Empezaré describiendo la soberbia capa de Toledo, sin duda la mejor y más interesante que la Exposición contiene, y que conviene sea comparada con la que posee el Museo arqueológico.

Como todas, forma un semicírculo, y no tiene capillo. En la cenefa, de forma rectangular, hay figuras: en el lado de la derecha alternan y se repiten la de una reina, un ángel y un obispo, y por el lado de la izquierda otra vez la de una reina, un ángel y un arzobispo, hasta llenar con su repetición la cenefa.

En el centro de la capa hállase la franja, que es perpendicular á la cenefa y que consta de tres secciones. ¡Qué hermoso es esto y de cuán grande significación! En la primera sección y superior, las figuras de Jesucristo y de la Virgen; en la central, la representación del Nacimiento de Jesucristo, y en la inferior y última, la Anunciación, en la que un ángel sostiene una filacteria, en la que se lee: *Ave María*.

Los lados de la capa están divididos en triángulos, dos en cada uno, y cada triángulo consta de tres secciones, teniendo los vértices en la parte superior.

En el vértice del primer triángulo de la izquierda se ve la representación de la Virgen con el Niño; debajo San Pablo y San Simón; bajo estas figuras las de un santo obispo, San Juan Evangelista, San Eduardo y San Lorenzo. Segundo triángulo: La Santísima Trinidad de hermosísima composición. El Padre Eterno nos muestra á Jesús en la cruz, mientras que entre las dos sacras cabezas, vuela el Espíritu Santo; debajo de este sentido grupo, están San Felipe y el patrón de España Santiago, y formando fila más abajo aún, Santa María Magdalena, San Ethelberto rey, San Dunstano y Santa Margarita.

El tercer triángulo contiene en el vértice la imágen de Nuestra Señora (sin duda queriéndola representar en el misterio de su Purísima Concepción). Está sola dentro de una gloria. En la segunda fila, San Andrés y Santo Tomás, y debajo de estas figuras Santa Catalina, Santo Tomás de Cantorbery, San Olao y San Esteuardo. Cuarto triángulo: En el vértice, Santa Leocadia, después San Pedro y San Bartolomé, y debajo Santa Elena, San Dionisio, San Edmundo y San Juan Bautista.

Hasta aquí, las figuras de tan precioso dibujo, todas ellas dentro de una ornamentación de primoro-

sos arcos ojivales, con todos sus característicos elementos, y preciosos pájaros meciéndose sobre los tréboles y entre los que se distinguen una preciosa pareja de pavos reales, que precisamente empezaron á figurar por entonces, dándole una especie de carácter á los bordados de la segunda época.

Las ojivas, llenas de primorosas cresterías, y tanto las columnas como los pináculos, llenos también de simbólicas cabecitas. El dibujo y composición de esta capa es altamente significativa, porque todas las figuras extremas de ella están pisando á distintos personajes, todos hostiles á nuestra santa Iglesia:

Vamos ahora á la parte ejecutiva.

La capa fué primero grabada en lienzo de hilo de tejido fino, pero de fuerte consistencia. Grabada en negro tan hermosa obra, fué, sin duda, en Inglaterra, donde también hubo de ser bordada, porque todos los datos y detalles del punto también lo delatan.

El fondo, cubierto con hilo de oro, hace desaparecer la tela y está bordada sólo por encima, sin pasar el revés más que la seda que va sujetando el oro.

Después quedan los arcos ojivales con sus cresterías, tréboles y pájaros simbólicos, todo ejecutado á punto de enjabado; pero sesgando de tal modo la puntada, que resul-

ten después como filas de nuestro punto de cadena, y no el enjabado que se ejecutó después y que se hace hoy. De las figuras, los vestidos y símbolos son bordados á este mismo punto, pero la representación de las carnes no está bordada; solamente tiene los contornos bordados, indicando las facciones y marcando el punto de luz de las mejillas con seda blanca.

El resto de las caras, cuellos y manos, es la misma tela de hilo de la capa que imita la carne. El pelo y barba de los *santos* son también bordados. En cuanto al colorido, sólo se han empleado de treinta á treinta y cinco colores, y en su totalidad están frescos todavía. Al bordar esta interesante labor, han ido siguiendo las líneas del grabado, que en algunos deterioros de la capa se ve perfectamente, ajustando el color á manera de listas, á fin de no extraviar las sombras del dibujo.

En cuanto á la composición de tan hermosa labor, vemos que nos representa en todos sus detalles el triunfo de nuestra Iglesia católica sobre sus perseguidores y heresiarcas. Ahora bien, registrando los anales de tan interesante trabajo, tropezamos con el testamento del mismo Cardenal Gil de Albornoz, que en su cláusula 17 así se expresa:

«Item, mando á la misma iglesia de Cuenca... *mi pluvial precioso de labor inglesa. Pluviale menude opere Anglicana.*» La famosa capa se había de usar en las siguientes festividades:

Natividad de Jesús, Circuncisión, Epifanía, San Blas, mártir, Purificación de María, Anunciación, Resurrección de Jesucristo, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Corpus, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Santa María Magdalena, Asunción de la Virgen, Natividad de la misma, Todos los Santos, San Clemente, mártir, y en las vísperas y maitines; y en la procesión, siempre que la usara ó el obispo de Cuenca ú otro cualquier obispo, y á no darse ninguno, solamente la llevará en la procesión quien hubiera dicho la misa mayor.»

Todo esto ha podido averiguarse de la capa: lo que se ignora todavía, es por qué tiene ahora esta prenda el cabildo de Toledo.

Mucho da que estudiar este soberbio monumento de indumentaria religiosa; pero no menos da que pensar la mitra del Cardenal Cisneros que vemos también en una de las vitrinas de la misma sala quinta. ¡A cuántas consideraciones se presta por su valor histórico! Aquel pedazo de tela ciñó en muchas solemnes ocasiones las sienes de aquel varón ilustre, la frente donde se alberga-

ron tan elevados conceptos, inspirados en un corazón magnánimo y de ardiente caridad!

Nada más sencillo, nada más modesto que aquella pobre mitra, tan desnuda de ostentoso adorno, sin riqueza en el bordado, sin piedras preciosas que la enriquezcan, sin tener siquiera brillo en la tela, puesto que se conoce ha sido muy usada. Es de terciopelo negro, hoy contra rúbrica, con aplicaciones de figuras bordadas. En un lado, la aparición de Jesús á Santa María Magdalena; hay un árbol entre las dos figuras. En el otro lado de la mitra, Jesús en la Cruz con María Santísima y San Juan. Estas figuras están ejecutadas á punto de enjabado, sin ser primorosa su ejecución, con sedas de colores. Rodea el borde de la mitra esta inscripción en letras góticas: *Ecce crucem Domini fugite partes adversas*, y en la parte de arriba unas cresterías de bordado de oro. Las ínfulas de la mitra tienen aplicaciones de este bordado y dos medalloncitos de diferente época de terciopelo blanco con cabezas de grabado rojo; todo muy modesto, casi pobre, tratándose del gran Cisneros. Madrid nos presenta en otra vitrina una hermosa capa pluvial de raso blanco, de ornamentación granada y profusa, en bordado de oro y grandes flores de seda de colores con pájaros, bastante

bien ejecutado en el punto enjabado. En la capucha está la figura de San Isidro, muy bien bordada, como lo restante de la capa, que es de mano maestra.

Las ropas de Cuenca también son muy buenas, representadas en una capa bordada y dos dalmáticas con su collarín. De hermosa tela morada con bordados de oro, sombreados con sedas verdes, tienen el escudo del donante, donde se lee: *Ave María*; además, una cruz recruzada, y en las mangas alguna flor de seda, mezcladas al bordado de oro. Es completamente incomprensible para mí, al tener que tratar del hermoso frontal fúnebre que hay en esta sala, el no poder dar detalles precisos y completos de tan hermosa obra. En la sala está casi oculto por una gran vitrina que tiene delante, tanto, que apenas parece estar figurando entre los objetos presentados; cualquiera creerá que sirve sólo para tapar un friso ó rodapie, puesto que ni aun en el catálogo aparece.

No sé ni puedo explicarme por qué es esto, dada la inteligencia de las personas competentes; pero tal vez corresponda á un olvido involuntario, mejor que á intención deliberada. Sólo sé decir que el tal frontal es de lo mejor en su género, que su ejecución es hermosa, que la composición está perfectamente cal-

culada para la distancia que ha de ofrecer á la vista del espectador en una iglesia de amplias naves, dadas las luces correspondientes; y en cuanto al colorido, es de muy buen gusto y muy sentido. Se habrán empleado unos cincuenta colores en sedas flojas, gruesas, siendo todo hecho á punto de enjabado, no sólo las preciosas figuras, sino el fondo todo del cuadro, en que hasta los lejos han sabido ser apreciados con el color. Representa la visión de Ezequiel acerca de la resurrección de los muertos, hallándose en las correspondientes leyendas. Este grandioso fenómeno está presidido por el Padre Eterno entre nubes. Creo que con esto que digo de tan hermoso trabajo, bastará para hacer fijar la atención hacia él, y con ella buscar los anales de obra tan interesante, puesto que hasta ahora se ignora hasta su procedencia. Ahora pasemos á examinar la capa y frontal que pertenecieron al cardenal Mendoza. Tiene el núm. 12. Es de rica tela de tisú de oro, conteniendo la cenefa seis cuadriláteros con figuras, bajo preciosos arcos; estas figuras representan: «Matrimonio de la Virgen. Anunciación, en la que el ángel sostiene una filacteria con esta inscripción: *Ave gratia plena*. Visita á Santa Isabel. Nacimiento de Jesús. Adoración de los Santos

Reyes. Jesús entre los doctores.» Están primorosamente bordadas sobre hilo de oro, en sedas de colores, y dejando entrever entre los pliegues de las ropas su tan hermoso brillo. La capucha ó capillo contiene la Presentación de Jesús en el templo; pero tan bella y tan bien conservada, que entusiasma.

Representa el pavimento del grandioso templo de Jerusalén, correspondiente á la parte central de la nave, de losas azules y amarillas; hay una mesa debajo de la cúpula; está sostenida esta cúpula por arcos de medio punto, apoyados en columnas y pilares.

En lo restante del templo, arcos adintelados.

La mesa, es el altar; sostenida por cuatro columnas lisas de bases áticas, y las de la iglesia son de gusto corintio, que revela el Renacimiento.

En el fondo, y detrás del altar, hay un cortinaje bajo el que vemos el *Sancta Santorum*, y en él el *Arca de la Alianza*. Las finuras de la Virgen, el divino Niño, Simeón y una mujer llevando las tórtolas, son tan lindas, que hacen sumamente interesantes la sentida composición de este dibujo.

En cuanto están sobre fondo de hilo de oro, bordadas las carnes de las figuras y sombras de las ropas, dejando en éstas el fondo de hilo de

oro para las luces de los pliegues. Esto enriquece notablemente los bordados del siglo xvi. En el frontal núm. 14 del mismo género está bordado el escudo del cardenal Mendoza, en el que se lee transversalmente *Ave María Gratia plena*. Los colores de sedas empleados en la capa no son más de diez y seis.

Alcalá de Henares. Esta histórica hermosa ciudad presenta también otra capa pluvial y frontal números 78 y 79, de terciopelo rojo, con rica cenefa de oro donde tiene bordadas seis figuras: las de San Pedro, San Juan Bautista, San Pablo, San Bartolomé, San Juan Evangelista y otro apóstol. Hay en el centro de la misma cenefa dos cuchillos cruzados, y todo ello bajo arcos de arquitectura sin orden determinado. En el capillo ó capucha están las figuras de los santos niños Justo y Pastor, sujetando dos palmas y dos coronas, atributos de su martirio. El fondo de la capa tiene un dibujo laberíntico de cordoncillo de oro enlazando cuchillos, palmas y coronas de laurel, bordados en sedas de colores á punto de enjabado. Correspondiente á esta capa hay una dalmática, que con el mismo dibujo en la ornamentación, llena todo el fondo de terciopelo, encerrando en el centro dos grandes rectángulos, que contienen las siguientes representaciones: En un lado los niños

Justo y Pastor delante del Maestro, que aparece sentado ante una mesa. Los niños tienen las tablillas con los estiletes con que aprendían á escribir. Junto al ángulo de la izquierda, en una tarjetita se lee, con letras muy pequeñas y borrosas: *Non nise Christus*, todo representado en una habitación de arquitectura romana. En el otro rectángulo aparece Daciano sentado en su trono y abajo los dos niños y otros personajes. A un lado un cuchillo y al otro una hoguera; sin duda en una tarjeta que allí aparece, y cuyas letras están destruidas, se leería: *Credimus in Jesum Christum*.

El sentimiento cristiano se subleva al recordar, ante tan sencilla composición, el martirio á que sometieron á estos niños, de edad de nueve y siete años, en tiempo de los bárbaros emperadores Diocleciano y Maximiano, en la décima persecución contra la Iglesia, á fines del siglo iii y principios del iv.

Justo y Pastor, hijos de San Vital, mártir, hermano de San Natal arzobispo de Toledo, y sobrinos de Santa Marta, dice la historia que, estando en la escuela, oyeron decir que todos los cristianos eran sacrificados por los perseguidores de la Iglesia, entre los que se contaba el cruel Daciano. Al oír esto, tiran las tablillas y los estiletes con que escribían, y corren á presentar-

se ante el bárbaro emperador, diciéndole las frases que aparecen escritas en las tarjetitas, y sometiéndose voluntariamente al martirio que, con inconcebible crueldad, mandó ejecutar Daciano en el campo laudable, donde también estuvieron enterrados sus sagrados cuerpos, hasta que San Asturio, arzobispo de Toledo, los exhumó, por revelación divina, á principios del siglo v, elevándoles un templo dentro de *Complutum* ó lo que es hoy Alcalá de Henares. Hay, además

de este ornamento, una sola dalmática de otro, de terciopelo verde, y el que yo llamo terno de los *Doctores de la Iglesia*, por hallarse representados en esta dalmática que nos sirve de muestra, San Gregorio Magno y San Agustín. Estas figuras, muy bien bordadas con sedas sobre hilo de oro, nos hacen desear ver las que tendrá la capa y que convendrá con la imaginaria del famoso sepulcro del cardenal Cisneros, que se conserva en la iglesia magistral de la dicha ciudad.

CATALINA NARVÁEZ.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Clausura de la Exposición Histórica.—Conferencias.—Diplomas.—Aplauso á los organizadores.—Trabajos de la comisión oficial italiana.—También allá se significa Mr. HARRISSE.—Juicio que ha merecido en Inglaterra.—El Sig. Cesare de LOLLIS, encargado de ilustrar los escritos de Colón.—Edición espléndida.—Reconstitución de los diarios del Almirante.—Idem de la carta dirigida á Gabriel Sánchez.—Nuevo texto italiano.—Autógrafos en facsímile.—Única objeción.—Poesía americana.

Se ha deshecho en Madrid el último lazo que prolongaba las manifestaciones públicas del Centenario. El 30 de Junio se cerraron las puertas de la Exposición Histórica, sin ceremonia ni aparato, si bien con apresurada concurrencia de los que la han visitado asiduamente como campo de estudio, deseosos de dirigir todavía una mirada á tantos objetos reveladores de la cultura española en tiempos pasados.

El plan concebido en la segunda época de la exhibición, de eslabonar en grupos esos objetos y presentarlos como manifestaciones del arte, no ha tenido completo desarrollo, faltando tiempo para la preparación de Conferencias, que, encomendadas como estaban á personas de gran saber, hubieran formado en conjunto un cuerpo de doctrina estimable, á la vez que dejaban, como á la serie de las del Ateneo sucede, un

recuerdo permanente, una enseñanza siempre provechosa de la vida de la nación en la época de sus expansiones.

Tocó al que esto escribe romper el hielo, como suele decirse, hablando de las naves y de la navegación en el siglo xv, porque formada muestra general de los recursos del ingenio y de la industria del hombre en los dos continentes, al cesar la incomunicación en que habían estado por siglos, debía hacer veces de prefacio el instrumento de que los españoles se sirvieron al realizar la obra de aproximación y conocimiento mutuo; esto es, la nave.

M. Emilio de Mollenne, que en el *Observateur français* ha publicado estudios de la Exposición, disertó en la lengua de Corneille comparando el influjo artístico ejercido por su nación en la nuestra cuando se erigían las catedrales guardadoras de las preciosidades manifiestas, con el que luego desarrolla-

ron nuestros soldados llevando á Flan- des y á Italia, en el bagaje, las obras de Guillen de Castro, de Lope y del manco de Lepanto.

La medicina tuvo en el doctor Calatraveño, ilustrado catedrático, sin el que muchos no supieran que uno de los libros abiertos en los escaparates es obra escrita en el siglo xi por el árabe Albu- casis enseñando la preparación de los minerales, las plantas y las raíces em- pleadas en el arte de curar, y que al libro acompañan otros de no menos in- terés, síntesis de los conocimientos médicos en los siglos xv y xvi y apli- cación de los mismos al beneficio de las drogas de Indias, en su número el tratamiento del garrotillo de Juan de Soto y el de las pestíferas bubas de Fran- cisco López de Villalobos.

De la numismática árabe trató el aca- démico orientalista D. Eduardo Saave- dra, haciendo estudio analítico de la mo- neda, tan distinta de los demás pueblos, como discurrida por medio de propa- ganda política y religiosa, y de la uti- lidad que como documento reporta á la historia dando á conocer fechas, suce- sos y personas que sin ella permanece- rían ignoradas, según lo han estado hasta estos tiempos en que se estudian y comparan los ejemplares, gracias á las colecciones sistemáticas formadas con la competencia de las que se han visto en el palacio de Recoletos, señalada- mente las del distinguido arabista don Antonio Vives y la de D. Gerardo Mullé de la Cerda.

Este señor, auditor general de la Nunciatura Apostólica y capellán de

número de S. M., rodaje principal en el mecanismo orgánico de la Exposi- ción europea, después de trasladar á ella lo mucho bueno que posee, ha re- corrido media España para traer los tesoros de los templos á su cuidado, y por ser en todo de servicio, tomó tam- bién á cargo conferenciar, sirviéndole los autógrafos y el báculo pontifical de D. Pedro de Luna, para bosquejar con delicadeza y maestría la simpática figura del purpurado aragonés, con- densando sus vicisitudes azarosas, la tremenda lucha sostenida desde que se tituló Benedicto Papa XIII, hasta mo- rir nonagenario en el castillo de Pe- ñíscola, *manteniéndose en sus trece*; la profanación moderna de sus restos mortales; la irrisoria suerte del cráneo que fué pensador y que reclama res- peto.

Documentos desconocidos antes, die- ron asunto á D. Manuel Foronda para la última de las disertaciones, el mis- mo día de la clausura, desentrañando con amenidad datos de la peregrinación por este mundo, del príncipe de los ingenios españoles, del siempre alabado Miguel de Cervantes Saavedra.

Seis conferencias en total, mínima parte del calculado en que habían de contarse monografías notables de los tapices, esmaltes, orfebrería, vasos y ornamentos sagrados, panoplia, indu- mentaria, códices y manuscritos.

En parte suplen la falta las copias de documentos, las descripciones y los grabados que han dado á luz las Re- vistas; en parte los catálogos un tan- to extendidos ó comentados por la pren-

sa periódica, según lo ha hecho don Enrique de Leguina en serie de artículos publicados por *La Epoca*; en parte de más interés, los vaciados y las fotografías en gran número sacadas y en colecciones reunidas algunas. Por este procedimiento entran en el dominio de la crítica del arte y en los apéndices de la historia, muchos objetos peregrinos.

Es, por tanto, aplicable á la Exposición retrospectiva europea, el juicio que de la americana hacíamos en la reseña anterior: ha reportado enseñanza y utilidad; ha realizado el concepto de las solemnidades, y merecen felicitación y aplauso, así los iniciadores como los que han llevado el peso y la responsabilidad grandes de organización y práctica, singularmente los delegados del gobierno, soportes de la grande obra: D. Juan Navarro Reverter, en la muestra americana; el reverendo P. D. Fidel Fita, en la europea.

Queda otra memoria del certamen en el diploma de premios, encuadrado por el lápiz de D. Arturo Mélida, en orla de puro estilo gótico, con adornos de muy buen gusto, apropiados á la época y al objeto.

¿Habrà de considerarse por los referidos actos, definitivamente acabado el plazo de los del Centenario? En los que pudieran llamarse externos, de seguro. Con la clausura de la Exposición de Madrid y el regreso á España de sus altezas los Infantes, ha concluido la gestión del Gobierno aquí, y al otro lado del Atlántico finará cuando las carabelas que han hecho viaje tormentoso

desde Nueva York hasta el río San Lorenzo, y remontado las aguas dulces hasta el pie del monasterio de la Rábida, fielmente copiado en Chicago, se entreguen por los marinos españoles; pero allí empiezan ahora las manifestaciones de iniciativa privada; los congresos, los periódicos, los libros que todavía han de aportar materiales nuevos, y en espera de reunirlos con los anteriores, dilatará por mucho tiempo aún la inteligencia de los cultivadores de las letras, la recolección del fruto en madurez, del suceso universal sin precedente.

Queda mucho que hacer á la Comisión regia italiana para llenar el grandioso programa de publicaciones que se propuso, conocido de nuestros lectores (1), y eso que los encargados no han tenido punto de reposo, procurando celosamente hacer buena la declaración del gobierno en Real decreto del 17 de Mayo de 1888:

« L'Italia ha il dovere di non rimaner seconda ad alcuna nazione nel ricordare in modo degno il fausto avvenimento, che celebra la virtù di uno trà suoi figli più insigni, e richiama al commoso pensiero quegli esperti e sagaci esploratori dell'Oceano, nella storia dei quali e da cercare per gran parte il processo intellettuale donde Cristoforo Colombo fu condotto alla sua meravigliosa intrapresa. »

Por excepción única, debida á la notoriedad de los estudios sobre la vida y

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, Setiembre de 1892, pág. 185.

viajes de Colón, dispensó el gobierno italiano á Mr. Henry Harrisse la honra de nombrarle miembro de la comisión en que habían de colaborar los señores César Correnti, Giacomo Doria, Tomás Belgrano, César Cantú, Dalla Vedova, Barrili, Desimoni, Staglieno, con varios otros ilustres escritores é historiógrafos, y, por de pronto, hubo de aceptar el cargo *bénévolement et avec une naïveté à nulle autre pareille*, según se sirvió notificar á la república literaria (1); mas luego, cambiando de consejo, declinó la confianza por disidencia con los colegas al formar el plan y repartir el trabajo, asignándole la edición de los escritos del primer Almirante de las Indias y la compilación de una bibliografía colombina.

Con la dimisión dió el crítico americano nueva muestra de esas genialidades repetidas, con las que tanto ha dado materia de sorpresa, y por las que le ha considerado el Sr. Fabié *caso patológico* curioso. En Francia primero, en Italia, en Portugal, en España después, se han ido recogiendo y comentando (2), y, al parecer, empiezan á llamar la atención en Inglaterra, juzgando por las frases de una revista crítica acreditada, *The Athenaeum* (3), al dar

noticia de la última obra seria, *The Discovery of North America*, anunciada modestamente por el Sr. Harrisse como ejemplar modelo de las historias del porvenir (1).

Reconociendo que el libro es de aquellos que debe poseer cualquier biblioteca por la utilidad que principalmente reporta la cronología de los primeros viajes á América y las biografías de pilotos y de cartógrafos que contiene, expone el periódico inglés que el autor, Mr. Harrisse, «*como se sabe*, suele ser más indulgente con su persona que con las de sus amigos (2)» lo que no es óbice para que en su obra sea fácil tropezar con errores de bulto (3) y para que en ella se observe que omite todo lo que no le conviene citar, incluso el nombre de los escritores cuyas ideas ó trabajos se apropia.

La comisión italiana ha sabido proseguir su empresa sin auxilio del *irascible americano*, y, según se advierte, no lo ha echado de menos, hallando fácilmente en el catedrático de historia comparada de la literatura neolatina en la real universidad de Génova, señor Cesare de Lollis, quien le sustituya sin conmoción en el firmamento.

Para la publicación, en la parte extrínseca, ha adoptado la pauta de volúmenes de 0^m,40 × 0^m,29 en las di-

(1) Henry Harrisse: *Autographes de Christophe Colomb, récemment découverts (Revue Historique)*. París, Janvier-Fevrier, 1893, páginas 44-64.—LA ESPAÑA MODERNA, Marzo de 1893, pág. 187.

(2) Todavía en el volumen de *El Teatro Crítico* de doña Emilia Pardo Bazán, que se ha distribuido con fecha adelantada de Noviembre de 1893, se notan.

(3) London, June 17, 1893.

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Enero de 1893, pág. 183.

(2) *As is well known, Mr. Harrisse is more indulgent to himself than he is to his friends.*

(3) *A work in which it is easy to find curious errors.*

mensiones del papel, expresamente fabricado con la marca transparente *R*. *Commissione colombiana*: la caja tiene 0^m,27 X 0^m,17; los tipos son elzeyirianos, la estampación excelente. En la portada llevan por adorno el escudo de armas de Cristóbal Colón, tal como lo describe el privilegio de los Reyes Católicos, sin cimera, lambrequines, lema ni otros accesorios arbitrariamente añadidos aún en la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo.

El primero de los tomos muestra por título y data, *Scritti di Cristoforo Colombo pubblicati ed illustrati da Cesare de Lollis. Vol. I. Roma. Auspice il Ministero della pubblica istruzione. MDCCCXCII*, y en la última hoja, *Finito di stampare questo giorno 7 Ottobre 1892 nella tipografia Sordo-muti di Luigi Ferrari in Genova*. Foliación XV-CXXX-312, en total 460 páginas.

De las tres divisiones indicadas por la foliación, la primera ó proemio historia los actos de la Comisión desde el momento en que fué instituida y los trabajos de preparación, incluyendo los de reconocimiento y búsqueda de papeles en las principales Bibliotecas de Europa. A visitar las de España vino el referido Sr. de Lollis, y la Comisión se complace en consignar, con frases galantes, agradecimiento por la acogida que en Madrid, en Sevilla, en Simancas, le dispensaron las personas que va nombrando.

Seguidamente explica el Sr. de Lollis cómo ha reunido y compulsado, no sólo los escritos autógrafos de Colón,

sino también los conocidamente auténticos, ordenándolos cronológicamente, estudiando el contenido, transcribiéndolos depurados de los errores de copia é ilustrándolos con observaciones propias que ayudan al que haya de juzgar al gran navegante por los testimonios que de su mano nos quedan.

En el estudio ha procedido con pulso y escrupulosidad que ha de agradecerle todo colombino por lo que abrevia las comparaciones, y previene las dificultades de tener á la mano tantos textos dudosos ó evidentemente adulterados, y en la ilustración se extiende sin duelo del trabajo, henchendo con catorce documentos el grueso volumen del tomo.

Ocupa primer lugar el Diario de navegación desde la salida del puerto de Palos, según el extracto que hizo de su mano el P. Las Casas, copiado á la letra del manuscrito original conservado ahora en nuestra Biblioteca nacional, extracto procedente, á juicio del crítico, de aquel libro escrito al modo de los Comentarios de César que el Almirante anunciaba al Pontífice en la carta que dirigió en Febrero de 1502 y del que marca huella el privilegio otorgado en 1554 á D. Luis Colón para imprimirlo. Repetidas se ven en la *Historia* de D. Hernando Colón con fijeza que destruye cuanto ha ocurrido al Sr. HARRISSE para tildar de impostura italiana del siglo XVI la obra, de autenticidad definitivamente demostrada por d'Avezac, Fabié y Peragallo, de autenticidad tan evidente para el se-

ñor de Lollis que de esa obra se sirve á cada paso, después de razonar los fundamentos de su creencia, y con labor prolija, anota las coincidencias y las variantes observadas entre el Diario extractado de Las Casas, la *Historia de Indias* del mismo Padre, y la *Historia* de D. Fernando Colón; lo que en alguno de estos textos se abrevia ó se omite, constando en los otros.

No menos reflexión y trabajo representa la reconstitución del texto español de la carta enderezada por Colón á Gabriel Sánchez, que intenta, comparando y depurando los ejemplares impresos ó manuscritos conocidos y no conocidos, los bibliófilos; el texto del cura de los Palacios; las versiones italianas y latinas, anotando también con escrupolosidad pasmosa las variantes más ligeras; las coincidencias, los idiotismos que pueden servir para descubrir el lugar de la impresión; los indicios de precedencia y derivación del prototipo, copia ó trasunto; la discusión de erratas y de fechas, y el análisis de opiniones anteriormente expuestas sobre cualquiera de estas materias.

El Sr. de Lollis no cita el estudio que en 1867 publicó el Sr. D. Pascual de Gayangos, ni el más reciente de D. José M. Asensio, discutido por Mr. Harrisse, suponiendo estampada en imprenta de Sevilla, una de las ediciones españolas (1); sin duda no han llegado á sus manos trabajos que se dieron á

luz en Revistas de circulación restringida y que no han tenido la resonancia de las de Inglaterra y Alemania.

Al texto castellano de la epístola acompaña el de la versión latina de Cosco, y en refuerzo de sus alegatos inserta, entre los comentarios, otras dos traducciones italianas halladas en la Biblioteca nacional de Florencia, inéditas y desconocidas antes, y una tercera cuyo encabezamiento despierta la atención y presta al documento gran autoridad. Dice:

«Copia de una letra scritta del armiralgio Colon del signor re de spagna la qual scrive a la corte regal ad certi conseieri del signor re, mandata del grande Tresorir del ditto signor in fiorenza al fratello Joane Sanzio.»

Tiene averiguado el Sr. de Lollis que, en efecto, Juan Sánchez, mercader, residía en Florencia donde dejó, lo mismo que en Venecia, muchas memorias, y presume que hubo de servir en la oficina regida por su hermano Gabriel, toda vez que en cédula, expedida en Medina del Campo el 17 de Noviembre de 1504, se le acordaba licencia para llevar mercancías á la isla Española aunque no fuese natural del reino de Castilla, y respondiendo á memorial suyo, se le designa con el nombre de «Juan Sánchez de la Tesorería, natural de la cibdad de Zaragoza.»

Empresa de mayor dificultad, si cabe, que las anteriores, acomete también en este libro su autor, procurando reconstituir el Diario de la segunda navegación del Almirante, sin más rastro que el que descubre el raciocinio en

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Octubre de 1891.

escritos de contemporáneos, pero con la seguridad en la pista que da el olfato al perro cazador.

Que Cristóbal Colón anotara diariamente las ocurrencias del segundo viaje, como lo hizo en el primero y en los sucesivos, no es dudoso, puesto que D. Fernando declara en su historia que tuvo la relación á la vista, y el P. Las Casas frecuentemente acude á la autoridad del Almirante cuando refiere los sucesos. La conformidad con que ambos historiadores los van narrando, conformidad notable á pesar de las alteraciones que en la versión italiana pudiera introducir Alfonso de Ulloa, indica que hubieron de acudir uno y otro á la misma fuente de información, el libro de Comentarios á la manera del César, y que harían previamente extractos acomodados al criterio que presidió en el que del P. Las Casas se conserva relativamente á la expedición de descubierta, con aquellas diferencias que en todo caso determina la personalidad, ó que el obispo, como posterior, se sirvió del trabajo hecho ya por D. Fernando, omitiendo de él por la indicada diferenciación, lo que no estimaba de capital importancia; pero como á veces, en vez de extractar, amplía el texto del historiador de su padre con noticias que no pueden suponerse inventadas, ha hecho el señor de Lollis investigación de la procedencia, encontrándola en las obras de Pedro Mártir de Anglería y en la Crónica de Bernáldez, con concordancias entre sí que no se explicarían á no haber declarado también estos escritores

que se servían de documento autógrafos del navegante.

Acabada la ímproba tarea de comparación, estudiadas las divergencias y extraídos los fragmentos declarados de mano propia del Almirante para la reconstitución del Diario, lo divide el Sr. de Lollis en tres períodos: 1.º, de ocurrencias desde la salida de Cádiz hasta el regreso de las doce carabelas que trajo Antonio de Torres; 2.º, el reconocimiento hecho por Colón en la provincia de Cibao y costa de Cuba, y 3.º, el de imposición de autoridad en la Española y vuelta de Colón á España. Transcribe en dos columnas paralelas los textos de D. Fernando y del P. Las Casas, para la primera parte, haciendo conocer en notas las opiniones de narradores que fueron testigos de vista de cualquiera de los sucesos; del Dr. Chanca, según el manuscrito del Códice Aspa, en la Academia de la Historia, comparado con el texto de Bernáldez; de Miguel de Cuneo, saonés, que, como el médico, hizo el viaje; de Simón Verde y de Guillermo Coma, que recogieron noticias de los marineros de Torres. En la sección segunda pone también á dos columnas, confrontados los textos de Pedro Mártir y de Bernáldez.

De esta manera reúne en conjunto cuanto se sabe de primera mano relativamente á la expedición colonizadora, aunque, en realidad, no sea el escrito de los que nos quedan y se presentan en toda su integridad como auténticos de Colón.

Los restantes, hasta completar el

volumen, son casos distintos; memoriales, instrucciones, fragmentos de cartas transcritas por D. Fernando ó Las Casas, prefiriendo siempre los del último, por dar el texto castellano. El colector calcula las fechas, cuando no las tienen, discutiendo apreciaciones distintas á las suyas; las de los que ordenaron nuestra colección titulada *Cartas de Indias*, por ejemplo, en uno de los documentos; aclara hechos tenidos por dudosos, como el de la prisión del cacique Caonabo, de cuyos pormenores estuvo mejor informado el P. Las Casas que D. Fernando Colón; anota las variantes de copias en otras obras publicadas, por acreditar la comprobación que ha hecho de las conocidas con los originales, no con intención de marcar errores en que fácilmente puede incurrirse con la mejor intención.

En el texto del obispo de Chiapa me parece hay uno, imputable al copiante que preparó las cuartillas para la imprenta, y que el mismo Sr. de Lollis ha transmitido. Hállase en el transcrito de carta en que Colón contaba el recurso de que se valió para navegar desde Cerdeña al cabo de Carthagine en persecución de la galeaza *Fernandina*, en esta frase:

«...yo, visto que no podía sin algun arte forçar su voluntad, otorgué su demanda, y, mudando el cebo de l'aguja, di la vela, al tiempo que anocheçia.»

Por *cebo*, entendían los náuticos del tiempo, la práctica de frotar la aguja con la piedra imán, operación que re-

petían con frecuencia, porque el instrumento se fabricaba con alambre de hierro y perdía la influencia magnética. Se comprende que la operación no ayudaba al plan discurrido por el capitán del rey Reynel; que lo que éste hizo fué despegar la rosa de la aguja y colocarla inversamente, artificio que el original explicaría con palabra que fácilmente se confunde con la empleada. Diría: *mudando el cabo de la aguja*; donde se ha leído, *mudando el cebo de la aguja*; lo acredita la traducción de Ulloa, *mutando la punta del bussolo*.

Conoce muy bien el Sr. de Lollis y cita las reflexiones que el peregrino ardid referido por el Almirante de las Indias como suceso de la juventud y expediente de los que muchas veces debe discurrir el hombre de mar en casos extremados, ha sugerido á los biógrafos del grande hombre; conoce las explicaciones ó comentarios diversos de Spotorno, Peschel, d'Avezac, HARRISSE, Breusing, Peragallo, Budinger, Gelcich, Schmidt, sin inclinarse más á unos que á otros, por ser su objeto único el de la autenticidad indudable del escrito. Los que no ha podido conocer, pues que han aparecido con posterioridad á su libro, son los estudios de los Sres. Altolaguirre y Fabié (1), por los que autorizadamente queda probada la posibilidad de que la nao genovesa, al servicio del rey Renato de Anjou, persiguiera á una ga-

(1) *Boletín de la Academia de la Historia*, tomos XXI y XXII.

leaza catalana perteneciente á Don Juan II de Aragón, durante la guerra que en Cataluña tuvieron en 1472, año en que Colón debía contar los suficientes para regir bajel. No se prueba al mismo tiempo que los dichos del Almirante, por suyos, deban recibirse como verdades evangélicas; antes bien, podrá servir la carta de ejemplar para que en muchos casos donde el interés ó la pasión influyen, se estime prudente aplicarles la piedra de toque de la comprobación. De mí sé decir que siempre me ha parecido cuento divertido lo del cambio de la rosa; lo uno por la simplicidad que presupone en los marineros, los cuales no necesitan de la aguja para saber hacia donde va la proa y de dónde viene el viento, á no ser en circunstancias excepcionales de niebla ó de oscuridad absoluta; lo otro por no ser acaecimiento natural ó probable que nave de vela caminara más de cien millas en una noche, aunque fuese de invierno.

Acaba el tomo I de *Scritti di Colombo* con la escritura de institución de mayorazgo, documento cuya historia complicada en el litigio de sucesión del Almirantazgo de Indias desenreda el Sr. de Lollis con datos relativos á la sustracción de una hoja, suplida, por último, é identificada por los tribunales; datos de utilidad, pues, que por los incidentes mismos de confrontación judicial, adquirió la escritura condiciones de certeza, empeñados en negar los que, sabiendo que explícitamente se declara en ella genovés Colón, quieren darle otra naturaleza,

como señaladamente lo hace el presbítero corso Sr. Peretti.

Se comprende que no haya bastado al Sr. de Lollis el tiempo transcurrido para dar cabo á una obra sujeta á plan tan escrupuloso. El tomo II con que continuará la colección ilustrada de papeles y de noticias del tercero y cuarto viaje, uniendo las que tenemos hasta el fallecimiento del Almirante, tiene entre manos y pondrá á nuevas pruebas su diligencia y sagacidad, sobre todo al investigar las noticias de la última expedición, poco estudiadas hasta ahora. Por no precipitar la impresión, con perjuicio del resultado, ha dado á la estampa el tomo III, si trabajoso no menos, de no tanta meditación exigente, consagrado como está á los autógrafos, según el título reza. *Autografi di Cristoforo Colombo con prefazione e trascrizione diplomatica di Cesare de Lollis*. Las explicaciones ocupan veintidós páginas, ó sean once fojas; ciento cincuenta y nueve los facsímiles por procedimiento fototipográfico, y otras tantas la transcripción castellana, á plana y renglón, puesta en frente, dando al volumen, en suma, 323 fojas.

Comienzan en la XXXX las anotaciones marginales que tienen los libros impresos del Papa Pío II, de Ailly, de Marco Polo, de Plinio, existentes en la Biblioteca Colombina de Sevilla, y las páginas del volumen manuscrito del Libro de las Profecías, expuestas y discutidas en el prefacio, las opiniones diversas acerca de la mano ó manos que movieron la pluma. El señor de Lollis

encuentra razones para no admitir la del P. Las Casas, aunque este historiador presumía saber distinguir bien la escritura del Almirante de la de su hermano Bartolomé, y cree que las notas de los libros son todas del primero, sin excepción de aquella declaratoria de haber asistido el autor al desembarco de Bartolomé Diaz en Lisboa, hecho el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza. Las consecuencias que en tal caso se derivarían, ya admitiendo que don Cristóbal formaba parte de la expedición portuguesa, ya simplemente que utilizara la licencia y salvoconducto del rey D. Juan para volver temporalmente á sus Estados, dan margen á objeciones graves que más bien espesan que aclaran uno de los puntos de *la Nebulosa*. Yo tengo entendido que don Cristóbal no salió de España desde que pisó su territorio, y no puedo persuadirme, por tanto, de que escribiera la anotación, ó de que esta haya de entenderse de la manera interpretada, recordando para el último extremo, como tengo dicho, que no siempre se ajustan las declaraciones del Almirante con la verdad absoluta.

Dejando á esta ideal Señora en su lugar, no empece la observación al juicio que por los dos volúmenes cabe anticipar, de la obra del Sr. Cesare de Lollis; responde, sin controversia, á la confianza que en sus dotes depositó la Comisión real italiana; es digna de la empresa monumental con sus volúmenes iniciada; digna del Centenario y de la grandiosa figura conmemorada.

He visto, por una de esas eventualidades impensadas que suelen ocurrir, manuscrito recientemente descubierto en Madrid, que parece autógrafo de Colón y que, si bien no enseña nada nuevo, tiene la importancia de cosa allegada á su persona. Se halla bajo cubierta de pergamino que debió en su tiempo preservar un cuaderno de papel en folio, destinado á *vademecum*: las hojas han sido arrancadas sin quedar más de una, que tiene por un lado nota breve, y por el otro trazo á la pluma de una parte de la costa de la isla Española, con los nombres de los lugares. En el pergamino del forro quedan claramente visibles las siglas que el Almirante usó por antefirma, trazadas con seguridad y con semejanza á las de su mano que á primera vista las identifican.

Me obliga la extensión de esta reseña á concluir la con mera enunciación de obra editada en Alemania, siguiendo un plan parecido al del vizconde de Santarem en su Cartografía primordial de Africa; se titula:

«Die entdeckung Amerikas in ihoer bedeutung für die geschichte des weltbildes von Konrad Krestschmer, Festschrift der Gesellschaft für erdkunde zu Berlin zur vierhundertjährigen feier der cutdekung Amerikas. Berlin, 1892. Con atlas de cuarenta cartas.

De los Estados Unidos sólo la poesía nos ha enviado manifestación, en un poema y una novela: *The New World*. A poem by L. James Block, author of «Dramatic sketches and poems.» Chicago, 1893, 8.º, 95 páginas.

Columbus in Love (Colón enamorado) by George Alfred Townsend. Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 8.º (Illustrated).

Por el contrario, al estudio y á la erudición se debe el interesante opúsculo titulado: *Manuscrits d'Espagne remarquables, par leurs peintures ou par*

la beauté de leur exécution d'après des notes prises à Madrid, à l'Exposition historique pour le quatrième Centenaire de Colomb et complétées à la Biblioteca Nacional et à la Bibliothèque de l'Escorial, par Paul Durrien conservateur-adjoint au Musée du Louvre. Paris, 1893, 8.º, 78 páginas.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

IMPRESIONES LITERARIAS

De algún tiempo á esta parte, la suerte del Teatro Español no ha podido ser más desdichada. Administrado por concejales, cargo que no siempre supone competencia literaria, y explotado por empresas más atentas á su lucro particular que al brillo de las letras patrias, es lo cierto que el antiguo Corral de la Pacheca, ha ofrecido en las últimas temporadas un lastimosísimo espectáculo. Ni los esfuerzos de Ricardo Calvo, ni el prestigio un poco gastado de Vico, han podido impedir el desvío del público. Según declaración de los dos últimos citados actores, han sido muchas las noches en que no han llegado los ingresos de la taquilla á la cantidad de doscientas pesetas. Era, en efecto, un cuadro triste el que presentaba en la última temporada, aquella sala fría, desapacible, solitaria, y aquel escenario desprovisto de decorado y en donde unos cuantos artistas medio afónicos suplían con inaguantable manoteo su falta de condiciones artísticas. Esta situación lastimosa del primero de nuestros teatros, unida á las lamentaciones de Vico y al pesimismo de una parte de la prensa que da poco menos que por muerto el género castizo, han contribuido en gran manera á que sea un artículo de fe la creencia de que el Teatro Español está llamado á desaparecer, á lo menos en lo que tiene de español. Tan arraigada se halla esta idea, que en un diario de gran circulación se proponía días pasados, con la mayor formalidad del mundo, que se arrendase el clásico coliseo, á condición de representar alguna que otra vez obras de nuestro repertorio, pero autorizando al empresario que se decidiese á tomarlo, para que pusiese en escena la plaga de traducciones que se ha apoderado de los demás teatros, ó lo que es lo mismo, para que entregase al extranjero el viejo escenario en que resonaban, cuando Dios quería, los versos de Lope, Calderón y García Gutiérrez.

Según se ve, no es bastante que nuestra escena dramática ande desterrada de los teatros *grandes* de Madrid;

es menester además que se la arroje de su propia casa, y que sólo como de limosna se la permita que, de tarde en tarde y de un modo vergonzante, aparezca en el glorioso tablado en que conquistó tantos y tan legítimos triunfos. Sólo falta ya como complemento de esta luminosa idea, que se sustituyan los retratos de Lope, Calderón, Rojas, Alarcón, Tirso y Moreto que adornan hoy el proscenio del clásico coliseo, por otros que representen á Corneille, Racine, Molière, Voltaire y Beaumarchais, y que se borre de la fachada del edificio el nombre de *Teatro Español* y se ponga en su lugar, con letras de vara y media, TEATRO FRANCÉS.

No creo, sin embargo, que estos deseos se realicen. Por ajenos que sean los ediles que forman la comisión del teatro á las cuestiones literarias, es de suponer que no faltará un alma caritativa capaz de hacerles entender la obligación en que están de impedir el atentado de lesa patriotismo que se pretende cometer al abrir incautamente el Teatro Español á la turba de traductores galiparlantes. Bastante tienen éstos con la *Comedia* y la *Princesa*.

Los que abogan por el susodicho pensamiento, afirman, bajo su palabra, que el público no gusta ya de las obras nacionales, que no existe un autor siquiera original, y que las corrientes del gusto van por rumbos muy diferentes de los que siguió hasta aquí el ingenio genuinamente español.

Ninguna de estas tres afirmaciones es exacta. Nuestro público, guiado por su instinto artístico y por la poderosa

influencia de la tradición, gusta de ver las comedias y dramas del antiguo repertorio y las que siguen sus castizas huellas. Los hechos lo confirman. El *Don Alvaro*, resucitado por Rafael Calvo y repetido después hasta la saciedad, aun ejecutado de manera tan deficiente como lo representaron Vico y los suyos, ha obtenido, en la última temporada, no pocos aplausos y buenas entradas; el *Don Juan Tenorio*, según ha declarado el propio Vico, dió grandes ingresos en el pasado mes de Noviembre. En uno de los años anteriores bastó con que la señorita Guerrero hiciese el papel de doña Inés, con una perfección á que no estábamos acostumbrados, para que durante treinta ó más noches consecutivas se viese llena la sala del Español. En el penúltimo invierno, la compañía de Ricardo Calvo tuvo en el cartel, durante muchas noches, *La Calle de la Montera*, obra calcada en las antiguas de capa y espada, y el drama de Guimerá *Mar y cielo*, que por las pasiones que en él intervienen, por su exaltado lirismo y hasta por la condición de los personajes, se diferencia en absoluto del arte y gusto francés, alcanzó un legítimo triunfo, del cual participaron también los actores.

Ninguna obra francesa de las representadas en las mismas épocas, ha obtenido éxito comparable con los conseguidos por las obras españolas que acabo de citar. *El Casamiento de Olimpia*, *Thermidor*, *Frou-frou*, *Dora* y todas las demás comedias francesas con que Palencia ha intentado imponernos

el género transpirenaico, no han conseguido atraer más que á una parte muy escasa del público. Si *La Dama de las camelias* y *Divorciémonos* han sido aplaudidas, más se debe al mérito indiscutible de María Tubau que al gusto del público por los dramas franceses. Que esto es así lo comprueba el viaje transatlántico emprendido por los apreciables actores del teatro de la Princesa, los cuales, á decir verdad, aventajaban con mucho á los del Teatro Español.

No puede, por consiguiente, afirmarse con fundamento, que el público prefiera las comedias francesas á las nacionales. En todo caso, podría decirse que está cansado del género serio y apetece los sainetes de los teatros por horas. Pero tampoco esto es cierto. Los espectadores no han ido al Teatro Español porque allí han faltado actores; porque, lejos de ponerse en escena las obras con la debida propiedad, se representaban, poco menos que como en tiempo de Cervantes; porque los actores ni estudiaban ni entendían sus papeles y por otra multitud de causas que omito por demasiado sabidas.

Por otra parte, los directores de este desventurado teatro, faltos de iniciativa ó poco deseosos de luchar en pro del arte, se han contentado con repetir cien y cien veces dramas que el público sabe de memoria. *La Vida es sueño*, *García del Castañar*, *Entre bobos anda el juego*, *La Estrella de Sevilla*, *Don Alvaro*, *Los Amantes de Teruel*, *El Alcalde de Zalamea*, *Don Juan Tenorio* y la segunda parte de *El Zapatero y el*

rey constituyen todo el repertorio de las compañías de Vico y Calvo, repertorio que, por lo repetido, no puede despertar el interés que de seguro despertarían *El Mejor alcalde el rey*, *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, *Marta la piadosa*, *El Castigo sin venganza*, *La Verdad sospechosa*, *Las Paredes oyen*, *El Desdén con el desdén*, *Doña Mencía*, *Don Francisco de Quevedo*, *El Excomulgado*, *El Hombre de Estado* y tantas otras obras maestras, ya del siglo xvii, ya de la primera mitad de este siglo, injustamente olvidadas. Cuando falten espectadores para todas estas obras, cuando, ejecutadas con la debida perfección, permanezca desierta la sala del teatro, entonces, y sólo entonces, podrá decirse que nuestra escena ha muerto. En tanto que esto no se compruebe, habrá motivo para suponer que si el público no acude al Español, es porque allí se representan mal obras repetidas hasta el exceso.

Respecto á que falten escritores que produzcan obras nuevas inspiradas en la tradición castiza, tampoco es afirmación que pueda defenderse en absoluto. Cierto es que no son muchos los que aspiran á ser originales y españoles en el teatro; pero esta falta, que sólo dejarán de ver los ciegos, no depende tanto de los poetas como de los actores y de la dirección de la crítica periodística. Aquí, como hace notar Bremón, se maltrata sin piedad al escritor que produce una obra original y se pone por las nubes al que desarregla un *vaudeville* francés. Más de una vez hemos visto dramas españoles acogi-

dos con desdén, bastante mejores que otros que obtuvieron un éxito ficticio, gracias á que se presentaron amparados por los pliegues del pabellón francés.

No se crea por esto que digo que abogo por el género romántico. Los años no pasan en vano, y no son estos los tiempos de los vates melencólicos ni de los dramas de tumba y hachero. Pero la savia de nuestro teatro no es precisamente lo que se entiende por romanticismo; consiste más bien en la viveza de las pasiones, en la complicación de la trama, en el rumbo y boato del estilo, en el lirismo de la versificación, cualidades todas que no son hijas del convencionalismo retórico, sino consecuencia natural y legítima de nuestro carácter apasionado, vehemente y soñador. Una obra dramática puede ser muy moderna y estar al mismo tiempo inspirada en los sentimientos y cualidades de nuestra literatura. *Realidad*, por ejemplo, á pesar de todo su modernismo, es eminentemente española. Al verla, vienen á la memoria la *Celestina* y la *Dorotea*. Comedia moderna es *El Tanto por ciento*, y, sin embargo, bien manifiesta está en ella la influencia de Calderón y Lope. Compárese la hermosa producción de Ayala con *Un mauvais riche*, *Ceinture dorée*, *La Pierre de Touche*, *L'Honneur* y *L'Argent*, *La Bourse*, *Mercadet* y *La question d'Argent*, obras cuyo pensamiento capital coincide con el de *El Tanto por ciento*, y se verá cómo la obra española pudo ser original apartándose por completo

de aquellas comedias francesas, algunas de ellas de mérito indiscutible.

Y ya que queremos seguir el ejemplo de Francia, sigámoslo en el culto que allí se se consagra á la tradición artística. Mucho más distantes de los gustos modernos franceses que lo estamos nosotros de los que inspiran nuestras comedias clásicas, lo está el teatro de Racine, de Corneille, de Molière y de Voltaire, y, sin embargo, el público de la nación vecina acude á la *Comedia Francesa* y se extasia ante sus antiguas tragedias y las aplaude con verdadero entusiasmo. Poco ha que los actores de la casa de Molière han hecho una expedición por provincias, expedición que ha sido un verdadero viaje triunfal; y en París, durante todo el año, una multitud compuesta de lo más selecto de la gran ciudad se deleita en la contemplación de las obras maestras de su repertorio, á la manera que nosotros nos complacemos con los lienzos de Velázquez, Murillo y Ribera.

Claro es que los actores franceses aventajan con mucho á los nuestros; pero ¿no sería imposible reunir aquí, entre los artistas españoles, un cuadro que, convenientemente dirigido y con la protección que el Estado debe dispensar á la escena clásica como se la concede á otras manifestaciones del arte, la pintura por ejemplo, pudiera conseguir, no sólo que el público admirase el rico venero que se encierra en las obras de nuestros dramáticos, sino contribuir además á que los autores contemporáneos buscasen su ins-

piración en las verdaderas fuentes de nuestra belleza dramática? No consiste el patriotismo tan sólo en las declamaciones políticas: también es obra patriótica conservar y aumentar el tesoro de nuestras glorias nacionales.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEUM DE BARCELONA

Pocos libros he leído en estos últimos meses que me hayan producido más grata impresión que el titulado *El Arte industrial en España*. Hay en esta obra del ingeniero de caminos D. Pablo Alzola tal suma de observación, tanta riqueza de datos interesantes y tan sincero y noble patriotismo, expresado todo ello en forma tan clara y amena, que ni por un momento cansa su lectura. Sin pretensiones didácticas, sin retóricas ni floreos, pero con un gran sentido práctico y con dominio absoluto de la materia, *El Arte industrial* fija las reglas principales á que debe someterse la estética de las ciudades y de las viviendas, enunciando luego con gran copia de interesantes noticias las observaciones recogidas por el autor en numerosos viajes y en largos estudios acerca de la enseñanza industrial, de los medios para fomentarla y de los resultados obtenidos en las principales ciudades de Europa.

En el libro del Sr. Alzola encontrará de seguro quien lo leyere, no sólo advertencias útiles para el *confort* y embellecimiento de su casa, sino preciosas noticias que le permitirán apreciar

el grado de cultura alcanzado por las naciones modernas. En este sentido, *El Arte industrial* es una interesante página de la historia contemporánea.

Una impresión triste deja, sin embargo, el libro del Sr. Alzola. Nuestra patria, comparada con los demás pueblos de Europa, aun con los de menos importancia, ocupa lugar muy secundario. La falta de iniciativa particular agravada por el escaso interés con que miran nuestros gobiernos todo lo relativo á la enseñanza, y muy particularmente la enseñanza de las artes industriales, es causa de que España, á pesar de su gloriosa tradición artística, se encuentre hoy en deplorable atraso. En ninguna industria de importancia podemos competir con el extranjero: de aquí la dependencia comercial en que vivimos y la indiferencia desdeñosa con que el público mira la producción nacional, y los esfuerzos estériles de las contadas personas que luchan denodadamente en pro del arte.

Faltan aquí, en efecto, escuelas convenientemente dotadas y con el carácter práctico que es menester para que den resultados positivos: faltan museos industriales semejantes al de Arte é Industria de Viena, el de Artes decorativas de París, el South Kensington de Londres y otros muchos que el Sr. Alzola cita y describe; carécese de publicaciones especiales que fomenten la afición á los estudios aplicados á las artes útiles, y nótase, finalmente, en lo poco que subsiste en nuestra patria relacionado con la industria moderna, tal apatía y un espíritu tan rutinario,

que bien puede asegurarse, sin exageración ni pesimismo, que en punto á progreso industrial vivimos á un siglo por lo menos de distancia de las demás naciones europeas. Solamente aventajamos—vergüenza es decirlo—á Portugal, á los Estados danubianos y á Turquía.

A pesar de esta triste verdad, no se siente desalentado el autor de *El Arte industrial*; antes bien, el mismo lastimoso estado de la industria le comunica bríos que emplea gallardamente en mostrar los medios que debe emplear el país para salir de la situación en que se encuentra. El autor cita como ejemplo á Barcelona y Bilbao, ciudades ambas que, merced á la iniciativa particular y á la constancia de sus administradores, han conseguido elevarse sobre el nivel de la cultura general de la nación.

No es solamente el lector que busque agradable pasatiempo ó fácil enseñanza quien debe leer el libro del Sr. Alzola. Cuantos tienen obligación de contribuir al engrandecimiento de la patria, deben estudiar en la obra del inteligente ingeniero los procedimientos que conducen á la prosperidad de las naciones modernas.

«La velocidad adquirida—dice el señor Alzola—es tan intensa en otras regiones, que si no se promueve en España una profunda reacción, apoyada en las aspiraciones populares, en las asociaciones privadas y en las altas clases sociales, y si no se mueven los resortes del patriotismo nacional, estará condenada nuestra nación á una

postergación creciente en el concierto de los pueblos amantes del progreso.»

Como se ve por lo que dejo dicho, el autor de *El Arte industrial* predica con el ejemplo.

*
* *

Libro que también merece ser leído, es la *Colección de cartas de mujeres*, escrita por D. Jacinto Benavente. Revela esta obra una tan delicada observación del corazón femenino, tan exquisita finura para descubrir los pliegues y repliegues del alma de la mujer, y tanto arte para imitar ya la ingenuidad de la niña que desde el colegio escribe á sus padres, ya las confidencias de la desposada, ya las quejas de la presa, que la lectura de las cartas produce singular encanto. La colección del Sr. Benavente basta por sí sola para dar á su autor un puesto distinguido en la literatura contemporánea.

*
* *

Otros muchos libros han llegado á mis manos en este mes; pero, á decir verdad, ni por su mérito ni por su importancia, merecen especial mención. Citaré, sin embargo, *La Primer noche de claustro*, poema no desprovisto de cualidades poéticas, escrito por D. Luis

Cánovas; *Cesarinas*, por D. Manuel José Quintana, resumen de la historia correspondiente á los primeros años del Imperio romano, en la cual por cierto hay algunos errores de bulto, como hacer á Marcial natural de Bilbao, confundiendo á esta ciudad con la antigua

Bilbilis (Calatayud). *Un cacique*, novela poco interesante, por D. Ismael Rizo y Peñalva, y *Prosa*, colección de artículos por D. Carlos Peñaranda.

En rigor, la cantidad de obras publicadas en los últimos días, está en razón inversa de su calidad.

F. F. VILLEGAS.

À LESBIA

Como rosas
son tus labios...
con su esencia
van sus dardos.

Son tus ojos
como el rayo...
iluminan
abrasando.

Es tu pecho
mar de encantos...
quien los surca,
¡pobre náufrago!

¿Lo que digo
juzgas falso?
¡Crees ¡oh Lesbia!
que te engaño?

Pues escucha:
soy el árbol

que incendiaste
con tus rayos.

Soy el pecho
lacerado
de tus rosas
por los dardos.

Soy la nave
del naufragio
de tus gracias
en el lago.

Y ya, Lesbia,
que mis labios
mi secreto
revelaron,

No te enojas;
al contrario,
calma, Lesbia,
mis quebrantos.

F. A. PÉREZ BONALDE.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Demetrio Rudin</i> , por Iván Turguenef.....	5
<i>Ultimos ayes de un bardo</i> , por S. Alfredo Robles.....	106
<i>La Cabra del señor Seguin</i> , al señor Pedro Gringoire, poeta, en París, por Alfonso Daudet.....	107
<i>¡Descansa, guerrero!</i> (Traducido de Dymón), por Jorge Isaacs.....	112
<i>La Criadita</i> , por Catulo Mendés.....	113
<i>La belleza de la naturaleza</i> , por John Lubbock.....	118
<i>El sufragio llamado universal</i> , por G. Tarde.....	132
<i>El fin de la bohemia, Influencias literarias de la Commune</i> , por E. Caro...	142
<i>Madama de Souza</i> , por Sainte-Beuve.....	168
<i>El Doctor Pasucal, última novela de Emilio Zola</i> , por Emilia Pardo Bazán.	172
<i>La indumentaria en la Exposición de arte retrospectivo</i> , por Catalina Narváez.....	180
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	190
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	201
<i>A Lesbia</i> (poesía), por F. A. Pérez Bonalde.....	207

